

NUESTRA SEÑORA  
DE LA LUNA

José Luis Correa



Lectulandia

Volvió a nacer la noche del siete de septiembre, víspera del Pino, durante una ola de calor sofocante. Al hombre, por supuesto, le importaba un bledo su renacimiento, ¿quién sabe si lo que buscaba era precisamente acabar con todo de una vez para siempre? Una aparición, la de un hombre que deambula solo y desnudo por una carretera, y una desaparición, la de un periodista que pregunta demasiado, se entrecruzan en mitad de septiembre. Ambos caminos conducen a un valioso cuadro del siglo xvii del que nadie quiere hablar. El calor es huraño. El aire irrespirable. Todos mienten.

En este escenario, a Ricardo Blanco le toca descifrar el enigma de Nuestra Señora de la Luna, en un momento de su vida en el que todo parece desmoronarse. Por si fuera poco, cada huella conduce a un lugar diferente (el Museo Diocesano, el Convento de las Ursulinas, el Obispado) pero igual de confuso.

**Lectulandia**

José Luis Correa

# **Nuestra Señora de la Luna**

**Ricardo Blanco, 5**

ePub r1.1

Samarcanda 04.02.14

Título original: *Nuestra Señora de la Luna*

José Luis Correa, 2012

Retoque de portada: Maki

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Volvió a nacer la noche del martes siete de septiembre, víspera del Pino, durante una ola de calor sofocante. Al hombre, por supuesto, le importaba un bledo su renacimiento, ¿quién sabe si lo que buscaba era precisamente acabar con todo de una vez para siempre? Hasta tres coches estuvieron a punto de atropellarlo en la carretera de Tafira. El tercer conductor, el que llamó al uno-uno-dos, afirmó que el tipo iba andando por el arcén oscuro y ni se inmutó cuando le tocaron la pita. Le juro por mis hijos, inspector, que no he visto en mi vida pachorra igual; si me dicen que no tenía sangre en las venas, me lo creo.

Pero sí tenía sangre y no sólo en las venas. Iba casi desnudo. Llevaba tan sólo el calcetín izquierdo y unos calzoncillos blancos hasta medio muslo. Y sin duda lo salvaron los calzoncillos. Si llegan a ser azules o negros no lo hubiéramos visto ni de coña; y perdone usted mi expresión. Cuando lo fueron a detener no opuso resistencia. Miró a los policías con abulia, como si fuese la primera vez que viera un uniforme. Sus ojos eran lánguidos e inexpresivos. Los acompañó al coche en silencio y con la cabeza gacha. Sus manos y sus brazos estaban cubiertos de sangre reseca. También en la cara y el cuello afloraban unas manchas oscuras y apelmazadas. Lo de los pies era más razonable: llevaría horas caminando descalzo por la calzada pedregosa. En el coche patrulla le preguntaron si no le dolían pero el hombre no respondió. La primera impresión de los guardias fue la de estar ante un extranjero o un idiota. O ambas cosas a la vez.

Como no tenía más heridas en el cuerpo, Ezequiel Godoy, médico de urgencias, hombre curtido en noches en vela y peleas callejeras, tuvo la feliz idea de mandar a analizar una muestra de la sangre del brazo antes de lavarlo y hacerle las curas. Otro más torpe, otro menos experto hubiera barrido toda huella en la camilla del hospital. Gracias a eso, se supo después que el caminante silencioso era portador de dos tipos de sangre diferentes. Y las dos eran humanas.

El inspector Álvarez estaba en su despacho organizando la tarea de la mañana de aquel nueve de septiembre cuando se fijó en el informe que alguien había dejado sobre su mesa. El primer impulso fue transferir el caso a alguno de sus hombres. Él andaba enmarañado organizando media docena de denuncias que se apelonaban ese día: dos sobre violencia de género, el robo con arma blanca en un supermercado, la desaparición de un periodista, una riña de senegaleses en el Parque de Santa Catalina a cuenta de una partida de elefantitos de madera y una manifestación contra la crisis que acabó a trompada limpia.

Lo de las mujeres maltratadas lo mortificaba cada día más. Aún recordaba la primera vez: el asunto de una venezolana que no llegaba a los veinte años a quien su novio (¿aquel legionario repugnante podía ser novio de algo que no fuera la cabra o la

muerte?) le pegó dos tiros en la cara con su arma reglamentaria (¿a quién se le ocurrió darle un arma reglamentaria a tamaño mostrenco?). El tipo alegó en su defensa, sin cinismo (el cinismo requiere cierto grado de inteligencia), que fueron los jodidos celos. Que sólo quería darle un escarmiento y no matarla. Que la quería con locura. Un escarmiento, la madre perra que lo parió. Como si la muchacha fuera de su propiedad. Álvarez jamás se había sobrepuesto a aquel y a los demás casos similares que lo siguieron. Aún le daban acidez. Por eso agradecía en el alma que esos asuntos los llevara ahora un departamento aparte, un fiscal diferente y una agente, Margarita Esponda, que conocía bien su oficio y que había sufrido en su espalda la lacra del maltrato.

Le trasladó, pues, a Esponda los casos de violencia contra mujeres. A Montes el del robo, con la indicación de que lo contrastara con un par de casos similares ocurridos durante el verano. A Cabrera, a punto de jubilarse ya y con más escamas que un abadejo, el del periodista desaparecido. Y a Rubén de la Coba, un pipiolo que acababa de llegar trasladado de la Península, para que se fuera fogueando con el ambiente, el de la pelea de negros (Álvarez ni se planteó la compostura política: la historia había sido una pelea y ellos eran negros, qué coño personas de color, carajo; de color somos todos).

Cuando llegó al asunto del caminante desnudo, sin embargo, algo de lo que leyó en el parte médico le llamó la atención. El hombre no había dicho ni esta boca es mía en día y medio. Ni el más mínimo lamento cuando el cirujano le abrió el pie derecho (el que no llevaba calcetín) para extraerle medio culo de una botella de vino que tenía incrustado cerca del talón, donde más duele. Eso, claro, y la sangre que no le pertenecía. Buscó en los demás papeles por si había noticia de algún herido o algún accidente de tráfico que se hubiera producido el martes siete cerca de donde hallaron al hombre, pero no encontró respuesta. Preguntó quién estaba de guardia esa noche y lo mandó llamar. El agente Castillo, que llegó agitado y sudoroso ante la idea de haberla jeringado durante la ronda, no pudo ayudarlo en sus tribulaciones: todo lo ocurrido ese martes tenía que ver con la romería del Pino en Teror. En Tafira no hubo nada de nada, sólo la aparición de aquel hombre desnudo. Quizá estuviera relacionado con la fiesta.

Improbable. Cierto era que el lugar donde el silencioso apareció entraba en las rutas de peregrinación a Teror. Pero había dos cosas que no encajaban en esa supuesta conexión: el sentido de la marcha y la hora. En efecto, el hombre venía de vuelta cuando todos iban a ver a la Virgen y, por si fuera poco, antes de que la verbena (y, por lo tanto, el jaleo) comenzara. Así que no parecía ser un romero a quien alguien le hubiera partido la cara por mirar un escote o pasarse de listo. No.

Nelson Castillo permanecía allí de pie, en el despacho de su jefe, sin saber dónde poner las manos. Cuando el inspector levantó la vista, lo miró entre la extrañeza y el

fastidio, ¿Y ahora qué espera?, ¿una medalla al mérito civil?; ande a su trabajo, hombre, que tenemos un montón de delitos por desenredar y aún no han dado las diez.

Cuando el otro se hubo marchado, Álvarez tomó asiento, se atusó el bigote nevado de canas y miró el aparato de teléfono. Pensó en llamar al hospital para hablar con Ezequiel Godoy, pero se contuvo. Seguramente el doctor andaría en quirófano o liado poniendo yesos y no resolvería nada desde allí. Además estaba lo del peregrino misterioso. Quería hablar con él en persona aunque sólo fuera para corroborar la opinión de los policías que lo bajaron a Las Palmas.

Desde el vestíbulo le llegaban las voces destempladas de una discusión. No tuvo que acudir a la puerta para comprender que se trataba de los senegaleses disputándose la manada de elefantes. Como todos los negros hablaban a la vez y todos los elefantes parecían iguales (igual de feos, igual de rudimentarios), cualquiera se aclaraba allí. Esas riñas acababan siempre de la misma forma: los africanos a la calle cada uno por su lado y las figurillas al sótano de la comisaría, que ya debía de parecer una auténtica selva con tanta fiera suelta. Y así hasta la siguiente discusión y el cuento de nunca acabar.

Sonó el teléfono. Álvarez se quedó unos segundos mirándolo, retándolo, como si tuviera la opción de no responder. Qué iluso. Allí no había alternativa. Ni la tenía ni la quería. Por mucho que los taxistas y los tertulianos de radio despotricaran contra los funcionarios, había gente con clase y clase de gente. No todos eran iguales, no señor. Aunque al Gobierno le importara un huevo la diferencia y hubiera decidido rebajarles el sueldo a todos por igual, unos se jugaban la vida mañana, tarde y noche en las puñeteras calles y otros apenas recibían alguna bronca merecida por ausentarse hora y media en el desayuno, que el inspector no entendía cómo no acababan como las estatuas de Botero.

A todos por igual, sí. Y a él le había salido la broma del Gobierno por ciento dos euros. Ciento dos euros que, de acuerdo, no te sacaban de pobre (Álvarez se preguntó cuántos elefantitos podían comprarse con eso), pero nadie, ni siquiera el presidente, debería poder decidir sobre su nómina.

Descolgó el teléfono con la rabia de su pensamiento en los dedos y a punto estuvo de tirarlo al suelo. Era Castillo, que se había quedado con la matraquilla de no haber podido ayudar a su jefe e intentaba reconciliarse con el asunto del peregrino misterioso. Directamente de las fiestas del Pino habían traído a cuatro pibes, detenidos por una pelea con navajas y botellas de vidrio. ¿Quería el inspector que les tomaran muestras de sangre a todos por si coincidían con las del hombre de Tafira? Castillo también había leído el informe médico y allí se hablaba de heridas de cristal.

Álvarez contó hasta diez (no quería abrir más brechas en el ánimo del agente)

antes de responderle, paladeando cada sílaba como si fueran cucharadas de dulce de leche, que no parecía buena idea. Que al tipo de Tafira lo habían encontrado una noche antes que la de la verbena del Pino. Que la herida era en el talón. Que no creía que los matadillos a quienes habían detenido conocieran la guerra de Troya, ni siquiera la película. Y que no parecía muy constitucional sacarle sangre a los detenidos sin mediar una razón de peso. Castillo asintió a todo pero no pareció muy convencido de las explicaciones. Cuando colgó, el inspector estuvo seguro de que antes de que se hiciera de noche volvería con otra idea luminosa para aclarar el enigma del peregrino silencioso.

El viernes nació definitivamente cambiado. Porque apenas había dormido durante la noche por culpa de una atormentadora pesadilla que ni siquiera recordé al despertar. Porque amaneció con un calor sofocante. Porque Colacho estaba de mal humor, las heridas de guerra de mi última locura (una historia de mafiosos y putas en las que murió demasiada gente para mi gusto), aunque lejanas, no acababan de cicatrizar nunca. Porque los niños habían retornado al colegio y el tráfico se había vuelto unalocura. Se juntaron el hambre con las ganas de comer para que yo no pudiera llegar al despacho antes del mediodía.

No más entrar por la puerta supe que había ocurrido algo. Inés abrió los ojos, apuntó a su reloj con el dedo índice, me saludó con una formalidad impostada (su don Ricardo se quedó flotando en el aire, como un globo de helio, incluso cuando la entrevista con Elsa Iglesias hubo concluido) y señaló con la nariz hacia la fila de tres sillas que tenemos en un rincón a modo de sala de espera. Porque el lugar donde trabajamos no tiene nada que ver con un bufete de abogados o un estudio de arquitectos, si alguien espera algo parecido va aviado. Nuestra oficina se compone de dos cuartos, un baño y una encimera de mampostería que, gracias a la cafetera eléctrica y a una neverita que recibí como pago de mi primer caso, hace las veces de cocina. Con eso (y un balconcillo que da a Triana en el que Inés ha logrado, de un modo incomprensible, que crezca un hermoso palo del Brasil) se acabó lo que se daba. La entrada está dividida en dos por un biombo chino y sirve de despacho de Inés y de sala de espera.

Seguí con la vista la dirección a la que apuntaba la nariz de Inés y hallé a una mujer sentada en la silla del medio. Una mujer corpulenta, seria y coqueta. Y no pretendo jugar a Sherlock Holmes. Lo de corpulenta no tuve que deducirlo, la silla se le quedaba chica. La seriedad (luego supe de dónde le venía) la llevaba en la mirada. Y la coquetería se le notaba en unos preciosos zapatos de tacón de aguja beis a juego con un bolso y un insistente gesto de arreglarse el cabello y alisarse la falda azul marino.

Su nombre era Elsa Iglesias y venía por recomendación de un amigo de su hijo, periodista también, que por lo visto confiaba más en mi *intuición* (quizá el

recomendante dijera *testarudez* y ella lo almibarara) que en el trabajo de la policía. Su confianza, desde luego, era arbitraria y excesiva pero yo conocía de viejo la tortuosa relación entre el inspector Álvarez y la prensa y esa mañana quedó demostrado que la antipatía era recíproca.

Elsa Iglesias era la madre de Pablo Quesada, un muchacho que se ganaba la vida de colaborador o investigador (la mujer no supo descifrarlo) en una emisora de radio local. Pablo era un buen chico. Muy trabajador. No le gustaba el protagonismo. Iba a su aire en la emisora, sólo salía en antena cuando se hablaba de algún asunto turbio con políticos y empresarios de por medio. De resto estaba en la calle, preguntando aquí y allá, revisando bajo las alfombras. Igual que yo. La mujer intentó rectificar sobre la marcha pero no tuvo acierto. Por supuesto que no quería compararnos, claro: yo era un profesional competente y él, tan sólo un aficionado. Antes de que se metiera en un laberinto sin sentido, le hice señas para que continuara: mi ego también se tomaba vacaciones en verano.

Y continuó. Su hijo había sido secuestrado y la policía no hacía absolutamente nada. Ella se había hartado de llamar a comisaría para explicárselo desde el mismo lunes en que desapareció. Sentía que no la tomaban en serio. Le respondían una y otra vez el sí de los locos pero no movían un dedo. Para remate de la puñeta le habían dado el caso a un inepto al que le quedaban dos afeitadas para retirarse y no paraba de bostezar y rascarse la oreja como si tuviera sarna. Por eso estaba ella allí en mi sala de espera.

La hice pasar al despacho para que me explicara con más sentido y calma por qué creía (ah, no lo creía, estaba completamente segura) que a Pablo lo habían secuestrado. Le ofrecí una taza de café, que rechazó enfatizando la gravedad de su mirada. El café era un veneno. Se come las arterias y te enrabieta la tensión. Entonces de una copa ni hablamos, ¿verdad? Verdad. Mejor un vaso de agua. Pues frente a mí, con su vaso de agua entre las manos, se dispuso a narrarme desde el principio (y el principio incluía retazos de una infancia revoltosa, cuyos pormenores habrían sonrojado al pobre Quesada) la historia de su hijo.

Buen chico y trabajador, sí. Pero también solitario y extraño. El amor de madre no podía cegarla hasta el extremo de no reconocer esos rasgos de carácter en Pablo. Siempre había sido así. Elsa Iglesias pensó que con el tiempo el temperamento de su hijo cambiaría, pero no lo hizo. Ocurría que no confiaba en la gente. Huía de los tumultos como del agua hirviendo. No iba a conciertos ni a partidos de fútbol ni a las fiestas a las que se supone que van los jóvenes los fines de semana. Prefería pasear solo. En clase se sentaba en la última fila y si podía dejar un asiento vacío entre él y los demás compañeros mejor que mejor. Pero yo tenía que saber (y aquí la mujer abandonó el vaso de agua sobre la mesa para remarcar su afirmación con ambas manos) que Pablo estaba bien educado. Jamás había tenido que reconvenirle su

conducta por responder de un modo inconveniente o levantar la voz o tener un mal gesto con nadie. Simplemente era una persona retraída. Sí. Parecía vivir en su mundo. Con sus libros, sus auriculares, su deporte.

La detuve en esa reflexión. Quise saber qué lecturas, qué música, qué deporte practicaba Pablo. Todo era relevante si de verdad estaba convencida de que la desaparición de su hijo tenía que ver con un secuestro y no con una ausencia voluntaria, una escapada con una novia o algún trabajo que lo tuviera más entretenido de la cuenta. Elsa fue tajante a este respecto, Eso es imposible, señor Blanco, Pablo suele llamar hasta cuando se retrasa media hora para la cena; y no tiene novia; no, no vaya usted a pensar lo que no es; a mi hijo le gustan las chicas, ¿estamos?, pero, como le he dicho, es muy reservado y las muchachas de ahora son, ¿cómo le diría?, muy lanzadas; para mí que le dan miedo. Le expliqué a la señora que no tenía por costumbre pensar antes de que me contrataran. Sobre los imposibles no dije ni esta boca es mía: demasiadas veces un imposible me ha saltado al cuello en mitad de la noche.

Le gustaban la poesía y las novelas de misterio. Sobre la música no podía decirme nada porque no la entendía. Y lo que Pablo hacía era correr en el parque, casi a diario. De hecho, el lunes por la mañana se había levantado temprano para hacer ejercicio. A la vuelta, se dio una ducha rápida, tomó un café sin siquiera sentarse y se marchó deprisa a trabajar. La última imagen que tenía de él era la manzana que había robado del frutero para ir comiéndosela por el camino. Desde entonces, el silencio.

A los amigos era difícil recurrir porque, como había reconocido Elsa no sin pesar, apenas tenía. El único con quien habló fue Sergio Casañas, un colega de la radio. Casañas, un cincuentón tranquilo con ojos de águila que parecían no perder detalle, no pudo añadir nada nuevo a estos hechos. Habían charlado por teléfono el domingo por la noche pero, fuera de eso, ignoraba dónde podía estar. El lunes ni siquiera lo había visto. Si Pablo salió esa mañana a trabajar habría ido a la biblioteca (solía pasarse horas consultando periódicos atrasados) o al encuentro con algún confidente. A la emisora, desde luego, no fue: Casañas compartía mesa con él y había estado todo el día en la radio.

No sabía en qué estaba metido Pablo. Quesada nunca contaba nada de su trabajo hasta que ya estaba resuelto y necesitaba una opinión. Entonces sí le consultaba el enfoque que debía darle a la noticia o el material que debía desechar. Pablo tenía en muy buena consideración el juicio de Casañas, no en vano Sergio llevaba más de veinte años en la emisora. Por eso Elsa había aceptado su recomendación de venir a verme. Según le dijo el compañero de su hijo, si alguien podía encontrarlo ése era yo.

Puse cara de póquer. Sería una necedad negar que me sentí halagado pero (recuerda, César, que eres mortal) una ráfaga de amargura me recorrió la espalda de

norte a sur y me impidió disfrutar del halago. En mi último caso ya había tenido suficientes cadáveres. Desde luego que yo no era el culpable sino una banda de rusos y polacos amparados por un policía corrupto que jugaba a dos barajas. Pero aún tenía fresca la historia de las muchachas muertas y que no me sintiera culpable no significaba que no me atormentara.

Elsa Iglesias malinterpretó mis dudas. Creyó que tenían que ver con lo que acababa de narrarme o, peor, con su condición humilde: ella no conocía a nadie, no tenía influencias, eso explicaba por qué la policía la trataba así. Entonces abrió el bolso y sacó un sobre marrón. Lo colocó sobre la mesa procurando que quedara a la vista su contenido: de la boca del sobre sobresalía una hilera de dientes de papel tintado. Dientes azules, sepías, verdes y hasta alguno lila pude distinguir. Allí debía de haber no menos de cinco mil euros.

Sonreí con tristeza. A saber el sacrificio que había tenido que hacer Elsa (la imaginé avergonzada, empeñando las joyas de la abuela en el monte de piedad) para reunir esa fortuna. Yo había decidido aceptar el caso antes de que la mujer mostrara sus credenciales. Pero ahora ya nadie la iba a convencer de que no había sido el dinero lo que me movía. Al fin y al cabo yo era el profesional, ¿verdad? El mercenario del dolor ajeno.

Le hablé con claridad. El asunto de los honorarios tendría que discutirlo con mi secretaria. Y no le estaba haciendo ningún favor: Inés era más dura que yo en esas cuestiones. En cuanto al resto, había unas cuantas reglas que Elsa habría de seguir si de verdad quería que me encargara de su hijo. Por lo pronto no debía, bajo ningún concepto, romper los lazos con la policía. Ellos disponían de más argumentos que yo para seguir la pista. Sí. Incluso el agente al que le habían encomendado su caso. Hasta el más incompetente de ellos estaba capacitado para abrir más puertas en una hora que yo en una semana, y allí el tiempo era esencial. La situación era más... compleja (casi se me escapó lo que estaba pensando) de lo que parecía. Si había un secuestro, ¿dónde estaban los secuestradores? ¿Por qué nadie se había puesto en contacto con la familia para pedir un rescate?

Esa tarde le haría una visita al tal Casañas a ver qué podía averiguar. Elsa debería volver a casa y esperar. Si tenía noticias de los chantajistas quería saberlo de inmediato. No era cosa de broma. Y que, dijeran lo que le dijeran los secuestradores, no se le ocurriera tomar decisiones sin contar conmigo. De lo contrario, no me responsabilizaba de lo que pudiera sucederle a Pablo. ¿Teníamos un trato?

La media sonrisa de Elsa me dio a entender que lo teníamos. La acompañé a la puerta. Le dije a Inés que la atendiera. Volví a mi mesa. Y encendí el ordenador en busca de alguna noticia que pudiera servirme de palanca.

Los ojos del hombre estaban vacíos, lacios. Apuntaban a la pared blanca del techo como si fueran a taladrarla. Gracias al ligero parpadeo que se producía cada cierto tiempo, Álvarez supo que no estaban muertos del todo, aunque estuvo tentado, eso sí, de buscarle el pulso para corroborarlo. Ya se lo había advertido la enfermera de turno, Vamos a tener problemas con su espalda; si no se mueve él, lo tendremos que mover nosotros o en tres días tendrá unas llagas del tamaño de mi dedo gordo; mire a ver si usted logra convencerlo.

Por suerte, dadas las circunstancias en las que el peregrino había llegado al hospital, alguien decidió que no compartiera alcoba con ningún otro paciente. No podían arriesgarse a que el tipo saliera de su letargo y se pusiera violento con testigos presentes. De manera que el policía pudo tomarse su tiempo en la habitación sin ser molestado por otras visitas. Después de dar los buenos días y de presentarse como inspector a cargo del caso (era puro formalismo, el enfermo no iba a responder), Álvarez le robó un par de fotografías con su teléfono móvil. Luego se sentó en una silla, incómoda y horrenda, que había junto a la ventana y abrió el periódico que llevaba bajo el brazo: si el hombre no quería hablar, al menos tendría que escucharlo.

Su intención era leer en voz alta, con parsimonia y un ojo puesto en las reacciones del caminante silencioso, los titulares. Desde la primera página. A ver qué ocurría. Y ocurrió que la política no pareció interesarle. Que los deportes, ni siquiera el buen inicio de la Unión Deportiva en la competición, no hicieron mella en él. Que las noticias culturales le sonaron a japonés porque no se inmutó. Y que, en fin, los sucesos (había una breve nota de prensa que aludía a su aparición en la carretera de Tafira) acabaron por convencer a Álvarez de que por ese camino no llegaría a ninguna parte. Entonces acercó la silla a la cama del maniquí aquel a ver si resultaba que el tipo, además de mudo, también era sordo.

El médico lo pilló de esta guisa, dando ridículas palmadas al aire en espera de que el paciente abandonara su mutismo, enarcara una ceja, se incomodara, ¿Qué cree, comisario?; ¿que no hemos realizado ya infinitas pruebas para hacerle un diagnóstico al señor X?; por si le sirve de algo, a este buen hombre no le ocurre nada extraño en sus órganos sensoriales; está como una rosa; por cierto, me llamo Ezequiel Godoy.

—Y yo, Gervasio Álvarez. Pero sólo soy inspector. ¿Está seguro de que no le ocurre nada?

—No. Ocurrirle, le ocurre, ¿no ve cómo está? Pero no es una cuestión física sino de otra índole. Ya hemos mandado pedir un informe a psiquiatría pero aún no han venido a valorarlo.

—Demasiados locos, supongo.

—¿Conoce a alguien que no esté loco hoy en día, inspector? Si no es por el

exceso es por la falta de trabajo, el caso es que quien más quien menos tiene un tornillo flojo.

Álvarez le pidió al doctor que le explicara en cristiano lo que sí era cuestión física en el enfermo. Ezequiel Godoy optó por aquello de que una imagen vale más, en cristiano y en judío, que mil palabras y destapó el cuerpo del paciente. Le habían puesto un camisón desvaído de hospital y un pañal de niño grande que lo despojaba sin clemencia de toda dignidad. Sus piernas flacas y huesudas estaban desnudas y llevaba sendos vendajes en los pies. Sus manos eran callosas y rudas, con las uñas limpias pero desiguales. No llevaba anillos que pudieran identificar.

Godoy le quitó la camisola para que el inspector pudiera observar su dorso limpio y blancuzco. Y le expuso, como si estuviera dando una clase de anatomía, el estado del señor X: las únicas heridas externas, y eso era razonable habida cuenta de la caminata que tuvo que pegarse por la carretera escabrosa del Monte Lentiscal y de Tafira, eran las de las plantas de los pies. Las tenía en carne viva. Incluso tuvieron que extraerle algunas púas que ya comenzaban a infectarse. Sí: púas de alguna planta o algún erizo, vaya usted a saber. ¿Nada más? No... Bueno, sí. Una cosa: un pequeño rasguño en la parte posterior del cuello que tal vez se hiciera con una rama o una enredadera.

El resto de la sangre, tal como había reseñado en el informe, era de otra persona. Sí. De tipo cero negativo frente al cero positivo del hombre que languidecía en la cama. Godoy no podía ofrecer más explicación, sólo que cuando lo vio en la camilla le dio la impresión de alguien que trabajaba en un matadero. En efecto. Sabía de lo que hablaba. Su abuelo era dueño de una carnicería en San Mateo y él lo recordaba siempre con aquellas manchas y aquel olor que tiraba de culo. Pues la forma y la distribución de las manchas (el olor se había disipado en la noche junto con la memoria del paciente) eran idénticas a las que solía llevar su abuelo en el mandil.

La sorpresa, y el inspector debía entenderlo, fue mayúscula cuando llegaron los análisis y se comprobó que se trataba de sangre humana. Porque el fuerte de Godoy no era la criminología, pero, o alguien había preparado las pruebas para que lo pareciera, o aquel tipo que miraba el techo había abierto en canal a su mujer, a su vecino o al bibliotecario de su pueblo. Y sí, el doctor era plenamente consciente de lo que estaba diciendo.

Álvarez permaneció un instante pensativo. Había algo de lo que había declarado el médico que se le quedó a medio camino. Algo importante pero que no lograba recordar, un detalle agazapado tras la rotunda deducción que Godoy había puesto sobre la mesa. Miró al hombre acostado y le entraron ganas de zarandearlo, de darle dos bofetones y obligarlo a hablar. Por si acaso se le ocurría al policía pasar de los pensamientos a los hechos, Ezequiel Godoy volvió a tapan al enfermo y llevó del

brazo al inspector a la puerta, Creo que hasta que no le hagan esa exploración psiquiátrica que hemos pedido, ni usted ni yo vamos a avanzar nada; lo llamaré en cuanto tengamos algo, ¿de acuerdo?

Los hospitales siempre le habían dado grima. Álvarez estaba acostumbrado a enfrentarse a la muerte, había perdido ya la cuenta de los años que llevaba en el cuerpo, pero la enfermedad lo desmoralizaba. En una clínica como aquella había muerto su padre después de siete meses de agonía que no le deseaba ni a su peor enemigo. Y en ese tiempo había visto el dolor, las esperanzas rotas, la angustia y la desolación en tantas familias que rezó para que a él lo tumbara una bala o un infarto, cualquier cosa que fuera fulminante, que no lo dejara ni pestañear. Mientras recorría el pasillo de la cuarta planta del Insular, evitó mirar las puertas abiertas de las habitaciones. Tarareó una canción para eludir escuchar los lamentos de los enfermos. Se mordió el labio para sacudirse los recuerdos de su padre moribundo y su madre abatida, sola, en aquella silla como la que él había utilizado hacía unos minutos. Lo bien que le hubiera venido una ligera amnesia hasta llegar a la comisaría.

Entonces, ya dentro del ascensor, le vino a la mente lo que había dicho Godoy en su entrevista. Y antes de que se cerraran las puertas volvió sobre sus pasos. Atrás quedaron los gruñidos de un celador impertinente, A ver si nos decidimos, carajo; o subimos o bajamos, que esto no es el Parque de las Chumberas. En otras circunstancias, el inspector le hubiera dicho de todo menos bonito al mequetrefe del vigilante pero no quería que el médico se le perdiera en aquel maremagno de pasillos.

Lo halló en un pequeño despacho del final de la galería. Godoy le daba instrucciones a una enfermera joven y risueña que lo miraba como a un héroe de guerra. Álvarez tuvo la sensación de estar interrumpiendo pero disimuló, Siento molestarlo de nuevo, doctor, pero sólo será un segundo; es algo sobre lo que dijo antes del paciente silencioso. El médico se colocó sus gafas de montura dorada, que era quizá su forma de encogerse de hombros, ¿Qué le preocupa?

—En realidad, me preocupa todo. Por eso no puedo irme con una duda atrabancada.

—Pues a ver si puedo desatrabancársela.

—Habló de la memoria... Miento... De la falta de memoria de ese hombre. Dijo que el olor a sangre se le había ido junto a ella.

—¿Y?

—¿Insinúa usted que el señor X puede sufrir algún tipo de amnesia?

—No lo insinúo, inspector. Se lo digo con todas las letras. Habrá que esperar, como le dije, al estudio psiquiátrico. Pero si la cosa ocurrió como sospecho y el tipo, que no parece un matón, descuartizó a alguien, ¿no es lógico que quiera olvidarlo

para siempre?

—Eso explicaría su estado de conmoción.

—Desde luego. Si yo fuera él escondería ese recuerdo donde no volviera a aparecer ni en sueños.

—Entonces, no está disimulando.

—Ah, bueno, para eso no necesitamos que venga el loquero. Mire: le he estado hurgando en la piel llagada de sus pies y el jodido ni se ha inmutado; y le aseguro que eso duele una barbaridad. No, inspector. Ni siquiera un asesino profesional y entrenado disimula tan bien.

—¿Entonces?

—Entonces me temo que tiene usted un cadáver en alguna cuneta de Tafira. Y ahora, si me perdona, tengo una ristra de enfermos que visitar.

Jamás había estado antes en una emisora de radio. Y la sensación que me produjo fue la de que me estaba volviendo viejo. Esperaba encontrar un antro maloliente, un par de cuartos estrechos y sin ventilar, gente fumando en sus raquílicas mesas delante de un ordenador, la penumbra de un garito en el que nadie osa respirar muy alto por si molesta, el zumbido martilleante de los teletipos. Pensaba en periodistas diferentes, vestidos con desgana (es la radio, allí no te ve nadie): tipos desaliñados con barba de tres días, mujeres bizcas (no sé por qué estúpida razón siempre he asociado la radio a la bizquera) y sin gracia. Tal vez había visto demasiadas películas y se me había grabado una imagen bohemia de posguerra.

La emisora estaba en la primera planta de un moderno edificio en la trasera del Mercado del Puerto. Tuve que preguntar en un puestillo mestizo donde vendían dulces y caramelos junto a relojes, sombreros de paja y bufandas de equipos de fútbol. La puestera, una morenilla con acento eslavo, me cambió una sonrisa y la información por una caja de mantecados de canela. Sí. No sé cómo lo hizo. Pero fue sonreírme y ya tenía yo la mano en el bolsillo para pagar los dulces. Menudo negociador estaba hecho. No era, sin embargo, mal negocio: ella ganaba la comisión, yo me ahorrraba mil vueltas hasta dar con la radio e Inés se llevaba unos mantecados de regalo.

Cuando llegué a mi destino me recibió una mujer vestida con un elegante conjunto de falda y chaqueta gris marengo. Con amabilidad y unos ojos castaños y afables sin atisbo de extravío me preguntó mi nombre y el de la persona con quien quería hablar. Luego me rogó que esperara en una salita con muebles de diseño italiano: sillas en formas estrambóticas, una lámpara de pie que serpenteaba, una roca

volcánica a modo de mesilla. La emisora era enorme y luminosa, con unos ventanales que daban al Atlántico. Y llegué a envidiarle la chaqueta a la recepcionista porque el aire acondicionado estaba a toda mecha y yo venía del sofoco septembrino de Las Palmas. Al menos olía a limpio, a ambientador de limón. Un letrero de Espacio libre de humos me dio la explicación a tanta pulcritud.

Sergio Casañas debía de tener mi edad, tal vez un par de años más, por lo que deduje que habría entrado a trabajar muy joven en la emisora. Lo imaginé de becario, paseando un carrito con la correspondencia, acarreando documentos y cafés por toda la oficina. Me saludó con un entusiasmo contagioso. Según dijo, tenía ganas de conocerme. Había seguido con curiosidad alguno de mis casos anteriores (le había resultado fascinante, así lo expresó, la manera de resolver los crímenes en serie de dos mil cuatro) y confesó, en un arranque de sinceridad infantil (parecía de veras un chiquillo al que pillan en una mataperrería), que le había dado mi nombre a Elsa Iglesias con la esperanza de que se produjera aquella visita.

Me condujo a su despacho, un silencioso gabinete en el que habría cabido toda mi oficina con balcón incluido. Casañas, como si estuviera acostumbrado al asombro de los visitantes, me avisó de que no sacara conclusiones demasiado pronto. Ni era tan espacioso ni tan pacífico: ese despacho lo compartían nueve periodistas en tres turnos y, cuando había zafarrancho de combate, era puro bullicio y se tropezaban unos con otros constantemente. En aquel momento, no obstante, sólo había una persona además de nosotros (la estancia también tenía vistas al mar y unos techos altísimos) y fui incapaz de imaginarme el guirigay al que Sergio aludía.

El periodista me quiso presentar a su compañera, una colega de informativos llamada Virginia. También dijo su apellido pero se me perdió de un modo lamentable por el camino: toda mi atención estaba puesta en los ojos azules y las manos revoltosas de la informadora. Por desgracia, iban a ser las seis y Virginia tenía que irse a dar el parte horario. Me dejó un rastro de violeta en la mano con que la saludé y una sonrisa boba el resto de la tarde.

Casañas debió de advertir la impresión que su compañera había dejado en mi ánimo porque hizo un comentario con una dulce ingenuidad desprovista de doblez, Recuerde el nombre de esa muchacha, Ricardo, porque va a ser una periodista cojonuda; sólo tiene veintiséis años pero lleva la radio en la sangre. Veintiséis años. Manda carajo. Definitivamente, me estaba volviendo viejo.

Sergio me ofreció asiento y un café o un zumo. Me acordé de las palabras agoreras de Elsa Iglesias y me decidí por el zumo. De melocotón valdría. Sin hielo mejor. En lo que buscaba dentro de un armario metálico y me servía la bebida en un vaso de plástico con la inscripción de la emisora grabada a tinta, se interesó por mi trabajo. Suele ocurrirme con frecuencia que, cuando me entrevisto con alguien a

cuenta de una investigación, el entrevistado pregunte más que yo. Imagino que es la manera de reclamar reciprocidad, de sentirse menos intimidado. Aunque también lo de ser detective debe de producirle a la gente cierta curiosidad morbosa. Todos quieren averiguar lo que hay detrás de tramas de corrupción política, de negocios enrevesados, de infidelidades que, un día sí y otro también, afloran en los periódicos de la mañana. Normalmente respondo, para no comprometerme demasiado, que sé tanto como ellos. Ocurría que, en aquel caso, no era ninguna excusa: Casañas era un periodista de pura cepa y, sin duda, estaría más enterado que yo de cualquier cosa que fuese noticia.

No obstante, lo que él quería comprender nada tenía que ver con el hecho de la desaparición de Quesada, sino cómo demonios había acabado yo en aquella aventura. Y no se refería, claro está, a la desaparición en sí (yo estaba embarcado en ella por su culpa; había sido él el que me había propuesto para héroe); Casañas hablaba en términos generales: ¿qué tripa se me había roto para acabar de detective privado en una ciudad como Las Palmas?

Iba a salirle con la petenera de que Las Palmas era tan buen lugar como cualquier otro para mi trabajo. Que aquí se vive y se muere, se ama y se odia, se dignifica y se humilla igual que en cualquier otra parte. Pero el hombre no se merecía esa respuesta. De manera que no me importó repetir la retahíla de acontecimientos azarosos que me habían llevado a montar un despacho en Triana, 57. Se trataba de una mezcla insólita, un cóctel molotov de amigo de la infancia, noche de farra, apuesta y tiempo libre. O lo que era lo mismo: de un Miguel Moyano (mi socio) con tres copas de más; de un Ricardo Blanco quince años más joven y sin trabajo, y de ambos con ganas de coña. Él sostenía que yo no sería capaz de llevar un negocio más allá de un bar. Yo me piqué y le propuse el más disparatado que se me ocurrió entonces con la idea de que al día siguiente no lo recordaría. Pero lo recordó y me retó a que lo sacara adelante. Así que allí estábamos.

Nada de tradición familiar ni zarandajas de ésas. Mi padre era ingeniero y mi abuelo materno (al otro no llegué a conocerlo), calafate. Ninguno de los dos pudo influir jamás en mis locas decisiones. Y mi madre se limitó a seguirme la corriente. De hecho, siempre he pensado que si le hubiera propuesto a Miguel un negocio de lencería fina, ahora estaría vendiendo bragas en una tienda de Mesa y López.

Si Casañas se sintió defraudado no lo dejó entrever. Siguió sonriendo como un chiquillo aunque estoy seguro de que no acabó de creerme. Estaba acostumbrado por oficio a dudar de todo y reconozco que mi historia resulta más peregrina que cualquier otra cosa. Así que regresamos a lo que en realidad nos interesaba: ¿qué había sido de Pablo Quesada?

El periodista no supo responder. Pablo era un tipo diferente. Sí. En el sentido en

que le faltaba ambición en un negocio en el que todo quisque busca protagonismo. Yo tenía que imaginarlo. La clave del periodismo es llegar el primero a donde la noticia. Pero a Quesada le interesaba más irse el último: cuando ya todos estaban recogiendo los bártulos, él empezaba a escarbar en la basura. Y había que reconocer que el cabrón tenía olfato. Por eso seguía en la emisora. Y por eso también era difícil saber en qué andaba metido: tanto podía ser en un accidente de tráfico de hacía dos días como en un alijo de drogas decomisado el mes anterior. No tenía preferencias. Lo mismo le daba un chanchullo político que la muerte de una anciana en un barrio marginal, sólo por nombrar dos de sus mejores trabajos de investigación. Pablo funcionaba por instinto. Igual que yo.

Era la segunda vez en el mismo día que me comparaban con el desaparecido. Si no hubiese ya aceptado el caso, esa comparación hubiera bastado para despertar mi curiosidad. Necesitaba conocer algo más del periodista: dónde trabajaba, cómo se movía, qué asuntos le llamaban la atención. Casañas me señaló un ordenador portátil que había en la esquina de su enorme mesa. Era el de Pablo. Pero yo no debía hacerme ilusiones: probablemente tendría una contraseña y los archivos importantes, escondidos bajo una maraña de documentos sin interés.

Por si la flauta sonaba, Sergio encendió el portátil y esperó a que se pusiera en funcionamiento. Nos aguardaba una noticia feliz y una decepcionante. El ordenador no estaba encriptado y podíamos acceder a la información. Pero ésta, luego de un vistazo rápido, no parecía tener interés: unas cuantas fotos picantes; dos o tres archivos de esos que se envían y se reciben a granel y en los que, si te atreves a romper la cadena de transfusión, se te cae el pelo cuando no la cuca; varias canciones pirateadas (al final, el bueno de Pablo tenía buen gusto: Stan Getz, Bebo Valdés, Arturo Sandoval...). Nada. Con seguridad, Pablo Quesada trabajaría con un *pendrive*, una memoria extraíble que llevaría consigo a todas partes. Era de esperar, ¿verdad?, en alguien al que todos consideraban un lobo solitario.

Para su correo personal, sin embargo, sí íbamos a necesitar una clave de acceso. Y aquello era la aguja de todos los pajares del universo mundo. No habría manera de entrar en él. Entonces, ¿qué otra cosa podríamos sonsacarle al dichoso portátil? Seguro que un experto informático nos abriría la puerta a los secretos de Quesada pero ni Sergio ni yo lo éramos. Eso sin contar con que necesitaríamos el visto bueno de la dirección de la emisora y yo debía saber lo poco amigos que eran los periodistas de desvelar las fuentes de información. Nunca nos lo darían.

Casañas, de pronto, entrecerró los ojos como el que intenta enfocar mejor un punto en el horizonte. Había algo que sí podíamos sondear sin necesidad de salvoconductos: las últimas visitas de Pablo por la Red. Sí. Cuando alguien navega por Internet suele dejar un rastro reconocible en la memoria del ordenador y, ¿quién sabe?, eso podría decirnos algo de lo que a nuestro hombre le interesaba últimamente.

¿Ilegal? No. Lo ilegal no sería la información que extrajéramos sino el uso que hiciéramos de ella. Si tuviésemos intención, por ejemplo, de difamar, comprometer, chantajear a Quesada se nos caería el pelo, pero ni él ni yo pretendíamos hacer tal cosa. Antes al contrario, nuestro propósito era salvarle la vida. Así fue como llegamos a la primera conclusión de aquel caso: en los últimos meses, Pablo Quesada parecía haberse hecho experto en arte sacro.

Gervasio Álvarez llegó a la comisaría la tarde de ese viernes sin demasiado ánimo. Ya en su escritorio, abrió la segunda gaveta de la izquierda, sacó un bote de pastillas contra la acidez y se tomó dos con un vaso de agua. Al levantar la cabeza para beber reparó en un desconchado del techo con la forma de Italia, una bota áspera y deslustrada que dejaba al aire las vergüenzas de la comisaría. Álvarez eructó con disimulo. Le hubiera gustado echarle la culpa de su ardor de estómago a las condiciones de trabajo o al almuerzo, pero él sabía bien que su dolencia tenía más que ver con la visita a Godoy que con una grieta en la pared o el puchero de carne del Deenfrente, el bar donde almorzaba cuando estaba de guardia.

Cada vez que los hombres lo sentían llegar de esa guisa (sombrió y sin dar siquiera las buenas tardes), procuraban no cruzarse en su camino durante un par de horas. Hasta que no se le pasara la calentura, era mejor dejarlo estar. Sólo cuando la urgencia apretaba se atrevían a asomarse a su despacho para consultarle algo o darle el parte: de lo contrario, era peor el remedio que la enfermedad. La única que le mantenía el pulso sin pestañear era Berta, una oficinista cincuentona y brava que llevaba un cuarto de siglo trabajando con él y le conocía todas las vueltas.

Pero ese viernes había otro en la comisaría dispuesto a arriesgarse por un buen motivo. Cuando Nelson Castillo se presentó en la puerta con gesto de gato escaldado, el inspector vio los cielos abiertos. El agente Castillo llegaba con otra idea brillante con la que granjearse (acaso *recuperar* fuera el término más indicado) la confianza de Álvarez. Pero éste no lo dejó ni empezar su alegato, ¿Qué está haciendo ahora mismo, agente?; ¿el robo del supermercado?; de eso puede encargarse Montes solo, a usted lo necesito en otra parte; sí, ¿no quería ayudar con lo del aparecido de Tafira?, pues le voy a dar una fotografía del tipo (está hecha con el móvil pero creo que valdrá); se me busca a un compañero que no esté muy atareado y se llegan a preguntar por la zona a ver si alguien lo conoce o tiene idea de lo que hacía allí, abandonado y medio en pelotas, ¿estamos?

Castillo tuvo la tentación de preguntarle al jefe por la cita del hospital pero, en ese instante, Álvarez se llevó la mano al estómago e hizo una mueca de fastidio. El agente se lo pensó dos veces, mejor no despertar al tigre, que luego se le enfurruñan las rayas. Así que saludó llevándose la mano a la frente y fue a cumplir las órdenes.

El inspector, a solas, volvió a eructar, esta vez sin tapujos, marcó un número de teléfono y alimentó la esperanza de que el Rubio no se hubiera ido ya a casa.

Su nombre era Ángel, pero todos en la comisaría lo conocían por el Rubio y era el mejor en lo suyo. En una ocasión se metió en el ordenador de Álvarez como Pedro por su casa y estuvo a punto de provocar un divorcio. Todo sucedió a raíz de una reunión en la que el Jefe Superior citó a los responsables de la comisaría para justificar la necesidad de dedicar ahorros y esfuerzo en una sección de delitos informáticos. Los tiempos cambiaban a todo trapo y había que renovarse o morir. Álvarez, que gozaba de gran autoridad entre los compañeros, expresó en más de una ocasión sus dudas al respecto. Para él, donde había que poner más hombres y recursos era en la calle, a fin de que la gente los viera y se sintiera protegida: era en el mundo real donde los necesitaban y no en el virtual. En ningún momento quiso desacreditar la labor de los técnicos informáticos. Simplemente pretendía separar el grano de la paja. Y el grano, sin lugar a dudas, estaba en los barrios marginales y en los parques sin luz.

En la reunión había un muchacho que nadie había visto antes y que no abrió la boca en todo el tiempo. Como parecía inglés (pelo trigueño, mofletes sonrosados, ojos claros) todos achacaron su silencio a las dificultades del idioma. Luego se supo que el pibe había nacido en Agaete, que se apellidaba Corrales y que era listo como el hambre: sabía muy bien que, por mucho que dijera en esa sala, no iba a convencer a aquella panda de policías de la vieja escuela.

Álvarez llegó a casa esa noche y, después de cenar, quiso encender el ordenador para repasar un caso en el que trabajaba. Nada más abrirse la ventana supo que algo no marchaba bien: alguien se le había adelantado, le había cambiado de lugar archivos importantes, le había borrado correos urgentes y, quienquiera que fuese el manipulador, le había sacado fotos con la cámara web a su despacho vacío, a su mujer mientras hacía la limpieza y hasta al perro, al que le gustaba amodorrarse en su mullido sillón.

El inspector estaba acordándose de todos los muertos del cementerio de San Lázaro cuando le sonó el móvil. La voz del otro lado no tenía nada de inglesa pero (no supo por qué; nunca la había oído antes) la reconoció en seguida. Ángel Corrales, desde aquel día el Rubio, le dio las buenas noches, se presentó formalmente y le dejó claro las posibilidades que tenían los piratas de acceder a nuestra vida cuando les saliera de las narices. También le pidió disculpas por el asalto a su vida privada. Y le restauró (Álvarez veía cómo los archivos iban reapareciendo en la pantalla sin que él pulsara ni una sola tecla) hasta la última carpeta y el último correo electrónico. Y le rogó que se pensara de nuevo lo de tener en su comisaría a alguien de su experiencia.

Ni que decir tiene que el inspector quedó convencido. Al día siguiente solicitó a

la Jefatura Superior la incorporación de Corrales a su equipo. Cuando el Jefe escuchó la petición quiso saber a qué se debía aquel cambio de opinión tan repentino. Álvarez le respondió con su habitual laconismo, Usted no conoce a mi mujer, señor; si se entera de que alguien puede sacarle fotos con el trapo del polvo en la mano y un pañuelo roñoso en la cabeza, nos bota al ordenador y a mí por la ventana.

El Rubio seguía en su puesto. Álvarez intentó recordar si alguna vez había necesitado localizarlo y no lo había logrado. No fue capaz. Ahora que lo pensaba, Corrales no parecía tener vida fuera de su ordenador portátil. De hecho, cualquiera diría que estaba enamorado de aquel aparato liviano y plateado que viajaba a su espalda, en su mochila negra, y era capaz de anidar en cualquier rincón donde hubiera una toma de corriente. El Rubio iba a todas partes con ese artilugio. Álvarez se preguntó si también se lo llevaba a mear.

Lo agarró almorzando. Corrales se justificó ante su jefe por tener la boca llena; no había tenido tiempo de salir a comer. Se había pedido una pizza de carne picada con salsa barbacoa. Sí. Ya lo sabía. Aquélla no era forma de comer. Necesitaba más potajitos caseros, más verduras, más pescado a la plancha. Las pizzas eran pura basura. Su madre se lo repetía constantemente. Pero él no tenía tiempo de ir a casa, que estaba en la quinta puñeta y tardaba hora y media en ir y volver. No. No es que tuviera tanto trabajo pero el inspector no sabía lo terco que era el mundo de la informática. ¿Por qué creía que lo llamaban Internet? Porque *net* significa red. Y eso es lo que era aquello: una red, una podrida tela de araña de la que ni braceando ni pateando se podía uno escapar. Una vez que te atrapaba no te soltaba nunca.

Sí. Una página te llevaba a otra, cualquier noticia te invitaba a seguirle la pista y acababas teniendo una docena de persianas desplegadas sobre la pantalla. Todas importantes. Ninguna desechable. ¿Cómo iba Corrales a cerrar el quiosco y marcharse a comer? Ni potajitos caseros ni leches. Una pizza de mierda (eso sí, de harina integral) y a seguir margullando en su portátil.

De cualquier forma, Álvarez no podía quejarse: gracias a que el Rubio era una mosca atrapada en una red, él podía localizarlo cada vez que precisaba de sus servicios. Como ahora. Lo que no entendía Corrales era para qué lo quería. Y el inspector no supo responderle. También andaba enredado en su propia tela de araña y no tenía idea de cómo salir de allí. Andaba desesperado. Le hubiera gustado explicarle con detalle lo que buscaba pero ni él lo sabía. Hasta que no diese con ello no podría estar seguro de haberlo encontrado. A continuación, le resumió la historia del hombre de Tafira: la sangre que no era suya, la convalecencia en el hospital, la posibilidad de que sufriera algún tipo de amnesia.

El Rubio abrió las palmas de las manos y miró al cielo azul que se colaba detrás de su ventana, Y ¿qué hago yo con eso, hombre de Dios? Sobre la sangre y la

enfermedad le darían información más conveniente en el mismo hospital. Sin la identidad del hombre, sin una cuenta corriente, sin una mísera tarjeta de crédito no había por dónde empezar la búsqueda de nada. Y Tafira era un río muy grande para ponerse a pescar.

Álvarez asintió en silencio. Claro, nos ha jodido mayo con las flores. Hasta ahí sabía él. El paseante solitario no estaba fichado (tan torpes no eran en la comisaría, eso fue lo primero que comprobaron) y buscar sus huellas resultaba una tarea poco menos que imposible. En Madrid lo mandarían al carajo. Por eso necesitaba otras opciones. Y la única que se le ocurría tenía que ver con el lugar donde el hombre apareció. Le daba en la nariz que en Tafira estaba la respuesta.

El Rubio le pidió veinticuatro horas para hacerse un mapa. No le prometía nada, con esas cartas de mierda no había quien jugara al subastado. Pero lo intentaría. Veinticuatro horas. Daba igual que el día siguiente fuera sábado. Corrales no tenía otra cosa que hacer. No es que no tuviera vida fuera de su ordenador, es que el ordenador era su vida. Y eso no lo comprendería nadie que no estuviese contagiado con el mismo virus. Ríase usted de las drogas. De las otras drogas se sale. De ésta no.

Una vez hubo colgado, el inspector se echó hacia atrás en su sillón, cerró los ojos e hizo sus ejercicios de respiración. Se trataba de coger el aire por la nariz y soltarlo por la boca. Muy despacio. Con los ojos cerrados. Imaginando que el aire que entraba era energía en estado puro y el que salía, pura metralla, rabia, calamidades. Un médico naturista le había aconsejado esa técnica para cuando le diese acidez o lo atenazaran los problemas del trabajo. Esa tarde necesitaría doble terapia. Tenía acidez y problemas como para una boda.

Hubo un tiempo en que viernes noche era sinónimo de cena romántica (entiéndase por romántica la simple presencia de una mujer no simple al otro lado de la mesa), de buen vino, de conversación sugerente y reposada. Después de eso uno tenía el fin de semana entero para las demás cosas que dan sentido a la vida: la música, los parques, el cine, los libros. Sin embargo, por más que lo intenté ese viernes, no pude recordar la última cena de la que había disfrutado. Me pareció que hasta la de Jesús con los apóstoles era más reciente.

Había quedado con Colacho Arteaga. Se lo debía... No, lo de debérselo suena a obligación, a tarea pesada, a compromiso. En verdad me apetecía cenar con él. Me gustaba su compañía. Mi abuelo había sanado bien de las magulladuras que le había producido un matón ruso en un apartamento de Bahía Feliz. Pero llevaba tiempo melancólico. Las heridas que no se ven son las que más cuesta superar. El dolor, los moretones, la sangre avisan. Te ponen en alerta. Te hacen reparar en el daño y así puedes ponerle remedio. Pero, si no hay dolor preciso ni cardenales ni sangre, la cosa se complica. Porque uno sigue sin encontrarse bien pero no sabe a qué atenerse.

Así andaba mi abuelo desde hacía unos años. Tengo la impresión de que los golpes que le infligió el mafioso le hicieron más daño de lo que él reconocería nunca. Se sintió frágil, vulnerable, viejo. Lo de viejo acaso suene a ironía pero mi abuelo había sido siempre un hombre independiente; un hombre que, salvo algún que otro achaque, jamás había sentido antes su edad. Desde entonces, no obstante, había dejado de salir a la calle. Una barca de pescadores esperaba desde febrero a que acabara de carenarla. Sus amigos del casinillo se sentían abandonados en la partida de dominó. Alguno de ellos, harto de postergar el encuentro, lo iba a rescatar a veces de su marasmo y lo acompañaba a pasear por la playa. Pero a la hora ya estaba el viejo rezongando con que quería regresar a casa. Lo tumbaba un cansancio difícil de doblegar. Él no era el mismo de antes y yo me sentía impotente.

Por suerte, Gloria, la nieta de uno de los cofrades de dominó, aceptó dedicarle más tiempo (antes sólo iba una vez por semana a aventarle el polvo a la casa y regarle las macetas del patio), cuidar de su medicación y hacerle la comida. Resultó que la muchacha se daba maña para la cocina. Y ese viernes nos había prometido una sama al cilantro y unos huevos moles de postre. Yo llevaría el vino, un blanco seco que había comprado por la mañana y había puesto a enfriar en la nevera del despacho. Pasé a buscarlo después de salir de la emisora. Así, de camino, le llevaría a Inés los dulces que había comprado en el Mercado del Puerto.

Mi secretaria me lo agradeció a su manera, Tú lo que quieres es que me ponga como una pepona para que ningún otro hombre me mire, ¿verdad? Mientras cerraba el ordenador y archivaba las carpetas me contó que esa noche también tenía una cita. Antes de que yo soltara una de mis gracias (para gracias estaba yo), me explicó que no. No iba a cenar con un hombre. Y no. Tampoco era que estuviese reconsiderando su orientación sexual. Sucedió que había vuelto a encontrarse con una vieja amiga del instituto. Sí. Casi treinta años después. La buena de Karina Ponce. Del COU de letras del Isabel de España. Y todo gracias al Facebook.

Me preguntó con sorna si yo tenía Facebook. Estaba segura de que no, ¿cómo iba a tener Facebook un tipo como yo, chapado a la antigua? No sé por qué le mentí. Tal vez estaba demasiado cansado y no tenía ganas de aguantar las pullas de Inés esa noche. Le mentí. Por supuesto que tenía Facebook. Pero no me interesaba mucho ese mundo de relaciones sociales de quitaipón, de gente que aparece y desaparece como el Guadiana. Lo tenía pero apenas lo usaba. Y, desde luego, ni se me pasaría por la cabeza dejar allí una foto con cara de pánfilo, ¿estábamos locos o qué? No sé si ella notó mi fastidio pero no dijo nada. Sonrió. Meneó la cabeza. Fue a regar su palo del Brasil. A cerrar el balcón. A bajar las persianas. A recoger sus cosas. Y se despidió, Hasta el lunes, jefe; buen *finde*.

Le deseé una grata velada y la vi marchar, feliz, con su bolso mexicano y su caja

de mantecados de canela. Empezaba a oscurecer. Cuando el sol se ponía, el despacho adquiría tintes fantasmagóricos, como de fumadero de opio. No obstante, no quise encender la luz. Me gustaba esa bruma nostálgica, lenta. Ese silencio de confesionario. Me senté ante mi mesa y dejé que los recuerdos inundaran la sala. El reflejo de mi cara en la pantalla negra hablaba de un hombre taciturno, extraño. Tuve que hacer un movimiento con el cuello para cerciorarme de que era yo y no otro el tipo que me devolvía el cristal.

Pensé en lo que había dicho Inés y repasé mentalmente cuántos amigos podría yo recuperar si me diera por engancharme al Facebook. Alguno tendría, además de Miguel Moyano, que pudiera recordar de los años del colegio. Pero había sido una época turbia, de niño adulto, de adolescente cursi, pedante, que combinaba las lecturas de Nietzsche con las de Neruda y las entendía ambas a su manera. ¿Quién querría rescatar la amistad de un tipo así? Además, me aguardaba tal vez una legión de hombres de mi edad, con los mismos problemas todos ellos: los achaques de los padres, las travesuras de los hijos, el tedio de un matrimonio que se mantenía en pie por pura inercia, un divorcio doloroso, una hipoteca tiránica.

¿Y qué esperaba? ¿Una vida de cine? Miguel me lo había dicho la última vez que cenamos juntos, en una vieja tasca de Vegueta, luego de su cuarta o quinta copa de coñac, Joder, Ricardo, entre un hombre maduro e interesante y un viejo verde que espera a la salida de los institutos no hay más que una decepción. Demoledor Miguel, como siempre. Con un sentido práctico de la vida: las cosas eran negras o blancas. Y lo mejor sería aceptarlo cuanto antes para no llevarse, luego, desengaños.

Quise refutarle, entonces, que entre el cincuentón seductor y el viejo verde había un sinfín de estados intermedios en uno de los cuales esperaba encontrar acomodo yo algún día. Pero me resultó cansado volver sobre lo mismo. Miguel llevaba veinte años con Concha y tenían dos hijos y una casa preciosa en la mejor zona de Siete Palmas. Cuando cometí la torpeza de preguntarle si era feliz (yo sólo llevaba dos rones con limón, no tengo tanto aguante), me sonrió con clemencia como perdonándome la vida, ¿Feliz?, ¿qué coño de pregunta es ésa?; no tengo tiempo para ser feliz, chico; no soy como tú, que te pasas la vida sin problemas, hurgando en las miserias de los demás, en puro voyeurismo.

Curioso. Yo tenía la impresión de que lo verdaderamente importante en la vida era ser feliz y resultaba que no. Que lo importante era llenarla de ocupaciones. No dejar ni un resquicio al tiempo libre porque podías correr el riesgo de pensar y darte cuenta de que nada es como te habías imaginado. Claro. Eso me pasaba por haber vivido al día. Por no haberme hecho demasiadas ilusiones cuando joven, cuando Nietzsche y Neruda peleaban por hacerse con mis tardes lánguidas. Miguel Moyano, en cambio, había querido siempre lo que ahora tenía: un negocio boyante, un caserón de tres plantas, una esposa y dos hijos, y andaba pensando en comprarse un perro

pero le costaba decidirse; en su familia nunca había habido animales.

Por mi parte, yo jamás había sabido lo que quería. Por eso estaba así, sin saber qué pensar de la vida, sin amigos en el Facebook, luchando por no convertirme en viejo verde. Y, sobre todo, realmente asustado porque la única persona que en verdad me importaba andaba sufriendo en la soledad de su casa de La Isleta. ¿Demasiado tiempo libre? Quizá. Tampoco me esperaba, al final del día, una casa con jardín ni una mujer ni dos niños. Aunque yo sí podría comprarme un perro, al fin y al cabo era un tipo al que las tradiciones familiares le importaban lo que se dice un huevo.

Miré de nuevo la pantalla negra del ordenador y aquella cara seguía allí mirándome. Por un momento pensé que lloraba. Que se le había colado una reflexión trascendente en el ojo izquierdo y le lagrimeaba. Ya había anochecido del todo. Corría el riesgo de dejarme dormir hasta no se sabe cuándo. Y a Colacho Arteaga no le gustaba que lo hicieran esperar. Así que me levanté, cerré el despacho y decidí ir caminando hasta la parada de taxis de San Telmo: si me iba a ventilar media botella de vino con mi abuelo no convenía coger el coche.

A mitad de Triana, a la altura del reloj (un artilugio que lleva parado yo creo que desde la tarde en que lo inauguraron; jamás lo he visto dar la hora correcta aunque, como dice el aforismo, debe de acertar al menos dos veces al día), me asaltaron con una propuesta irrechazable, a la manera de Vito Corleone en *El Padrino*. Una mujer oronda, achaparrada, y una muchachita con cara de perpetuo desconcierto venían obsequiando la salvación eterna con unas octavillas de no sé qué religión que mostraban la figura de un Jesús pantocrátor. Eligieron mal día para su oferta.

Se encontraron tal vez con el reflejo de la pantalla de mi ordenador y no conmigo. No conmigo porque lo que les respondí me sonó ajeno, disparatado, cruel, ¿Dice usted que todo está en la Biblia?; qué va, cristiana, todo está en el *Kamasutra*, ¿no lo ha leído?; claro, le explico: es que yo soy un pecador que no tiene perdón de Dios; sí, como lo oye; sufro de una adicción incontrolable al sexo, se lo juro; fíjese que he tenido que abandonar mi terapia de grupo porque ya estaba pensando en tirarme a mi psicólogo, un señor venerable y miope de setenta años...

La muchachilla me miraba aturdida y miraba a su compañera buscando amparo. Sin duda pensaría que, en cualquier momento, el tipo que vestía como yo, que llevaba como yo una botella de vino en un cartucho de papel, que como yo sonreía de un modo malicioso se iba a abalanzar sobre ella como un sátiro. Sobre la marcha, la mujerona la cogió por el brazo con firmeza y la apartó de mí antes de que la cosa se le desmandara. Y el tipo que calzaba mis zapatos continuó Triana adelante sin más interrupciones, pensando en que los caminos del Señor son inescrutables.

El taxista era otro pragmático desencantado. Las cosas eran blancas o negras. Sí. Pero a él siempre le tocaban las negras. Las blancas se las llevaban los políticos y los

banqueros. ¿Yo era político o banquero? ¿No? Pues mejor, porque tenía ganas de embromarse con alguien. Me contó cómo la crisis lo llevaba aperreando desde hacía más de un año. Cómo antes ganaba cincuenta euros en ocho horas y ahora necesitaba doce para llevar a casa, con mucha suerte, treinta y cinco. Se llamaba Óscar y tenía una dolencia en la espalda de tanto estar sentado. Y que no le nombrara el ejercicio. Para ejercicios estaba él después de pasarse el día con el culo en el asiento del taxi.

Y lo peor era la falta de esperanza, la sensación angustiosa de que nada iba a cambiar. Por eso les había insistido a sus hijos (tenía uno de veinticinco y una de diecinueve) en que estudiaran, en que se miraran en el espejo de su padre para que no repitieran sus errores. ¿Y creía yo que le habían hecho caso? Pues no. No les gustaba estudiar. Habían abandonado el colegio muy pronto. El mayor trabajaba de mecánico en el garaje de la Asociación de taxis y la niña, en el bazar de su novio, un venezolano que vendía periódicos y golosinas por el estadio. Seguro que yo había comprado alguna vez allí. No golosinas, claro, que no parecía yo de los que tuvieran hijos. Se refería a periódicos.

El viaje a La Isleta me salió por cinco euros y medio. Y no llegó a un cuarto de hora. Tuve ganas de hacer cálculos para demolerle a Óscar su teoría económica pero me pareció una ruindad. Ya bastante tenía el hombre con su espalda y sus herederos rebeldes. También quise preguntarle de dónde había sacado que yo no tenía hijos. ¿Tanto se me notaba? ¿Lo llevaba acaso grabado en la frente? Lo pospuse para mejor ocasión. Pagué la carrera. Y, con las prisas y el decaimiento, me dejé atrás la bolsa con la botella de vino. Vaya mierda de viernes.

A esa misma hora de la tarde, Gervasio Álvarez estaba saliendo de la comisaría. Los ejercicios de respiración no habían servido de mucho. Seguía con acidez. Lo embargaba una sensación de que algo se le pasaba por alto. Decidió dar una vuelta antes de volver a casa. La avenida de Las Canteras estaría a reventar de paseantes y no tenía ganas de bulla, así que callejeó por el Puerto hasta llegar al muelle, donde los barcos remoloneaban amarrados a la dársena. De vez en cuando algún marinero ruso o filipino, en camiseta, asomaba la cabeza para fumarse un cigarro en la cubierta. Uno de ellos lo saludó con una sonrisa de encías deshabitadas. Llevaba en la mano una botella de licor a medio vaciar, el aburrimiento y la espera abocaban al ron. Fuera de eso, la ensenada aparecía desierta. Un fuerte olor a sal y queroseno inundaba el ambiente. Sólo se oían los graznidos de las gaviotas sobre la tenue resaca del mar.

Álvarez pensó en el peregrino de Tafira, en su silencio de tumba, en sus ojos descarriados, en su piel blanca, en sus rugosos dedos. El tipo debía de ejercer un trabajo manual, pero no al aire libre. Si no, hubiera tenido marcas del sol en los antebrazos o en el cuello. La ausencia de anillo no significaba nada. Veinte años atrás

hubiera indicado que el hombre era soltero pero ahora pocos creían en esos símbolos. Su propia hija, a quien había intentado educar como Dios manda, vivía con su... ¿marido, amante, pareja, socio? desde hacía diez años: tenían dos niños, no se les había pasado por la cabeza casarse y, por supuesto, no llevaban anillo.

Siguió dándole vueltas al asunto hasta que lo exprimió del todo como un limón. Se lo sacudió todo allí, en el muelle, como se sacude la lluvia de un paraguas. No le gustaba llevarle a Susana los problemas del trabajo. Quería llegar, cenar con ella, escuchar las cosas que su mujer le contaba y que nada tenían que ver con amnésicos ensangrentados ni peleas de negros ni robos. Casi siempre apuntaban a asuntos familiares.

Ahora estaban preocupados porque a Pedrito, el mayor de sus nietos, tenían que operarlo: sufría de algo que llamaban testículos en ascensor; a la criatura no le habían bajado bien los huevos y eso podría dificultar su desarrollo. La cosa no parecía grave. Se trataba de una operación sencilla pero la anestesia general los tenía hablando solos. Mientras ella recogía la mesa y su marido ponía la cafetera al fuego, Susana se lamentó de los pobres niños. No alcanzaba a entender cómo a los doctores podía escapárseles una cosa así, con tantas revisiones que les hacen hoy en día. Todavía en su época, la cosa se explicaba: uno iba al médico sólo cuando estaba malo de verdad. Pero ahora, que al primer estornudo ya tiran corriendo con los chiquillos para urgencias, le parecía un dislate lo de los huevos de Pedrito.

Vieron una película policíaca que echaban en la televisión. A Álvarez le parecían todas falsas, con esos inspectores guapetones que ni se despeinaban, siempre con la sonrisa en los labios, siempre dispuestos a sacar la pistola a las primeras de cambio. Él llevaba una vida entera en la policía y no recordaba la última vez que la había usado. Su trabajo no tenía nada de aventurero ni de bohemio, más bien era el fruto de una rutina paciente y aburrida. Susana no conocía esa rutina. De vez en cuando miraba a su marido y se preguntaba si el falso no sería él. En los largos intermedios de la película, él le echaba un vistazo al periódico y ella le daba vueltas a lo del nietillo.

Iba a acostarse ya. Había apagado todas las luces de la casa. Se había lavado los dientes. Andaba con el pantalón del pijama en una mano. Serían las doce menos cinco cuando lo desorientó el pitido del teléfono. Por poco no trastabilla y se cae de narices. Susana dio un respingo en su lado de la cama, a esas horas nada bueno podía ser. Era el agente de guardia en la comisaría. Se presentó pero Álvarez no escuchó bien el nombre, tan aturdido estaba. Pidió varias veces disculpas por molestarlo a esas horas. Rezó para que no lo hubiera despertado del sueño o algo peor. No. Estaba bien. ¿Qué ocurría?

Había llamado el doctor Godoy desde el Hospital Insular. Había solicitado que le

dieran su número personal pero, desde luego, eso no podían hacerlo. La cosa parecía importante. Tenía que ver con el hombre que habían encontrado en Tafira pero el médico no quiso comentar nada más. Estaba dispuesto a hablar sólo con el inspector. Álvarez le dio las gracias y cortó, con más brusquedad de lo que hubiera querido. Buscó, mientras volvía a ponerse los pantalones, el número del hospital: le daba en la nariz que tendría que volver a salir. Y así fue.

El señor X había desaparecido. Mierda. Joder. No. No podían dar ninguna explicación al respecto. No. No había excusa que valiera y Godoy lo sabía. Y no. No sabían cómo había podido ocurrir. La cosa fue que a las nueve le dieron de cenar (apenas probó nada; tuvieron que meterle las cucharadas a la fuerza) y a las once ya no estaba: cuando fueron a darle la medicación, la cama estaba vacía. ¿Ropa? ¿Qué ropa iba a llevar si lo encontraron desnudo? El camisón que Álvarez había visto. Y los ridículos pañales. Y descalzo de nuevo, eso era lo que tenía a Godoy atormentado, tanta cura y tanto cuidado para nada. Ahora volvería a destrozarse los pies. ¿Visita? Sólo la del personal del hospital y el policía que habían mandado a custodiarlo.

—Pues se nos jodió el invento.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo no he mandado a nadie a custodiarlo.

Había sido una torpeza. Lo sabía. Tendría que haber enviado a alguien pero no lo hizo. Quizá porque lo vio tan poca cosa, tan desamparado, que ni se le pasó por la cabeza que aquel hombre pudiera escaparse. ¿No habían quedado en que sufría alguna especie de amnesia? Pues, ¿adónde va a ir quien nada recuerda? Tuvo que recibir ayuda, eso era de cajón. Álvarez le pidió al doctor que lo esperara en su consulta, en veinte minutos estaría allí.

Para su desgracia, la puerta de urgencias, si no quieres caldo toma dos tazas, era la única accesible a esa hora. Para su suerte, no había heridas abiertas ni sangre a borbotones ni vísceras desparramadas. Sólo un par de huesos desconchabados, un ojo a la virulé, un dolor de riñones, un ataque pejuguera de asma. Suspiró. Lo aguardaban. Lo hicieron pasar por una puerta de cristal mate que enlazaba la sala de espera con la de curas. Cruzó, mirando al techo, el estrecho pasillo, con celdas a ambos lados, hasta llegar a un ascensor enorme con puertas corredizas de metal. Rezó para que no hubiera ninguna camilla con enfermo dentro. No la había. Pero, una vez dentro, le pareció que no ganaba nunca la cuarta planta, de lo lento que era el armatoste.

Cuando llegó al cuartito de Ezequiel Godoy lo encontró enfrascado en unos documentos, sus gafas a media nariz, su pelo revuelto, el bolígrafo entre sus dedos índice y pulgar, el gesto fatigado. Le sobrevino una sensación de empatía: él también odiaba el papeleo; le parecía tremenda pérdida de tiempo cuando el reloj andaba a la carrera. Se trataba de la autorización para intervenir a un paciente, puro trámite, nada

de vida o muerte. Sin embargo, era imprescindible la firma de un familiar, para cubrirse las espaldas en caso de que la cosa no saliera como estaba previsto. Álvarez asintió. Ya le hubiera gustado a él que en la comisaría tuvieran el mismo protocolo. Alguien que se hiciera responsable de los irresponsables que detenían. Y, luego, si ocurría algo imprevisto, a quejarse al maestro armero. Pero no. Hubiera sido demasiado lindo para ser cierto.

Godoy no quiso hacer esperar más al policía. Dejó a un lado la autorización y se dispuso a contarle cuanto sabía del asunto. Antes que nada, convenía ratificar su primer diagnóstico sobre el señor X. No estaba fingiendo. Su estado era de conmoción y, posiblemente, estuviera afectado también de algún tipo de amnesia. Sobre eso, ninguna duda. Sí. Significaba que no había podido escapar del hospital él solo. Tuvo que recibir ayuda para todo: para levantarse, para vestirse, para caminar. Sobre todo para caminar. El hombre debía de tener los pies hechos un auténtico cristo. No quería ni pensarlo.

Luego estaba lo del falso policía. Era un tipo normal. Más alto que bajo, más delgado que grueso, ni joven ni mayor, tirando a canoso. Normal. Ya. Con esa descripción no iban a ninguna parte pero no sabría describirlo de otra manera. Vestía pantalón de esos que llaman chinos (Godoy ignoraba de dónde le venía el nombre), camisa blanca y chaqueta azul marino. También llevaba una mochililla de cuero negra. No. Nadie sospechó nada. Tampoco habían desconfiado de él, de Álvarez, por la mañana. ¿Por qué habían de hacerlo? A él, a Godoy, no se le ocurriría ir a ningún sitio fingiendo ser lo que no es. No se haría pasar por arquitecto o por maestro de escuela. Así que, si alguien llegaba diciendo que era policía y tenía pinta de policía, ¿por qué iba a desconfiar de que lo fuese?

El hombre apareció entre las ocho y las nueve, se presentó y se sentó en el banco del pasillo. No. En ningún momento quiso ver al paciente: quién sabe, quizá pensase que eso despertaría sospechas. El caso es que se sentó frente a la puerta de la habitación, sacó un libro y se puso a leer. Sí. Un libro. Uno de esos de bolsillo que se manejan bien entre las manos. Godoy no había visto el título. Para fisgonear estaba él con todo el trabajo que tenía en la planta. A las nueve entró la enfermera con la cena y el falso guardia estaba en su puesto. La misma enfermera le había dicho a Godoy (como Álvarez podría luego verificar) que, sobre las diez menos cuarto, miró el banco y el policía no estaba. Pero imaginó que habría ido a comer algo o al baño. Después tuvieron que hacerle la cura a una paciente con fractura de pelvis abierta y ya no tuvo tiempo para policías ni ladrones.

El médico condujo a Álvarez hasta la habitación del señor X. Nadie había entrado allí desde las once. Seguro. Godoy había dado orden de que la cerraran. Sabía que podrían borrarse huellas o tocar algo que no debieran. El inspector asintió con la cabeza pero no añadió nada. Se acercó a la ventana para comprobar una cosa. Estaban

en la cuarta planta. Y la habitación daba al aparcamiento. Abajo se veían los coches en batería y una parada de taxis. Por allí era imposible escapar, salvo que el falso policía hubiera arrojado al peregrino y luego hubiera ido a recoger los restos sobre un capó cualquiera.

¿Alguien había mirado en el baño? La enfermera que descubrió la desaparición. Lo primero que hizo fue ir a ver si al paciente le habían entrado ganas de una ducha. Para mear no necesitaba levantarse, para eso estaban los pañales. El baño estaba vacío e igual de limpio que el día anterior.

Álvarez entró en el cuartito. Efectivamente, parecía que acabaran de limpiarlo. Olía a desinfectante. No había ni una mancha en el lavamanos. El agua del inodoro aún era azul. Iba a salir cuando se fijó en un pequeño detalle: ¿y la papelera? Allí debía de haber una como en todos los baños, pero no estaba a la vista. Volvió sobre sus pasos. Se agachó debajo del lavamanos y allí, detrás de la base de cemento, la encontró. La sacó con un dedo, el balde hizo un ruido chirriante, cercano a la dentera. Y miró dentro. En la bolsa negra, hechos una pasa, apelotonados, aparecieron el camisón y los pañales del enfermo. El inspector se levantó. Resopló, el esfuerzo de agacharse no era moco de pavo. Miró a Godoy con cansancio, ¿Dice usted que el policía ese traía consigo una mochila?; pues ya sabemos lo que llevaba dentro.

Colacho estaba acabando de poner la mesa cuando llegué. Se demoró unos minutos en abrirme la puerta, a pesar de que la cocina está en el primer piso. La suya es una antigua casa de dos plantas con patio interior y techos altos. Pero él sólo ocupa, desde que mi abuela Sara murió, la planta baja: duerme en el cuarto donde dormía mi madre, se asea en un baño pequeño con todo a mano y hace vida entre la cocina y el comedor. La escalera ya ni las huele. Su excusa para la tardanza fue que no me había oído pero para mí que andaba enfurruñado por culpa de mi retraso. Cuando lo besé noté su olor a loción de afeitar y un levísimo efluvio a frutos secos, No habrás estado picando a deshoras, ¿verdad?

Él me miró con desdén y chasqueó la lengua, ¿Llegas tarde a cenar y sin el vino y encima te me pones farruco?; estoy en mi casa, carajo, a ver si ahora no voy a poder comerme unas almendras cuando me dé la gana. Le expliqué, mientras caminábamos por la galería, lo ocurrido con el vino y le recordé lo que había dicho el médico sobre atiborrarse de almendras. Él levantó las manos sin volverse, Qué coño sabrán los médicos; no soy yo el que se olvida las cosas en los taxis; a ti es a quien deberían prohibirte comer almendras; menos mal que tengo una botella de tinto de la última vez que viniste; ve a lavarte las manos, anda.

No supe por qué obedecí. Las traía limpias. Pero el viejo me lo impuso con tanta

solidez que no me atreví a contrariarlo. Por supuesto, me tocaba servir la comida, por tardón. Cuando regresé a la cocina, Colacho ya estaba sentado en su lado de la mesa, de espalda a la pared. El viejo manejaba el sacacorchos con destreza. Se tomó su tiempo en abrir la botella. Olisqueó el corcho con parsimonia, como si fuera un sumiller. Sirvió el vino en las copas. Cogió la suya. La levantó para tantear el color y el poso que hacía. Y dio un breve sorbo, que mantuvo en la boca unos segundos, No está mal; no va a sentarle igual de bien al pescado, pero menos es nada.

Me aferré a la disculpa con hastío. Lo sentía. De verdad. No volvería a ocurrir. La próxima vez que fuera a verlo llevaría una caja del mejor vino blanco que hubiera en la licorería. ¿Y paté? También paté. De oca. De ganso. A las finas hierbas. A la pimienta. De acuerdo, a la pimienta no, que repetía. ¿Me perdonaba ya? Estupendo. Ya podíamos cenar. Quise saber cómo le iba con Gloria en la casa. Una cosa era tenerla por allí los lunes y otra lidiar con la muchacha tres o cuatro veces por semana. Él no estaba del todo descontento. Comía bastante mejor que antes y tenía la ropa planchada y los pisos limpios. Lo único que le mortificaba era lo alegantina que era la chica, No para de hablar ni un minuto, m'ijo; que si mi padre esto; que si mi madre lo otro; que si el novio es un gandul; que si la suegra, una bruja; me conozco ya todas las andanzas de su familia y lo que me temo es que, luego, vaya a su abuelo a contarle las mías.

—Cualquiera que te oiga dirá que eres la Reina Madre. Ni que fuera un secreto de estado lo que pasa entre estas cuatro paredes.

—Estas cuatro paredes resultan ser mi casa. Y me jeringa que aireen mis intimidades.

—Pero ¿qué intimidades son esas, Colacho? ¿Qué dejás pelos en la bañera? ¿Qué meas por fuera del váter? ¿Qué te sudan los pies? Eso nos pasa a todos.

—Carajo, Ricardillo, ¿tienes que hablar de esas marranadas mientras cenamos? Me va a sentar mal la sama. Venga, cuéntame en qué andas metido ahora. ¿Sigues de vacaciones?

Le relaté la visita de Elsa Iglesias. La desaparición del periodista. La consideración con que me había tratado Casañas en la emisora de radio. No. No me estaba pavoneando. Sólo me había hecho gracia la actitud del tipo. Jamás había pensado que mi trabajo pudiera despertar tanta fascinación. Pero, por lo visto, así era. Colacho se interesó por la madre del periodista. Quería conocer qué impresión me había causado. A decir verdad, yo no había reparado mucho en ella. Aún estaba intentando hacerme una idea del desaparecido. Mi abuelo dejó los cubiertos en el plato y arrugó la nariz. Detrás de ese gesto inconfundible solía acechar un cuento. Y aquella noche no iba a ser una excepción.

Me preguntó si conocía a su vecina de al lado. ¿A doña Concha? Doña Concha

era la vecina, sí. Pero él se refería a su hija. Se llamaba Marta (¿o era Magda?) y trabajaba de maestra en un colegio del sur. La mitad de sus alumnos eran hijos de agricultores. La otra mitad, hijos de camareros de bar. Y la mezcla venía a ser como aceite y vinagre: los podías unir en la clase pero, al cabo de un rato, cada uno ocupaba su esquina del vaso. ¿A qué venía todo eso? Vaya por Dios, yo siempre con prisas para todo. Así me iba, carajo.

Pues venía por algo que solía decir la maestra: cuando conoces a los padres, te explicas muchas cosas de los hijos. Al parecer, los chiquillos son un fiel reflejo de lo que maman en casa. Y, mientras los agricultores daban de mamar respeto y serenidad, los camareros contagiaban ruido y lucha. Por eso yo no debía echar en saco roto a la tal Iglesias. Quizá resultase más interesante por lo que había callado que por lo que había dicho. De manera que volvió a repetirlo, ¿Qué impresión te causó la señora?

Lo pensé unos instantes. Hice memoria. Calculé gestos. Ni idea de si Elsa Iglesias era agricultora o camarera de bar. Por lo pronto, me había resultado paradójica: distante pero educada; firme pero temerosa; de origen humilde por su aspecto, pero alguien a quien, como a cualquier mujer, le gustaba arreglarse para salir. Llevaba unos zapatos muy elegantes. Sí. A juego con el bolso. Fue lo primero en que me fijé. Era una manía mía lo de los zapatos. La mujer se esforzaba en hablar con corrección. Y, en suma, no parecía distinta a cualquier madre que anda preocupada por su hijo. ¿La edad? No estaba yo seguro. Rondaría los sesenta y... Colacho me interrumpió. Él hablaba del hijo. Ah, el hijo. Pablo Quesada tendría unos treinta años. Mi abuelo casi se atragantó. ¿Treinta años?; ¿y la buena señora se alarma porque hace dos días que *su niño* falta de casa?, guárdame una cría.

Verdad que parecía una reacción desmesurada. Para el viejo, *desmesurada* era quedarse corto. Era maniática: la reacción de una madre sobreprotectora. A ver si el hijo no se había mandado a mudar a casa del carajo para quitársela de encima. Cosas peores se habían visto, ¿verdad? Sí pero no. Se habían visto cosas peores pero no me podía creer que Quesada hubiera desaparecido sólo para librarse de una madre atosigadora. Según todos los indicios, Pablo era un muchacho retraído al que le gustaba el papel de lobo solitario. Pero eso ya lo tenía ganado. Su madre le dejaba ir a su aire, no se metía en sus cosas, incluso en ocasiones lo admiraba por ello. Él no necesitaba, pues, dar un golpe de timón en su vida para reivindicar nada.

Le conté a Colacho la escena del sobre con el dinero. Lejos de enternecerse se alegró, Ya era hora de que alguien te pagara por tus servicios, coño; que aún no sé cómo puedes vivir de ese trabajo tuyo. Le sonreí. No era el primero que se lo preguntaba. Quise quitarle esa preocupación, Es fácil, viejo: la casa es heredada de manera que no pago alquiler, de la secretaria se encarga mi socio y yo con poco voy; en fin, lo comido por lo servido, pero me resulta incómodo tratar de dinero con gente que anda en apuros; me parece comerciar con su pena; por eso le dejo la cuestión de

los honorarios a Inés, que se maneja mejor. Mi abuelo me miró de arriba abajo, ¿Andas jodido porque la señora te pagó?; acabáramos, hombre; vete a la gran puñeta; no te está regalando nada, m'ijo; ha comprado tu tiempo y, viendo cómo te afecta, hasta poco te ofreció.

No quería seguir por derroteros tan latosos, así que me levanté a servir el postre. Le envidié a Colacho la cocinera que tenía, Estos huevos moles están cojonudos; por mucho que te quejes, esa Gloria vale su peso en oro. Y le di pie a mi abuelo para entrar a saco en lo que más le gustaba a él y me irritaba a mí, Pues tiene una buena edad y un cuerpo firme; nada que ver con ese ejército de esqueletos andantes que se ve ahora en las calles; una mujer de verdad, que a lo mejor está dispuesta a cambiar a un vago por otro; si te interesa, puedo hablarle de ti. Lo atajé, antes de que diera rienda suelta a su emoción, No te embales, Colacho, que te conozco; ahora no tengo cabeza para novias. Y él, apurando el último sorbo de vino de su copa, Yo no hablo de la cabeza, sino del estómago y de lo que no es el estómago; ¿qué hace un hombre como tú desperdiciando el viernes noche con un viejo?

—Resulta que el viejo es mi abuelo. Los viernes noche ya no son lo que eran. Y la sama vale la pena, te lo juro.

—Zarandajas. Necesitas una mujer.

—Vaya hombre, ¿tú también? Ya tengo bastante con Miguel Moyano y sus teorías sobre la madurez.

—Y todos estamos equivocados menos tú, ¿verdad? No jodas, Ricardo. Me da que ese tal Pablo Quesada no es el único al que le gusta el papel de lobo solitario. Y te digo una cosa: óyeme bien, los lobos solitarios acaban comiendo carroña.

Reconozco que era difícil estropearme una cena tan rica, pero Colacho Arteaga estuvo a pique de lograrlo. Si no lo hizo fue porque su guineo machacón me hizo comprender que no estaba tan mal como yo había pensado: el viejo mantenía intactas su socarronería y su capacidad para sacarme de mis casillas con cuestiones personales. Dejé la loza en el fregadero, recogí la mesa y acompañé a mi abuelo al comedor a dar cuenta de una copa de coñac, que sirve igual de bien para el pescado que para la carne. Él se sentó en un sillón de orejas que se había hecho bajar, en su día, de la segunda planta. Y yo, en la vieja mecedora de la abuela Sara.

Nos dio entonces por volvernos pensativos. Pasó un ángel pachorrudo y burlón antes de que volviéramos a hablar. Yo quise preguntarle por su salud, por si estaba acudiendo a la revisión médica, por si estaba tomándose las medicinas. Me angustiaba pensar que Colacho hubiera arrojado la toalla definitivamente, que hubiera asumido que, total, para lo que le quedaba en el convento, no hacía falta andar peleando tanto. Pero él (al menos habíamos dejado atrás el asunto de mi soltería) se empeñó en llevarme la contraria: no quiso soltar la presa de mi investigación, ¿Y

dices que Quesada no llega a los treinta?; pues es una lástima porque en el periódico dan una noticia que hubiera podido ayudarte; acaban de encontrar a un tipo medio desnudo por la carretera del centro, pero éste pasa de los cincuenta.

Me levanté a buscar *La Provincia*. Y allí estaba. En las últimas páginas. Entre los anuncios de sexo y los de televisión, a cuáles más obscenos. Así fue como tuve conocimiento del peregrino de Tafira.

Entre unas cosas y otras, Álvarez apenas pudo dormir tres horas aquella noche. El sábado amaneció un día triste, con nubarrones grises que amenazaban lluvia. Pero el cielo de Las Palmas es como los malos boxeadores, que amagan y no dan. Encima había un bochorno que apelmazaba el aire.

El inspector desayunó sin prisas. Su mujer había comprado pan de puño con matalahúva y Álvarez se comió dos enteros con mantequilla y se bebió media cafetera por lo que pudiera pasar durante el día. Susana ni se molestó en preguntar qué era aquello tan urgente que lo había obligado a salir de casa a medianoche. Prefirió regresar a las cosas mundanas. Le estaba dando vueltas a la idea de ponerse a régimen. Y visto lo que comía su marido, no parecía descabellada. A régimen, sí. Los dos, claro, si no apaga y vámonos. Ella podría cocinar pescados y carnes a la pancha y algo de verduras al vapor y sustituir huevos y papas fritas por una buena ensalada. Y él podría robarle algo de tiempo al trabajo para salir a caminar por el Parque Romano. Con una horita, tres veces por semana, sería suficiente. A la tarde, por supuesto, cuando refrescaba.

No. No tenía pensado presentarse a ningún concurso de belleza. Susana hablaba de salud, de calidad de vida. Había leído en una revista que, según las estadísticas, les quedaban veinte años tirando por lo bajo antes de que se los comieran los gusanos. Y a ella le gustaría que, al menos, los bichos tuvieran algo sano que llevarse a la boca. Álvarez no ocultó su gesto de repugnancia: la imagen le resultó asquerosa, sobre todo después de haber disfrutado de un desayuno como aquél. No obstante, prometió que intentaría encontrar tiempo para el paseo nocturno. Eso sí, prefería Las Canteras al Parque Romano: la visión de las olas lo alentaba más que la de un montón de corredores sudorosos y con la lengua fuera. Si no había más remedio que pasear, que fuera al menos con la brisa del mar.

A Susana le disgustó esa pose de cordero degollado, pero le tomó la palabra a su marido y, para que no pudiera rajarse después, decidió aprovechar la mañana del sábado para comprar playeras para los dos. Buenas zapatillas de deporte: no iban a caminar descalzos ni en sandalias, que luego las llagas les destrozarían los pies. Eso también venía en el artículo de la revista.

El inspector debía volver a la comisaría a organizar el trabajo de sus hombres. ¿El crimen no tomaba vacaciones? Boh. Eso era lo que dirían los detectives de pacotilla que salían en las películas y que tanto fascinaban a Susana. Qué machangada. Sonaba hasta ridículo: el criminal no descansa; los defensores de la ley siempre alertas; la ciudad nunca duerme. Buenos títulos para películas pero menuda mariconada. La realidad era más simple: él era funcionario y ese sábado le tocaba retén de guardia. Punto y pelota.

Lo esperaba una noticia amable, si es que podía tildarse así a la detención de un pobre diablo. En efecto, habían pillado a uno de los atracadores del supermercado, un viejo conocido de Álvarez: Armando Baeza. Se trataba de un reincidente, un tipo que no escarmentaba, que se había pasado desde los catorce años entrando y saliendo de la cárcel. Treinta y dos detenciones por distintos delitos, todos ellos relacionados con la propiedad ajena (¿propiedad ajena?; ¿se estaba volviendo idiota él también?). En resumen: un raterillo de tres al cuarto, carne de Salto del Negro.

Sin embargo, esta vez sólo era el pringado de turno, el cabeza de turco de otros más listos que él. Y con menos escrúpulos. Dos hombres lo habían embaucado para acompañarlos en la maniobra. Habían robado la recaudación del día (el robo había quedado registrado en las cámaras de seguridad del supermercado), habían salido a escape cada uno por su lado y habían quedado, luego, en una dirección para repartirse el botín. Pero cuando llegó Baeza resultó que el lugar era una casa abandonada. Al forzar la puerta, desesperado por cobrar, el ratero estuvo a punto de matarse. El suelo, carcomido y con el firme inestable, se derrumbó nada más pisarlo. El resultado: una pierna rota por tres partes y el orgullo del todo magullado. Así fue como lo atraparon. Sus gritos de dolor se oían desde la calle y una vecina llamó a la policía. Ahora estaba Baeza en la enfermería con la pierna escayolada y unas ganas locas de denunciar a sus compinches traidores. Con la descripción que estaba dando y las imágenes de las cámaras, esperaban agarrar a los dos asaltantes del supermercado antes del lunes.

Sobre el enfermo Guadiana nada nuevo. Nadie lo había visto salir del hospital. No era extraño. Andaban todos a su tarea. Y seguro que el falso policía había estudiado la forma de escabullirse de allí sin despertar sospechas. Álvarez había recorrido la noche anterior el edificio y se le ocurrieron varios lugares por donde escapar sin que nadie se hiciese demasiadas preguntas.

La cuestión ahora estribaba en saber por qué se lo habían llevado a escondidas del hospital. Era la pregunta que soltó al aire de su despacho en la reunión que había dispuesto con dos de sus hombres: Montes y Castillo. Montes andaba eufórico con la media resolución del robo. Castillo, que se había pasado parte de la noche haciendo indagaciones sobre el aparecido y desaparecido después, llegó con cara de sueño y las marcas de la almohada aún estampadas en la cara. Por eso fue Montes el más rápido

en reaccionar, el que agarró la pregunta al vuelo y dejó sentada la primera posibilidad: el falso policía no quería que lo asociaran con el paciente indocumentado. Buena hipótesis. Entonces, ¿a qué los llevaba eso? A que el paciente tenía algo importante que esconder, algo que interesaba al otro.

Bien. Eso podía explicar la sangre que llevaba pegada al cuerpo y la amnesia que se le suponía. Más tarde habría que tratar del parentesco entre ambos pero ahora había una conclusión irrefutable: estaban ante un delito (probablemente un asesinato; al final el presentimiento de Ezequiel Godoy iba a ser atinado) en el que andaban involucrados al menos dos personas: el paciente Guadiana y el policía de pega. Álvarez pidió tiempo con una mano y se quedó un instante dándole vueltas a algo. Aún estaba caliente la historia del robo y se le ocurrió una cosa. La noche anterior, con la prisa y la decepción por haber dejado escapar al autor o al testigo principal de un crimen, no había hallado tiempo para mirar el cuadro desde todos los ángulos. Había hablado con médicos y enfermeras, con celadores y limpiadoras. Había inspeccionado pasillos y puertas. Y tantas preguntas sin respuesta lo habían aturdido. Cuando abandonó el hospital, poco antes de las tres de la madrugada, ya no tenía cabeza para más cavilaciones.

Ahora sí. Ahora estaba bien despierto. Entonces, levantó el teléfono y marcó un número. Aguardó a que le contestaran. Se identificó ante la voz del otro lado de la línea. E hizo una pregunta sencilla. Resultó que sí, que estaba en racha, que los hospitales también tenían cámaras de seguridad como los supermercados. ¿Sólo en los pasillos? Con eso le bastaba. Ya tenían por donde tirar: Castillo de vuelta a Tafira por si alguien había consultado con la almohada y había recordado algo de interés; Montes a la operación del supermercado, a ver si se aclaraba todo antes de la reunión del lunes, y Álvarez al hospital a ver una película. Con suerte, alguna toma valdría para identificar un rostro o un gesto o una tara. Algo que les sirviera para empezar la búsqueda porque, lo que era hasta ese momento, no tenían nada. Cero. Absoluta oscuridad.

El Hospital Insular es un centro público pero, como en tantos otros, la seguridad es privada. Una empresa se encargaba de la vigilancia. Y, para llegar a ella, Álvarez decidió pasar primero por la gerencia del edificio. Manuel Borrego tenía su despacho en la sexta planta. Era un economista joven que llevaba las cuentas como un viejo, mirando hasta el último céntimo que se gastaba allí. De hecho, lo habían contratado para eso. El último gerente, médico de profesión, entendía la contabilidad de una manera menos rigurosa: antes la sanidad que los números. Eso no hubiera sido un defecto si no hubiera llegado a poner al hospital al borde de la quiebra, con aparatos carísimos sin nadie que tuviera la habilidad de manejarlos, subcontratas manirrota y exceso de personal.

De todo eso se enteró Álvarez antes de poder plantear la cuestión que lo había

llevado allí. Borrego era un hombre parlanchín e inmodesto, acostumbrado a presentarse con su nombre y un arsenal de méritos profesionales detrás. Un signo de los tiempos, pensó el policía: yo soy yo y mi currículum vitae. Cuando pudo centrarse en la cuestión de la vigilancia, el joven gerente se removió incómodo en su sillón de cuero, tras su escritorio de cristal y hierro, con la vista en su ordenador de última generación. Borrego quizá entendiera que se estaba impugnando su manera de llevar el hospital, algo que emborronaría su hoja de servicios.

En otras circunstancias, de no haber mediado un jugoso desayuno (tal vez el último, a tenor de la manía del adelgazamiento que le había entrado a Susana), Álvarez hubiera disfrutado bajándole los humos al pollillo, jugando con él al gato y al ratón, desmontándole al economista su historial. No en vano había sido de su hospital de donde habían dejado escapar a un paciente amnésico y malherido. Había sido su hospital el que no supo prevenir el error, y sus enfermeras las que no se fijaron en que el hombre desaparecía de la habitación, y sus celadores los que lo dejaron salir por la puerta como si nada. Sin embargo, el estado de ánimo de Gervasio Álvarez propendía esa mañana a la benevolencia. Nada más lejos de su ánimo que poner en duda el magnífico trabajo que estaba haciendo Borrego allí.

Su visita era más bien de cortesía. Porque no le hubiera costado mucho conseguir una orden del juez para requisar las cintas de vídeo. No obstante, creyó más conveniente seguir el protocolo y poner al gerente en antecedentes sobre lo que se disponía a hacer. Allí todos remaban para el mismo lado, ¿verdad? El economista pasó de golpe de un estado sólido a uno gaseoso. Aflojó los hombros. Endulzó la mirada. Agradeció la deferencia al comisario (ah, perdón; al inspector) y, por descontado, consintió en acompañarlo a las oficinas de la empresa de vigilancia y cerciorarse de que le entregaban una copia de las imágenes de la cámara para su investigación.

El problema de dormir con la radio encendida es que amaneces enredado en las más disparatadas pesadillas. Puedes haber estado soñando con la dicha, con los años felices en que tu madre vivía y te espantaba los temores acariciándote el pelo con sus dedos finos, con la muchacha azul a quien quisiste sin medida y que juró quererte por toda una eternidad que duró aquel otoño, y, de pronto, al sueño feliz se le colaba una duda, un sobresalto, la noticia del último parte horario de radio nacional. Y entonces tu madre desaparecía bajo las aguas de una inundación en Navarra o La Rioja y la muchacha azul (¿Pilar? ¿Noelia? ¿Lucía? ¿Una conjunción de todas ellas?) volvía con su novio de siempre, el mismo que tan mal la trataba cuando la conociste.

Ese sábado fui yo el protagonista de la pesadilla. Fue a mí al que atacaba un león en plena playa. Me perseguía a través de las rocas. Yo no hacía más que resbalar por

culpa del musgo y los sargazos. Los escarpados farallones me laceraban los pies. Y el animal, incansable, seguía ahí. No lograba alcanzarme pero no desistía, como si supiera que más temprano que tarde se agotarían mis fuerzas y, entonces, sólo tendría que buscar la trinchera de mi cuello y acabar con todo. No sé de dónde surgió la bestia, de qué noticia loca del parte hablado. Ignoro qué significa soñar con leones, si encarna la fuerza de tu espíritu o el tamaño de tus miedos. Sólo sé que eran las nueve y ya no tuve ganas de volver a dormirme. Apagué la radio antes de que acabara por desgraciarme el día. Me levanté. Anduve por la casa abriendo las ventanas para dejar pasar la claridad y el aire. Fui al baño. Oriné. Me lavé los dientes, que aún sabían a espanto. Me afeité. Entré en la ducha. En un momento de la rutina me dio por pensar si no era todo parte del mismo sueño. Si no iba a aparecerse el jodido león detrás de la cortina, como en la vieja película de Hitchcock, aunque sin cuchillo y sí con una garra pavorosa de uñas negras. Pero nada ocurrió.

A las diez estaba ya desayunando en la churrería del Mercado. Como siempre, un café oscuro que dejaba un poso de salitre en la taza y unas tostadas con aceite y tomate. El periódico de la mañana delante y una sensación de soledad irreversible. En la mesa de al lado una pareja, las bolsas de la compra desparramadas a sus pies, desayunaba chocolate con churros junto a sus hijos gemelos. A los chiquillos, de cuatro o cinco años (nunca he sabido calcular la edad de los niños), los habían vestido igual: la misma camisa azul y blanca con el escudo de un club marinero, los mismos pantalones colorados a media pierna, los mismos zapatitos de charol, incluso los mismos calcetines blancos. Sus padres lo harían por no fomentar la rivalidad entre ellos, por enseñarles que ambos eran iguales a los ojos del Señor, del Gobierno o de los abuelos. Pero también, pensé, estaban ahuyentando la personalidad: ¿sabrían distinguirlos con esas ropas?; ¿sabrían ellos quién era quién bajo aquel uniforme? Cuando salí del bar, los gemelos se peleaban por el último churro; bien por ellos. Al final, sí que sabían quién era quién allí y, lo más importante, qué quería cada uno.

Llamé a Elsa Iglesias y le pedí permiso para visitarla. No a ella. Me interesaba su casa. Y tampoco la casa en su totalidad. Me bastaba, puestos a precisar, con la habitación de Pablo. Quería ver el lugar donde el periodista pasaba la mayor parte de su tiempo. Sí. Esa misma mañana estaría bien. Yo sabía que era sábado, cómo no iba a saberlo. Y claro que podía esperar al lunes. Pero su hijo quizá no. No tenía propósito de asustarla, aunque el hecho de que los secuestradores aún no hubieran dado señales de vida era para asustarse. Esto último se me quedó en el quicio de la boca, preferí no recordarle su agonía. Al final, la mujer lo entendió sin que tuviera yo que darle más detalles escabrosos.

Vivía en una casa antigua de la calle Arco. Una casa roja con ventanas de piedra que se había quedado encogidita entre dos edificios de cantería moderna. Sin duda le habrían ofrecido el oro y el moro para venderla. Allí podrían construirse, como pocas,

cuatro plantas, ocho viviendas que (bien acicaladas con materiales nobles, espejos y columnas en lugares estratégicos, azulejos importados, mármol visible) valdrían un Potosí. Fantaseé con la idea de una Elsa Iglesias inexpugnable, una Elsa Iglesias honrando la figura de la heroína que daba nombre a su calle, Juana de Arco rediviva, aguantando las embestidas de los piratas especuladores, cerrando sus oídos al canto de sirena del dinero. Y recordé las palabras de Colacho.

La mujer me había pedido tiempo para poner las cosas en orden. Cuando llegué supe que la Iglesias lo había empleado menos en asear su recibidor, su salón, el cuarto de su hijo que en arreglarse ella misma. La suya no parecía una casa que necesitara un toque apresurado de retreta. Al contrario, todo estaba en perfecto equilibrio, en pareja armonía. Distancias, formas, colores escogidos al detalle. Nada había fuera de lugar allí, lo que aumentaba la sensación (¿diré mejor *prejuicio*?) de estar ante una mujer que tenía el mundo bajo control. Llevaba un vestido color canela y unos zapatos bajos nada de andar por casa. Hasta había tenido ocasión de engalanarse con un collar de piedras verdes (esmeraldas o, quizá, jades) y unos pendientes de oro blanco.

Me ofreció café a pesar de su desprecio por el brebaje insano, Lo tengo por mi hijo, ¿sabe usted?; él es muy cafetero. Le expliqué que acababa de desayunar y que no tenía intención de quitarle más tiempo del preciso para ver la habitación de Pablo. Era la última puerta a la izquierda, al final de un pasillo apretado, embellecido con media docena de acuarelas en la pared y un bargueño con fotos de familia que estrechaba el camino. No me hizo falta detenerme demasiado a observarlas para comprender hasta qué punto Pablo Quesada era quien daba sentido a aquella casa: de niño pecoso, de adolescente desgarrado, de adulto serio, con los amigos del jardín de infancia, con los abuelos en una finca, con un perro dálmata entre las piernas, con Elsa Iglesias en la Sagrada Familia, solo en el retrato de su graduación. Seguí andando hasta la puerta del cuarto con una pregunta incómoda en la boca, igual que un caramelo pegajoso que no acaba de desenredarse de los dientes: ¿y el padre?

La habitación de Quesada no distaba mucho de la de un estudiante de primer o segundo curso. Había una cama esquinada en el ángulo que formaban dos de sus paredes, cubierta de un edredón rayado en distintos tonos de azul. Y, a su lado, un armario de doble hoja en una de cuyas puertas palidecía un calendario de hacía tres años con Matisse (*Odalisca* y *butaca turca*) de fondo. Y, junto a la ventana, una mesa de estudio con un ordenador y una lámpara de Ikea. Y dos baldas de madera fijadas a la pared con escuadras de hierro negro, sobre las cuales se apilaba un montón de libros: Verne, Asimov, Lovecraft, Paulo Coelho... ¿Paulo Coelho? ¿Necesitaba Quesada de autoayuda? Por último, una columna enorme para archivar discos compactos que se habían hecho viejos, sin duda, con la llegada de nuevos reproductores de música.

En la pared colgaba una bufanda del Atlético de Madrid (¿era el tipo aficionado al fútbol o sólo le llevaba la contraria al mundo?), una pintura de los canales de Venecia y la foto de promoción de Pablo: Madrid, Ciencias de la Información, 1999-2003. Miré a Elsa Iglesias. La mujer comprendió lo que iba a pedirle y se adelantó a mis palabras levantando una mano, Si puede ayudar en su investigación, tiene mi permiso para registrar hasta el último papel, pero, si no le importa, yo lo esperaré en el comedor: hay cosas que una madre no debería saber nunca de su hijo.

Para ser una mujer controladora, caramba, la Iglesias tenía gran sentido común. El gesto que acababa de presenciar me supo a pomelo. Venía a corroborar mi impresión de que el periodista no había huido de su casa ni nada por el estilo. No tenía motivos para ello: gozaba de libre albedrío e independencia para entrar y salir cuando quisiera; si había adquirido la costumbre de llamar, sería en justa compensación por la libertad que su madre le dejaba siempre. Esa idea, unida a la ausencia de noticias de sus supuestos secuestradores, ensombrecía el panorama de una manera bárbara: en ese momento tuve la certeza de que nadie volvería a ocupar aquella habitación. Acaso por eso me conduje con toda la delicadeza de la que fui capaz.

Abrí el ropero. Una fila de chaquetas, camisas y pantalones pulcramente planchados me dio la bienvenida. Olía a ambientador de flores y a otra cosa que me resultaba familiar pero que me fue imposible definir, como un rostro de infancia que se aparece en sueños y no termina uno de reconocer. En los cuatro cajones de la izquierda se apilaban camisetas y polos deportivos sin una arruga visible. En los de la derecha, la ropa interior de Pablo aparecía doblada cuidadosamente. Me dio reparo hurgar es aquella perfecta simetría. Pero tenía que hacerlo.

Procuré dejarlo todo como lo había hallado. Volví a cerrar el mueble con la decepción de haber sacado sólo en claro que el periodista había heredado de su madre la manía del orden y que mantenía relaciones sexuales con alguien: una caja de preservativos a medio vaciar lo atestiguaba. En el escritorio también regía un equilibrio casi geométrico: el ordenador en el centro y la lámpara y un fichero a los lados, a la misma distancia. En el fichero sólo encontré folios en blanco y un par de sobres de publicidad: Pablo Quesada, como cualquier hijo de vecino adulto y con empleo, era también ametrallado con regularidad por compañías telefónicas y cajas de ahorro.

Encendí el ordenador con la firme convicción de que no podría pasar del zaguán, de que habría alguna clave de nueve letras, Cleopatra o Magdalena o Sarampión, que me impediría adentrarme en la intimidad del periodista. Mientras se ponía en marcha, eché un vistazo a la pequeña biblioteca de Quesada. Separé los libros de la estantería por sí, entre ellos, se escondía algún documento que pudiera interesarme. Los abrí uno a uno en espera de una foto o una carta entre sus páginas que hablaran de extorsiones o amenazas de algún tipo. Lo mismo hice con los CD del archivador. Por

supuesto, no encontré lo que buscaba.

No obstante, al regresar al escritorio me aguardaba una grata sorpresa. Pablo no había protegido sus flancos, ¿quién iba a entrar en su cuarto a fisgonear, con su madre acechando día y noche como un perro de presa? Un precioso atardecer de El Rincón ocupaba toda la pantalla. Me acordé de algo que solía repetir mi abuelo, Lo siento por los chicharreros pero desde donde mejor se ve el Teide es desde la playa de Las Canteras. Y tanto que era cierto. Ocultos entre las sombras que desplegaba *la montaña mágica*, allí estaban los archivos y los programas a los que solía consagrarse el periodista. Me senté en su silla, le robé una hoja en blanco y un rotulador, miré el reloj (iban a dar las doce) y me pregunté por dónde empezaría mi búsqueda.

Media hora después (le había prometido ser breve a Elsa Iglesias) apagué el aparato. Devolví el rotulador a su sitio. Y salí del cuarto con más preguntas que respuestas encima. La mujer estaba sentada en el comedor con una revista de decoración sobre el regazo. Pasaba las páginas con desgana. Su pensamiento andaba lejos, en el lugar donde creía a su hijo. Allá donde estuviese sufriendo, malcomiendo, sintiéndose olvidado. La sensación de impotencia se uniría al dolor de madre. La razón de su vida había sido proteger a Pablo de todos los males del mundo y ahora esa razón se estaba resquebrajando, si no se había resquebrajado ya del todo. Nada tenía sentido. Su único hijo la necesitaba y ella no podía ayudarlo. En sus ojos había un vacío lastimero, un desconsuelo que ni su dignidad ni su entereza podían ocultar.

No tenía taras. Ni una leve cojera ni un tic nervioso en el hombro ni una cadera más alta que la otra. El tipo sabía bien lo que se hacía. En ningún momento de su estancia en el hospital levantó la vista hacia la cámara. Procuró siempre darle la espalda y, cuando no le fue posible esquivar el encuadre, anduvo mirando al suelo para que ni Álvarez ni nadie fuera capaz de reconocer más que la sombra de una mandíbula angulosa y un cráneo ralo, irregular, al que le quedaba poco pelo que perder.

El inspector se había llevado una copia de la película a su despacho y estaba revisándola con aplicación cuando apareció Nelson Castillo. El agente había podido hablar con algunos vecinos que la noche anterior no se hallaban en casa y quería discutir con el jefe una posible línea de investigación. Álvarez le pidió que lo anotase y esperase a después. Le indicó que se sentase en una silla que estaba a su lado, Cuatro ojos ven más que dos, muchacho, y los míos ya no están para fiestas. Castillo se sintió halagado de que el inspector apreciara su ayuda. Tomó asiento en silencio y se concentró en la película, atento a cualquier detalle que pudiera ser relevante.

El falso policía llegó a las 20.25 según la hora de la grabación. Se manejaba con cautela. A veces transcurrían diez minutos sin que el tipo moviera más que la mano

con que pasaba las páginas del libro que leía. Entonces se removía en la silla, que debía de resultarle incomodísima como las de cualquier hospital (quizá las hicieran así a fin de que nadie se quedase demasiado tiempo en las salas de espera), se desperezaba y volvía a su lectura. En una ocasión se agachó a arreglarse los cordones de los zapatos. En otra se levantó, dio tres pasos hasta el mostrador donde las enfermeras hacían guardia, comprobó que todas andaban ocupadas en su tarea y regresó a su sitio. Llevaba reloj y no se molestó en ocultarlo. Lo miraba con insistencia, como si aguardase un acontecimiento. Y el acontecimiento llegó a las 21.02.

Una enfermera cruzó el pasillo con una bandeja en la mano y entró en la habitación donde el peregrino convalecía. Doce minutos más tarde volvió a salir con los platos vacíos. Se detuvo junto al tipo sentado, le dijo algo (la conversación duró quince segundos) y siguió camino a su garita. No pasó más de un cuarto de hora hasta que el hombre del libro se levantó, miró a ambos lados del pasillo, se aseguró de que nadie lo observaba y entró en la habitación. A las 21.39 dos figuras surgieron a la derecha de la imagen. El falso policía llevaba apuntalado al enfermo, que vestía un pantalón vaquero y una sudadera a rayas. Lo agarraba por la axila para que no cayera pero ambos caminaban derechos. A las 21.40 la escena ya sólo mostraba un pasillo vacío de hospital.

Una hora y cuarto. Le había bastado una hora y cuarto para disponer su truco de prestidigitación. Las imágenes lo habían tomado todo de principio a fin. Ahora tan sólo necesitaban interpretarlas. Álvarez le preguntó a su colega si tenía hambre. Se había hecho la hora de almorzar y todavía les quedaba trabajo ante el televisor; las cosas se ven más claras con el estómago lleno. Castillo propuso bajar al Deenfrente a por una tortilla de papas, una barra de pan y unas cervezas y el inspector aprovechó para avisar a Susana de que no iría a comer. Le respondió con evasivas cuando su mujer le preguntó por el menú: no tenía ganas de discutir con ella, el lunes sin falta se pondría a dieta.

Le supo a gloria la tortilla, el puro goce de lo prohibido. Mientras almorzaban quiso saber de Nelson Castillo: ¿estaba casado?, ¿tenía hijos?, ¿por qué se había hecho policía? Se dijo que apenas lo conocía, a pesar de que llevaba cuatro años en la comisaría del Puerto, y sintió remordimiento de su profesión: tanto esfuerzo malgastado en combatir al enemigo no dejaba espacio para atender al amigo fiel. Buscó aplacar la culpa a golpe de buchito de cerveza fría y oído atento. Y resultó que Castillo era soltero. Vivía en un apartamento por Las Alcaravaneras. Sí. Un estudio pequeño. Pagaba quinientos euros por el alquiler pero valía la pena por las vistas a la playa. Lo mejor, los amaneceres y que no necesitaba coche para ir a trabajar. Tardaba diez minutos andando en llegar a la comisaría. Sin coches no había atascos ni cabreos ni disputas por un aparcamiento.

Por otra parte, llevaba un par de años saliendo con una profesora de danza que se llamaba Norma pero aún no se habían decidido a dar el salto y vivir juntos. ¿Para qué cambiar algo que funcionaba? Sabía de más de uno que, luego de un largo noviazgo, había decidido casarse y antes del año ya se había arrepentido: a veces la convivencia duele más que la soledad. Y se había hecho policía gracias a un anuncio que había leído en la prensa. Lo pintaban en colores: trabajo y sueldo fijos, servicio al prójimo, aventura garantizada. Se dijo, ¿Por qué no? Se preparó para las pruebas. Se examinó un día de lluvia. Lo recordaba porque sufrió muchísimo para acabar la carrera de resistencia. Pero llegó el segundo y allí estaba, un sábado, con un bocadillo de tortilla, una cerveza y una tarde emocionante por delante.

Se sentía impaciente por reanudar la investigación. Se prestó voluntario para manejar el *zoom* de la película. A Álvarez le produjo cierta zozobra tener que contener la ansiedad de su colega pero creía que necesitaban un nuevo escrutinio general antes de pasar a los detalles. Convenía captar primero la atmósfera, el contorno de la situación. Ya tendrían tiempo para los matices. El suyo era un oficio similar al de un pintor de acuarelas: se empieza por el paisaje completo y ya vendrían los rasgos que lo definirían.

Aun así, como la habían visto una vez, pasó la película con un ritmo acelerado. En lugar de la hora y cuarto que duraba la cinta, acabaron en veinticinco minutos. Veinticinco minutos en los que los policías estuvieron tomando nota, cada uno en su libreta, de lo que pensaban. El inspector había insistido en este aspecto: no se trataba de anotar lo que veían sino lo que les sugería lo que veían. Cualquier pensamiento fugaz, por absurdo que pareciese al principio, podía ser significativo. Él llevaba muchos años en el oficio y no pocos de los casos en los que se había visto envuelto se habían decidido por esos leves lapsos de intuición o de sorpresa.

Cuando hubieron acabado de ver la película por segunda vez, intercambiaron ideas. Descubrieron que coincidían en casi todas sus impresiones. Álvarez quiso espantar primero lo obvio para centrarse luego en aquello en lo que diferían. Así, por ejemplo, los dos se habían fijado en lo más fácil de percibir, cosas que cualquier aficionado al cine de detectives (el inspector pensó con ternura en Susana) hubiera advertido de inmediato. El hombre lo tenía todo calculado antes de llegar al hospital, incluso conocía la existencia de la cámara de seguridad. Su obstinación en mirar el reloj mostraba que también dominaba las rutinas de las enfermeras y los médicos. Por eso había esperado justo a después de la cena para entrar en acción. Otra cosa evidente era la conversación de la enfermera con el secuestrador. Ambos anotaron la necesidad de hablar con ella. La mujer podía dar una descripción completa (su rostro, su voz, sus gestos) del individuo. ¿De qué habían hablado? ¿Se había interesado el hombre en algo concreto? Quince segundos daban para mucho.

El resto del análisis dependía, sin embargo, de los ojos del que observaba. Para

Nelson Castillo lo principal era la figura del secuestrador: el reloj, sus manos, el libro que leía. Para Álvarez, acostumbrado a verlo todo en su conjunto, a poner las pistas una detrás de otra como fichas de dominó, la clave estaba en el secuestro en sí. El falso policía llevaba en la mochila una muda para el peregrino, lo que indicaba que conocía las circunstancias en que éste había aparecido. Por supuesto que podía haberlo leído en los periódicos pero a Álvarez no le convencía ese razonamiento. No. El peregrino debió de escapárseles la víspera del Pino a sus secuestradores (no supo por qué pensó en más de uno), quizá sabía algo que temían que se supiese y por eso lo estaban buscando desde entonces.

El hombre había aparecido de repente en la planta cuarta del hospital y no había dudado en hacer guardia delante de la puerta correcta. No preguntó en la garita de las enfermeras por la habitación del peregrino, luego conocía cuál era. Si el inspector hubiera hecho bien su trabajo y hubiera puesto a un colega a custodiar al señor X, el centinela se habría apostado allí, en la misma silla que el secuestrador había elegido. Pero no había ocurrido así y el tipo de la mochila lo sabía. ¿Cómo? Ésa era otra cuestión. La explicación más simple era que había estado rondando el hospital desde unos días antes. Seguramente ya estaba allí cuando Álvarez había ido a entrevistarse con Godoy. El inspector descartó una opción más enrevesada: que el secuestrador tuviera alguna conexión con el personal del hospital o, aún peor, con el de la comisaría. No. Aquella sombra que se movía en la pantalla del televisor tenía toda la traza de trabajar sola, sin testigos de los que preocuparse.

Una vez analizados esos aspectos, decidieron volver sobre la película. Que hablara la tecnología. Fijaron la cámara en lo único que podía verse con claridad del tipo aquel. Sus manos eran finas, con dedos largos. El reloj era grande: brillaba incluso en la penumbra del blanco y negro de la cinta. Primera conclusión: el secuestrador podía ser cualquier cosa menos un vulgar matón. Sin embargo, advirtieron un detalle que se daba de trompadas con esa afirmación: sus zapatos. Oscuras, quizá negras, las botas que llevaba desentonaban con el contorno: eran toscas, de excursionista o de obrero, con claras manchas de polvo o tal vez barro. Volvieron una y otra vez sobre ellas y coincidieron en que el hombre también se había percatado de esa circunstancia y se sentía incómodo: lo que habían pensado que era el acto de abrocharse los cordones resultó ser, visto más de cerca, el empeño por limpiarse las manchas. Álvarez recordó que estaban arreglando la calzada que daba acceso al hospital. Podía ser eso: el secuestrador podía haberse embarrado las botas durante la espera. No obstante, anotó en su libreta que debía comprobar lo de las botas sucias.

Por último, dedicaron un rato a analizar el libro. Obviamente la cámara no llegaba a tanto como para descifrar el título. Intentaron acercarla hasta que ya no se pudo más pero les fue imposible leer nada. Por lo que pudieron distinguir no era un libro de

bolsillo ni una novela cualquiera. No llevaba imágenes en la portada que los guiaran a un autor o una editorial. Tenía las tapas de cuero negras, con letras doradas o plateadas y un cordoncillo para marcar las páginas. Pensaron en un manual, un libro de coleccionista o... A los dos policías les llegó la misma sensación en el mismo momento. Sí. Era de locos. Una cosa absurda. Pero lo que aquel tipo siniestro leía con tanta atención parecía una Biblia.

Antes de abandonar la casa de Quesada intenté aclarar algunas dudas con su madre. ¿Solía hablarle Pablo de su trabajo? ¿Conversaban alguna vez, durante la cena o ante el televisor, de los asuntos en los que él andaba metido? ¿Le consultaba cuando se sentía perdido? Tres veces no. Ya había reconocido Elsa que su hijo era muy reservado para todo. Y el todo incluía a sus amigos, sus novias y también su trabajo. Discutían de política (ella aspiraba a que la derecha volviese a gobernar este país; eran los únicos que podían salvarnos del desastre), de proyectos (tenían un viaje programado a Barcelona para el puente de Todos los Santos; actuaba Sting y a Pablo le entusiasmaba su nuevo disco) o de la familia. Aproveché la puerta que me abría para tratar el tema del padre de Pablo. Ella arrugó la nariz y se pasó la lengua por el labio superior. Su padre había muerto hacía mucho. Un cáncer de colon se lo había llevado por delante antes de cumplir los cuarenta. Sí. Una auténtica desgracia. Pablo era un bebé. Ni siquiera gateaba. Jamás llegó a conocerlo.

Una cosa estaba clara: la Iglesias no sabía mentir. No fue que titubeara sino todo lo contrario: lo dijo demasiado rápido, sin pestañear, sin pararse a medir las palabras, como si lo tuviera aprendido de memoria, como si estuviera acostumbrada a contar la misma trola una y otra vez y la tuviera interiorizada. ¿Una desgracia y ni un solo retrato para recordar al desgraciado? Anda ya. No la creí. Preferí en todo caso no hurgar en aquella herida dolorosa: era un asunto que pertenecía a la estricta intimidad de su familia y yo estaba convencido de que nada tenía que ver con la investigación. Pensé quizá en un padre que se había despreocupado de su responsabilidad. Alguien capaz de abandonarlos, de dejarlos en la estacada. Y eso me condujo inevitablemente a una madre que había tenido el valor de apenar con la crianza de un hijo ella sola, sin ayuda, en una época complicada y antipática, tal vez fregando escaleras o sirviendo comidas en un bar. Y entonces decidí que iba a llegar al final de aquel túnel. Por Elsa Iglesias. Por todas las madres.

Le prometí tenerla al tanto de lo que fuera averiguando por el camino. Pero no le hablé de lo que había descubierto en los archivos del ordenador de Pablo: necesitaba tiempo para distinguir cuánta de aquella información era trivial y cuánta nos revelaría algo sobre la desaparición del periodista. La última pregunta tenía que ver con algo que ya había salido a colación dos veces en los últimos días. ¿Era Pablo aficionado a

la pintura clásica? Que ella supiese, no. De música y libros me podría hablar, ya había podido ver su biblioteca y su colección de discos. Pero de cuadros nada entendía. Ni clásicos ni modernos. Ella estaba siempre peleando con él porque quitara el calendario de Matisse que ya amarilleaba en su ropero. Pero, fuera de aquel empecinamiento, desconocía que su hijo tuviera interés por la pintura. Pensé que, para no ser aficionado, el hombre mostraba gran inclinación por el arte religioso. Sobre todo por un pintor: Juan de Miranda. Y por un cuadro en concreto: *Nuestra Señora de la Luna*.

Llamé a Colacho para saber cómo había amanecido. Mi abuelo tenía la voz ronca y pocas ganas de hablar, En La Isleta amanece igual que en Arenales; ¿o es que tú también te has creído esa chorrada de Gran Canaria, continente en miniatura? Vaya hombre: el viejo tenía dos pies izquierdos esa mañana así que, cualquiera que hubiese puesto primero en el suelo, el resultado era un monumental cabreo. Respondía con monosílabos cortantes, Sí, Claro, Bueno, Ya. No quise prolongar el monólogo. Me cercioré de que iba a estar bien. Y, cuando fui a despedirme, supe la gran noticia: los amigos del casinillo habían decidido trasladar la partida de dominó a su comedor, de modo que esa tarde no necesitaría nada.

Me sobrevino una sensación mestiza, llena de recovecos como las casas antiguas. Por un lado, la tranquilidad de saberlo acompañado. Por otro, el desconuelo de que esa compañía no era la mía, de que prefería a sus amigotes antes que a su nieto. ¿Iba a ponerme celoso a esas alturas de la guerra? En realidad lo importante era el bienestar de Colacho, no el encargado de proporcionárselo. De modo que busqué otra cosa en que pensar y comencé a caminar por la ciudad hasta el barrio viejo. Tomás Morales, una calle siempre bulliciosa a causa de sus institutos y sus bancos, los sábados andaba soñolienta. El sol se reflejaba en las baldosas y hacía daño a los ojos. Y no había amparo de sombra por ninguna de sus riberas. Aceleré el paso hasta llegar a Pérez Galdós, más estrecha, más fresca, con más lugares para guarecerse del resol. Comenzaban a abrir los restaurantes. Los camareros colocaban las mesas en el paseo, escribían con tiza el menú en las pizarras, bostezaban el sueño que no habían dormido la noche anterior.

A la altura de San Bernardo el panorama cambiaba. Comenzaban a sentirse los ecos de Triana, los coches, las tiendas, la gente con las bolsas de la compra. San Bernardo siempre me traía un regusto ácido. Hacía varios años había allí un limpiacoches, Rafael, un hombre desdentado y larguirucho, que dormía en el asiento trasero de un SEAT abandonado, comía a los pies de un árbol del paseo y a veces me servía de confidente. Era un buen hombre con mala suerte. Jamás le había hecho daño a nadie. Todos en el barrio lo adoraban. Su muerte fue un mazazo para los vecinos. Yo investigaba el caso de un abogado pijo que había aparecido muerto en su despacho, cuando un mal nacido lo levantó por los aires sin conmiseración. A quien

quería atropellar era a mí y ojalá lo hubiera hecho: ahora Rafael seguiría sonriendo con media dentadura y yo no tendría esa garra de culpa jalándome del pecho.

Seguí andando camino de la Catedral. Quería visitar antes del almuerzo el Museo de Arte Sacro. Me tenía intrigado ese pintor, Juan de Miranda, desde que descubrí los archivos que Quesada guardaba en su ordenador. Había leído, en uno de los documentos que Pablo consultó el día anterior a su desaparición, uno que comparaba a Miranda con Murillo, de la existencia de un San Juan Nepomuceno expuesto en el Museo Diocesano. Quería averiguar por qué un periodista retraído y huraño andaba interesado en aquel maestro barroco de mediados del XVIII.

Yo siempre había pensado que el Patio de los Naranjos era un lugar de culto de la Mezquita de Córdoba. Ese sábado aprendí que quienes ponían nombre a los recintos sagrados tendrían toda la buena fe del mundo pero ninguna originalidad. El mantenedor del Museo Diocesano, Jorge Ortigosa, un tipo de aspecto distante, una nuez que parecía querer huir del cuello y la mirada despierta (sus ojos lo atrapaban todo detrás de unas gafas de pasta negra), me contó que había patios de naranjos desperdigados por toda la geografía española. Incluso en lugares donde los naranjos no se daban bien. Había en Córdoba y en Sevilla, pero también en Oviedo y, como yo acababa de descubrir, en Las Palmas. A Ortigosa le apasionaban el arte y los sábados, que era el único día que podía dedicarse en cuerpo y alma a enseñar su Museo. El recinto que me mostraba con placer había sido construido en el siglo XVII y tenía, por su forma y sus materiales, todas las huellas de un patio canario.

Estaba rodeado de varias salas (la de la Seda, la Capitular, la de Contaduría) y tenía acceso directo a la Catedral por la Puerta del Aire. No. El nombre esta vez era original igual que su piedra de cantería azul, un componente que la hacía única. Yo no debía llamarme a engaño: todo allí era único. Ortigosa fue mostrándome el Museo sala por sala. Hablaba con la pasión de un enamorado hasta tal punto de arrobamiento que creí que, en cualquier momento, llegaría al trance y levitaría. Tuve que decirle que me estaban esperando unos amigos a almorzar (me resultó patético tener que inventarme la amistad) para que fuera al grano. Yo estaba interesado en la Sala de Contaduría, en una pieza de Juan de Miranda. Exacto. El San Juan Nepomuceno. No. Yo no tenía ni la más remota idea de la leyenda de ese santo. El nombre me parecía horroroso pero obvié confesárselo a Ortigosa. E, ironías del destino, la santidad del Nepomuceno tenía que ver justamente con la confesión.

El Nepomuceno era confesor de la reina de Bohemia y se negó a romper el voto de secreto cuando los enemigos de su majestad se lo pidieron. Quien dice pedir, claro, dice ordenar, exigir, imponer, que las luchas políticas de la época no entendían de miramientos. Al final, entre unas cosas y otras, al pobre fraile acabaron por tirarlo de cabeza desde el puente más alto de Praga. Temí por un instante que la enciclopedia

Ortigosa enloqueciera y quisiera narrarme la historia entera de Bohemia pero, cuando me vio mirando con atención el cuadro, comprendió que mi interés iba por otro lado. Me permitió que lo observara en silencio. Él mismo parecía redescubrirlo con mis ojos. Señalaba los trazos, los detalles, como buscándole macas. Sonreía ante el espectáculo de luces y sombras. Acariciaba el marco envejecido con visible orgullo.

Era un lienzo de tonos azulados, aire celestial y gran recogimiento. Miranda dominaba el claroscuro. Se podía comprobar en la camisola blanca del santo que contrastaba con su sotana y su manto azul marino. A la izquierda, dos querubines sonrosados le ofrendaban (o quizá sólo se lo estaban mostrando) un largo crucifijo ligeramente ladeado. A sus pies, un libro abierto sobre cuyas hojas descansaba una flor y lo que parecía el bonete del santo. El Nepomuceno miraba al infinito con sus ojos extasiados. A modo de aureola, cinco estrellas minúsculas que a mí, hombre poco dado a la exaltación, me recordaron a la bandera de la Unión Europea.

Ortigosa disertó sobre las influencias andaluzas que había asumido Miranda durante su estancia en Sevilla. Resultaba que el maestro había tenido problemas con la justicia de la isla (ni un pintor de santos se salvaba de eso) y había sido encarcelado. Al salir, optó por poner tierra de por medio y marchó a la Península a seguir sus estudios. Gracias a esa odisea aprendió el tenebrismo sevillano como pocos. Gracias a esa odisea (Ortigosa repetía la fórmula igual que un profesor ante un alumno, para que la recordase siempre luego), el Museo de Arte Diocesano podía enseñar una muestra de su destreza. Mi curiosidad estuvo a pique de matarme, como al gato. Ya iba a preguntarle qué asuntos eran esos que lo llevaron a presidio pero me mordí la lengua. Y en eso llegó el portero a informarnos de que ya cerraban.

Mientras caminábamos hacia la puerta le lancé al mantenedor la pregunta que llevaba quemándose en la boca desde hacía una hora. ¿Conocía una obra de Miranda titulada *Nuestra Señora de la Luna*? Ortigosa me miró como miraría al demonio si se le hubiera aparecido, en plena noche, a los pies de la cama. Si no era miedo lo que leí en sus ojos, se le parecía bastante, Ese cuadro no existe, señor Blanco; han debido de informarle mal; Juan de Miranda tiene varias Inmaculadas (sin ir más lejos, aquí al lado en la Catedral de Santa Ana hay una de ellas), pero *nunca* pintó una obra con ese título. Las enes de su Nunca sonaron terriblemente nasales, salidas de muy adentro.

Una cosa era cierta: las enciclopedias se limitan a ilustrar al ignorante, a mostrarle su error, a encaminarlo en caso necesario por otra vereda, pero jamás se enojan con él. Y el cura no supo ocultar su irritación por mi pregunta a destiempo. Eso significaba que a Ortigosa le ocurría lo que a Elsa Iglesias: tampoco sabía mentir. Y yo empezaba a estar harto de que me tomaran por imbécil.

Los dos hombres se miraron desconcertados. El más joven buscaba una respuesta en los ojos del mayor. Éste no supo dársela. La imagen del libro parpadeaba en el televisor. Fuera la tarde comenzaba a oscurecer. Álvarez decidió que necesitaba un café con urgencia. Se levantó de la silla, tenía los músculos de las piernas entumecidos. Salió al pasillo casi cojeando. Se dirigió a la máquina de bebidas que había a la entrada de la comisaría. Introdujo unas monedas y marcó el número de lo que quería: el siete, un capuchino con extra de azúcar. Mientras veía engendrarse una espuma castaña y revoltosa sobre el vaso de plástico, el inspector pensó en las consecuencias de lo que acababa de suceder.

Porque lo de la Biblia, aun siendo un aprieto para ellos, no era lo peor que podía ocurrirles. Partiendo de la base de que las letras del libro eran irreconocibles, ¿qué ocurriría si fuera un Corán lo que sostenía en sus manos aquel hombre? ¿Y si estuvieran ante una panda de fanáticos religiosos? Hasta ahora no se tenía constancia de esos cambalaches en Canarias (la numerosa población musulmana que habitaba en las islas se había comportado siempre de un modo pacífico y civilizado) y creían estar a salvo de fundamentalismos rabiosos. Pero también descartaron la existencia de mafias y no hacía ni dos años habían tenido que dismantelar una en el sur de Gran Canaria. Necesitaba hablar con alguien que estuviera familiarizado con asuntos de esa índole.

Recorrió el pasillo hasta llegar a las escaleras. Subió andando los tres pisos. Cruzó la sala grande y acristalada, ahora sin luces, donde solían reunirse cuando las cosas se ponían muy feas. A Álvarez le producía desazón aquella estancia, siempre asociada a crímenes y ruindades desalentadoras. Verla apagada le inspiró cierta serenidad. Así llegó al despacho de Ulises Gordillo. Si alguien podía informarle acerca de grupos radicales *latentes* era él. Gordillo llevaba más de diez años dedicado a estudiarlos. Solía recibir pullas de los colegas porque, decían, trabajaba menos que la chaqueta de un guardia. Tantos años consagrados a un tipo de delitos que jamás se habían producido. La respuesta de Ulises, resignado a recibir las bromas hasta el día del Juicio Final, siempre iba por el mismo camino, Claro; jamás se han producido porque yo estoy aquí para evitarlos.

Gordillo defendía su torreón con uñas y dientes ante cualquiera que dudara de la necesidad e, incluso, de la eficacia de mantener un puesto como el suyo: Canarias, no debíamos olvidarlo, era una zona estratégica para la defensa de Occidente, con tanto extremista a un tiro de piedra en Mauritania. Ningún Jefe Superior se había querido pillar los dedos suprimiendo un área de investigación tan sensible, con la opinión pública siempre alerta a denunciar amenazas terroristas. Un simple petardo de protesta contra uno de los consulados *fuertes* (el americano, el británico, el alemán) y

se montaría una carajera tal que los gritos llegarían hasta Washington. Y nadie estaba dispuesto a asumir esa responsabilidad. Así pues, Ulises se había mantenido firme durante ese tiempo en su puesto de vigía.

Pero el vigía, por lo visto, no trabajaba los sábados por la tarde. Su puerta se encontraba cerrada. El inspector preguntó en el despacho de al lado y un policía legañoso y abúlico, luego de mirar la hora, le respondió que probablemente hallaría a Gordillo en la terraza del Hotel Santa Catalina. Allí solía reunirse los fines de semana con colegas, amigos, confidentes (a veces confluían las tres circunstancias en una sola persona) para tomar gin-tonics y mantenerse al día. Álvarez no quiso darle vueltas a lo que le pareció, a primera vista, una fantasmada, una excusa barata para ponerse ciego a copas, una escena de película mala de espionaje. Regresó a su despacho. Indagó en su agenda hasta hallar el teléfono de Gordillo. Y marcó el número.

Rezó para que los gin-tonics no se le hubieran subido aún a la cabeza y le diera una respuesta concreta y clara a una pregunta clara y concreta. Quería saber si había algo en sus archivos (un movimiento inusual de cuentas, un mensaje sin codificar, un visitante inesperado en la isla) que pudiera presagiar algún ataque inminente. Gordillo, al oírlo, pensó que se estaba burlando, que era Álvarez el que se había mamado media docena de ginebras esa tarde. El inspector tuvo que asegurarle dos veces que no, que no andaba de coñas, que tenía delante la imagen de un secuestrador en un hospital con un libro en las manos y necesitaba descartar que fuera un Corán. Ulises no podía dar crédito a la ingenuidad de la pregunta (y, de paso, a la candidez del inspector), ¿Me está preguntando si el tipo que ve ahí puede ser un terrorista de Al Qaeda o algo así?; a ver, Álvarez, ¿aún sigue en pie ese hospital?, pues no joda; lo que su hombre debe de tener en las manos es *La Celestina*.

Álvarez insistió hasta que le quedara resuelta la última duda. Y Gordillo le fue explicando paso a paso, con una voz apaciguadora acaso por los efectos del alcohol, que había hecho bien, pero que muy bien, en preocuparse. Que esos tipos no se veían pero estaban (si no, que fueran a preguntar en Casablanca donde les habían zumbado dos bombazos que aún les escocían). Que era preciso estar alerta ante la más leve vibración. Y que, por eso, la sección antiterrorista que él dirigía tenía instalado todo un dispositivo de seguimiento alrededor de mezquitas, de centros de reunión, de imanes, de congregaciones. Le reveló cómo actuaba esa gente, cómo acostumbraba a moverse en los lugares en los que cometían atentados, cuál era su filosofía suicida y *redentora*, la extrema juventud de sus milicianos, el fanatismo exacerbado. Nada de eso encajaba con el perfil de su secuestrador. Vamos, hombre, ¿una mochila en la que sólo escondía una muda para el secuestrado?, ¿estábamos locos o qué?

El inspector se sintió ridículo pero satisfecho con la respuesta. Prefería pasar por tonto un rato que vivir el resto de su vida con la losa de haber dejado actuar a un

terrorista. Podía asumirse, pues, que el hombre del libro no era ni un fundamentalista ni un matón de barrio. ¿Por qué, entonces, había raptado a un pobre amnésico? ¿A qué venía leer la Biblia durante el secuestro? ¿Era un descuido, una señal, una advertencia? El tipo sabía que lo estaban filmando y, aun así, ni se tomó la molestia de ocultar su lectura. ¿Pretendía dejar claras sus intenciones? ¿Tan seguro de sí estaba para permitirse esa chulería? Dicen que los dioses, para perder a los hombres, los dejan ciegos o los vuelven vanidosos. Y estaba claro que el tipo de las botas sucias no era ciego.

El siguiente paso resultaba bastante más simple: debía enviar a la policía científica al hospital a que pusiera la habitación aquella patas arriba. El secuestrador tampoco había tomado la precaución de ponerse guantes. A ver si con suerte localizaban una huella, un pelo, un hilo de la tela de la mochila, cualquier cosa que pudiera ponerlos sobre una pista fiable que los condujera a alguna parte.

Ese fin de semana ya no habría más trabajo. Así se lo dijo a Nelson Castillo. Le recomendó que invitara a cenar a Norma a un buen restaurante y que se olvidara de los problemas de la comisaría hasta el lunes. Él procuraría hacer lo mismo. Castillo lo miró con cierto cansancio. Hizo una mueca cómica con los labios, Buff, quite, quite: ¿no le dije que Norma es bailarina?; ella no come; se alimenta del aire. Álvarez cerró los ojos sin responder. Se preguntó si el mundo no se habría vuelto loco definitivamente. ¿Qué perreta les había entrado a todos con lo del régimen de adelgazamiento? Media humanidad no tenía nada que comer y la otra media no quería comer nada. El asunto tenía su gracia, si no fuera tan perverso. Recordaba su infancia en la casa de sus padres. ¿Cuántas veces había tenido que matar el hambre con un tazón de leche y gofio porque no había otra cosa en la despensa? En ocasiones, sólo quedaba gofio y él lo religaba con azúcar para que el estómago no protestase durante la noche. Si el niño Álvarez le llega a proponer a su madre una dieta, doña Juana le hubiera saltado los dientes de un bofetón.

A las siete y media llegó a su casa. Susana estaba hablando por teléfono en el salón. Con un dedo le señaló el sofá, donde una caja de zapatos sonreía, la tapa medio abierta. Envueltas en papel celofán anaranjado había un par de zapatillas de deporte. El policía sacó la del pie izquierdo, menos mal que no era supersticioso. La balanceó en su mano tomándole el peso. La observó por arriba y por abajo. La acarició. A pesar de que era su número, el cuarenta y uno, le pareció gigantesca, con la lengüeta demasiado ancha y los cordones demasiado gruesos. Lo alivió pensar que al menos no era un modelo chillón, indiscreto, lleno de lucecitas parpadeantes como las que había visto a corredores nocturnos en Las Canteras o en el Paseo Marítimo. Eran blancas con un dibujo gris y negro en el empeine.

A Gervasio Álvarez le aguardaba otra sorpresa. Apoyada en el brazo del sofá había una bolsa color nogal con las palabras Días de Oro escritas varias veces en

distintos tamaños y tipos de letra. El inspector miró a su mujer con gesto titubeante y Susana lo invitó a abrir la bolsa. Doblada por la mitad, aún con la etiqueta colgando de la manga, encontró una sudadera a rayas, idéntica a la que llevaba el peregrino cuando lo secuestraron. Pensó que debía de haber miles como esa danzando por ahí. De la misma marca. Con los mismos trazos horizontales. Sería inútil investigar la procedencia de la prenda. Seguramente, en sus futuras caminatas con Susana se iba a encontrar cuarenta sudaderas iguales. Y supo que, hasta que no solucionara aquel caso, cada una de ellas iba a dolerle como las agujetas.

Susana seguía al teléfono. Tenía cara de resignación: alguna amiga le estaría contando el problema de siempre con su marido o su hijo. Ella insistía en la misma respuesta, Paciencia, mi niña; ánimo, mujer; ya verás que el tiempo lo cura todo. Sus ojos revelaban que no se estaba creyendo aquella letanía. Que lo que en verdad le nacía de las vísceras era decirle a la vieja amiga del problema viejo, Mándalo al carajo de una vez por todas; mándalo al carajo, sí; un mequetrefe así no se merece lo que estás sufriendo. La fórmula, desde luego, valía igual para el roto de un marido que para el descosido de un hijo.

Álvarez se sintió afortunado. Su vida no era como en las películas, cierto, pero tampoco creía haber amargado la existencia a su mujer. Llevaban juntos mil años y podía contar las discusiones serias con los dedos de una mano y aún le sobraban dedos para discutir más. Creía haber sido un buen padre, significara lo que significara ser un buen padre, que eso aún no venía en ningún manual. Y Susana lo había ayudado en la tarea. Formaban un buen equipo ellos dos. Habían capeado los malos vientos juntos y habían sabido, gracias a Dios, mantener la nave a flote. Sintió ganas de abrazarla. Se acercó a ella. La besó en la frente. Le lanzó una sonrisa pícaro que ella recogió al vuelo. Y ambos supieron que esa noche habría mambo. Que cenarían con vino, charlarían de todo y harían el amor, tal vez sin la pasión de mil años atrás, pero también sin prisas, saboreando cada beso con dulzura como si fuera el primero.

La partida se había alargado hasta bien entrada la tarde. A las nueve aún estaban los viejos en el comedor de Colacho discutiendo sobre dominó, sobre política, sobre los achaques de la edad. Mi abuelo solía lamentarse de lo quejicas que eran sus compadres. No entendía cómo refunfuñaban tanto con los jóvenes que eran. El menor de ellos tenía setenta y cinco pero para Colacho Arteaga era un chiquillo. A veces se extrañaba de su manera de pensar igual que podría hacerlo yo de la de un adolescente. Siempre creí que, después de una edad, cumplir un año más era parte de la rutina de la vida. Pero en esto también parece que andaba equivocado.

Cuando colgué el teléfono me quedé a oscuras, en el sillón de la sala, con los pies cruzados sobre la mesa de cristal, dándole vueltas a lo de cumplir años. No se trataba

de la crisis de los cincuenta ni nada parecido. Ya había pasado por eso y aún no me había dado por tatuarme una sirena en el bíceps ni por comprarme un descapotable rojo ni por echarme una novia de veinticinco. De hecho sostengo la convicción de que las crisis tenían causa de ser en otra época, más simple y tal vez más feliz. Antes podían explicarse porque a hombres y a mujeres sólo les eran dadas tres edades (o niños o adultos o irremisiblemente viejos): hasta los diecisiete tocaba tantear y tontear con la vida; a los dieciocho emigraban de casa de sus padres para formar una familia, y, una vez criados los hijos propios, a los cuarenta y cinco sólo había que esperar turno a las puertas del cementerio. Tres edades, así de sencillo y así de cruel. Por eso el abismo que había entre ellas era aterrador. Y por eso la gente (los hombres, sobre todo) se despeñaban sin remedio. Pero ahora las edades (como la vida entera) se confunden unas con otras: nadie se va de casa antes de los treinta, las mujeres tienen su primer hijo cada vez más tarde y mi abuelo es incapaz de comprender lo que le pasa por la cabeza a un *chiquillo* de setenta y cinco años. Tengo la impresión de que vivir es estar en crisis permanente.

A través de la ventana llegaba el reflejo titilante de alguna farola, el ruido de los coches que aguardaban a que el semáforo de Galicia con Mesa y López se pusiera en verde, las voces de la gente que salía de trabajar, que se preparaba para tomar una copa en la Plaza de la Victoria o en Farray. Era sábado por la noche. Tiempo de airearse, de distraerse, de encontrarse con los amigos.

Sonó el teléfono. Como invocada por un encantamiento, surgió la voz de Miguel Moyano. Mi socio sabía que me encontraría en casa. Solo. Sin planes. Me jodió su convencimiento: Miguel no habló de una intuición sino de la certeza de que me iba a hallar allí. Enumeró la lista de mis miserias con regodeo: en casa un sábado por la noche, aburrido, sin nada que hacer. Y menos mal que no podía verme en la oscuridad de mi sala de estar: hubiera pensado en un desvarío irremediable. Por supuesto, llegaba en su caballo blanco (un Mercedes que parecía una guagua de grande) a deshacer mis entuertos como Don Quijote. Él y Dulcinea (Concha, su mujer, estaría detrás de la llamada) habían quedado para cenar con una amiga. Algo informal.

No la amiga, la cena. La amiga era muy formal. Acababa de separarse, una historia confusa y turbia que Moyano se negó a relatarme. Se llamaba Beatriz Guillén. Farmacéutica. Culta. Divertida. Guapa. Por si su negocio y sus bondades interiores no fueran suficiente reclamo, Miguel recalcó lo de guapa. Si no llega a estar Concha al quite, estoy seguro de que me hubiera proporcionado algún rasgo más sugerente. Querían celebrar el divorcio de Beatriz como se merecía. Con una velada entretenida, regada con buen vino, en una terraza de Mendizábal. Ya habían reservado mesa para cuatro, así que ni se me ocurriera poner excusas tontas. El cansancio no valía. El exceso de trabajo tampoco. Y, como ya había quedado claro que mi plan eran la tele, el sofá, un bocadillo de atún con mayonesa y una cerveza, no

iba a admitir un No como respuesta. ¿Estábamos?

Pues tenía media hora, a las diez y cuarto pasarían a recogerme para ir a Vegueta. Tiempo para una ducha, un afeitado y un atuendo conforme a la ocasión. No. La cena con Beatriz no exigía rigurosa etiqueta. Eso sí, por favor, la camisa por dentro. Miguel odiaba que siempre anduviera yo con los faldones de las camisas al aire y, no, la comodidad no era disculpa para ir vestido siempre como un machango. Obedecí en lo que pude. Elegí unos vaqueros color crema y un polo de rugby blanco y azul para no tener que meterme nada en los calzones, y a tenor de los halagos de Concha, acerté de pleno.

La sonrisa era lo más hermoso de Beatriz. Sin duda. Una sonrisa abierta aunque algo frágil. Parecía que en cualquier momento podría descomponerse y eso le confería un aire de escultura de arena. El asunto de su separación la había dejado algo machucada. Tenía necesidad de sanar pronto, de vivir, de paladear la vida como no había podido hacer en los últimos años. Se había casado con el primer hombre que llegó a su vida. Había seguido al pie de la letra la receta que le habían enseñado desde chica. Y tarde (si bien no tanto como para no poder rehacerse) se había dado cuenta de que no era feliz. Sentía que le habían tomado el pelo, que le habían vendido una moto que se calaba a las primeras de cambio. Tenía ganas de vivir, sí. Por eso comía y bebía con deleite y hablaba de todo como si lo estuviera descubriendo en ese instante. Mientras cenábamos, noté cómo Miguel y Concha nos observaban. Quizá albergaran la esperanza de que dos tristezas debidamente engarzadas dieran una alegría.

En toda conversación hay quien disfruta hablando y quien se limita a escuchar. Yo no andaba muy hablador aquella noche, así que me pasé la cena bebiendo vino y con la atención puesta en mis compañeros de mesa. Moyano estaba especialmente nostálgico: se pasó la velada recordando sus años mozos, cuando militaba en un partido a caballo entre el comunismo más radical y el cristianismo de base (todos los componentes venían de colegios de curas). Recordaba, sobre todo, el golpe de Estado de Tejero y sus aprietos para deshacerse de tanto material subversivo que cobijaba en su piso de estudiantes: el cartel del Che Guevara con boina y puro fue lo primero en salir por la ventana a un solar vecino donde se lo tragó la lluvia de febrero. Concha, ajena a las tribulaciones políticas de su marido, se había hecho cargo de la recuperación anímica de Beatriz: cada bocado de ensalada, croquetas o secreto ibérico venía aderezado con un consejo imprescindible para que ella superara su duelo. Y Beatriz sonreía agradecida. A veces, la sonrisa devenía carcajada (Concha se pasó de bruta cuando habló de lo que debería hacer con los hombres, todos, sin excepción, a partir de entonces) y su pecho anduvo danzando peligrosamente en la cornisa de un escote precioso. Yo seguí bebiendo vino y procurando apartar la vista de sus tetas, no fuera que, después de todo, pusiera en riesgo el afecto de los únicos

amigos que tenía. Bebí de puro cansancio. De nerviosismo. De preocupación.

A la hora de los postres ya tenía una cogorza de padre y muy señor mío. Tuve ganas de ir al baño pero me contuve. No hubiera superado la prueba de ponerme de pie y andar recto hasta el fondo del restaurante. Y la idea de acabar por los suelos en la primera cita con Beatriz me resultó humillante. Pedí el postre más grande que tuvieran en la cocina, con la esperanza simple de que el azúcar disolviera el alcohol. Me bebí un café doble. Y aparté la copa de vino para el resto de la noche. Estaba convencido de que, si alargábamos la sobremesa lo suficiente, podría salir de aquel atolladero sin demasiados rasguños.

La camarera del restaurante llegó con una tarjeta de invitación para un local de copas que acababan de abrir cerca del Monopol. En realidad lo suyo era una reapertura. Antes había sido un *salsódromo* al que acudía una clientela de lo más variopinta y simbiótica: desde ejecutivos en viaje de negocios hasta muchachillas de andares serpentinos y risa fácil. Recordaba haber ido una vez y no me quedó claro quién acudía allí por quién, si los empresarios al olor de las chicas o las chicas al de los empresarios.

Concha propuso una copa, la penúltima, en el bar del Monopol. La noche era muy joven y las ganas, muy viejas. Beatriz se encogió de hombros, por ella que no quedara. Al día siguiente no había de madrugar. Los niños (tenía dos, un chico y una chica) pasaban el fin de semana con su padre, de modo que hasta las seis de la tarde del domingo no tenía compromiso. Después de haberlo dicho se ruborizó, como si se arrepintiera de resultar frívola. Tal vez pensase que yo podía sacarlo de contexto, retorcerlo. Concha salió en su auxilio, Tú no tienes nada que reprocharte, Beatriz; bastantes domingos te has mamado ya con los niños; por uno que se encargue el padre de las criaturas no se va a acabar el mundo. Me faltó el canto de un euro para preguntar cómo se las arreglaban para turnarse pero me refrené. Temí que los efectos del vino no se hubieran sosegado aún y se me enredase la lengua hasta acabar pareciendo un borracho majadero o, peor, un cotilla de tres al cuarto.

El pub estaba cerca. Había que cruzar el viejo barranco del Guiniguada por el mercado de Vegueta, subir el Monopol y atravesar la Plaza de las Ranas. Durante el trayecto, Concha y Beatriz caminaban delante. He de reconocer que, mientras Miguel me hablaba de no sé qué negocio que tenía en marcha, yo intentaba alongarme a la conversación de las mujeres (al final, iba a resultar que sí que era un cotilla de tres al cuarto) pero el ruido de la calle, la cháchara de los taxistas del mercado y unos pibes en monopatín gritando como energúmenos me lo impidieron. Cuando llegaron al semáforo, las dos se detuvieron a esperarnos. Busqué con la mirada los ojos de Beatriz. Ella sonrió. Salió la luna en su sonrisa blanca. A partir de ahí ya no fui capaz de seguir el monólogo de Miguel Moyano. A cada poco le respondía con sí, claro, ¿no me digas? Pero mi pensamiento caminaba diez metros por delante.

El local, ciertamente, no había cambiado tanto desde la última vez. La decoración resultaba más discreta, más sobria que la que yo recordaba. Pero ahí estaba la misma barra larga en forma de ele. La misma pistita de baile redonda. La misma horrorosa bola de cristal colgada del techo que desparramaba la luz a las cuatro esquinas. Había bastante gente. Decidimos cruzar el pub y buscar acomodo en el patio trasero. La noche estaba tibia y a Concha le disgustaba el olor a tabaco y el griterío. Pedimos una copa y nos sentamos a una mesa redonda, de hierro forjado y cristal, bajo una sombrilla de un color indeciso, no supe bien si beis o blanca y sucia.

Hacía unos días había leído la entrevista que le hicieron a cierto poeta cubano que estaba de gira con su nuevo libro. El guajiro confesaba (se quejaba, más bien) una experiencia machacona en su vida: fuera a donde fuera, estuviese donde estuviese, en una terraza, en un café, en la cama (sí, también en la cama), desde que la gente se enteraba de que era cubano se acababa la fiesta. Ya podía estar hablando lindamente de literatura, de ron, de mujeres, de comida que, cuando los demás tertulianos descubrían su origen, a partir de ahí sólo había un tema de conversación: Cuba. O, lo que era lo mismo, Castro, la isla, las jineteras, el comunismo, el hambre. Me sentí muy hermano del poeta. Ya he dicho que a mí me ocurre algo parecido con mi profesión. Cualquier charla (de política, de cine, de amor y desamor), por muy amena que sea, acaba siempre nublándose no más aparece la cuestión de cómo me gano la vida. Todo cristo se vuelca en mil preguntas: ¿se puede vivir de ese oficio?, ¿llevo un arma encima?, ¿he tenido que matar a alguien alguna vez? Cuando respondo que no a todo (he tenido que matar pero me atormenta ese recuerdo), la decepción es unánime. La mayoría me toma por un fraude, cuando no por un fracaso.

Beatriz Guillén no. Ella quiso saber cómo me sentía yo, de qué manera me afectaba lo que tenía que ver todos los días. Se preocupó más por mí que por sueldos, cadáveres y armas. No me acribilló a preguntas escabrosas. Se consagró a escucharme con la cabeza un poco ladeada y la sonrisa ingenua de quien está dispuesta a creerse cualquier cosa. Sólo por eso valió la pena haberme dejado convencer por Moyano para pasar la noche del sábado con ellos.

El lunes, trece de septiembre, amaneció revoltoso. Si bien el cielo, sereno de nubes, lucía azul, había viento del sur y mar picado. Álvarez llegó a la comisaría con un periódico doblado bajo el brazo y un humor infantil: aún le hervía el recuerdo de una noche de sábado apasionada y un domingo de resaca plácida y perezosa. En la mesa, junto al ordenador, lo aguardaban más problemas de los que podía afrontar (una pila de carpetas color celeste con nombres escritos a mano en la carátula retaba su estoicismo) pero se sentía fuerte y descansado para ir lidiándolos según fueran saliendo de los toriles.

Continuaba la búsqueda de los dos atracadores del supermercado que habían dejado a su compinche en la estacada. Una patrulla seguía su pista en Hoya de la Plata, donde vivía el jefe de la banda. Álvarez observó la foto de la ficha: un rostro zafio de mirada absurda; el cuello, una sombra amorfa, parecía enterrado entre los hombros; el cabello, de corte vulgar y rayado de canas por las orillas, lo envejecía. Cuarenta y seis años. Casado. Dos hijos. La profesión venía en blanco, claro. ¿Qué iba a poner? ¿Albañil? ¿Tornero? ¿Maestro de escuela? La clave para dar con él era la familia. Tarde o temprano el tipo cometería la estupidez de sentirse seguro o le entraría hambre de mesa y cama o necesitaría hacerles una visita a los niños. Allí lo estarían esperando.

Por otra parte, Margarita Esponda le había dejado el informe sobre el episodio de maltrato. Como era preceptivo, el sumario estaba ahora en manos del juez de violencia de género. El marido, por supuesto, llevaba dos noches durmiendo en el calabozo. Y la cuestión ahora era impedir que, cuando saliera libre con cargos, se revolviera contra su mujer, que era lo que solían hacer esos miserables. La historia acostumbra a complicarse porque, a pesar de las recomendaciones de abogados, policías, psicólogos, agentes de los servicios sociales, la maltratada no quiere presentar cargos contra el maltratador: el amor o el miedo (o una combinación de ambos sentimientos) le impide denunciar al padre de sus hijos. Y ellos lo aprovechan para seguir abusando de un modo ruin, con la innoble creencia de que la tradición los amparaba: ¿acaso no había sido siempre así? ¿los maridos no tenían potestad para zurrar la badana, de vez en cuando, a sus mujeres? Si hasta en los manuales de la Sección Femenina se las instigaba a ellas a soportarlo con resignación cristiana.

Esponda recomendaba en su informe la vigilancia del domicilio conyugal. Álvarez no pudo reprimir una mueca de desánimo. ¿Vigilancia? A buenas horas. Lo que la mujer necesitaba era protección. Y, si su verdugo vivía bajo el mismo techo, la protección sonaba a timo de la estampita. Además, si destinase un agente a cada caso de brutalidad familiar, no iba a tener ni quien custodiara la puerta de la comisaría. No obstante, pensaba pedirle a Margarita que le echara un ojo al caso en los siguientes días. Si alguien podía convencer a la esposa maltratada de que pidiera una orden de alejamiento contra el cónyuge bruto, ésa era ella.

También estaba el asunto del periodista desaparecido. Celso Cabrera, el agente encargado, seguía reuniendo información pero cualquiera diría que al tal Quesada se lo había tragado la tierra. Sus compañeros de la emisora no aportaban ni un dato aprovechable. Su madre tampoco. Una nota al margen del informe decía que Elsa Iglesias, después de dos días instalada casi en la comisaría, había dejado de llamar desde el viernes. Álvarez anotó este dato en su libreta. Lo enmarcó en un recuadro junto al cual escribió un signo de interrogación como un castillo de grande. Habría que hablar con ella.

Una vez revisadas las investigaciones en curso, el inspector se centró en la carpeta que más le preocupaba. Levantó el teléfono y llamó al laboratorio de la policía científica. Aún estaban analizando las pruebas halladas en la habitación del hospital. Habían descubierto hasta seis huellas dactilares diferentes. Ahora se encontraban discriminando las que pertenecían a los conocidos (el enfermo secuestrado, el médico, las enfermeras, la limpiadora) para quedarse con las que no coincidían con ninguno. Ésas, se suponía que las del secuestrador, serían las trascendentes. En el baño, junto a la papelera, habían localizado asimismo algunos cabellos y los estaban analizando para rescatar el ADN. Aunque, si el hombre de la mochila no estaba fichado, ni huellas dactilares ni ADN servirían de mucho.

Antes de que Álvarez se deprimiera del todo, la voz del teléfono le informó de algo que sí podría servirle. ¿De qué se trataba? De barro. Tal y como sonaba. De los restos de fango que llevaba el tipo en sus botas. Había marcas en el suelo de la habitación de tierra seca y semillas. No. No tenían relación con el ensanche de los aparcamientos del hospital. No había cemento ni argamasa ni yeso. Se trataba de tierra de cultivo. El secuestrador se había dedicado a plantar o a podar un rosal. Sí. Un rosal. Las semillas eran de rosas. Exacto. En plural. De injertos de distintos tipos. Lo más probable era que el hombre, además de a la Biblia, fuera aficionado a la jardinería. Y de los buenos. Su jardín debía de estar engalanado con rosales llorones o rosales de pie alto. Árboles, no matillas. El agente de la científica no podía aventurar más. Él sólo aportaba hechos a la investigación. Por las deducciones les pagaban a otros.

Cuando hubo colgado el auricular, el inspector se quedó unos segundos en silencio, haciendo garabatos en una hoja de papel: triángulos sobre triángulos, cortinas de líneas, letras que no conducían a nada. A veces se superponía todo en un maremagno de runas sin sentido. A pesar de ello, a veces prorrogaba esa práctica durante horas: los arabescos lo ayudaban a reflexionar, a alinear el pensamiento. Todo tiene su lógica y su razón de ser. Sólo hace falta dedicar tiempo a que las piezas encajen.

Fue a buscar a Castillo a su despacho. Lo encontró ante el ordenador redactando un atestado. Al otro lado de la mesa, un hombre corpulento y sudoroso que apenas cabía en la silla respondía a sus preguntas. Por lo que el inspector pudo entender, la noche anterior le habían robado en un club de alterne. Dos muchachas jóvenes. Mayores de edad, eso podía jurarlo. Sí. Lo embaucaron. Le pusieron, sin duda, algo en la bebida. Y le sisaron todo lo que llevaba en la cartera. Más de cien euros. A Gervasio Álvarez le costaba imaginar la escena. El gordo no tenía pinta de que le sobrara el dinero. Detrás debía de haber una familia que esa semana pasaría hambre. Se le revolvió el estómago. Antes de decir nada inconveniente salió en busca de otro agente que sustituyera a Nelson. El gordo amagó una protesta contra esa decisión

pero, a su regreso, la voz de Álvarez le desarregló de inmediato la chulería, Necesito al agente Castillo para una urgencia; ¿lo suyo?, lo suyo no llega ni a rasguño; si uno se va de putas una noche debe tragar con todas las consecuencias.

El gordo enrojeció. Las gotas de sudor centellearon en su frente. Se le desorbitaron los ojos. Amenazó con denunciar al inspector ante la Jefatura Superior. Aquello era un ultraje. Álvarez ni se molestó en contestarle por qué agujero podía meterse la denuncia. Cuando llegó el sustituto de Castillo, le hizo una seña a éste y abandonó el despacho sin despedirse. Atrás quedaron las querellas del ultrajado. El agente relevado no lo dijo pero se notaba a la legua que estaba agradecido por el trueque: de no haber sido un simple funcionario, le hubiera cantado al tipejo aquel las mismas cuarenta que su jefe.

Por su parte, Álvarez estaba ocupado en otras reflexiones. El sábado, Castillo había llegado a la comisaría con una información que, con el asunto del vídeo del secuestro, había quedado en el aire. El inspector quería que le hablara de ello. Nelson consultó sus notas y confirmó ese detalle. En efecto. Tenía que ver con la declaración de un vecino. El buen hombre volvía de unas compras en Santa Brígida cuando estuvo a punto de embestir con su coche a alguien que coincidía con la descripción del peregrino. Fue a la altura del cruce de La Atalaya, cinco kilómetros antes de que lo encontraran desnudo y descalzo. El conductor lo recordaba porque había tenido que dar un volantazo para no llevárselo por delante. Nelson tuvo que leer con esfuerzo su propia caligrafía, Sí, eh, parece que la zona es muy oscura; que de noche falta visibilidad; yyyy, los residentes llevan quejándose meses pero el Ayuntamiento no acaba de hacer nada para remediarlo; lo de costumbre, hasta que no haya un accidente...

Al inspector no le interesaba la lucha vecinal. Instó a Castillo a que fuera al meollo del asunto. El agente lo miró sin comprender. Álvarez se golpeó nervioso la palma de la mano izquierda con el lápiz que mantenía en la derecha, Sí, hombre, coño; no sabemos a qué lugar se han llevado al peregrino, por eso sería muy importante que averiguáramos el lugar del que salió; quiero que vuelva allí y dé una batida por la zona empezando por el cruce de La Atalaya; ¿hasta dónde?; hasta llegar al pueblo si hace falta; ya sé que son cuatro kilómetros y que está lleno de curvas y monte agreste, pero también sé que el tipo lo hizo andando con los pies destrozados; usted irá en coche, así que no se me queje.

Nelson Castillo se levantó de la silla y se dispuso a cumplir las órdenes. A pesar de todo, estaba exultante: aunque se pasara una semana haciendo indagaciones sin resultado, siempre sería mejor que aguantar en su mesa a tipos como el gordo del burdel. Detrás del peregrino había una gran historia. Detrás del putero, sólo mierda y fatiga. Álvarez lo vio marchar y volvió al teléfono. El Rubio estaba, como siempre, trasteando con su ordenador. Había hecho los deberes. Tenía delante un plano de la

zona donde había aparecido el peregrino. Una zona que abarcaba Tafira, el Monte Lentiscal y Santa Brígida. ¿La Atalaya? También La Atalaya, claro. Álvarez le relató el último descubrimiento: el hombre había sido visto en el cruce y todo hacía pensar que iba andando por la carretera que daba al pueblo.

El Rubio le pidió un minuto para aislar la nueva superficie y agrandarla. El inspector lo oyó teclear al otro lado de la línea con energía. Esperó jugando con el lápiz, haciéndolo pasar por entre la comisura de sus dedos en un molinillo que ya se había convertido en tic. No lo hubiera reconocido jamás pero estaba intranquilo ante lo que podía hallar. Ángel fue refiriendo cada paso que daba. Al final guardó el plano nuevo en un documento y se lo envió por correo electrónico. A los quince segundos ambos hombres lo tenían en sus pantallas. Álvarez arrugó la nariz para verlo mejor. Le fue imposible: las letras y los contornos eran diminutos. Entonces amplió el mapa.

Mejor, sin duda. Dio una batida por la región verde y marrón que abarcaba toda la ventana. Hasta cuatro urbanizaciones había antes de llegar al pueblo de La Atalaya. El Rubio las había marcado con una cruz azul. Un círculo rojo señalaba otras edificaciones: un colegio, un restaurante de carnes, un pequeño hotel rural, dos empresas (una de alimentación y otra de carpintería metálica) y un taller de reparaciones. La carretera se desviaba en varias ocasiones a derecha e izquierda como las ramificaciones de una vena mayor.

El inspector preguntó si había alguna tienda de flores o de frutas. Ángel lo consultó en sus datos. No. Al menos nada oficial, otra cosa era que alguien tuviera un huertito o algo así del que sacara lo justo para vender en los mercadillos de la isla. No era infrecuente. Álvarez se fijó en una cruz verde que determinaba un punto en la esquina superior del mapa. ¿Qué era aquello? Aquello era un convento, el de las Ursulinas. Y, ahora que lo mencionaba, allí sí que tenían un huerto y unos jardines magníficos. El Rubio los recordaba de unos ejercicios espirituales a los que había asistido en su etapa del colegio. El informático no pudo verlo pero el inspector dio un respingo en su silla. De repente se le había secado la boca. Una sed de camello le atenazaba la garganta. Y eso sólo le ocurría cada vez que se enfrentaba a una noticia grande, realmente grande. Se acordó de un hombre leyendo una Biblia, de unas huellas fertilizadas con tierra seca y semillas, de unas erosiones en el cuello de un peregrino amnésico. Y tuvo la certeza de que estaba llegando a alguna parte.

Los lunes nunca han sido mi delirio. Pero ése, el segundo de septiembre, reconozco que amanecí feliz. Un sol cotilla se coló por las rendijas de la cortina del cuarto mucho antes de que el despertador rezongara. Después de varias noches asaltado por las pesadillas, dando tumbos en la cama, levantándome a cada rato a orinar, por fin había logrado dormir de un tirón sin un solo recuerdo desapacible.

La velada del sábado había acabado, como diría Miguel Moyano, en empate: Beatriz me había devuelto un poco de la fe perdida en tantos encuentros desdichados, y yo a ella algo de la sonrisa que nunca debió perder. Estuvimos charlando hasta las cuatro de la madrugada, hora en que Miguel y Concha decidieron recoger los bártulos. Nos invitaron a quedarnos más tiempo en el patio del bar del Monopol pero ni Beatriz consideró apropiado dejarlos marchar solos, después de la molestia que se habían tomado en presentarnos, ni yo quise tensar la cuerda, no fuese que al final acabara rompiéndose el hechizo.

El domingo lo pasé en casa de Colacho. Para que mi abuelo no anduviera en la cocina, y dado que yo no tengo idea ni interés en aprender a guisar, me encargué de llevar la comida de un restaurante de la Puntilla, uno especializado en sancocho. Dimos buena cuenta del cherne desalado, el gofio y la batata dulce con un mojo rojo fuerte como la madre que lo hizo. El viejo no dijo nada. Supongo que pensaba que, para lo que le quedaba, ya no valía la pena comedirse en los picantes. Hablamos poco: entre mi resaca y la suya (el último de sus amigotes se había retirado a las dos de la mañana) no había ganas de tertulia. Por la tarde vimos una película de gánsteres con ley seca y jazz de fondo. Lo de *ver* es un decir: ambos nos hartamos de dar cabezadas en el sillón y ninguno de los dos entendió de la misa, la media. Vinimos a despabilarnos con los títulos de crédito y el olor a café de la vecina. Fui a preparar el nuestro mientras Colacho le echaba un vistazo al periódico. Y a mi vuelta me aguardaba un interrogatorio igual de duro que en la película pero sin cachiporra de por medio. Mi abuelo se interesó por la historia del periodista que me tenía entretenido. Así lo dijo, *entretenido*, como si lo mío fuera un hobby y no un trabajo.

Pasé por alto la socarronería del viejo para describirle la impresión que me había causado Elsa Iglesias. Si era cierta la teoría de la hija maestra de doña Concha, Pablo Quesada debía de ser un buen tipo, un muchacho con nobles intenciones aunque con un oficio peligroso. Sí. Por más que me desagradara el papel de Casandra agorera, no tenía muchas esperanzas de hallarlo en buen estado. ¿Qué quería decir eso? Eso quería decir que sospechaba que Quesada estaba muerto. No. En esa apreciación no influía mi estado de ánimo. Después de la cita del sábado a la noche (se la relaté muy por encima para no darle alas a los consejos sentimentales que tanto me abrumaban) y de la siesta tras del sancocho, mi estado de ánimo era inmejorable. Que me perdonara el periodista por mi insensibilidad.

Desde luego que no se me había ocurrido revelarle mis sospechas a la madre, bastante tenía ya la pobre con su agonía. Pero la ausencia de noticias de los supuestos secuestradores de su hijo después de seis días me hacía ponerme en lo peor. Y lo peor era que a Quesada se lo habían cargado por algo que había descubierto, algo relacionado (a falta de evidencias debía fiarme de mi intuición) con un pintor que llevaba muerto más de doscientos años. De no haber mantenido la conversación con

el responsable del Museo Diocesano, aún hubiera podido albergar dudas. Sin embargo, la reacción de Ortigosa al negarse a admitir la existencia de aquel cuadro, su gesto temeroso, su cambio de humor irracional me confirmaban que algo olía a podrido y no precisamente en Dinamarca.

Colacho Arteaga no era hombre religioso. No recuerdo haberle escuchado ni un solo alegato a favor de la Iglesia ni una asistencia a misa ni una visita a la tumba en la que los restos de mi abuela y de mi madre reposaban. Cierta vez, no sé bien a qué vino aquello, confesó que quería ser enterrado en el Cementerio de Las Palmas, en un rincón soleado desde el que ver los botes de regata. Cuando le repliqué que, para eso, mejor ser incinerado y que arrojáramos las cenizas al mar, el viejo sentenció que desde el mar sólo vería la quilla. Fuera de ahí no había en él un vestigio de creencias para después de la vida. No obstante, tal vez por contagio de las mujeres de nuestra familia, quienes sí eran creyentes, no se avino a aceptar que la Iglesia pudiera estar detrás de la muerte del periodista.

—¿Y qué tiene que ver la Iglesia aquí?

—Carajo, Ricardo. El Museo Diocesano está pared con pared con la Catedral. Allí no se mueve un papel sin que lo sepa el Obispo.

—Vaya, no había pensado en eso. Pues parece que la Iglesia es una hidra con demasiadas cabezas, Colacho. Y alguna de ellas, nada amistosa.

—Ya, pero nadie mata por un cuadro.

—Depende del cuadro. Los hay que se cotizan muy caros. Y el dinero, como la fe, mueve montañas.

—¿Crees de veras que una pintura del siglo XVIII puede valer una vida?

—Yo no. Pero otros quizá lo crean. Por lo que apuntaba Quesada en sus archivos, una obra descatalogada es más fácil de vender y puede valer en una subasta algunos cientos de miles de euros.

—Coño con el arte.

Llegué a la oficina antes que Inés, algo que no ocurría desde la fundación de la ciudad. Aproveché la circunstancia para devolverle las puntadas que ella suele lanzarme cuando me ve llegar después del mediodía, Vaya por Dios, a alguien le cundió tanto la cena del viernes que le ha durado la resaca dos días. Mi secretaria torció la boca en un claro mohín de indiferencia, Cree el ladrón que son todos de su condición; acabo de salir de la Caja de Ahorros, mi niño, de ingresar el dinero de Elsa Iglesias y pelearme con la chica de la ventanilla por las comisiones usureras que nos cobran; la amenacé con sacar la cuenta y cruzar la calle con ella; ¿dime?, sí, cruzar la calle; el Banco de Santander está justo enfrente.

Pregunté, con temor, cómo andábamos de fondos. Inés hizo un gesto perezoso

con la mano, Buah, ¿por qué te crees que los llaman fondos?; porque más abajo no se puede llegar. Encendió el ordenador y, mientras se calentaba el artefacto, fue a poner una cafetera para los dos y a regar sus plantas. La sentí hablar en el balcón. Su tono de voz sonaba dulce. Así supe que le susurraba al palo del Brasil y no a un vecino de escalera. A los cinco minutos estábamos los dos alrededor de mi mesa, con una taza de café entre las manos, hablando de su cita. Inés aseguraba con malicia que la amiga reconquistada gracias a Internet seguía igual que cuando estudiaban juntas. La misma cara. El mismo ingenio. El mismo culo. Cualquiera sabía cuál de las tres cosas le molestaba más.

Lo habían pasado estupendamente. Incluso habían ligado. Lo que oía. Se habían puesto de moda las mujeres maduras. O la falta de sensatez. El caso es que ninguno de los que se acercó a pedirles fuego o a invitarlas a una copa o a hacerse los confundidos con alguna que se parecía a ellas raspaba los treinta. ¿Mejor? Sí y no. Desde luego que, a esas alturas, era halagador pero ni por asomo les convencía. A los treinta los hombres son una duda con patas, por no decir otra cosa que también empieza con pe. Y ellas ya tenían dudas para dar y regalar. No. Lo último que les hacía falta era que les prestaran más. Al escucharla tan segura de sí misma, casi se me resbala de la boca una pregunta, ¿A qué edad un hombre deja de tener dudas?, pero la agarré al vuelo y me la guardé para otra ocasión.

Cuando Inés regresó a su trabajo, me dediqué a analizar los archivos que había copiado del ordenador de Quesada. Lo primero que llamó mi atención fue la facilidad con la que un tipo como yo, sin apenas nociones de procesamiento de datos, había podido acceder a la información del periodista. Era cierto que los había *usurpado* (me sentí incapaz de escoger un término mejor) de su propia casa y que Pablo no tenía por qué sospechar que me iba a meter en el corazón de su cuarto a hurgar en sus secretos. Pero algo me hizo pensar, algo que no fui capaz de descifrar aún, que el muchacho había actuado a sabiendas de que, tarde o temprano, se hallaría en esa situación. Y eso sólo podía significar que se había acercado bastante a su objetivo y que los sujetos a los que investigaba no se andaban con bromas.

La mayor parte de los archivos que tenía delante eran resúmenes de *corta y pega* poco esmerados. Noticias que sobrevolaban la Red sobre Juan de Miranda, el Museo Diocesano o la pintura canaria del siglo XVIII. En ningún sitio aparecían referencias a *Nuestra Señora de la Luna*, aunque había un documento en el que se hablaba de las vírgenes de las que me había hablado Ortigosa. Casi todas fechadas en 1780 y sus alrededores. Además de la de la Catedral, había una en la Casa de Colón, un par de ellas en iglesias de La Laguna y otras dos en colecciones privadas. Pero todas se llamaban igual: Inmaculada. Y todas tenían una luna y un basilisco en los pies de la Virgen.

Otra carpeta aludía a distintos pintores contemporáneos a Miranda. El periodista había grabado en ella cuatro o cinco láminas con motivos religiosos, incluido un retablo que se conserva en la Iglesia de la Concepción de La Laguna. Por las notas al margen, que hablaban de las características de las obras y del tipo de barniz con el que los lienzos fueron tratados, deduje que Quesada intentaba contrastar estilos y maneras entre los artistas. Tal vez estuviera tras la pista de obras que le hubieran atribuido a Miranda erróneamente. El lenguaje que usaba en su análisis era sobrecargado y técnico en exceso. ¿Cuánto tiempo llevaba detrás de aquel tinglado? ¿Poseía ya conocimientos de historia del arte antes de embarcarse en la investigación? Comprendí que debía de inspeccionar documentos más antiguos y volví sobre las otras carpetas para cerciorarme de la fecha de las últimas modificaciones.

Ya empezaba a perder la esperanza de salvar algo en aquel batiburrillo de imágenes danzarinas cuando, a golpe de ratón, surgió un archivo con las iniciales VL que parecía desterrado de los otros. Estaba fechado a mediados del verano. Tal vez Pablo lo hubiera revisado más tarde pero la última alteración se había producido el veinte de agosto. Contenía media docena de fotos pero ninguna de un cuadro, algo que me desconcertó: una arboleda frondosa, un caminito empinado y zigzagueante, un grupo de cactus con el sol confundido entre sus hojas y un árbol con las ramas artríticas, retorcidas hasta el dolor. Pensé que se habían colado en la carpeta del periodista de un modo accidental. Las asocié a una excursión campestre por la isla. VL podía significar Valleseco, Valsequillo o Valsendero, lugares todos desde los que podrían verse esos colores y esa luz tan diáfana. No había un solo letrado que pudiera indicar la procedencia exacta. Ni tampoco una presencia que personalizara las fotos: ni rastro de Elsa Iglesias o una amiga de Pablo, ni siquiera la sombra del fotógrafo.

¿Quién hace una excursión campestre solo? No. Aquellas fotos debían de guardar relación con las indagaciones de Quesada, sólo que por alguna razón el periodista se había quedado a medias. Le faltaba una pieza, un paso más: el cuadro que había de estar detrás del escenario. Llamé a Inés a mi mesa. Le enseñé las imágenes del camino y la arboleda. Le pregunté si reconocía el lugar. Mi secretaria acostumbraba a salir al campo los fines de semana: tenía unos tíos mayores en Tenteniguada a los que visitaba con asiduidad y, de paso, aprovechaba para perderse por montes y cañadas de la isla. No le sonaba el paisaje. Peor: le sonaba demasiado. Podía ser cualquier rincón de las medianías. Menos en los pueblos del sur, cuya orografía era bastante más árida y reseca, aquellas fotografías podían haber sido tomadas en cualquier parte de Gran Canaria. Y, para rematar mi desconsuelo, yo no debía descartar que fuera en Tenerife o en La Palma. Inés sentía no poder precisar más pero con los datos que le daba era imposible.

Imprimí tres de las imágenes. Le pedí a Inés que se las llevara a sus tíos por si

éstos podían ayudarnos. ¿Era tan importante? Aún no estaba seguro pero sospechaba que sí. Que el lugar que Pablo había fotografiado tenía que ver y mucho con el cuadro que buscábamos. Mi secretaria arrugó la frente, ¿Buscas un cuadro?; creía que se trataba de un periodista. Yo me rasqué la barbilla (necesitaba un afeitado), Tengo la impresión de que ambos vienen en el mismo lote; si logro encontrar el cuadro, sabré qué se ha hecho de Quesada. Inés mudó el semblante, se le oscureció la mirada, la voz se le arrugó como papel de estraza, Tú no crees que esté vivo, ¿verdad?

No. Me pesaba mi desconfianza pero no creía que Quesada estuviese aún con vida. Y no. Ni se me había pasado por la cabeza hablarle de ello a la madre, tan salvaje no soy. Me habían contratado para averiguar su paradero y a eso me iba a dedicar en cuerpo y alma los próximos días, semanas, meses si hiciera falta. Pero el estado en que estuviese el periodista era harina de otro costal. Por ello era imprescindible que Inés consultase con sus tíos de Tenteniguada: le di el resto del día libre. Yo debía regresar a la emisora y a casa de Elsa Iglesias: me quedaban muchas preguntas por hacer. ¿La oficina? La cerraríamos. Haríamos de ese lunes un lunes zapatero. A fin de cuentas a nadie le iba a importar.

Llamé a la Iglesias a su casa pero nadie contestó. Me figuré que habría salido a la compra o puede que a la comisaría a bregar con el agente que se jubilaba en breve. La imaginé en el despacho del viejo policía, con la mirada férrea, las manos delicadas agarrando las asillas del bolso, exigiéndole que moviera el culo e hiciera algo para dar con su hijo. Decidí, pues, encaminarme a la radio por si Sergio Casañas tenía novedades. En esta ocasión me hicieron esperar más de media hora en la salita. Había un rebumbio de noticias (entre la desarticulación de una red de tráfico de heroína y un incendio en un edificio de la ciudad allí nadie daba avío) que tenía a los periodistas corriendo de un lado a otro, cruzándose información, dándose órdenes a veces contradictorias. Intenté determinar quién mandaba allí pero me temo que ni ellos lo sabían.

La recepcionista, mientras tanto, no paraba de responder al teléfono. A veces me miraba y me pedía disculpas con los hombros, *Mal Polonia recibe a un extranjero*. Vi pasar a la muchachilla que daba las noticias cada hora. Vestía un pantalón de pinzas gris marengo y una blusa celeste y parecía mayor de esos veintiséis años que tanto me turbaron la vez anterior. El color de la blusa se hizo enemigo en una mañana de trajín como aquella: empezaban a crecerle unos surcos de sudor a la altura de las axilas.

En una de sus idas y venidas de la sala de reuniones al despacho que compartía con Casañas y Quesada y no sé con cuántos más, Virginia (seguía yo sin recordar el apellido) reparó en mi presencia y se detuvo un breve instante, Usted es el detective, ¿verdad?; Casañas me habló de que estaba investigando la desaparición de Pablo; ahora no puedo porque aquí, como ve, no hay tiempo ni para rascarse, pero me gustaría hablar con usted, ¿tiene libre después, a la hora del almuerzo?

Me levanté a medias, quedando en una posición ridícula entre Rodin y Mirón, entre Pensador y Discóbolo, Creo que sí; pensaba ir a ver a la madre de Quesada pero puede esperar; ¿es importante? Ella abrió los ojos de un modo enigmático y esperó a que me incorporara del todo, Eso lo decidirá usted. Y yo, curioso hasta la médula, Vaya, qué misteriosa; adelánteme algo, no sea mala. Y ella, acercándose a mi oído, con una voz más triste de lo que me hubiera gustado escuchar, Pablo y yo éramos... pareja.

No podía creerlo. Acababa de sentarse en el coche cuando recibió la llamada. Su propio jefe quería acompañarlo en la patrulla. Álvarez no le dijo a qué se debía el cambio de planes (ni él lo preguntó, donde manda capitán...) pero no hacía falta ser un lince para comprender que el Rubio le había proporcionado información trascendental sobre el peregrino. Castillo comunicó al agente que estaba a su derecha que no tendría que salir esa mañana. El otro no mostró emoción alguna y Nelson fue incapaz de penetrar en un rostro que no exteriorizaba alivio pero tampoco fastidio. El agente de hielo se quitó el cinturón de seguridad, salió del coche, saludó con ceremonia al inspector que salía en ese momento y se perdió dentro de la comisaría.

Álvarez ocupó el asiento que acababa de liberarse, el del acompañante. Cerró la puerta con ímpetu, con más irritación que prisa. Sacó su teléfono móvil del bolsillo de la americana, en lo que a Nelson le pareció un automatismo, y lo puso sobre el salpicadero. Luego le hizo una señal a Castillo para que arrancara. Éste puso en marcha el motor y aceleró el coche, ¿No se amarra, señor? El inspector miró a su hombre como si le hablara en chino, ¿No me qué?; ah, carajo, el cinto; usted es de los que cumplen las normas a rajatabla, ¿verdad?; está bien eso, pero le aviso que con esta barrigota no es que no necesite cinturón de seguridad, es que no me hace falta ni el airbag.

Durante el trayecto hasta Santa Brígida, además del sobrepeso y la salud, hablaron del trabajo. Pero no del que les ocupaba en ese momento. Castillo se refirió al alijo de heroína que acababan de decomisar en el Puerto la noche anterior. Tras aplaudir la labor de la brigada de estupefacientes se preguntó en voz alta si no convendría legalizar las drogas de una vez por todas y acabar con aquel negocio infame: sólo por la cara que se les iba a quedar a los mafiosos y a los contrabandistas valía la pena el experimento. El inspector no tenía una idea formada al respecto. Estaba pensando en otra cosa pero no quiso eludir la cuestión que planteaba Nelson. Legalizar las drogas.

Se hablaba mucho de eso. A favor y en contra, como en las barberías de barrio. Había quien proponía, incluso, que se pudieran vender en máquinas como el tabaco.

Al fin y al cabo, aunque el tráfico no, el consumo es legal en España. De modo que si alguien quiere hacerse un porro o darse un chute está en su derecho. Otras voces alertaban del peligro de permitir a los jóvenes y aun a los niños el libre acceso a esa mierda. Entre los botellones y las anfetaminas tendríamos una generación de tarados con el cerebro y la voluntad resecos.

No. No tenía una opinión sobre aquello. Le hubiera gustado mantener la convicción de Castillo, quien apelaba al libre albedrío para defender su alegato. Álvarez no tenía tan claro que el libre albedrío garantizase el éxito de la legalización, que la libertad de elección fuese la panacea de todos los males que el tráfico de drogas arrostraba. Ya tenía como botón de muestra la televisión. Se había pasado en pocos años, como por arte de birlibirloque, de dos canales a doscientos para que, al final, todo Dios viera lo de siempre: programas de cotilleo, refrigerios de alcoba, series simplonas, sexo barato. Tarados con el cerebro y la voluntad resecos de igual modo. No, señor. La droga ya estaba legalizada en las pantallas de televisión. Y el infame negocio seguía creciendo.

Nelson hizo amago de detenerse en la primera curva que había después del cruce de La Atalaya. Como había sido el encargado de los primeros rastreos, creyó que tendría que tomar la iniciativa y había pensado empezar por la urbanización de viviendas rosadas con techos a cuatro aguas que se arracimaban en torno a una plazuela. Gervasio Álvarez, no obstante, lo conminó a que siguiese por la carretera. ¿Adónde iban? A unos ejercicios espirituales, que falta les estaban haciendo. A Castillo no le pagaban por discutir decisiones, así que obedeció y puso rumbo al Convento de las Ursulinas.

El camino ascendía a la derecha por una breve loma recién asfaltada. Apenas unos años atrás aquello era un pedregal polvoriento en el que los coches derrapaban a cada rato y había que subirlo en primera. En época de lluvias se volvía impracticable, pura odisea llegar hasta el convento. Ahora, sin embargo, las ruedas se deslizaban por él con complacencia. Tras la primera de las tres suaves curvas que lo festoneaban, aún podía verse un murito de piedra de cantería sobre el que en otro tiempo lloraban unas parras de uva negra. El sendero concluía en una casa para huéspedes color teja y ventanas estrechas y un solar de aparcamientos en el que sólo había dos coches y una pequeña guagua para veinte pasajeros.

Castillo aparcó en batería, entre los coches y la guagüita, y apagó el motor. Los dos policías se bajaron a un tiempo y se volvieron gemelos, como si fuesen el anverso y el reverso de un espejo. Realizaron los mismos movimientos: primero, estiraron las piernas con parsimonia; luego, se llevaron las manos a los riñones buscando desentumecerlos, y, por último, respiraron profundamente el aire del mediodía. El viento traía aromas de eucalipto y espliego. Y también un ligero rumor de hoguera: alguien estaba quemando rastrojos detrás de la hacienda. Una columna de humo

grisáceo y revoltoso surgía de entre los arbustos. Álvarez ordenó a su hombre que siguiera el rastro de la fogata y él se encaminó a la vieja casa de las madres Ursulinas.

Entre la casa de huéspedes y el levantamiento original donde aún se hallaban las celdas de las monjas y la capilla había una alameda de unos cincuenta metros, con suelo de picón y arenilla que dejaba un resuello de lamento rasgado a cada paso del inspector. De las ventanas que daban a poniente salía una música suave de cítara y timbal. Álvarez supuso que el grupo de ejercicios andaría en plena meditación y sintió algo de pudor por el ruido que hacían sus pisadas: redujo la zancada, arqueó las piernas para acallar el runrún de la gravilla y se dio prisa en llegar a su destino. La puerta de la casona antigua se hallaba cerrada y no se veía ni un alma por los alrededores. El inspector se acercó a la esquina opuesta, donde una veredita de rosales y hortensias se perdía en una verja de hierro negro detrás de la cual debía de estar el huerto de las monjas.

El policía desanduvo el camino y tocó en la puerta. Tres golpes secos y espaciados que sonaron con gravedad. La música continuaba rumoreando desde el fondo del claustro. Álvarez aguardó con la oreja a un centímetro de la madera del portón. Oía a barniz y a moho, a lluvia, aunque hacía un sol radiante. Una pregunta lo sorprendió a traición, ¿Puedo ayudarle en algo? En algún punto de la veredita debía de haber un recodo en el que el inspector no había caído a primera vista. El aspecto de la mujer que lo observaba con una azadilla entre las manos nada tenía que ver con su voz. Frágil y menuda, de piel blanquecina, delgada como un junco. Tanto que Álvarez dudó de si en lugar de un recodo en el camino no habría confundido la silueta de Dolores Mesa con el tallo de una rosaeda. Dolores Mesa, a pesar de esa figura quebradiza, tenía una voz áspera y firme, una voz acostumbrada a gobernar. No era monja. Fue lo primero que quiso dejar sentado antes de continuar la conversación, Soy misionera seglar y la encargada de esta casa de retiro.

De las Ursulinas, según el relato de la mujer, sólo quedaba el nombre. Eso y dos religiosas, una casi ciega y otra casi sorda, que apenas salían de sus celdas más que para asistir a misa en la capilla y sentarse en el huerto a recibir, pacientes, los picotazos de los insectos del verano; en invierno ni eso. El resto del personal de la casa de ejercicios era laico. Trabajaba por un sueldo. Álvarez iba a preguntar quién pagaba ese sueldo pero le pareció demasiado pronto: no convenía levantar una alambrada de recelos en alguien de quien se esperaba recabar información. Se dejó querer y aceptó de buen grado una limonada fría y una charla tibia sobre la historia del convento y las dificultades económicas por las que atravesaba.

El inspector no reveló de inmediato sus propósitos. Le dejó claro a la gobernanta que la visita era oficial, desde luego, pero no mencionó al peregrino ni las circunstancias de su aparición ni de su posterior secuestro. Dolores Mesa, acostumbrada a enseñar su casa a los visitantes, lo acompañó por las dependencias de

la quinta. La capilla estaba abierta a esa hora. Resultaba pequeña, delicada, con cuadros e imágenes talladas de la Virgen y de un par de santos campechanos y felices. Cuatro filas de bancos de madera se enfrentaban a un altarcito humilde de estructura ovalada. Antiguamente había oficio diario al que acudían no sólo las hermanas de la congregación sino gente del pueblo de La Atalaya. Pero ya nada era lo mismo. Ahora venía un cura de la parroquia a ofrendar una misa a primera hora de la mañana, una misa sin responso que solía congregar, además de a Teresa y a Flora (las dos monjitas viejas), a la cocinera, al jardinero y a los huéspedes madrugadores, que para decir verdad no eran muchos. Dolores Mesa, por su parte, iba los viernes y en alguna fecha señalada, más para acompañar a las ancianas que por pura vocación.

En el resto de la casona quedaban pocos motivos religiosos. Más bien olía a esos hoteles rurales que tanto habían florecido en las islas en los últimos años, decorado con lienzos de paisajes y guirnaldas y algún tapiz oscuro y ceniciento que debían de haber aprovechado de los primeros tiempos, de cuando la congregación se instaló en aquella lomita de las medianías. Álvarez soportó con estoicismo la charla turística de Dolores Mesa. Fingió admirarse de lo bien conservado que estaba el convento, de la mezcla tan sensata entre pasado y renovación en sus estancias, del buen hacer de quienes lo regentaban con tan escasos recursos.

Todo fue como la seda hasta llegar a la cuestión del huerto. Álvarez insistió en visitarlo. Le habían hablado maravillas de él y no quería marcharse sin haberle echado una ojeada. Fue muy leve, casi imperceptible para cualquiera poco observador, pero el cambio en la voz y, sobre todo, en el brillo de los ojos de Dolores Mesa llamó la atención del policía. La mujer dijo, Por supuesto, inspector; encantada de mostrarle nuestro huerto. Pero lo suyo sonó a ¿Qué coño quiere usted ver allí?, si no es más que un pedazo de tierra con aguacateros y manzanos. Tal vez tuviera prisa. Tal vez estuviera cansada ya del visitante inoportuno. O tal vez ocultara algo.

Salieron por una puerta con cortinillas de hilo que estaba medio oculta detrás de un biombo. Los recibió un soportal de enredaderas que no dejaban ver la luz del sol. Pasearon un buen rato por el camino de piedra que ondulaba por entre los árboles. Álvarez observó al fondo del jardín cómo Nelson hablaba animadamente con un hombre mayor y enteco, con un guardapolvo azul y un sombrero de caña. Ella también los vio y, por primera vez en toda la conversación, perdió el hilo de sus pensamientos. Se le notaba incómoda. Hablaba con el inspector pero su atención estaba puesta en la fogata de rastrojos donde el agente Castillo interrogaba al jardinero.

Álvarez resolvió lanzar un reto, Si estaba usted ocupada, señora Mesa, yo puedo seguir paseando solo; después saldré por detrás sin molestar a sus huéspedes. Pero le salió el tiro por la culata. La gobernanta se rehízo en seguida para mostrar sus dientes, Eso no será necesario, inspector; estoy aquí para atenderlo en lo que pueda; además,

usted vino en visita oficial y aún no ha formulado ninguna pregunta; tengo curiosidad en saber qué puede interesarle a la policía una modestísima congregación de monjas.

Cogido en el renuncio, Álvarez consideró que había llegado el momento de enseñar las cartas, que no tenía sentido continuar con las medias tintas. De manera que le expuso la difícil situación en la que se encontraba. Le contó las tres verdades del barquero. La primera, que había aparecido un hombre medio desnudo y ensangrentado a unos pocos kilómetros del convento. La segunda, que la policía (o, para ser más exactos, él mismo) había cometido el error de no ponerle vigilancia a ese hombre mientras lo curaban de sus heridas. Y la tercera, la verdad más dolorosa, que alguien había acudido de noche al hospital y se había llevado al enfermo como si fuera suyo.

Dolores Mesa meditó sobre la historia que acababan de contarle. Dejó la azadilla sobre una repisa alta de mármol que había a la entrada del huerto. Se tomó su tiempo en digerir tanta información junta. El silencio se revolvió en el aire como un perro rabioso.

—Eso que me cuenta, inspector, es muy interesante, pero no sé qué tiene que ver con las Ursulinas.

—Con las Ursulinas, nada. Esas dos monjitas que viven aquí no tienen vela en el entierro del que le hablo. Pero sospechamos que el hombre que hemos perdido pudo salir de este convento.

—¿De este convento? ¿De dónde saca esa teoría? Según usted iba desnudo y entiendo que sin identificación alguna.

—Cierto. Pero el tipo que se lo llevó del hospital no. Éste estaba vestido, leía una Biblia mientras esperaba su momento y dejó rastros de semillas de rosales y tierra seca por toda la habitación del hospital.

—Acabáramos. ¿Y con esos mimbres pretende usted hacer un cesto? He de decirle que esta zona está llena de rosaledas y, si es por la Biblia, hay al menos dos iglesias entre Tafira y el Convento de las Ursulinas.

—Es cierto. Por eso sólo he hablado de sospechas y no de certezas. Me limito a atar todos los cabos sueltos. Es mi trabajo. Intento averiguar quién y por qué secuestró a *mi* peregrino.

—Pues dudo de que haya acudido a buen refugio. Aquí sólo trabajan dos hombres: Marco Aurelio, el jardinero que ve usted ahí hablando con su compañero, y el padre Abraham, el sacerdote que da misa en nuestra capilla. Y entre los dos suman ciento treinta años por lo menos. No los veo yo de secuestradores nocturnos.

—Ni yo tampoco, señora. Pero tenía que comprobarlo.

—Lo entiendo. Y espero haberle servido de ayuda.

—Lo ha hecho, no le quepa duda. Le agradezco su tiempo y su dedicación. Únicamente me queda una pregunta más antes de irme.

—¿Qué pregunta?

—Yo sólo hablé de que había aparecido un hombre ensangrentado a unos kilómetros de aquí. ¿Cómo sabe usted que fue en Tafira?

A pesar del calor, la muchacha llevaba puesta la chaqueta gris. Intuí que, con el traqueteo de la mañana, los surcos de sudor se habían extendido por toda la blusa y Virginia no había tenido tiempo de mudarse de ropa como hubiese convenido. Comía con desgana, picoteando aquí y allá la verdura y los trozos de pollo de la ensalada. En la mesa al menos hacíamos buena pareja: a mí sólo me gusta la corteza del pan y ella parecía encantada con las migas. Pedimos una copa de vino tinto y una botella, verde y estilizada, de agua con gas italiana.

El restaurante estaba vacío, en eso tuvimos suerte. No me apetecía tener que andar dando gritos para hacerme entender por encima del resto de las voces. Y seguramente ella no se hubiera sentido igual de cómoda al relatarme una historia de amor a salto de mata. Fue la expresión que usó Virginia. A salto de mata. Así se veían Pablo y ella. No. Eso no significaba en secreto. Era verdad que casi nadie sabía que eran novios (la chica titubeó, barajó varias opciones antes de decidirse por lo de *novios*) pero no se ocultaban para verse ni nada de eso. No había necesidad: ambos eran adultos, libres para compartir sus sentimientos. A pesar de ello, muy poca gente estaba al tanto de la historia: por su parte, sólo dos amigas cercanas conocían la relación; por parte de Pablo, nadie. La manida discreción del lobo estepario ya empezaba a empalagarme.

Se veían poco. Culpa del dichoso trabajo de periodista: sin horarios fijos, sin días libres, siempre al mandato tirano de la información. Las noticias no son como el potaje, que por la noche sabe mejor. Ni hablar. Las noticias se pudren en seguida: o las das en caliente o ya no sirven ni para abono. Yo lo había podido comprobar en la emisora esa misma mañana. Una puñetera locura. Todos con el culo a dos manos para que no se les escapara nada importante que transmitir a sus oyentes. Por supuesto que no siempre era así, pero cuando no era Juana era la hermana: el caso es que las horas libres de los jóvenes amantes apenas coincidían. Por eso no iba a serme de mucha ayuda su declaración. También fue ella quien eligió esa palabra, Declaración, tal que si yo fuera policía y aquello un interrogatorio. Le expliqué, antes de dejarla continuar, la diferencia: un policía estaría obsesionado con atrapar al delincuente; a mí me bastaba con entender el delito. Y por eso estábamos en aquel restaurante del Puerto ante una ensalada César y una sartén de verduras a la plancha que se nos iban a

enfriar con tanta charla. Yo necesitaba entender.

No me iba a servir de ayuda. Debía hacerme cargo. Para un par de horas que podían verse (había semanas en que sólo disfrutaban de una cena o de un almuerzo juntos) no las iban a malgastar hablando de trabajo, ¿verdad? No. Necesitaban *desconectar* (Virginia insistió en esa molesta cantinela varias veces), pasar página, dedicarse a ellos dos. Muy rara vez Pablo le revelaba detalles de sus investigaciones. Sin embargo, ella notaba cuando algo lo preocupaba porque no paraba de hablar. Sí. Hablaba como una cotorra de cualquier cosa. Se enredaba sin tino en mil dilemas. La mayoría de las veces se trataba de su infancia, de un padre al que apenas había conocido y que sabía Dios en qué rincón del mundo se encontraba. Al parecer era un aventurero, un tipo nervioso. Sólo Elsa Iglesias había logrado retenerlo tres años en el mismo sitio. Tres años en los que le dio tiempo de enamorarse, casarse, tener un hijo y desengañarse para siempre de los hombres.

Virginia abandonó los cubiertos sobre el plato para referirse a ese aspecto tan triste de la vida de su novio. Sucedió que Quesada tenía miedo de que esa capacidad para hacer daño a quienes más te quieren fuera hereditaria. Por eso le costaba tanto relacionarse con las mujeres. Había visto demasiadas veces a su madre bebiéndose las lágrimas en el poyo de la cocina por culpa de aquel hijo de puta sin sentimientos. Y él no quería repetir los errores de su padre. Virginia, en esos instantes de suma desazón, trataba de consolarlo. Se lo repetía una y otra vez: se heredan el color de los ojos, la sonrisa o la manera de andar, pero los errores son propios y exclusivos de cada quien. No hay posibilidad de contagio ahí, y menos cuando el hijo de puta sin sentimientos no se ha quedado el tiempo suficiente para inocular el veneno del egoísmo. Claro. El hombre se mandó a mudar antes de que Pablo cumpliera el año. Un rajado. Un cobarde. Virginia no pudo ni quiso ocultar su desprecio por alguien que, de un modo indirecto, le estaba jodiendo la vida bien jodida a ella y a su amor indeciso (indeciso Pablo, la muchacha no tenía dudas de que lo amaba).

Quedábamos entonces en que Pablo llevaba tiempo preocupado. Las últimas veces que se vieron ni siquiera hablaron. Sólo hicieron el amor. Y él acababa inevitablemente llorando al otro lado de la cama de ella. Por supuesto: lo hacían en la cama de Virginia; en la de Pablo estaba su madre cerca y no era cuestión de nombrar la soga en casa del ahorcado. No podía aventurar de dónde le venía la zozobra. Quesada solía volverse tortuga con el tiempo nublado. Se plegaba en la concha de un silencio turbador y no había quien lo sacara de allí. Virginia, al principio, intentaba desenroscar su miedo a base de anécdotas graciosas y dulces mimos. Pero o no eran tan graciosas aquéllas o no eran tan dulces éstos porque no conseguía más que arrancarle una mueca de melancolía. Así que, como no quería angustiarse más de lo que, sin duda, estaba, aprendió a hacerse invisible a su lado, a mimetizarse con el entorno. De modo que parecía la fábula de la tortuga y el camaleón.

Se sentaba con él en el sofá del cuarto de la tele, le cogía de la mano y miraban juntos algún programa inofensivo: la lucha por la supervivencia de los animales de la Sabana o la increíble rapidez con la que se construyó el puente de Brooklyn. Inofensivos, sí, yo había oído bien. En las películas uno puede sentirse demasiado preocupado, afectado por las emociones de los protagonistas y, por su parte, las noticias tienen exceso de equipaje en cuestión de tragedias y abandonos. En cambio, los leones y los puentes no provocan más que admiración y respeto.

Virginia revolvía el café con leche condensada igual que los recuerdos: con cuidado, para que no se le mezclaran excesivamente, para lograr el equilibrio justo entre el dulzor de la leche y la amargura del café. En aquel restaurante del Puerto no consiguió equilibrar el cortado ni el recuerdo. Se le quedó un regusto ácido en la punta de la lengua. No lo dijo. Pero imaginé que imaginaba que no volvería a ver a Pablo, que no regresarían las tardes de sofá con leones y puentes de fondo, que tendría que aprender a vivir sin los silencios de la tortuga. Para apartarla de estos pensamientos fue que la animé a recordar los detalles de sus últimas citas. Cualquier cosa, por absurda y menuda que pareciera, podría significar mucho en la investigación.

¿Dejaba Pablo en casa de ella alguna vez sus carpetas, sus documentos, una bolsa con material de trabajo? Virginia cerró el ojo izquierdo en un intento de dar forma a sus evocaciones. No. En su casa sólo había un cajón en el armario con ropa de él y un neceser en el cuarto de baño con su cepillo de dientes, su desodorante y su maquinilla de afeitar. Pablo nunca recurría ni a carpetas ni a documentos en papel. Lo guardaba todo en su portátil. No. No compartían el ordenador. Ella tenía el suyo en la mesa de su alcoba. A veces Pablo lo utilizaba: se levantaba a medianoche y se sentaba al escritorio a trabajar. Tal vez hubiera dejado un rastro de migas de pan en sus incursiones al bosque de Virginia pero no confiaba yo en hallar más de lo que ya tenía: sus archivos, sus críticas de arte, sus fotos.

Claro, coño. ¡Sus fotos! Las llevaba encima y con tanta confianza personal las había olvidado. Las saqué y se las mostré a Virginia. ¿Las reconocía? ¿Sabía cuándo y dónde habían sido tomadas? La muchacha las observó en silencio con detenimiento. Una tras otra fue buscándole fisuras. Apartó la taza del café con leche y la copa de agua y colocó las imágenes juntas sobre la mesa. No. No las había visto antes ni sabía de dónde eran. Pero descartó de inmediato que fueran producto de una excursión campestre.

A Pablo no le entusiasmaban las excursiones. Mareaba como un chucho. Sus salidas se limitaban al sur, porque la autopista no viene con curvas. Cuando elegían el norte no pasaban de Arucas. Y si era el centro, en Santa Brígida ya se ponía a morir. El estómago se le enrabiaba y había que parar cada cinco minutos a que le diera el aire. Ni locos. Las fotografías tendrían que ver con algún reportaje que estuviera

preparando para la emisora y tenía que ser gordo porque, de lo contrario, hubiera mandado a otro a hacerlas. ¿Y ese reportaje tendría que ver con el arte? Era curioso que yo mencionase lo del arte. Pablo y ella habían estado visitando museos durante el verano. Sí. Habían aprovechado el período de vacaciones de agosto, la última semana, para conocer el Museo Néstor, el AAM, el Diocesano, la Casa de Colón.

Virginia no lo relacionó con el trabajo. A sus ojos resultaba más simple: se habían quedado en Las Palmas porque no les gustaba viajar en verano, con la marabunta. Se convertía todo en una batalla campal en las filas de los aeropuertos y en las conserjerías de los hoteles y en los monumentos de las ciudades. Y además estaban las olas de calor tan frecuentes a dondequiera que fueses. Un horror. Preferían emigrar en Navidad o en primavera, cuando no hubiera tanto lío. Se habían quedado en Las Palmas, sí, y habían dedicado su semana a pasear, a ir a la playa y a visitar museos.

—¿Recuerdas la visita al Museo Diocesano?

—Ése es el que está en la Catedral, ¿verdad?

—El mismo.

—Sí. Estuvimos una mañana entera allí. Pablo se había agenciado no sé dónde un tratado de pintura canaria e insistió en servirme de guía. Estaba embelesado. Nos detuvimos un cuarto de hora por lo menos en cada cuadro y él hablaba de formas y colores, de luces y de sombras como un auténtico experto.

—Esa sensación también la tuve yo al revisar los archivos de su ordenador: me pareció que sabía mucho de pintura. ¿Coincidieron con alguien en el Museo?

—¿En el Diocesano? Pues sí. ¿Cómo lo sabes? Apareció un sacerdote con el que Pablo hizo buenas migas.

—¿Un sacerdote?

—Sí. El padre Ortigosa.

—¿Ortigosa es cura? Coño, cómo no caí yo en eso.

—Pues lo es. Aunque vista como un príncipe y tenga mirada egipcia.

—¿Mirada qué?

—Mirada egipcia. De esas que, te pongas donde te pongas, siempre te observan. Como en los jeroglíficos de las pirámides. No me cayó muy bien el sacerdote. Pero a Pablo sí. Incluso quedaron para una entrevista unos días después... Espera que recuerde... Sí. El lunes, seis de septiembre. A las diez de la mañana. Tengo buena memoria para eso.

La sobremesa con Virginia fue tomando otros atajos pero yo me quedé en esa parte, en su buena memoria, en la amistad naciente del curioso Quesada y el egipcio

Ortigosa, en una supuesta entrevista de varios días después, exactamente el lunes, seis de septiembre. No tenía idea de lo que habían tratado en esa reunión. Lo único cierto era que ese mismo día el periodista se había desvanecido.

El camino de vuelta lo hicieron en silencio. Álvarez así lo sugirió. No quería mezclar sabores, dijo. Le pidió a Castillo que, sin apartar la vista de la carretera, le diese vueltas a la conversación con el jardinero. Exacto. Como si fuese un chicle. Quería que lo rumiara hasta llegar a la comisaría. Entonces, con más calma, volverían sobre ello. Mientras, el inspector intentaba ponerle nombre a sus impresiones y enfrentar lo que resultaba evidente con lo que parecía engañoso.

A falta de hacer algunas sencillas comprobaciones, tenía sobre la mesa un convento de monjas que se sustentaba de grupos de oración, de niños en ejercicios espirituales y de pequeñas asambleas de meditación. Una posada espiritual para caminantes. Trabajarían allí ocho o diez empleadas bajo las órdenes de Dolores Mesa: cocineras, asistentes, limpiadoras, acaso una portera de noche. También disponía de un entregado jardinero y de un cura que funcionaba como un reloj despertador, cada uno de los cuales debía de andar por los setenta años. Hasta ahí todo corriente y conforme a la ley.

Sin embargo (y aquí llegaban las primeras disidencias), la actitud de la gobernanta mostraba algunas fisuras: la mujer se había mantenido a la defensiva desde el primer momento, incomodado con la visita al huerto, delatado ante Álvarez al revelar que conocía el punto donde había aparecido el peregrino. Las explicaciones que dio, bien es cierto, fueron más que aceptables. En ellas mostró unos reflejos curtidos: confesó que no estaba acostumbrada a tratar con la policía, algo que el inspector había visto con frecuencia en su oficio; que llevaba unos días con exceso de trabajo porque tenía de baja por maternidad a la conserje de la tarde, y, por último, que leía el periódico a diario, lo que explicaba que conociera las particularidades del caso del peregrino de Tafira. Había sido un testimonio de una solidez abrumadora que ningún fiscal se atrevería a rebatir en un juicio. ¿Por qué, entonces, no acababa de crearle Gervasio Álvarez?

Ya en la comisaría, continuaba dándole vueltas a los gestos y a los silencios de Dolores Mesa. Tenía la extraña sensación de que el puñetero huerto escondía algo más que aguacateros y manzanos. Sólo que no podía ir con esos argumentos a un juez y pedir una orden de registro nada más y nada menos que de un convento. A partir de ahí se vería obligado a cogérsela con papel de fumar. Nelson Castillo entendió la preocupación de su jefe y aguardó en su asiento, al otro lado del escritorio de Álvarez, a que le diesen vía libre para relatar su charla con el jardinero. Le quemaba en la boca la historia de Marco Aurelio Trueba.

Llevaba en el Convento de las Ursulinas desde mil novecientos sesenta y cinco.

Había nacido en el cuarenta y uno en Tafira Baja y no sabía hacer otra cosa que cuidar de sus verduras y sus árboles frutales. El padre y el abuelo Trueba (seguramente el oficio podría remontarse más atrás en el tiempo pero tanta memoria no tenía Marco Aurelio) también habían sido labradores. El hombre jamás había salido de la isla. No había visto nevar en su vida. Era viudo. Su mujer había muerto antes de ver el nuevo siglo. Y, a pesar de su edad, se encontraba con fuerzas para seguir en el campo hasta que le tocara reunirse con ella. De hecho, le habían propuesto jubilarse hace años pero él no había aceptado. ¿Qué iba a hacer? No quería ser un estorbo para sus hijas (tenía dos, que vivían en Las Palmas y le habían dado cinco nietos) y quedarse en casa sería como dejarse morir de a poquito.

Trueba reconocía ser algo cabezota. Era una cruz. Unos pecaban de ambiciosos; otros, de infieles; otros, de inventar como bellacos. Él no ambicionaba más de lo que tenía, jamás había engañado a su mujer y no entendía la mentira. Pero era terco como una mula: le gustaba llevar el huerto a su modo y no consentía que nadie metiera mano en él. La mayoría de los árboles que Castillo y Álvarez pudieron admirar los había plantado Marco Aurelio, por eso hablaba del huerto como si fuera de su novia. Nelson le había pedido que recapitulara sobre los sucesos de la última semana. Quería saber si el jardinero había observado algo fuera de lugar: la presencia de un intruso en el huerto, la ausencia de algún apero de labranza, cualquier cosa que pudiera considerarse extraña. Lo que más deseaba Marco Aurelio Trueba era colaborar con la policía (se consideraba hombre de bien, hombre que se viste por los pies) pero no tenía ninguna información que ofrecerle al respecto.

Parecía sincero. Castillo insistió en la pregunta. Le nombró los rosales. Le reconoció la verdadera razón de su visita, la búsqueda de un hombre con señales de simientes en sus botas. Allí Trueba se encogió de hombros, Ah, amigo, de los rosales no puedo responsabilizarme, eso es cosa de las monjas; yo sólo me ocupo del huerto. ¿No era lo mismo? De ninguna manera. En la trasera del convento, la demarcación que competía al jardinero, había manzanos, limoneros, aguacateros, nísperos. Y hortalizas y legumbres de todo tipo: papas, cebollas, tomates, judiones, guisantes... Las flores las llevaban las mujeres de la casa y estaban al otro lado del edificio viejo. Trueba no pisaba los rosales más que cuando lo llamaban para desbrozar la maleza, y eso sucedía de Pascuas a Ramos.

El inspector reconstruyó su planteamiento ante lo que acaba de escuchar. Regresó a Dolores Mesa, en la esquina de la hacienda, con su figura frágil y su voz árida, y una azadilla en las manos nerviosas. ¿Sus reparos para que Álvarez viera el huerto no habrían sido una maniobra de distracción? ¿Su cortesía solícita no habría sido una pose? Necesitaba meditar un poco más en la actitud de la gobernanta.

Dio por terminada la reunión con Castillo. Fue a comprobar cómo andaba el trabajo en la comisaría, por dónde iban los tiros de las investigaciones. Se aseguró de

que ninguna de ellas se había atascado en algún laberinto burocrático, de que todos los asuntos seguían su curso natural. Escuchó quejas. Formuló preguntas. Animó a los muchachos. E informó de que volvería sobre las cuatro y media y de que, en caso de que surgiera algo grave, estaría en el Deenfrente. De todo lo que oyó sólo una cosa lo dejó intranquilo: la madre del periodista seguía sin dar señales de vida, algo poco habitual en semejantes circunstancias. Pidió el teléfono de Elsa Iglesias y decidió que la llamaría durante la tarde.

En el bar las caras eran las mismas de todos los días: la cajera rubia y presumida del supermercado que había tras la comisaría; tres estudiantes de Lanzarote que debían de vivir cerca y, por lo visto, preferían pagar por el menú del Deenfrente que hacerse la comida en casa; un par de empleados de la Caja de Ahorros del barrio, y un pariente de Pancho, el dueño del bar, que le gorroneaba dos o tres almuerzos a la semana. Álvarez tenía siempre la misma sensación al entrar allí: la de estar en casa. Como en aquella vieja película, *Mesas separadas*, que había visto de joven y en la que David Niven, Burt Lancaster, Deborah Kerr y Rita Hayworth compartían comedor en una pensión de mala muerte. Siempre se sentaban en el mismo sitio, con la misma cara y los mismos problemas. Cada uno ocultaba sus miserias, jugaba a ser quizá lo que no era, fantaseaba con una vida que no llegaba nunca. Y así pasaba el tiempo, se concatenaban las estaciones y el mundo seguía igual bajo sus pies.

Ese lunes había potaje de acelgas y tacos de cherne con adobo. Pancho no era de los que daban a elegir: si quieres comer, te comes lo que hay; para remilgos, está el restaurante gallego dos puertas más allá. Lo dicho: igual que una familia. Gervasio Álvarez comió con apetito las acelgas pero se llenó pronto y dejó la mitad del pescado en el plato. Pancho, que no estaba acostumbrado a tamaña desgana en el policía, preguntó si había algo malo en el cherne. El inspector lo tranquilizó, La culpa es de Susana, chico, que me tiene agobiado con el régimen; sí, ya sé, a mi edad suena ridículo, pero tú no conoces a mi mujer: cuando algo se le mete en la sesera...

Tres minutos antes de las cuatro y media, el inspector reapareció en la comisaría. Entró directo a por la máquina de café, se sirvió uno y se dirigió a su despacho. Dejó la puerta entornada, lo que significaba que, aunque tenía trabajo, no le importaba ser molestado si la ocasión lo requería. Se sentó ante su escritorio y dio cuenta de su capuchino, suave y cremoso, con doble de azúcar para matar el sabor del café malo. Mientras bebía, su atención se fue balanceando entre un pasillo de hospital y un convento de monjas. ¿Qué relación podía haber entre un secuestrador que leía la Biblia y las Ursulinas de La Atalaya? Anotó en su libreta una pregunta: ¿quién da misa cuando el padre Abraham está enfermo? Escribió una suma  $65 + 65 = 130$  y encerró el resultado en un círculo. Y luego otra interrogación: ¿a qué edad se jubilan los curas? Los signos de interrogación le parecieron anzuelos que empezaban ya a atorárseles en el gaznate.

El hombre del hospital se había comportado de una manera muy profesional. En todo menos en lo de dejarse captar por la cámara con una Biblia en las manos. ¿Y si fuera una falsa pista? ¿Y si su objetivo hubiese sido desviarlos del camino y llevarlos a una calle sin salida? Álvarez recordó la estratagema que habían seguido los ladrones del supermercado para darle esquinazo a Armando Baeza. Aunque los delitos eran distintos, bien pudiera ser que la maniobra de despiste fuese la misma: la estrategia del calamar. Cerró la libreta y agarró el teléfono. Marcó un número que llevaba apuntado en un papelito y aguardó.

Elsa Iglesias tardó poco en contestar. Estaba en el salón, junto al teléfono, delante de la televisión encendida pero sin mirarla, algo que se había convertido en costumbre desde que faltaba su hijo. Se sobresaltó primero por el sonido del aparato y, luego, por la voz severa de Gervasio Álvarez. Dedujo que, si la llamaba el inspector en persona, era que la cosa estaba realmente jodida.

—No tiene por qué alarmarse, señora Iglesias. Llamo en son de paz.

—Pues su voz suena de lo más guerrera, inspector...

—Álvarez, para servirle. Es el maldito teléfono que lo distorsiona todo. Quería excusarme por la demora en el caso de su hijo pero es que andamos saturados en la comisaría.

—Eso lo imagino. Lo que no entiendo es para qué me llama si no tiene ninguna novedad.

—Para saber cómo se encuentra y asegurarle que no nos hemos olvidado de su hijo.

—Pues, con franqueza, no lo parece. Mi hijo lleva una semana desaparecido y no tienen ustedes aún ni una sola pista.

—¿Por eso ha dejado usted de venir por aquí? ¿Porque ha perdido la esperanza de que podamos ayudarla?

—¿Y me lo reprocha?

—Nada más lejos de mi intención, señora. Sólo me preguntaba si ha sabido algo de los secuestradores. Verá. Es muy frecuente que, una vez que se ponen en contacto con la familia, la persuadan (lo normal es que se lo prohíban directamente) para que eviten a la policía. Entonces, una madre, una esposa, un hijo deciden que tienen más posibilidades si trabajan solos. Y eso, créame, es lo peor que pueden hacer.

—Sinceramente, inspector, ya no sé qué pensar. Ustedes parecen tomárselo con toda la calma del mundo y eso me espanta. Pero más me espanta la calma con que se lo toman quienes se llevaron a Pablo. No. No he recibido ni una llamada ni un mensaje ni una visita. Y no me crea tan tonta para no saber que eso es muy malo.

—No se desmoralice tan pronto, señora Iglesias. Su hijo no es un personaje

público, no frecuente, digamos, los *bajos fondos* ni está metido en asuntos ilegales. Lo hemos investigado bien y, aunque alguna vez ha pisado algún callo, eso no es suficiente para que alguien lo quiera eliminar de buenas a primeras. La mayoría de estos casos se resuelven con la vuelta del supuesto secuestrado.

—Si insinúa que Pablo ha podido escaparse de casa sin avisar puede quitárselo de la cabeza. Él no es de esos. Puedo entender que ustedes estén hasta arriba de trabajo pero entiéndame que yo no puedo sentarme a esperar a que se decidan a dedicarle esfuerzo y tiempo a la búsqueda de mi hijo.

—¿Puedo preguntarle entonces qué piensa hacer?

—Ya lo he hecho, inspector. He contratado a un detective.

—¿Un detective? ¿Cree que es buena idea? Esa gente suele crear más problemas que los que resuelve. Y no tienen los recursos de la policía.

—¿Y de qué me sirven a mí esos recursos del demonio si tan ocupados están? No creo cometer ningún delito contratando a un detective.

—Por supuesto que no. Está en su derecho y créame que la entiendo. Yo sólo me veo en la obligación de advertirle de los riesgos que ello conlleva.

—Se lo agradezco. Quedo advertida. ¿Se le ofrece algo más?

—Una cosa nada más: ¿puedo saber el nombre de ese detective?

—No lo tome como descortesía, inspector Álvarez, pero prefiero no revelarlo.

Cuando dejé a Virginia en la puerta de la emisora, la muchacha ya no sudaba. Tenía la sonrisa aguada y los ojos encogidos de miedo. No lograba entender tanto silencio alrededor de Pablo. Ella me había ofrecido toda su buena fe y yo le había devuelto una sarta de incógnitas que sonaban más falsas que la falsedad misma. Virginia luchaba por no perder la esperanza (volver a ver a Pablo era su sueño) pero necesitaba un asidero del que aferrarse y yo no supe entonces despejarle las dudas. Lo único que pude hacer fue jurarle que iba a llegar hasta el final, cualquiera que fuese, de aquella historia. El cualquiera que fuese me lo guardé para mí: lo escondí en la faltriquera, lo monté en un taxi conmigo y me lo llevé a la otra punta de la ciudad.

Por muchas razones (no me entusiasma conducir, mi coche es algo viejo, me da pereza perder tiempo en la eterna espera de que un semáforo se ponga en verde) me paso la vida encima de un taxi. A veces me han supuesto una pejiquera, pero por lo general me gusta escuchar lo que escuchan, lo que dicen, la filosofía que defienden. En la radio de éste sonaba una canción desgarrada, una ranchera áspera de trágico final. El taxista hablaba de la crisis, otro más, con acento cubano, y a mí me hubiera complacido preguntarle qué crisis era aquélla pero seguro que me hubiese salido con

la imagen manida de la sartén y el fuego, de Guatemala y *Guatepeor*, de maldita la hora en que agarré los bártulos y me vine a España huyendo del mucho racionamiento y del ningún razonamiento: de la media taza de arroz, del medio pollo, de la media pierna de puerco, del medio kilo de frijoles, siempre mitad de todo y jamás nada entero.

Todo para llegar de nuevo al punto de partida con media jornada, medio salario, quién sabe si media novia. Tenía el tipo un tic en el hombro izquierdo, el que daba a la ventanilla. A cada poco lo levantaba de un modo espasmódico hasta tocarse con él casi la oreja. Mejor que fuera ése y no el otro el hombro que tartamudeaba, a ver si no cómo metía las marchas, cómo manejaba la radio de la ranchera cada vez más enrabiada, cómo cobraba a los clientes. El cubano me cobró con una sonrisa y un movimiento de su hombro sano. Me dejó enfrente del teatro Pérez Galdós, a medio camino entre mi oficina y el Museo Diocesano. Tenía, pues, un minuto para decidir qué rumbo iba a tomar.

La vida transcurre inexorable en tanto que nosotros apuramos una decisión tras otra. Siempre me ha maravillado (obsesionado no; a obsesión aún no llegan mis simples reflexiones) la manera en que el azar maneja sus dados y nuestro afán se empeña en estar siempre del otro lado del río, como la greguería de Gómez de la Serna. Uno es libre de decidir si gira a la derecha o a la izquierda, por ejemplo, en Triana. Libre como el taxista de quedarse en La Habana o emigrar a Las Palmas, de donde probablemente fuera un abuelo indiano muerto hace treinta años. Pero tanto mi leve decisión como la suya grave arrostran inevitablemente sus consecuencias. Esa tarde preferí tomar el aire de Vegueta antes que encerrarme en mi despacho a desgranar, una vez más, las fotos de Pablo Quesada. Y si alguien me pregunta algún día por qué lo hice le diré, como el otro, Porque entonces no me pareció tan mala idea.

No tuve que llegar al Museo Diocesano, el tramposo azar se saltó mi turno y tiró dos veces seguidas sin dejarme coger resuello. En la terraza del Monopol me esperaba una sorpresa. Yo había elegido esa ruta para cruzar el barranco del Guiniguada (el libre albedrío se rebelaba contra las artimañas del destino) porque sentí nostalgia de la noche en que conocí a Beatriz Guillén. Quise recordar el paseo del sábado, evocar la espalda (y lo que no es la espalda) de Beatriz mientras andaba cogida del brazo de Concha. Y ocurrió que, en mitad de la melancolía, en mitad del sueño, me salió al encuentro la cruda realidad.

En una mesa de las más resguardadas, pegada a la pared y azocada del viento, dos hombres hablaban en voz baja ante una jarra de cerveza y un vaso de zumo de melocotón o albaricoque. Pasé de largo confiando en que no me descubrieran y me fui a sentar en el siguiente bar, al aire libre, a veinte metros y doce mesas de distancia. Pedí un café con hielo y el periódico para disimular mi soledad. No hay

nada más sospechoso, lo tengo advertido, que un hombre solo en una terraza. Todos, en especial las mujeres, lo miran con desconfianza, como si en cualquier momento fuera a cometer una locura: a disparar una escopeta, gritar Puta o simplemente reírse de su propia sombra. Por eso se previenen agarrando sus bolsos contra el pecho, acechando al extraño por encima de la montura de sus gafas.

Los dos hombres continuaban en su contubernio, ajenos a mis andanzas. Agachaban la cabeza para hablarse, que era una forma de agachar la voz. A uno de ellos lo conocía; al otro no lo había visto en mi vida. El padre Ortigosa (desde que averigüé que era sacerdote lo miraba con otros ojos) era el que bebía el zumo; su amigo daba tragos cortos a su cerveza. Ortigosa parecía el más nervioso de los dos. Hablaba con cierta expresión de ansiedad. El acompañante lo escuchaba con calma. De vez en cuando intervenía, su mano derecha se movía con la palma hacia abajo al compás de su discurso. Rezumaba tranquilidad. Tal vez compartiera el problema con Ortigosa pero se negaba en gesto y alma a dejarse llevar por la histeria.

En un momento de la discusión, el acompañante puso con mimo su mano sobre el antebrazo del cura (entonces entendí lo que quiso decir Virginia con lo de los ojos de egipcio) y éste mudó su rostro al desconcierto. Sin duda, no se esperaba aquel guiño amistoso y lo pilló de improviso. Luego recobró la compostura, sonrió a media boca, bebió un sorbo del zumo y asintió con una mezcla de alivio y sumisión. La charla volvió a su cauce pero a mí nadie me bajaba del burro de que lo que había visto en la mirada de Ortigosa se parecía demasiado (¿otra vez?) al miedo.

Un grupo de pibes salió de la biblioteca y se sentó en la terraza hurtándome media visión de los hombres. Sus gritos, por desgracia, hicieron que ambos se volvieran hacia donde yo estaba. Y entonces tuve la sensación de que me habían descubierto. Fue sólo eso: pura sensación. Ninguno de los dos realizó un movimiento extraño, un gesto desusado que pudiera provocar esa sospecha. Continuaron su conversación como si nada. Pero Ortigosa ya no dejó de vigilar, por encima del hombro de su colega, al grupo de estudiantes, incluso cuando éstos habían dejado de armar escándalo. El duelo de miradas (la mía disimulada, la suya nerviosa) vino a durar diez minutos, el tiempo en que yo acabé de beber mi café helado y se me agotaron las excusas, el tiempo en que ellos acabaron su cónclave y se les agotó la paciencia.

Allí se despidieron: el desconocido subió la calle Remedios y Ortigosa regresó a su casa o a su Museo. Para ello, el cura tuvo que pasar por la terraza donde yo le dejaba propina al camarero ecuatoriano o boliviano (mirada triste, acento dulzón, figura achaparrada, piel de tambor) que me había atendido. Ortigosa no me miró pero su cuerpo, tensado como cuerda de violín, sí que lo hizo: el esfuerzo que se tomó en continuar su camino sin volver el rostro lo delató. Y yo entonces me vi en la tesitura de tener que decidir de nuevo. Y en lugar de lo malo conocido me aventuré a lo bueno por conocer.

La escena de película que todo el mundo aspira a revivir algún día se me presentó en todo su esplendor. El desconocido tomó un taxi en la plaza de Cairasco. Yo salté al siguiente y le pedí a la taxista (trigueña, el pelo recogido en un moño, las orejas abanadas y desnudas de zarcillos) que lo siguiera. La chica me miró por el espejo interior. Intentaba descifrar el galimatías de un tipo extraño siguiendo a otro más extraño aún. Pensaría, lo más probable, en si el perseguidor era de mejor calaña que el perseguido, pero no dijo nada y se limitó a conducir sin perder de vista el taxi precedente.

El viaje nos llevó por Bravo Murillo y Paseo de Chil de retorno a la otra esquina de la ciudad, de plaza a plaza y tiro porque me dejan baza: de Cairasco a la Victoria. Allí el desconocido se bajó. Cruzó la esquina del Bingo Ópera y descendió la calle Néstor de la Torre. Se detuvo en el restaurante japonés a mirar en un escaparate tremebundo donde se exponen piezas de *sushi* y *sashimi* de plástico que dan más pavor que apetito. ¿Estaba comprobando si lo seguían? ¿Me había calado de verdad? Retomó su camino. Cruzó Mas de Gaminde y se metió en el Hotel Fataga.

Esperé en la puerta. Dejé pasar diez minutos. Y entonces entré en el hotel. En recepción pregunté por el tipo canoso y espigado que acababa de entrar. Ante las suspicacias del recepcionista, inventé sobre la marcha un pretexto: yo trabajaba en una empresa de papelería y aquel hombre era un buen cliente.

—¿Y no sabe el nombre de su buen cliente?

—Claro que lo sé. De hecho acabamos de estar juntos en la Plaza de las Ranas. Ocorre que soy un trasto y no lo recuerdo. Tenía también que entregarle un regalo de parte de los jefes para que se lo llevara a casa. Y los jefes me botarán a la calle si llegan a enterarse de mi doble olvido.

—Pues no quiero tener su despido sobre mi conciencia. El hombre se llama Alejandro Bringas. Está en la 115, subiendo por aquella escalera.

La suerte quiso que, en ese mismo instante, llegara a registrarse en el hotel una familia alemana. El recepcionista fue a atenderlos y, entre el ruido que armaban los dos hijos pequeños (rubicundos, revoltosos, con un más que notable sobrepeso) y las dificultades que entrañaba el idioma, se olvidó de mi presencia. Jamás tuve intención de subir a la habitación del desconocido, sólo quería saber su nombre y ya lo había averiguado. Así que hice el paripé: crucé una sala cuadrada con sillones de tela y mesas de cristal, me acerqué al principio de la escalera, fingí admirar un horroroso bodegón con perdiz muerta incluida, di media vuelta y salí.

Conque Alejandro Bringas. El nombre no me decía nada. No recordaba haberlo leído u oído antes. De que era forastero (¿de otra isla?, ¿de otra región?, ¿de otro país?) no me cupo duda puesto que se alojaba en un hotel. La cuestión era si había venido a Gran Canaria únicamente para entrevistarse con Ortigosa o la entrevista

formaba parte de un programa de visitas más amplio. Me pareció esencial resolverlo antes de seguir adelante, una premisa errónea te hace perder un tiempo precioso en cualquier investigación.

No quise tentar al diablo por segunda vez y, en esa ocasión, entré en el hotel por la cafetería. El Néstor es un café pequeño decorado con colores modernistas y materiales cálidos. En la barra pedí una botella de agua para aliviar la espera. Recé para que a Bringas no se le ocurriera bajar al bar a por otra cerveza. En lugar de eso (¿estaba cambiando el viento de la suerte?), ocurrió algo fantástico: llegó a la conserjería la muchacha del turno de noche y el otro recepcionista se perdió tras una puerta medio oculta, confundida en la textura ocre de la pared. Antes de que volviese a aparecer su compañero, corrí a hablar con la chica. Entonces fue todo más sencillo: necesitaba saber cuánto tiempo se iba a quedar en Las Palmas mi buen cliente Alejandro Bringas; mis jefes pretendían hacerle un regalo y no querían que, por algún despiste, se marchara antes de tiempo. La recepcionista consultó en sus archivos y respondió con una sonrisa descalza, El señor Bringas no tiene aún fecha de salida; llegó el jueves pasado pero no sabemos cuándo piensa dejar el hotel; ¿dígame?, bueno, no es algo demasiado corriente pero a veces solemos aceptar esa fórmula con clientes muy especiales.

Le agradecí la información y abandoné el hotel sobre las ocho, no sin antes pedirle un último favor a la muchacha: como se trataba de un regalo sorpresa, sería de gran ayuda que don Alejandro no supiera que habían estado preguntando acerca de la duración de su estancia. La chica me guiñó el ojo en ademán de complicidad, Descuide usted, señor; seré una tumba.

Ya no tenía tiempo de volver a la oficina, así que decidí dar un paseo por la playa hasta casa de Colacho. De camino, mientras esquivaba a corredores, paseantes y negros vendedores de relojes falsos (los relojes, los vendedores eran negros de verdad), fui cruzando las notas que tenía por si aclaraba algo el asunto del secuestro. Quesada se había topado en su trabajo con un misterio que alguien intentaba impedir que viera la luz. Ese misterio tenía que ver con un cuadro del que nadie quería oír hablar. La última noticia que se tenía del periodista apuntaba a un encuentro con el padre Jorge Ortigosa, el lunes, seis. No se tenía constancia, sin embargo, de que ese encuentro se hubiera producido. Entre tanto, el periodista había desaparecido y había entrado en escena otro personaje, el tal Alejandro Bringas, un forastero que se alojaba en el Hotel Fataga sin fecha de salida. Eso significaba que Bringas (o quienquiera que lo hubiese invitado a la isla) era un cliente muy importante.

¿Existía relación entre el hombre canoso y delgado y Pablo Quesada? ¿Tenía Bringas algo que ver con su desaparición? La relación entre éste y el mantenedor del Museo Diocesano era otro asunto que había que aclarar. Por lo pronto, el cura parecía tener sus recelos ante la presencia del forastero. Pero eso tampoco era revelador

porque Ortigosa parecía receloso por naturaleza: ante mí, en el Museo, había dado muestras de un carácter movedizo y cauto. Cuando llegué a casa de mi abuelo, tenía más preguntas que respuestas en la cabeza. Pero nadie me dijo que aquel caso iba a ser fácil.

Colacho no estaba solo. Al abrir la puerta de su casa (me había agenciado una copia de la llave para evitarle la molestia de levantarse a abrirme) escuché dos voces en el salón. Y antes de llegar a donde los dos hombres se enredaban en una discusión serena sobre los buenos tiempos en los que nadie sabía de teléfonos móviles, cadenas de televisión ni ordenadores y, no obstante, todo Dios se comunicaba sin problemas, supe a quién pertenecía la segunda voz.

Gervasio Álvarez estaba sentado en la mecedora en un extraño equilibrio, con una pierna cruzada sobre la otra, una copa de vino en la mano y cara de cansancio acumulado. No supe desentrañar si su cansancio obedecía al exceso de nostalgia o de trabajo. Colacho asentía sin pasión a las mustias reflexiones del inspector. Eran dos viejos (mi abuelo, de haberme leído el pensamiento, me hubiera reprochado meterlos en el mismo saco; Álvarez era un chaval de sesenta y pico años) con la cantinela de siempre: cualquier tiempo pasado fue mejor. Cuando me vieron aparecer en la sala de estar interrumpieron su charla y me miraron con idéntica expresión, como si yo fuese el ejemplo vivo de su teoría. Colacho me señaló con la cabeza sin dejar de mirar a su invitado, Mira por dónde; hablando del rey de Roma...

La presencia allí del inspector no fue difícil de explicar. Entre ambos había nacido una sincera amistad en los últimos años, luego de que hubieran estado a punto de arrojar a mi abuelo por un barranco de Bahía Feliz. Álvarez visitaba a Colacho con regularidad, acaso por deferencia a mí, pero siempre tuve la sensación de que se sentía culpable: quien quiso despeñar a Colacho fue uno de su gremio, un policía corrupto y manipulador del que todo el cuerpo se avergonzaba. Mi abuelo, reservado y terco como una mula, jamás mencionaba esos encuentros. Tuve que enterarme, mal y tarde, por el inspector. En cualquier caso, tal y como pude comprobar después, aquella visita tenía retranca. El viejo policía esperaba matar dos pájaros de un tiro.

Colacho me mandó a la cocina a preparar un enyesque, Anda, tráete un pizco de pan bizcochado y algo de queso y embutido; ábrete unas latas, que debe de haber aceitunas y berberechos en la alacena que está encima de la nevera, esa que tiene la puerta empenada y cierra mal. El inspector no puso objeciones a la invitación. Estaba sumamente agradecido de que le evitaran el suplicio de una cena a base de lechuga, pollo hervido y agua mineral. Se ofreció a despejar la mesa de adornos y a poner el mantel, los cubiertos y las servilletas. Así que a los diez minutos ya estábamos cenando los tres al amparo de una botella de vino para brindar por el buen estado de

salud de mi abuelo.

Hablamos mucho de eso (de la salud de Colacho), algo que me mortificaba más de lo que me hubiera gustado reconocer. Llevaba yo unos meses repasando, igual que un enterrador del Viejo Oeste mediría sus cadáveres, las esquelas del periódico para medir la edad de los muertos. Nadie parecía llegar a los ochenta y cinco con vida en la isla. Sólo un par de ancianas cumplieron los noventa antes de que la ola de calor de agosto, que aún se empecinaba en perdurar, se las llevara por delante. Ochenta y cinco años. Mi abuelo había traspasado esa frontera en casi una docena ya y yo tenía la sensación agónica de andar despidiéndome de él cada vez que le decía Hasta mañana. Nunca le había comentado a Colacho mis vértigos para no contagiárselos. Pero, o yo no supe disimular bien, o el viejo aún tenía la intuición en plena forma, porque se burló de mi angustia delante de Álvarez. Ni siquiera reparó en cuánto podían dolerme sus chanzas. De hecho, los dos hombres hablaban de mí como si yo estuviera ausente, con descaro, como si las palabras no pudieran ofenderme o hacerme sonrojar.

—Ahí donde lo ve, Álvarez, mi nieto está cagado de miedo. Han estado a punto de abrirle un par de veces la cabeza, de meterle un tiro en la frente, de clavarle una navaja en el pecho y el hombre ni se ha inmutado. Pero ahora me mira a mí y le ve los dientes negros a la muerte y anda con el gesto gacho como un chiquillo.

—Eso es que hemos maleducado a nuestros jóvenes, Arteaga. Les hemos consentido una vida sin complicaciones, llena de lujos, y cualquier contratiempo los achanta. Es lo que le decía antes. Hablan de crisis por todos lados. ¿Qué sabrán estos totorotas de crisis? Tendrían que haber vivido la posguerra, las cartillas de racionamiento, la época en que debíamos compartir los zapatos con los hermanos porque sólo había dos pares utilizables, la época en que teníamos que ir a hacer las necesidades a la huerta porque ni baño había en las casas. Aquello sí que era crisis, carajo.

—Qué razón tiene, mi amigo. Y usted habla de la posguerra pero en la *preguerra* tampoco se vivía mejor. Nosotros tuvimos suerte porque mi padre regentaba una tienda de ultramarinos en la calle Juan Rejón y, al menos, teníamos qué comer. Pero yo perdí más de un amigo de niño porque cualquier enfermedad boba se les mezclaba con el hambre y los tumbaba.

Intervine antes de que la conversación se saliera de madre y quise dejar claras aunque fueran dos cosas: la primera, que cada uno es dueño de sus miedos; la segunda, que hablar del hambre ajena delante de un plato de chorizo ibérico me parecía una indecencia. Aceptaba bendecir la mesa, como en esa época que tanto añoraban, para agradecer las viandas al Altísimo, pero que no me anduvieran jodiendo la cena con recuerdos del año del cólera. Estábamos en el dos mil diez:

ahora cuando uno tiene qué comer, come, y cuando no, se aguanta.

Tuve que haberlo dicho con los dientes apretados porque ninguno de los dos rechistó. Siguieron dando cuenta, en silencio, de su pan y su queso, que saben a beso, y del vino, que sabía demasiado a madera para mi gusto. Pasó una legión de ángeles antes de que Colacho retomara la palabra. Había tenido mucho tiempo para rumiar su respuesta, para pensar acerca de su vida. No. A su muerte no le había dedicado ni un segundo. Ni hablar. Eso sería como invocarla y no estaba el horno para bollos de anís. Él pensaba en la vida que había llevado. Una vida feliz, larga, llena de grandezas y miserias (el tópico de las espinas y las rosas) y, sobre todo, bien vivida.

Se confesó egoísta y no tenía intención de pedir disculpas por preocuparse sólo de sí mismo. Entendía que yo estuviese jodido a cuenta de su vejez, amedrentado de quedarme solo en este mundo, que fuera a cada rato a vigilarle el pulso como un médico de cuidados intensivos. Pero no estaba en su poder cambiar el curso de la historia. Y aunque así hubiera sido no lo habría hecho. Porque toda la gente que había significado algo en su vida (aquí levantó una mano conciliadora, Excepto tú, Ricardillo, ¿eh?) estaba al otro lado de la barra: sus padres, su mujer, su única hija, sus amigos de verdad. No. No pensaba pedir disculpas por desear reencontrarse con ellos. Lo sentía por mí, pero así eran las cosas.

Álvarez levantó su copa al aire y propuso un brindis, Así se habla, don Nicolás; se puede decir más alto pero no más claro; ole por la clarividencia de los viejos. Luego, se dirigió a mí para quitarle hierro a la firme sentencia de mi abuelo (¿por qué será que sonaba a despedida, a últimas voluntades?), Y tú tienes que apencar con lo tuyo, Ricardo, que nadie puede hacerlo por ti; ignoro si tienes suficientes amigos, si duermes acompañado por las noches, si te gusta tu trabajo, si hay algo que te haga feliz de veras; pero vas a necesitar todo eso y tu abuelo no puede dártelo, así que espabila.

Tuve la corazonada de que habían hablado de mí antes de que yo llegara. Resultaban demasiado cómplices. Tal vez esa serenidad para tratar ciertas cosas amargas la dieran los años pero aquel discurso sin fisuras, aquel frente común me sonó a compadreo. Fui a la cocina con la excusa de que se había acabado el pan. Necesitaba masticar lo que acababa de oír. Me entretuve en abrir otra botella de vino. Lo escancié en una jarra de cristal para quitarle el poso de virutas, a saber desde cuándo estaba aquella botella en el aparador de debajo del fregadero. Olí el corcho. Probé el caldo. ¿La acidez era del puñetero vino o ya la llevaba yo encima?

¿Quién era Álvarez para decirme lo que tenía que hacer? Que espabilara, había dicho. Manda cojones. Menudo gallo para aconsejar a los pollos. ¿O no recordaba el buen inspector las veces que le había sacado yo las castañas del fuego? Y mi abuelo, otro que tal bailaba. Claro que estaba cagado, hombre. ¿Qué quería? ¿Qué me

importara una batata que él viviera o muriera? Ya le tocaba, había dicho el viejo. Por supuesto que sí. Llevaba tocándole desde el cambio de siglo. Pero eso a mí no me consolaba. Ni saber que ya había vivido lo suficiente tampoco. Yo también sabía ser egoísta. Y las ganas de reencontrarse con sus muertos no me aliviaban la angustia de perder a la única persona que me unía con mi madre, con mi sangre, con el mundo entero. Ese abandono suyo me sabía a purgante, a pura hiel. Como el vino. Sentí en el pecho una mordedura brutal. El aire no quería detenerse en mis pulmones, se me escapaba por cualquier rendija dejándome un vacío enrarecido.

Me senté un momento. Cerré los ojos. Respiré hondo. Me propuse contar hasta cien y, antes de que llegara al sesenta, la risa de los viejos en el salón me sacó del trance, me devolvió a la realidad de hombre triste que mira a su abuelo, de hombre preso en la cárcel de su soledad, de hombre iluso que aguarda un imposible, que me perdonara Benedetti por plagiarle las emociones. Me soné con una servilleta. Me lavé la cara en el mismo fregadero. Me sequé con un paño que olía a adobo de conejo. Cogí la jarra de cristal y regresé a la sala, a batallar con dos tipos que venían ya de vuelta de todo, que se descojonaban de la muerte y de mí aunque lo disimularan con un chiste que acababa de contar Álvarez, el de un marido cornudo que volvía a casa antes de tiempo.

No hice ningún esfuerzo en disimular mi hastío. Asistí a la conversación de los viejos como convidado de piedra. Apenas probé un bocado más. Se me coló un recuerdo ácido de los últimos días de mi madre, con su cuerpo mermando en una cama cada vez más ancha y la mirada ausente, más allá de la alcoba donde se le iba la vida. ¿También estaba ella deseando reunirse con sus muertos? ¿También era egoísta en su agonía? Menudo simulacro de existencia la mía entonces, todos los que me importaban preferían volverse a la tierra antes que quedarse conmigo. Si aquello era lo que llamaban ley de vida, lo mejor sería que me abriera las venas en canal a la vuelta de enterrar a Colacho. Porque yo sí que tendría, una vez muerto mi abuelo, a todos los míos al otro lado de la puñetera barra, carajo. A todos.

Álvarez tuvo que repetirme la pregunta dos veces antes de sacarme de mis pensamientos, Digo, Ricardo, que en qué andas metido ahora; ¿tienes algún caso en marcha? Le respondí que sí. Que siempre hay algo en marcha: gente con problemas, envidias y celos; empresarios que desconfían de sus empleados; mujeres que desconfían de sus maridos...

—Madres que desconfían de sus hijos.

—¿Perdón?

—También habrá madres que desconfíen de sus hijos. Que quieran saber dónde se meten por las noches, con qué tipo de gente se juntan y eso, ¿no?

—También habrá, me figuro. E incluso hijos que dudan de sus padres. El otro día

me vinieron con el caso de un viudo de su edad, inspector, que se estaba puliendo el patrimonio familiar con una rusita de veintidós años que nadie sabe de dónde salió. El tipo había puesto a nombre de la muchacha el apartamento de La Minilla con vistas al campo de golf y dormía más veces allí que con sus hijos. Claro que, después de conocer a sus hijos, no me extrañó nada que el viejo quisiera desahuciarlos. Los tipos no son más que unos gandules que no dan palo al agua y están esperando, como buitres, a que se muera el viejo para heredar.

—Manda narices. ¿Y qué tal va el asunto?

—Ni idea, inspector. Como comprenderá, rechacé el caso. No me fiaba de ellos. Les dije que lo que necesitaban era un abogado que litigase por su herencia o un psiquiatra que incapacitase al padre y yo no era ninguna de las dos cosas.

Mi abuelo vino a salvarme del tercer grado a que me estaba sometiendo Álvarez (la pregunta sobre la madre desconfiada no se me pasó por alto; aquel huevo quería sal) y terció en la charla, ¿Tú serías capaz de contratar a un psiquiatra que me incapacitara? Y yo le respondí de la manera más infame (ni siquiera la hartura de vino malo justificaba mi ruindad), ¿Para qué, Colacho? ¿Para quedarme con esta casa de mierda, con estos muebles viejos que huelen a alcanfor que tiran de culo?; no tendría ni para pagar al abogado.

Era la primera vez que le faltaba al respeto, la primera en que le había escupido mi rabia en la cara. Y como ocurre en estos casos, me dolió más a mí que a él, no ofende quien quiere... Sentí vergüenza, asco de mi comportamiento. Mi abuelo no se merecía mis palabras. Cuando quise darme cuenta se me habían encharcado de lágrimas los ojos de nuevo. Me levanté de la silla y los dejé con su silencio y su desconcierto. Entré en el baño, me senté en la tapa del retrete y lloré a gusto.

No sé cuánto tiempo estuve allí pero no fueron menos de veinte minutos. Nadie vino a buscarme, nadie tocó en la puerta del baño a preguntar qué diablos me ocurría. Los viejos respetaron mi dolor (sentí el murmullo de su cháchara a través de las frágiles paredes) y, con ello, me hicieron sentir más ruin aún. Oí un arrastrar de pies por la galería, una puerta que se cerraba y el silencio noctámbulo de los muebles antiguos. Al regresar a la sala sólo quedaba Colacho. Estaba en silencio, en su sillón, con las palmas de las manos unidas y la mirada fija en un cuadro que a mí siempre me produjo tristeza, uno de la Plaza de Santo Domingo en un día gris y soñoliento. Fui a sentarme en la mecedora que había dejado libre el inspector Álvarez, más cerca de mi abuelo.

Ensayé una explicación pero me sonó hueca. Busqué un guiño socarrón de los que tanto hacía gala él para salir de los atolladeros, pero como filósofo no le llegaba ni a la suela de las alpargatas. Así que me dejé de discursos sin vida e hice lo único que realmente me nacía desde hacía tiempo. Me arrodillé delante de su mecedora, le

sostuve las callosas manos de calafate y se las besé, Lo siento, viejo; perdóname.

—¿Sabes? Una vez tuve una bronca con tu madre a cuenta de ti. Hace muchos años de eso. Le dije que lo que te hacía era una cabronada.

—¿Mi madre? ¿Qué?

—Lo de ser hijo único. Desde Adán y Eva se sabe, a riesgo incluso de tener un Caín en la casa, que los hijos necesitan hermanos para sobrellevar mejor la muerte de los padres.

—¿Tú crees que aunque tuviera veinte hermanos me iba a doler menos esto?

—Supongo que no, Ricardillo. Pero no tendrías tanto miedo a quedarte solo.

La noche fue cayendo entre susurros. El ruido de la calle se diluyó en el alféizar de las ventanas hasta que sólo se oía el carrillón de madera y bronce. Recogí la mesa y fregué la loza en lo que mi abuelo se aseaba y se ponía el pijama (no le gustaba que lo ayudaran en eso). Luego lo acompañé a la cama. El viejo estaba sin duda tan desconcertado como yo de mi conducta, él tampoco me había visto jamás tan desolado, tan huérfano. Cuando se hubo acostado me sonrió con sorna, ¿Y ahora qué? ¿Me vas a contar un cuento? Le apagué la luz de la lámpara y antes de salir de la alcoba me hizo prometerle que iba a dejar de tener miedo. Yo asentí, aun a sabiendas de que no sabría cumplir esa promesa, De acuerdo, Colacho, pero sólo si tú me prometes que vivirás hasta los cien años.

El inspector Álvarez es como un perro perdiguero. De esos que no sueltan la presa fácilmente, que le buscan los flancos débiles para hostigarla, que la persiguen hasta que la tumban de puro agotamiento. Me aguardaba en la puerta del zaguán de enfrente, bajo una farola que arrojaba una luz macilenta, escuálida. Charlaba con un policía de uniforme que, quién sabe, acaso lo había reconocido en su ronda. Llevaba las manos dentro de los bolsillos del pantalón y, en la boca, un palillo de dientes que ya debía de estar deshilachado de tanta espera.

Cuando me vio salir me hizo una seña, más con el palillo que con otra cosa, para que me acercara. Crucé la calle, desierta a esas horas, y saludé a los dos hombres. El policía uniformado, al notar la camaradería con la que Álvarez me hablaba, se llevó la mano a la visera y se despidió con un golpe de talón que resonó en la noche de septiembre. El inspector hizo un gesto mudo de burla ante la marcialidad del agente y me ofreció la única disyuntiva aceptable para la medianoche, Tengo que hablar contigo de un asunto, así que elige: o nos metemos en un bar de por aquí a tomar un ron o paseamos por Las Canteras.

Elegí el paseo. Mi estómago y mi moral no hubieran admitido un trago más. Él también creyó preferible lo de caminar. La playa estaba casi vacía. Los camareros de los restaurantes recogían las mesas de la avenida. Alguna pareja apuraba la última copa, el último beso, antes de regresar a casa. En la orilla, un tipo con aspecto extranjero sorteaba la resaca marina con los pantalones arremangados hasta las rodillas y una toalla azul y verde sobre los hombros. Detrás de él, un perro blanco evitaba las olas con agilidad y se detenía a escarbar tesoros entre los montoncitos de algas.

Álvarez comenzó con tiento. Me habló con pesadumbre de las nuevas reglas que iban a regir su vida después de que su mujer hubiera decidido ponerse a régimen, Es un *embarquemos y vayan*, Ricardo; Susana nunca ha sido de comer, así que el único que va a pasar hambre será este tolete, coño. La historia de la dieta, sin embargo, no me confundió. Yo ya sabía por dónde iban los tiros del inspector. De manera que, cuando el policía no sabía ya cómo marear la perdiz, le propuse el camino recto, Usted no me ha estado esperando casi una hora a medianoche en una esquina para contarme que está a régimen, ¿verdad?, pues déjese de rodeos que se nos acaba la playa y no hemos vendido ni un peine.

Gervasio Álvarez sonrió al suelo y meneó la cabeza, Cuando te apuntas a bruto, chico, no hay quien te gane. Y en seguida me preguntó por Pablo Quesada. Quiso dejar meridianamente claro que yo no infringía ninguna ley al aceptar un caso de secuestro. Y también que él se sentía más tranquilo sabiendo que era yo y no otro detective de mentirijillas el que se ocupaba del asunto. Pero yo (en este punto, su voz

sonó impostada) debía ponerme en su lugar. Tenía a uno de sus hombres investigando la desaparición del periodista y no quería que las fuerzas se dividieran: reunión de pastores, oveja muerta. Así que andaba preocupado.

Mi amigo me recordaba a veces a esos fiscales de película americana de juicios con jurado, con esa forma pausada de exponer las cosas, esos silencios estudiados, esos gestos altivos, casi arrogantes. Lo dejé acabar su alegato antes de responder. Yo también tenía que precisar algunos puntos. De ninguna manera (y esto no suponía que estuviera admitiendo trabajar en el caso del periodista) podía revelarle detalles de una investigación, eso quedaba entre mi cliente y yo. Sí. Sabía bien que sonaba a pedantería barata, pero la privacidad venía en mi sueldo y en mi tarjeta de visita. Por otra parte, me daba la impresión de que el agente que había puesto al mando de la búsqueda de Quesada no había hecho más que dar palos de ciego. La prueba evidente era que aún la policía no tenía claro si se trataba de un secuestro o de una desaparición sin más, lo que nos llevaba al meollo del problema: el de la legalidad. Mientras el periodista estuviera desaparecido, cualquier detective (de mentirijillas o no) podía meter las narices en ello. Otra cosa sería si se confirmase lo del secuestro; ahí habría que hilar fino.

—Por eso quería hablar contigo. Elsa Iglesias no ha querido decirme si los secuestradores han dado señales de vida. Y todo esto me huele mal.

—Si ella no ha soltado prenda, ¿por qué iba a hacerlo yo?

—Oh, carajo, Ricardo. Porque tú sabes lo que eso significa. Que Quesada está más muerto que mi tatarabuelo. Y entonces nos toca a nosotros intervenir. Podría incluso llevarte a declarar ahora mismo.

—Podría, sin duda. Pero hasta que no aparezca el cuerpo, ¿de qué se supone que vamos a hablar?

—No jodas, Ricardo. Pon algo de tu parte, chacho.

—Mire, Álvarez. Admitamos por un momento (insisto: *sólo* por un momento) que Elsa Iglesias me ha contratado para encontrar a su hijo. Mi trabajo se limita a eso: a encontrarlo. Si está vivo, santa bendición. Si no, les dejaré el caso a ustedes.

—Y una mierda. Te conozco. Tú no abandonas un caso ni aunque te rompan las piernas. Eres como las moscas cojoneras. Y yo he venido a pedirte un poco de colaboración. Nosotros nos entendemos bien, ya hemos trabajado juntos antes.

—De acuerdo. Pero, entonces (mire que sigo sin reconocer estar implicado en este caso y no me comprometo a nada), quiero que lleve usted mismo la investigación de Quesada y no ese agente suyo que parece más pendiente de lo que le quedará de pensión después de treinta años en el cuerpo.

—Treinta y cinco.

—¿Cómo?

—Que Celso Cabrera lleva treinta y cinco años en la policía. Y es un buen agente y una buena persona.

—No seré yo quien lo dude pero, así y todo, sólo trataré con usted. Comprenderá que, después de nuestra última colaboración, no me fíe de nadie. No quiero más sorpresas desagradables.

—Si lo dices por Gómez Cabo, su mala estirpe acabó cuando te lo cargaste. Después del asunto de la sirena hubo una investigación interna y se depuró hasta el agua de los retretes.

—Me parece cojonudo. Al menos la muerte de aquellas pobres chicas sirvió para algo. Pero insisto: yo sólo me fío de usted. O lo toma o lo deja.

—Lo tomo. A partir de mañana me encargaré personalmente de lo de Quesada. Aunque antes necesito preguntarte otra cosa. Sé que es delicado pero...

Álvarez se había dejado impresionar por mi escena sentimental. Quería saber si yo iba a poder soportar la presión, si no me iba a desmoronar a mitad de camino, si no me dejaría llevar por la rabia y cometería un disparate. Se trataba, por los datos que había sobre la mesa, de un crimen. Y ya sabía yo que comer y matar todo es empezar. No quería volverse bizco de tanto preocuparse de los criminales y de mí al mismo tiempo.

Tuve que asegurarle que estaba bien. Que no había perdido el juicio. Que sabía distinguir entre mi vida personal y mi trabajo. Lo que había presenciado esa noche no era más que una muestra de desaliento, de fragilidad, hasta las moscas cojoneras tienen su corazoncito. Pero que no se inquietara: al día siguiente volvería a salir el sol por la misma esquina del cielo. Álvarez me miró con el ceño engrifado y, antes de que se le colara alguna otra duda en el camino, me apresuré a contarle por encima, sin desvelar en exceso mis cartas, lo que sabía de Quesada. Detrás de su desaparición se hallaba una virgen del XVIII. No, no hablaba de doncellas románticas que aguardaban castas hasta el matrimonio. Me refería a la Inmaculada, a un cuadro de Juan de Miranda que no estaba en los catálogos de archivo o museo conocido, lo que venía a significar dos cosas: era fácil de vender y pagarían por él una auténtica fortuna. Exacto. Mucha pasta. No podía calcularlo, por supuesto. Pero por la cara de algunos de los implicados debía de ser para retirarse a vivir de las rentas.

El policía guardó silencio. Estaba masticando un chicle que no sabía cómo escupir, lo de los implicados (así, en plural) lo había confundido, Según tú, ¿cuánta gente hay detrás del secuestro? No podría precisarle pero ya que estaba compartiendo la información con él no estaría de más un quid pro quo de buena voluntad. Necesitaba que me echara un cable con un tipo, un tal Alejandro Bringas, que sonaba de lo más sospechoso. Aún era pronto para establecer hasta qué punto el hombre del

Fataga tenía que ver con lo del periodista pero me olía que estaba pringado hasta las cachas. El hecho de que nadie tuviera constancia de cuándo se marcharía no hacía más que corroborarlo. El inspector anotó el nombre en una libreta que llevaba encima a todas partes, incluso cuando no estaba de servicio, ¿Y dices que ese Bringas llegó el jueves?; qué curioso; déjame comprobar una cosa y mañana te llamo con lo que tenga.

Nos despedimos en el Hotel Reina Isabel: yo quería llegar a la cama cuanto antes y él, pasar primero por la comisaría. Aunque no lo comentamos, a los dos nos trajo recuerdos aquel hotel de cuando el asesinato del violinista judío que dio la vuelta al mundo y a pique estuvo de causar un incidente diplomático de lo más engorroso. Allí se alojó la Filarmónica de Nueva York y nos las vimos y nos las deseamos para contener tanto ego revuelto sin que nadie se nos rebelara. De camino a casa pensé en Juliette Legrand, la viola canadiense que, sin quererlo, había sido la causante de tremendo guirigay. Después de aquello seguí de lejos la carrera musical de la Legrand. Las últimas noticias que tuve de ella eran que la habían contratado en la Sinfónica de Boston, que había llegado a primera figura y que se había casado con un clarinetista serbio o croata. En un periódico digital salió la foto de su boda a todo color: Juliette estaba radiante, con su vestido marfil y su diadema de princesa de cuento; a mí, no supe por qué, me dio un vuelco el corazón y dejó de interesarme, hasta nueva orden, la música clásica.

Llegué a casa con una sensación de desamparo que ni una ducha tibia logró arrancarme del cuerpo. Me acosté con un libro de Murakami y un disco de Chet Baker de fondo pero no logré concentrarme en ninguno de los dos. La discusión con mi abuelo me había desvelado. ¿De verdad tenía tanto miedo de quedarme solo? Alguna vez, de joven, fantaseé con lo de tener hermanos. Deseé uno mayor a quien pedir consejo o uno más joven a quien aconsejar. Hasta una época hubo en que me hubiera divertido un hermano gemelo para burlar a los profesores y a las chicas. Pero hacía mucho que se me había agotado la fantasía. En los últimos años me había dedicado a tratar con gente de la peor ralea: matones, violadores, soplones, chulos de puta, asesinos. Casi todos tenían hermanos y ¿de qué les sirvió? No les insuflaron ni un ápice de humanidad, ni una pizca de compasión. Mataban, violaban, delataban, chuleaban sin importarles una vaina la familia. O aún peor: a veces la familia los jaleaba, los encubría, aplaudía su comportamiento y acababa por excusar todas sus barbaridades. Entonces, ¿para qué anhelar hermanos? Y ahora Colacho Arteaga había vuelto a abrir una herida que ya creía cerrada.

El martes seguíamos sin tener noticias del periodista. Llamé a Elsa Iglesias y le encontré la voz demacrada. Le faltaba el brillo, el empuje de la primera vez que fue a

verme al despacho. ¿Su esperanza de madre dispuesta a aferrarse a los milagros empezaba a resquebrajarse? Quizá le hubiera ocurrido como a mí. Quizá un mal sueño hubiera venido a asaltarla durante la noche. El mío trataba de un camino desierto y un bosque tenebroso detrás de cuyos árboles se ocultaba un peligro aterrador. Un aullido de lobos me atraía y me repelía con la misma insistencia. Cuando quise enfrentarme al miedo me salió de las sombras la figura de Gómez Cabo, el policía corrupto y cabrón, el asesino de mujeres, el único hombre al que he matado en mi vida. Había intentado olvidarlo, alejarlo de mis pensamientos. Pero la noche anterior la charla con Álvarez me lo había devuelto en forma de fantasma. Por eso había despertado con mal cuerpo, con resaca de emociones contradictorias.

El sueño de Elsa Iglesias tendría que ver, sin duda, con un hijo perdido, un hijo indefenso, un hijo muerto. La mujer volvió a preguntarme qué podía significar el mutismo de los secuestradores. Era consciente de que la cosa se iba poniendo más cruda a medida que pasaban los días y quería estar preparada para cualquier cosa. Pero en el fondo de su voz se notaba que necesitaba agarrarse a un aliento.

De nada servía echarle vinagre a su dolor, así que preferí una delgada ilusión a una gruesa verdad: quienes lo tenían secuestrado planeaban cometer un delito (posiblemente sacar del país a la Virgen de la Luna y venderla; acaso ya tuvieran un comprador esperándolos); una vez recibieran el dinero ya no tendría sentido retener más a Pablo y lo soltarían. La Iglesias guardó silencio. Estaría pensando en el mal negocio de dilapidar sus ahorros para pagarle a un tipo como yo, que ni siquiera sabía disimular.

—¿Sigue ahí, Elsa?

—Aquí sigo. Disculpe mi tardanza. Es todo tan horrible...

—No tiene que excusarse.

—Necesito saberlo, Ricardo: ¿lo que me ha dicho ahora es para consolarme o lo cree de verdad?

—Mire. Mi madre solía decirme una cosa cuando yo era joven y me daba reparo acercarme a una chica guapa. Decía, Ve a por el sí, m'ijo, que él no ya lo tienes asegurado. Aquí estamos en lo mismo. En lo peor es muy fácil ponerse. Vayamos, pues, a por lo difícil.

—¿Le funcionaba?

—¿Dígame?

—Que si le funcionaba a usted el consejo de su madre.

—Sólo a veces, Elsa. Pero esas veces valía la pena.

Le aseguré que pondría mis cinco sentidos en la búsqueda de Pablo. Para disiparle cualquier duda le revelé la charla mantenida con Álvarez en el Paseo de Las Canteras.

Ya no tendría que volverse a reunir con el policía prejubilado que tanto la exasperaba. A partir de ahora redoblaríamos los esfuerzos. El inspector era un cabezota al que, como a mí, le jeringaba dejar las cosas a medias. Sin duda tendríamos más posibilidades de solucionar el caso si remábamos todos para el mismo lado. La despedida sonó algo más esperanzadora: a Elsa Iglesias no se le iba a pasar la angustia con una simple llamada de teléfono pero al menos sabía que íbamos a hacer todo lo que estuviera en nuestra mano por su hijo.

Nada más colgar, volvió a sonar el teléfono. Lo miré con pereza. Estuve tentado de desdeñar el zumbido latoso pero, por fortuna, no lo hice. Colacho quería saber si yo aún andaba renqueante de ánimos. Me pareció un buen síntoma: si se preocupaba por mí, olvidaría durante un tiempo lo del reencuentro con sus muertos. Volví a disculparme por mi escenita melodramática. Lo achaqué al agotamiento, al calor y la humedad de septiembre que me tenían amargado. No. No había ningún problema del que debiera preocuparse. Era el cansancio. Y un pobre periodista que no aparecía. Y una madre que no hallaba consuelo. Detrás se oía un runrún de platos y vasos. Gloria, en la cocina, se estaba haciendo cargo de la loza de la noche anterior. Me confortó saberlo acompañado.

Le aseguré que iría a verlo cuando pudiera, que me dejaría en casa las pesadillas y sólo hablaríamos de cosas sin importancia. ¿Del asunto Quesada? Eso me parecía bastante importante. Sin embargo, acepté el ofrecimiento: el viejo solía darse maña para desenredar las madejas más embrolladas y seguro que, antes de que me diera cuenta, estaría proponiéndome varias teorías convincentes sobre la desaparición de Pablo. Colacho iba a tener una tarde entretenida. Dormiría la siesta. Leería algo. Vería un rato la televisión. Se indignaría con las noticias del telediario. Se prepararía un café. Así hasta que llegaran sus amigos del dominó, que definitivamente habían mudado la partida a la casa de La Isleta.

Lo del clima no era una excusa. El calor y la humedad se volvían insoportables a finales del verano. Costaba dar un paso sin ponerse a sudar. La suerte para mí era que el Fataga quedaba a un tiro de piedra de mi casa, sólo cruzar la calle y ya estaba en la puerta. Decidí desayunar en la cafetería del hotel. Pedí un café y medio bocadillo de pata con queso majorero. El camarero, un sesentón pachorrudo con ojos desconfiados y un bigote grisáceo que le subrayaba la nariz judía, se lamentó de que ya nadie pidiese los bocadillos enteros, Así no hay manera de salir de la crisis, carajo.

Abrí el periódico de la mañana y me dispuse a esperar por mi desayuno. La política y el fútbol empezaban a desperezarse aún, después de un agosto de vacaciones. La crisis inundaba todos los titulares, desde los que aludían al Ayuntamiento y al Cabildo hasta los que hacían referencia a la Unión Deportiva. Me acordé de Álvarez cuando llegué a la sección gastronómica donde daban cuenta de un nuevo restaurante de comida mediterránea. Y de Inés, cuando las páginas de

contactos, tanta gente demandando *amistad o lo que surja*; no tenía sentido asociarla con los anuncios pero me vino a la cabeza su cena con la amiga de la infancia. También me detuve en las esquelas y se me revolvió el estómago por mi abuelo. Pero resultó que el mayor de los muertos tenía ochenta y dos años y el más joven, mi edad. Ambos avisos compartían la página treinta y cuatro. Ambos llevaban fotos. Y el viejo parecía más joven que el de mi quinta. Menuda guasa tanta vaina con lo de la salud de Colacho para, al final, acabar muriéndome yo antes.

Andaba en mitad de un artículo de la contraportada que ponía en duda la angustia económica (según el autor, si los datos fueran ciertos ya estaba tardando la gente en tirarse a la calle a pegar tiros, soliviantada por el hambre), cuando una sombra surgió por detrás y vino a ocupar la mesa que daba al vestíbulo del hotel. Alguien, con un marcado acento del norte (¿vasco?, ¿navarro?, ¿cántabro?), pidió un café con leche y dos tostadas con aceite y tomate. El camarero rezongón se mostró encantado de atender, por fin, a un hombre de verdad que se deja de tanta martingala y se come los panes enteros. No me hizo falta darme la vuelta para saber que el hombre de verdad era Alejandro Bringas.

Ya no tuve cabeza para seguir leyendo. Mantuve el diario abierto pero sólo para hacer el paripé. Necesitaba pensar el siguiente paso. No podía esperar a que el tipo acabara de desayunar y levantarme después de él como si nada. Me hubiese delatado antes de pisar la acera. No sé dónde he leído (quizá en una de las novelas de Dashiell Hammett que devoraba de adolescente) que se sigue una pista mejor yendo un paso por delante de ella. Y no quería arriesgarme a perder a Bringas en una excéntrica persecución en taxi por Las Palmas. Necesitaba el coche. Dejé el periódico en la barra, pagué mi desayuno y me despedí del camarero bigotón sin mirar en ningún momento a la mesa del extranjero.

Mi coche es un Volkswagen del ochenta y tres fabricado en Brasil del que me encariñé en un viaje hippie a Bristol. Tiene nombre. Se llama Mildred por una irlandesa de piel blanca y piernas inacabables, Mildred O'Neil, que me salvó la vida en la aduana de vuelta. A pesar de su edad, el coche arrancó a la primera, y eso que llevaba dormido varios días. A las diez y cinco ya estábamos los dos apostados en doble fila a veinte metros del Fataga. Un guardia urbano (cara de huéleme el culo, cabello engominado, gafas de espejo, voz de barítono) se acercó a regañarme. ¿No sabía yo acaso que no se podía *estacionar* allí? Lo miré sin emoción. Sólo por el lenguaje merecía un capón. Le expliqué con voz de camelo que era consciente de mi falta, que asumía toda la responsabilidad de la infracción. Pero esperaba a mi abuela, una anciana que no podía cruzar la calle. Cinco minutos y me marcharía. El barítono endomingado lanzó un gruñido de perdonavidas y siguió poniendo multas por Mas de Gaminde. Tres portales más allá se detuvo a charlar con una rubia en un descapotable. La rubia estaba peor estacionada que yo pero a ella no vi que le

gruñera.

Bringas salió un cuarto de hora después, con una gorra de lana estrafalaria (por la forma y el calor sofocante) y un pequeño bolso marrón en bandolera. Miró a ambos lados de la calle. Se apartó para dejar pasar a un hombre ciego con su perro lazarillo. Se quedó en el umbral con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados. Un Opel azul pequeño se detuvo ante él y el hombre subió de un modo torpe, en un escorzo difícil de explicar: la cabeza demasiado agachada para dejar entrar sus largas piernas. El coche azul reanudó la marcha por Néstor de la Torre hasta la autovía marítima. En una encrucijada de semáforos, junto a la gasolinera de la Casa del Coño, estuve a punto de perderlo de vista pero lo recuperé antes de llegar a Las Alcaravaneras. Me mantuve a una distancia precavida en el mismo carril por si el coche volvía a entrar en la ciudad. Pero no lo hizo. El conductor siguió manejando unos cuantos kilómetros. A la altura del Cementerio de Vegueta, puso el indicador de la derecha y entró en el túnel que lleva a la circunvalación. Tamaraceite, Gáldar, Tafira. Nuestro destino podía ser cualquiera.

La primera idea que me surgió fue la de que daban un rodeo. Habrían elegido el camino más largo para asegurarse de que nadie los seguía. No obstante, el conductor destrozó pronto mi sospecha: mantuvo la velocidad, atravesó la rotonda del Secadero y enfiló la carretera vieja a Tafira. Estaban huyendo del mundanal ruido. Temí por Mildred. Hacía un calor inhumano y los coches alemanes, aunque duros, no soportan bien el siroco. Me pasé el viaje mirando la aguja del termostato. Eché cuentas de la última vez que le había cambiado el agua al coche. Había sido en abril, cuando nos tocó pasar la TV. El sello de la inspección adornaba la esquina derecha del parabrisas con sus números romanos y sus punteados. Cinco meses sin renovar el agua era un buen tramo de desierto. La aguja, sin embargo, permaneció en su sitio y a Mildred no se le notaron los achaques de la edad.

Bringas y su chófer continuaron su paseo mañanero. Llegaron al Monte Lentiscal. Cruzaron el pueblo y siguieron la ruta de Santa Brígida. Entre el coche azul y Mildred, mientras tanto, se habían colado un camión de cerveza y la furgoneta de una empresa de reparaciones. Adelantarlos, amén de ser peligroso, hubiera levantado las sospechas de los perseguidos. Así que continué a mi ritmo, rogando que no les entraran las prisas de repente. Los veía tomar las curvas de la carretera, perderse detrás de un montículo o de un puñado de casas color gofio y reaparecer luego en las rectas con su ritmo remolón. Achaqué el hecho de que no forzaran la velocidad al miedo de un encontronazo desafortunado con un guardia civil con exceso de celo. El conductor de la furgoneta no tenía esos reparos: se hartó de la pachorra del coche azul y del camión e intentó por dos veces rebasarlos de una tacada a los dos. Pero el espacio que había no era suficiente y me malicié lo peor.

Lo peor llegó en el cruce de La Atalaya: el Opel giró a la izquierda, en un movimiento brusco y sin poner el indicador (para no querer líos con la Guardia Civil se arriesgaban demasiado); el camión cervecero frenó en seco, un chirrido de llantas recorrió la carretera, y el de la furgoneta, atento a otras cosas, no tuvo tiempo de detenerse. Más de un bar de la zona no tendría que darle a beber a sus parroquianos durante varios días. El olor a cerveza se mezcló con el de goma quemada y el estruendo de botellas rotas se unió al del capó de la furgoneta, que quedó empotrado contra las ancas del camión. Lo bueno de aquel naufragio fue que las cajas de cerveza cayeron en la orilla derecha, con lo que el carril izquierdo, el de bajada, pudo mantenerse abierto al tráfico. Lo malo fue que tuve que esperar a que pasara una docena de coches antes de poder continuar la marcha, con lo que perdí un tiempo precioso.

Cuando llegué al cruce, los conductores del accidente estaban mentándose a las madres, recriminándose a gritos la maniobra: o muy poco conocía yo a mi gente o aquellos dos llegarían a las manos antes de que apareciera la Guardia Civil. Aceleré cuanto pude por ver si cazaba al coche azul pero lo perdí en el camino entre el cruce y La Atalaya. Al llegar al pueblo comprendí que iba a ser inútil continuar la búsqueda por ahí. Di la vuelta en la iglesia y regresé sobre mis pasos, despacio, con la esperanza de hallar una pista en alguno de los caminitos que salían de la carretera general. Ni rastro de Bringas y su amigo. Me detuve en un hueco del arcén y esperé media hora por si los veía aparecer. Aproveché entonces para llamar a Álvarez.

Alejandro Bringas venía de una familia de productores de sidra. Había nacido hacía cuarenta y siete años, llevaba un negocio de servicios en Oviedo y vivía en Gijón. Tenía antecedentes penales por extorsión. Al parecer se hacía pasar por miembro de TA para cobrar el impuesto revolucionario a empresarios y políticos. Así hasta que uno de los empresarios reconoció su voz y puso el asunto en manos de la policía. Le tendieron una redada y lo detuvieron en Langreo. Un tipo muy casero Bringas, por lo visto: sólo actuaba en Asturias. Pasó tres años en la cárcel de Villabona, qué otro lugar podría ser. Sin embargo, tras una libertad condicionada que el tipo respetó con escrúpulo, llevaban ya desde dos mil cinco sin noticias suyas.

Y ahora había vuelto a aparecer aquí. Como por arte de magia. Sin esperarlo. Y cuando Álvarez decía Sin esperarlo lo decía con las doce letras. Porque el viaje de Bringas fue un asunto de un día para otro. No había sacado el pasaje con un mes de antelación, ni con una semana, nada de eso. Lo había reservado la noche anterior, la del miércoles, con urgencia. Y el jueves había llegado a las tres de la tarde, en un vuelo barato procedente de Madrid. La gestión se había efectuado por Internet. Se había pagado con una Visa que tardarían un tiempo en rastrear. El resto ya lo conocía.

Me interesé por ese negocio de servicios: de qué servicios hablábamos, cuántos empleados tenía, cómo pagaba la Seguridad Social. Según le contaron a Álvarez, se trataba de servicios técnicos: reparaciones y suministros de equipos informáticos, impresoras, ese tipo de cosas que toda empresa necesita que le reparen y le suministren. Bringas lo llevaba solo. No constaba ningún empleado a su cargo ni nada que tuviera que ver con la Seguridad Social. Perseveré como buena mosca cojonera. ¿Qué carajo sabía de ordenadores un productor de sidra? El inspector lanzó un bufido al otro lado de la línea, Y yo qué coño sé; hasta anoche no había oído hablar de ese individuo.

—Usted no, desde luego. Pero sus colegas asturianos se tendrían que haber hecho esa pregunta. Sobre todo si Bringas tiene antecedentes por algo tan despreciable, tan carroñero como aprovecharse del miedo ajeno.

—Eso mismo pensé yo, Ricardo. Pero no supieron darme respuesta. La verdad es que tampoco insistí en la cuestión. Podían haberlo tomado como una crítica y no todo el mundo soporta bien las críticas. Al fin y al cabo, sólo soy un simple inspector de policía destinado en una isla remota.

—Lo comprendo, Álvarez; claro que lo comprendo. Pero entonces me da que la hemos jodido.

—Jodido, ¿por qué?

—Porque en la isla remota tenemos quien nos reponga las fotocopiadoras. Y aquí no bebe sidra ni el que la inventó. Luego, si Bringas no ha venido en calidad de sidrero ni de reparador, eso es que vino a extorsionar o a dar miedo.

—Por si acaso, voy a encargarle a alguien que lo vigile. La foto que me han enviado es vieja pero imagino que nos servirá. Y el caso es que...

—¿Qué ocurre?

—Que el tipo me suena. No sé de qué pero tiene algo familiar en la forma de la frente y los pómulos. Quizá deba estarlo confundiendo con un actor de esas series de televisión que me obliga a ver Susana. Son todos tan iguales... Tentado estoy de ir yo mismo a hacerle una visita de cortesía para salir de dudas.

—Eso estaría mucho mejor. Vaya usted. Pero desde ya le puedo confirmar que ahora no está en el hotel.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque salió después de desayunar, sobre las diez y media. Lo recogieron en un coche en la puerta. Lo he estado persiguiendo por media isla y lo vine a perder en el cruce de La Atalaya.

—¿Dónde dices?

—En La Atalaya de Santa Brígida. Lo tenía controlado pero un maldito accidente de tráfico me cortó el paso y ahora no tengo ni idea de dónde puede estar.

—Yo sí la tengo. Y creo saber qué era lo que me resultaba tan familiar. Me da que el asturiano sí es actor. Al menos aparece en una película que he visto hace poco. O mucho me equivoco, Ricardo, o nuestro hombre está en un convento. No te muevas de ahí que voy para allá.

Si hay algo en este mundo que se me da de pena es esperar. No sirvo para cazador de faisanes. Me produce dentera estarme quieto en un sitio mientras en otro pueden estar ocurriendo cosas repugnantes. ¿Y si en la espera movían de lugar un cuadro, mataban a alguien, escapaba un asesino? Con los años llevo peor la templanza de ánimo. Sí. Debería ser al revés. Debería volverme más cauto con la edad pero yo siempre he vivido a contracorriente. Me gustan los coches viejos, el amor en blanco y negro y los libros de anticuario.

Álvarez no había sido muy preciso antes de colgar. Tal vez no se fiara de mi nerviosismo y no quisiera que fuese yo a la guerra por mi cuenta. Pero cuando mencionó un convento sólo podía estar haciendo referencia al de las Ursulinas, la casa de ejercicios espirituales. Me habían contado que ya no servía únicamente para esos menesteres. Que ahora cualquier asociación (religiosa, agnóstica o atea) tenía las puertas abiertas, cosas de la crisis. Incluso se había puesto de moda como lugar de retiro para quienes querían adelgazar, desintoxicarse de alguna droga o acabar una novela.

Di la vuelta en la curva de los Eucaliptos y me encaminé a las Ursulinas. Tomé la desviación hacia el convento. Apenas había enfilado la cuesta cuando me dio un vuelco el corazón. Allí estaba: el caminito empinado, la arboleda al fondo, los cactus, el árbol reumático. La fotografía que Quesada guardaba en su ordenador, la que nadie había sabido identificar, había sido tomada en la carretera de entrada al hogar de las monjas. Las indagaciones del periodista lo habían llevado al punto donde yo me encontraba. Y tan caro que le había salido. Entre sorpresa y sorpresa me dio tiempo a esclarecer una confusión: VL, el nombre del archivo de Quesada, no era ni Valleseco ni Valsequillo ni Valsendero. Era la Virgen de la Luna.

Tentado estuve de detener el coche y aguardar a la caballería pero ya he dicho que se me dan fatal las esperas. Mis pobres uñas no tenían culpa de que Álvarez tardara media hora en llegar desde su oficina a La Atalaya. Conduje despacio para no levantar una polvareda que me delatara. Llegué a la colina del aparcamiento. No se veía un alma. El Opel estaba junto a un microbús de transportes color naranja. Eso significaba que había un grupo de reflexión o un curso de autoayuda colectiva o un congreso de zapateros remendones, para el caso me servían lo mismo: podía pasar por un cursillista más y no levantaría sospechas entre las monjas. De cualquier modo

(toda precaución es poca) preferí entrar por detrás, por el bien cuidado huerto que daba lustre y esplendor al convento de las Ursulinas.

Había un camino estrecho que convertía la trastienda en un laberinto de árboles y arbustos. Vi aguacates. Y mangos. Y manzanas. Olía de un modo intenso a fruta y tierra mojada, un aroma que (nunca he entendido por qué) me evoca la niñez. Como hacía meses que no llovía imaginé que aquello debía de tener su propio sistema de riego. Y, en efecto, pude observar varias boquillas negras en el suelo. Sólo faltaba que en mitad del camino se pusieran los aspersores en funcionamiento y me enchumbaran de arriba abajo. Menuda coartada iba a ser la mía: empapado por entrometido. Tuve que agacharme en alguna ocasión para esquivar las ramas de los limoneros. Me quedé con la magua de robar una de aquellas manzanas que parecían lunas verdes.

El huerto concluía en un terreno baldío en cuyo fondo, lindando con el campo abierto, se levantaba una verja de metal. En el margen izquierdo, una puertita de metal rojizo daba a un caminito serpenteante que ascendía monte arriba. No sé por qué esperaba hallar algunas cabras, jaulones de conejos o un gallinero de madera de pale. Imaginaba a las monjas levantándose al alba a ordeñar la leche para el desayuno. Pero no había animales. Ni un perro flaco que les ladrara. La tierra echaba humo del calor.

La pared trasera del convento aparecía pintada en un color rosa palo. Un rayo de humedad bajaba zigzagueante junto a la cañería y, en varias zonas del muro, la pintura había dejado paso a la piedra desnuda. Había cuatro ventanas, todas entornadas, que supuse que correspondían a las habitaciones de las monjas. Se veían, al través del cristal, las cortinillas blancas con finos bordados. Dos de las ventanas estaban adornadas con macetas de flores. En una de ellas, la que daba a poniente, creí percibir un revuelo de cortinas y sombras. El sol acariciaba los cristales y confundía la imagen. Me detuve. Observé con atención pero nada ocurrió. Tal vez fuera sólo un espejismo en aquella mañana de desierto.

Sucedió que, de tanto mirar para arriba, tropecé con la boca de un aspersor de riego y estuve a punto de caer. Por suerte pude asirme al tronco ancho de un mango. Lo que no pude fue evitar rasparme la mano. Solté una andanada de exabruptos que hubieran afrentado a mi madre, por no hablar de las monjitas, si me hubiese oído. Restañé las rozaduras con saliva. Y así estaba, chupándome el dedo índice como un bobo, cuando algo me inquietó.

Había una zona de tierra junto al aspersor que estaba removida de un modo extraño. El contorno se encontraba completamente liso pero allí, a unos centímetros de la boca de riego, había un rectángulo rugoso, accidentado, de un metro de ancho por dos de largo. Parecía que hubieran escarbado la superficie para plantar algo y se hubieran arrepentido luego. Incluso la grava era de otro color. Más ocre. Más sucia.

Iba a agacharme para comprobarlo cuando una voz surgió de entre los árboles, ¿Tiene usted algún problema, caballero?

El viejo salió de una de las lenguas del laberinto con la mano izquierda sobre la frente a modo de visera y un sachito corto para hurgar la tierra en la derecha. Era un hombre curtido por la calima, membrudo y fuerte. Sus brazos mostraban un entreverado de venas pronunciadas. Su piel arábica brillaba a contraluz. Llevaba un peto vaquero desgastado por el tiempo y una camisa que alguna vez fue blanca arremangada hasta los codos. Me quedé inmóvil observando sus movimientos, atento a cualquier gesto de animosidad. Sólo cuando el viejo bajó la mano que llevaba en la frente para vencer el resol de la mañana comprendí que su actitud era más de asombro que de irritación. Su mirada era limpia, la mirada de un hombre cabal, justo, que ya ha vivido lo suficiente como para no creerse nada y nada tomarse demasiado en serio. Me supo mal fingir ante un hombre así, Me habían hablado maravillas de este lugar, amigo, y ahora veo que se han quedado cortos.

El jardinero hizo una mueca con sus labios entre orgullosa y sarcástica, Sí; últimamente se ha puesto de moda *mi* huertilla porque no para de venir gente a visitarla. Marco Aurelio Trueba (así se presentó con un apretón firme y calloso de sus manos) hacía lo que podía. Era cosa de orientación y de agua: la orientación era natural; el agua se pagaba a precio de oro. El resto, pura dedicación, un trabajo diario de desbrozar malezas y purgar frutales para que no se infecten de enfermedades. Lo decía con modestia. Como si no hubiera sido él quien se había dejado las manos y la vista en aquel huerto. En un momento de la explicación, tras escuchar con cierto rubor mis halagos a la belleza y la exuberancia de los árboles, ladeó la cabeza como un perro y arrugó el entrecejo, ¿Usted también es policía?

—¿Tengo pinta de policía?

—Tiene pinta de cualquier cosa menos de ecologista.

—¿Y eso?

—Eso es que ha venido aquí con un sol que raja las piedras, con la cabeza descubierta y sin cantimplora de agua. Eso es que viste ropa de ciudad, demasiado planchada para una caminata. Eso es que responde siempre con preguntas.

Ha quedado claro que no tengo paciencia. Pero me precio de tener buen juicio para las personas. Y Marco Aurelio Trueba tenía tanta culpa en la desaparición de Quesada como el Sultán de Brunéi. Me quité, pues, la careta de admirador entusiasmado y me puse la de faena, la de detective que busca respuestas. Le hablé de Elsa Iglesias, de su padecimiento de madre, de un joven periodista desaparecido y de una investigación que me había llevado precisamente allí, al Convento de las Ursulinas.

El jardinero se rascó la frente con la mano libre. Aún (tal vez por costumbre)

llevaba el sachito colgando en la derecha, igual que hubiera llevado la taba de un cigarro colgada de los labios. Amagó una sonrisa, Esta casa, por lo visto, se está convirtiendo en una nueva Roma: todos los caminos vienen a dar aquí; ayer aparecieron dos policías haciendo preguntas y ahora usted; pero hay algo que no he debido de entender bien: los polis andaban buscando a ese fulano que apareció desnudo en mitad de Bandama o de Tafira y usted a un muchacho que trabaja en un periódico, ¿no son esos demasiados misterios para un convento tan chico?

No tuve tiempo de resolver el acertijo que me planteaba el jardinero. Cuando iba a pedirle que me explicara mejor lo que acababa de decir, un estruendo de bocinazos y acelerones nos llegó desde el aparcamiento. El viejo abrió los brazos como el que sigue sin entender ni una palabra y yo corrí al lugar de donde venía el alboroto. Allí, en medio de la nada, el inspector Álvarez le gritaba a su teléfono móvil. Su coche estaba cruzado en el camino con la puerta del conductor abierta y medio desencajada y una caricia en el lado izquierdo. En el suelo se veían huellas profundas de neumáticos que se perdían en el camino de salida del convento. El Opel ya no estaba. Y Álvarez alternaba ahora sus gritos con miradas furibundas destinadas a mí.

Sabía sumar lo suficiente para comprender lo que había ocurrido mientras yo mantenía mi charla con Marco Aurelio. Bringas y su amigo habían acabado el negocio que hubieran ido a hacer al convento. Al salir se habían topado con el coche de Álvarez. El inspector les había dado el alto varias veces pero maldito el caso que le hicieron. En la huida (ya había podido yo comprobar la pericia del conductor de Bringas) le habían dejado un recuerdo al vehículo y un monumental cabreo al inspector. Al hombre se lo llevaban los demonios. No había podido tomarles la matrícula y estaba describiéndole a su interlocutor el Opel azul. Ordenó que pusieran controles en todos los accesos a Las Palmas. Y los quería listos en quince minutos. No disponían de más.

Como no tenía a nadie a quien echarle el muerto, se indignó conmigo. Me contempló como si yo fuera el culpable de todos los males del mundo. La dieta a la que le obligaba su mujer lo tenía de una mala leche insoportable. Intenté explicarle que, por mucho que lo hubiera esperado en la carretera, los tipos hubieran escapado igual y ahora tendríamos tres coches lisiados en lugar de dos. Intenté justificar el descuido de no haberme fijado en la matrícula de Bringas, para qué la quería si estaba tras sus pasos. Intenté alentarle con que ya los cogeríamos, no sería de extrañar que los detuviera la Guardia Civil antes de llegar a Las Palmas. Eso si lograban pasar de Tafira porque, además de llevar un faro roto, lo que estaba claro (señalé unas manchas oscuras en el camino de descenso) era que el Opel iba perdiendo aceite a machamartillo.

Pero el hambre era mucha y la rabia, pastosa. El caso es que mi amigo no estaba dispuesto a dejarse convencer con facilidad. Aparcó mejor su coche al lado de

Mildred. Encajó la puerta en sus goznes como pudo. Hizo intento de echar la llave pero de nada le servía. Se la guardó en la chaqueta con un gruñido de amargura. Y me conminó a acompañarlo en el interrogatorio que iba a hacerle a la gobernanta del convento, Ya estoy hasta los mismos huevos de mentiras, carajo.

Dolores Mesa era una mujer que no se amilanaba así como así. Tenía cara de jugadora de póquer experta: no expresaba ni frío ni calor, cero grados en un rostro de misionera atravesada. Escuchó lo que el inspector tenía que decirle sin inmutarse. Parecía de cera. Aguantó el chaparrón de amenazas (el policía la retó con llevarla a la comisaría si no contaba qué diantre habían ido a hacer allí los dos hombres que acababan de arruinarle el coche) con las piernas bien plantadas en el suelo como una encina vieja. Esperó a que Álvarez dijera todo lo que tenía que decir. Me miró con incuria por si yo quería añadir alguna impertinencia más. Se alisó el delantal que llevaba puesto, uno azul celeste lleno de lamparones de barro y hojarasca. Y sólo entonces respondió.

Sentía lo ocurrido con el coche del inspector. No sabía quiénes eran los dos hombres, sólo quiénes decían ser. El más alto, el de la gorra extraña, había dicho que era pintor y había pedido permiso a la congregación para dibujar el jardín. El más bajo era naturalista y estaba haciendo un estudio de la flora autóctona. Así como sonaba. Era la segunda vez que los veía en su vida. Y no tenía por costumbre pedirle el carné a nadie, aquello era un convento no el Congreso de los Diputados. Si esos hombres tenían cuenta con la justicia allá ellos: Dolores Mesa no era quién para juzgar a nadie, bastante tenía con gobernar una casa que se caía a pedazos por el tiempo y la desidia de las instituciones. Y eso lo podía decir allí, en la comisaría y en la Plaza del Pueblo.

Álvarez se calmó. No halló excusa para continuar bregando con una misionera que falseaba la realidad con tanta convicción. Cambió de estrategia. Bajó el tono de voz y le pidió a la mujer que nos guiara al lugar donde los hombres habían estado trabajando. La Mesa asintió, se acarició la nariz con dos dedos como si le molestasen unas gafas invisibles y nos instó a seguirla por una galería que rodeaba la casona. Si la huerta era una delicia, el jardín de las Ursulinas era un auténtico vergel de colores y aromas. Nadie podía extrañarse de que un pintor y un naturalista se murieran (o mataran) por conocerlo. En un espacio que me pareció inmenso, medio campo de fútbol a ojo de buen cubero, había plantas y flores para adornar todas las iglesias de la isla.

Estuvimos diez minutos a solas (la gobernanta debía atender otros asuntos de intendencia) paseando por aquel oasis. Sin embargo, no hallamos tino para disfrutar de la quietud del paisaje. El inspector sacó de su bolsillo un pañuelo blanco y fue depositando en él muestras del suelo. Yo, mientras, me entretuve en buscar algo que no había, algo que faltaba para darle sentido a aquella farsa: ni caballete ni pinturas ni

lienzos. Y lo más importante: ni huellas recientes de haber sido pisado el jardín. El suelo estaba resplandeciente, como recién barrido. En una esquina, junto a un rastrillo, había un montoncito de hojas muertas. Y ni un sidrero ni un suministrador de fotocopiadoras ni un extorsionador que bajaran del cielo hubieran tenido tiempo de barrerlo todo antes de huir.

Los hombres de Álvarez encontraron el Opel, a media tarde del martes, en el aparcamiento de un merendero a la entrada de Santa Brígida. Bringas y su colega habían tomado el camino hacia el centro de la isla, lejos de la ciudad, habían abandonado el coche detrás de unos contenedores de basura, caminado hasta una parada cercana y, allí, cogido la primera guagua que los bajara a Las Palmas. Posiblemente se hubieran tropezado con alguno de los controles de carretera pero la policía buscaba un Opel de color azul oscuro y no una guagua verde botella de pasajeros. Bringas llegó a su hotel, solo, a la hora de la siesta. Álvarez dio orden de que no lo detuvieran aún, le bastaba de momento con tenerlo controlado. Del conductor patoso nada se sabía. El coche, cómo no, era robado. Su legítimo dueño, un africano de nombre impronunciable y origen más que dudoso, había denunciado el robo hacía cuatro días. Estaba claro que el sidrero no había perdido el tiempo en su estancia en la isla.

El inspector y yo regresamos a Las Palmas, juntos, en mi coche, después de despedirnos de Marco Aurelio Trueba y de Dolores Mesa. Ambos sabíamos que, más temprano que tarde, íbamos a volver al convento pero ninguno lo confesó. Yo no quería agobiar al jardinero con preguntas, después del incidente del aparcamiento. Álvarez no podía entrar a saco en el hogar de las monjas sin una orden de registro. A los dos nos jodía la situación más de lo que nos hubiera gustado admitir, pero arrieritos éramos y ya habría tiempo de encontrarnos en el camino.

Aquél era tan buen momento como otro para ponernos al día en nuestras averiguaciones. A esas alturas de la guerra ya daba igual quién había recibido más balazos. La cosa era evitar que nos siguieran disparando como a muñecos de feria. Y en el camino de regreso fue que conocí la historia del peregrino Guadiana de Tafira. De la aparición y desaparición de aquel enigmático personaje ya sabía por el periódico, pero no del secuestro en el hospital ni de los rastros de tierra y semillas que el inspector esperaba relacionar con el jardín de las Ursulinas. Álvarez, por su parte, supo de la existencia de un cuadro del XVIII, uno muy concreto, con una Virgen y una luna a sus pies que nadie estaba dispuesto a reconocer que Juan de Miranda hubiera pintado nunca.

Y supimos los dos que nos encontrábamos ante un asunto muy feo. No. El cuadro era bellissimo y, por las vidas que estaba costando, de un valor desorbitado. Lo feo

eran las consecuencias. Los dos hombres perdidos en el trayecto. Sí. *Perdidos* era un eufemismo. Quesada y el peregrino olían a muerto. Ojalá me equivocara y los halláramos juntos y bien alimentados en las catacumbas de algún monasterio, iglesia o convento. Porque de lo que ya no podíamos dudar era de que, por una parte, ambas desapariciones tenían relación y, por otra, con la Iglesia habíamos topado, amigo Sancho. El padre Ortigosa y la gobernanta del convento estaban en el ajo. Sabían más de lo que decían: uno había negado que el cuadro existiera; la otra había tratado de encubrir a un extorsionador como la copa de un pino.

Álvarez, con la mirada puesta en la carretera, forjó la descripción detallada de un individuo (delgado, cabello negro y liso, nuez afilada y ojos color avellana detrás de unas gafas de pasta) que coincidía hilo por pabilo con Jorge Ortigosa. Hasta en lo de la mirada egipcia. ¿También lo conocían los colegas asturianos del inspector? No. Sus colegas no pero él sí. El tipo que acababa de describir era el conductor del coche azul.

Era lógico. Yo no podía corroborar esa coincidencia puesto que no había tenido ocasión de ver al conductor del Opel. Pero era sensato pensar que se tratase de Ortigosa: conducía de un modo nervioso y torpe; lejos del mundo del arte se sentía como ave sin nidal. Álvarez propuso que fuéramos a apretarle las clavijas al cura, Me parece, Ricardo, que ese tipo es el eslabón más débil de la cadena; sólo acerté a verlo unos segundos, pero me dio la impresión de que no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Es que, al lado de Bringas y de Dolores Mesa, cualquiera parece la madre Teresa de Calcuta. Pero yo no tiraría voladores tan pronto, Álvarez: el miedo es tan peligroso como la maldad.

—Estoy de acuerdo. Es peligroso para los demás pero también para el miedoso. Si hay alguien que puede dar un paso en falso y guiarnos en este laberinto es el tal Ortigosa.

—Puede. Aunque me temo que, tras el encontronazo en el aparcamiento, va a ser más que difícil dar con él.

No me tengo por adivino, no obstante era previsible esa nueva desaparición. De camino a Las Palmas telefoneamos al Museo Diocesano, donde nos dijeron que Jorge Ortigosa no estaba. Que había pedido unos días de vacaciones. Que aún le quedaba una semana libre del verano y el hombre había aprovechado para ir a visitar a su familia en la Península. Como se atrapa antes a un mentiroso que a un cojo, no nos costó desbaratar la trola con otro par de llamadas a las compañías aéreas. Ningún Jorge Ortigosa había volado ni tenía intención de volar en los próximos días a ninguna parte. ¿Por qué sería que no nos extrañaba? Al inspector le bastaron cinco minutos más para dar con la dirección de Ortigosa. Vivía, con otros dos miembros de su congregación, en un piso alquilado en Reyes Católicos. Decidimos presentarnos

allí por sorpresa.

Aparcar en Reyes Católicos es una odisea. Después de dar dos vueltas alrededor de la Clínica San Roque encontré un hueco libre donde Mildred cabía por los pelos. La cosa era que estaba en una esquina y el culo de mi coche se iba a salir un poco de su sitio. El inspector apeló a su condición de policía, ¿Con quién te crees que trabajas, chaval?; si aparece un guardia urbano, yo me encargo de la multa. Mis reservas no iban en esa dirección: la multa me importaba un pito, lo que me preocupaba era la integridad del culo de Mildred. El policía insistió, Coño, Ricardo, pareces un niño pijo que no quiere que le rocen el coche; además, con este trasto no sé de qué te apuras. Iba a responderle que ese trasto era un clásico pero mi amigo no lo hubiera entendido ni con un mapa.

Nos abrió la puerta un treintañero fofo y blancuzco con unos pantalones cortos, una guayabera sepia de dos bolsillos y unas sandalias grises de las que escapaban unos dedos regordetes que estaban pidiendo a gritos una pedicura. El padre Abel Alonso no mostró extrañeza al vernos llegar. Parecía que nos estuviera esperando desde siempre. Sonrió con gesto de querubín y nos invitó a pasar a su salón. Llegábamos a tiempo de tomar café y probar unas galletas divinas (todo allí era divino, demasiado tal vez) que hacían las monjas de Teror para ellos. El padre Alonso no tardó ni un segundo en regresar de la cocina con la cafetera caliente y un plato bien dispuesto de pastas de canela. Nos resumió en pocas palabras cómo vivían tres curas jóvenes, modernos, en pleno siglo XXI.

Que no esperáramos ver en su apartamento retratos de santos y Biblias en cada esquina. Ni penitencias ni cilicios con dientes de hierro. Ni camas en el duro suelo. Ni jofainas para lavarse las axilas. Dormían en mullidos colchones, se duchaban en una bañera grande, tenían televisor de pantalla plana, sus paredes andaban disfrazadas con buenas copias de pinturas clásicas y en su librería no faltaban obras filosóficas, novelas de Galdós y Zola y antologías poéticas de Vallejo o Gil de Biedma. El piso tenía forma de T. La base estaba formada por el salón de estar (un balcón sonreía a Reyes Católicos) y la cocina. Y el techo era un pasillo que se bifurcaba a ambos lados: a la izquierda había dos habitaciones y a la derecha, una tercera y el cuarto de baño. Pagaban por él cuatrocientos cincuenta euros al mes, ciento cincuenta por cabeza. Limpiaban y se hacían la comida ellos mismos. El padre Alonso reconoció, con fingido pudor (todo allí era fingido, demasiado tal vez), que era él quien mejor cocinaba de los tres pero se repartían la tarea como buenos cristianos. Todo dependía de los horarios de trabajo.

Además de Ortigosa y Alonso, vivía allí un tercer sacerdote, el padre Ernesto Calvo, que ahora estaba de viaje por Sevilla en algo parecido a un retiro espiritual. ¿También había asistido a ese retiro el padre Ortigosa? Qué va. El mantenedor no era

hombre de retiros espirituales y, además, tenía mucho trabajo en el Museo para abandonarlo ni por una tarde, cuánto menos por una semana. Aquélla fue la primera respuesta de Alonso que sonó sincera, la única que no estaba anticipada como en una guía de visita. ¿Cuándo había visto por última vez al padre Ortigosa? La noche anterior, en la cena. Por la mañana, el mantenedor había salido temprano, cuando Alonso aún no se había levantado.

El clima de la conversación resultaba tan agradable, tan lleno de frases hechas y de dulces exquisitos que no podía durar mucho tiempo. Álvarez llevaba varios días de ayuno gris y su acidez se había agudizado. Lo conozco bien. Se le revira el morro cuando empieza a impacientarse y aquello ya estaba pasándose de empalagamiento. Le dolía la úlcera. Y el peregrino robado delante de sus narices. Y la dieta de Susana. Y la puerta sacada de quicio de su coche. No estaba dispuesto a continuar con aquella patraña remilgada. Quería ver la habitación de Ortigosa, asegurarse de que el chófer de Bringas no se hallaba escondido bajo la cama como un perro cobarde.

El padre Abel Alonso, entonces, se transmutó en basilisco, en demonio hecho carne blanda y blanca. Me pareció que hasta su voz se tornaba metálica, como salida de la caverna de su rabia. Se levantó del sofá. Se le desencajaron los ojos. Abrió sus brazos con las palmas de las manos hacia atrás en un gesto histriónico (todo allí, definitivamente, era histriónico, demasiado para mi gusto). Él no podía permitir, bajo-nin-gún-con-cep-to, aquella tropelía. Ni hablar. No tenía inconveniente en responder a nuestras preguntas y en mostrarnos su propia alcoba si queríamos, pero la del padre Ortigosa estaba clausurada.

El inspector se mofó del ofrecimiento. ¿Para qué queríamos ver la habitación de un hombre como Alonso? ¿Para requisarle una tableta de chocolate y tres latas de Coca-Cola? Qué bobada. El cuarto que queríamos era el de Jorge Ortigosa. Le advirtió de que su actitud podía considerarse complicidad en el crimen. Sí. Como lo estaba oyendo Abel Alonso. Con su postura estaba colaborando, aliándose con un crimen, posiblemente con dos. Porque de eso estábamos hablando: de dos crímenes abominables cometidos por pura codicia. En efecto. El peor de los pecados.

Álvarez se revolvió, filósofo, ante aquel curilla que sudaba como un cerdo, las venas de su cuello a punto de reventar de la vergüenza o de la indignación. Codicia sí. Era capaz de entender como móvil de un crimen los celos, el odio, el arrebató ciego, hasta el miedo. Pero el dinero nunca. Matar por dinero era matar dos veces: a la víctima y a la humanidad entera. Y el inspector no entendía cómo un hombre de Dios tenía la indecencia de encubrir un pecado como ése. Y no, no le valía la argucia de que Jesucristo había muerto en la cruz para perdonarnos todos los pecados. Eso era hipocresía barata, agarrar el rábano por las hojas, ganas de enredarlo todo. Jesucristo había muerto por algo más digno: para mostrarnos el camino recto, para ejemplificar el amor al prójimo. Así al menos se lo habían enseñado a él sus padres. Había crecido

con ese convencimiento y no iba a venir ahora un cura sudoroso con acné a desmontarle el circo de sus creencias. De manera que, o se quitaba de en medio y nos dejaba entrar en la alcoba de Ortigosa, o lo botaba de cabeza por el balcón de una patada en el culo.

Igual que hiciera Dolores Mesa por la mañana, Abel Alonso me miró por si tenía intención de interceder por él en aquel atropello, aquel abuso de autoridad tan descarado. Pero no sería yo quien se interpusiera entre un hombre y su fe. El cura comprendió que la misa estaba dicha. Le volvió lentamente el pulso a su cauce. Las venas de su cuello se aquietaron, se difuminaron en su carne blanca. Su pecho se acompasó. Se estiró los faldones de la guayabera para alisar las arrugas del susto. Apoyó la mano en la balda más baja de una librería, junto a un ejemplar de bolsillo del *Emilio* de Rousseau, con cuatro dedos abiertos sobre la madera y el pulgar en el aire, colgando, como un suicida indeciso.

Cuando abrió la boca no fue para decir En tus manos encomiendo mi espíritu, sino para lavárselas de un modo impúdico, Hagan ustedes lo que tengan que hacer; no me parece ni medio bien este modo de actuar suyo pero no quiero tener nada que ver con esos crímenes de los que habla.

—Tenga la seguridad, padre Alonso, de que está obrando correctamente. Y así lo diré en mi informe.

—Gracias por nada. Les pido, eso sí, que tengan cuidado en el registro. El padre Ortigosa es muy celoso de su intimidad.

—Como todos, ¿verdad? Descuide; no somos vulgares rateros. Si usted no le dice nada, el padre Ortigosa no sospechará que hemos estado aquí.

Alonso se puso en movimiento con los hombros lacios de quien se sabe derrotado. Nos guio por el pasillo izquierdo, hasta el fondo de la garganta oscura. Abrió la puerta de la última alcoba y se detuvo en el umbral sin atreverse a profanar el santuario de su compañero. Nos cedió el paso, apoyó la espalda en la pared de la galería y cerró los ojos como si rezara.

La habitación estaba decorada de una forma austera, sin adornos ni cuadros ni fotografías. Una cama sencilla, cubierta hasta la mitad por una manta de estameña basta y gris. Un escritorio de madera vulgar sobre el que habían apilados varios libros de ensayo junto a un flexo metálico del que colgaba un crucifijo hecho con pipas de algarrobo. Un espejo estrecho. Una silla, sobre la que dormía un juego de sábanas y un par de camisas celestes. Un ropero, dentro del cual hallamos pantalones y pulóveres en tonos grises y verdes, zapatos de cordones, ropa interior inmaculada de tan blanca. Debajo de la cama había una maleta vacía. Encima de la mesa de noche, una botella de agua mineral y una novela de misterio, de la que sobresalía una rosa seca que marcaba la página noventa y siete. Las paredes, pintadas de color teja, se

veían desnudas. Y la ventana permanecía cerrada, con las persianas bajas.

Álvarez acabó de revisarla en cinco minutos. Chasqueó la lengua en señal de fastidio, Tanta vaina para esto, coño. Y salió del cuarto jurando en arameo y dando grandes zancadas. Con la prisa y el enfado que llevaba, al pasar por delante de Abel Alonso no vio el destello acerado de sus ojos bovinos. Pero yo sí. Era la mirada de un niño que se sale con la suya. Y una sonrisa perezosa y cínica se asomó al balcón de los labios del cura, una sonrisilla que me produjo náuseas. Cuando llegué al salón, ya estaba el inspector con la mano en el pomo de la puerta dispuesto a abrirla para marcharse. Le hice un gesto con la cabeza, Espere un segundo, Álvarez. Y me detuve en medio de la sala. Se hizo un silencio molesto. El policía se impacientaba. Yo observé el plato con el resto de galletas, cuidadosamente ordenadas como si nos hubieran estado esperando toda la mañana. Observé la decoración de la sala de estar. Me acordé de mi primera visita a Ortigosa, un hombre peripuesto y refinado hasta el extremo de no parecer sacerdote. Algo se nos había pasado por alto.

Me volví y me enfrenté con Alonso, al que se le había borrado la sonrisa y me observaba, ahora sí, sorprendido de veras. El cura volvía a sudar, a respirar entrecortadamente. Me la jugué a ver qué ocurría, Y ahora, padre, dejémonos de coña y enseñenos de una vez por todas el cuarto de Ortigosa. Y ocurrió que Alonso se ruborizó hasta las cejas, ¿Qué... qué está diciendo? Y yo, mosca cojonera hasta el final, Digo que si la celda que acabamos de ver es la del mantenedor de un Museo de Arte yo soy el Obispo de la Diócesis, y me calienta que traten de tomarme el pelo.

Tuve que detener a un Álvarez encolerizado, que ya estaba a pique de saltar al cuello seboso del padrecito, Me cago en su estampa, coño; yo me lo llevo a la comisaría y le aplico electrodos en los huevos hasta que se le salten los ojos a este cabrón; suéltame, Ricardo, suéltame ya, joder. El padre Alonso, tembloroso ante el arranque de cólera del policía, fue a esconderse detrás del mueble del televisor, comenzó a sollozar y señaló con su dedo flácido y tembloroso al lado derecho del pasillo, a la auténtica habitación de Jorge Ortigosa.

De camino al Museo Diocesano (fuimos a pie para estirar las piernas y las ideas), ya no notábamos el calor de septiembre. Nos sentíamos eufóricos, nerviosos ante lo que habíamos descubierto. Anduvimos habladores. Nos intercambiamos elogios igual que dos niños después de un partido victorioso: a él le habían parecido soberbios mis reflejos; a mí, magnífica su interpretación de poli malo. Ambos sabíamos que ni los unos ni la otra tenían demasiado mérito: a mí no me cuadraba una habitación tan sobria (tan de mal gusto con esa manta gris y ese flexo descolorido) para un hombre que vivía entre obras de arte; él estaba de verdad cabreado cuando comprendió la artimaña del cura fofo. Los dos nos sentimos aliviados: él no quiso pensar qué

hubiera ocurrido de no haber reparado yo en el engaño; yo no quise imaginar lo que hubiera pasado si no lo detengo antes de llegar al padre Alonso, con el balcón abierto tan a mano.

La alcoba de Ortigosa se parecía tanto a la otra como un huevo a una castaña. Era luminosa, con dos ventanales que daban a dos calles y sin persianas (una leve cortina color beis invitaba a la luz a pasearse por el cuarto). Las sábanas de seda color marfil, sin rastro de mantas ni edredones para protegerse de un frío que no llegaría hasta bien entrado noviembre. La ropa del armario rayaba la impudicia en un hombre que se presumía comprometido con el voto de pobreza: pantalones hechos a medida; chaquetas de paño moderno; camisas italianas; un juego de corbatas, todas ellas en tonos azulados y malvas; calzoncillos de punto de Armani y Hugo Boss; zapatos de trescientos euros. Pude fijarme en un par de tirantes y en media docena de pañuelos de seda. Para rematar la faena, en un pequeño arcón de piedra y porcelana encontramos tres pares de gemelos de oro blanco y dos pasadores de corbata que relucían como dos espejos diminutos.

Álvarez lanzó al aire un silbido y un Joder de los suyos, un Joder alargado y jugueteón que se quedó ondeando en la alcoba como una cometa de pergamino. Miró con la sonrisa ladeada al padre Alonso, Me da que me equivoqué de profesión; mi madre siempre quiso que me metiese a cura; debí hacerle más caso. Abel Alonso agachó la cabeza avergonzado y aguantó en silencio, como pudo, las pullas merecidas del inspector.

El espejo era considerablemente más ancho que el del otro cuarto. Qué menos. Alguien que se vestía con los ropajes de aquel armario debía de emplear mucho tiempo en contemplarse a sí mismo. El mantenedor tendría que haberse llamado Narciso y no Jorge. El escritorio era algo más pequeño, con la base metálica y el tablero de cristal esmerilado. La lámpara surgía del suelo, igual que un rododendro que dejara posar su luz encima de un cartapacio de cuero negro con las iniciales O. J. bordadas en oro y un abrecartas con la empuñadura de marfil. Busqué con la mirada un ordenador pero no lo hallé. Ortigosa usaría, como Quesada, un portátil y estaría en el Museo a buen recaudo de miradas fisgonas.

Debajo de la cama no había más que unas pantuflas moradas. Sobre el respaldo de la silla (el único mueble discreto de aquel aposento) descansaba un batín del color de las pantuflas. Al otro lado de la alcoba, una cómoda de madera envejecida con un travesaño en forma de pantocrátor y tres cajones largos. Los dos primeros estaban abiertos y, en ellos, Ortigosa guardaba legajos, recortes de periódicos que hablaban del Museo, un par de placas en las que su nombre aparecía grabado en agradecimiento a su labor de adalid del arte y la cultura y una caja con fotografías del cura con políticos, artistas y hombres de empresa. Me extrañó que Ortigosa hubiera vencido su propio engreimiento y no hubiera diseminado todos esos trofeos por la

casa.

El tercer cajón se hallaba cerrado con llave. Intenté abrirlo a base de fuerza pero no cedió. Álvarez y yo nos miramos. Calibramos a cuál de los dos le haría menos daño una querrela por allanamiento de morada. Y decidimos sin palabras que a la mosca cojonera. Al inspector, pues, le tocaba el papel de encubridor. Se acercó hasta la puerta del cuarto y se plantó delante de Abel Alonso, que continuaba en trance, asustado, calculando lo que podía ocurrirle si la policía lo creía cómplice de los tejemanejes de su compañero de piso. Álvarez jugó a tranquilizarlo. Sabía que el cura nada tenía que ver con aquello, que su estilo de vida en comparación con la de Ortigosa constituía la mejor prueba de inocencia, que no estaba obligado a ser el guardián de su hermano. Lo dijo todo con una voz solemne, rotunda, cadenciosa. Lo suficiente para apagar el estallido de una cerradura que se descascarilla por efecto de un abrecartas con empuñadura de marfil.

En el tercer cajón se ocultaba un tesoro: dos lienzos enrollados en papel de estraza y un pequeño óleo en forma de plato sopero que reflejaba la Última Cena. Mis conocimientos de arte dejan bastante que desear pero nadie (y menos un entendido como Ortigosa) se molesta en esconder bagatelas bajo siete llaves. Aquéllas tenían que ser piezas originales con las que el hombre esperaba hacer negocio. Y entonces comprendí su celo en mantener los trofeos ocultos: necesitaba una tapadera, y el alzacuello y la sotana han resultado siempre la mejor de todas. Mientras el mundo entero lo creyera un pobre cura, Ortigosa nada tenía que temer. Dejé todo donde estaba, una cosa es allanamiento y otra robo. Volví a cerrar el cajón. Coloqué el abrecartas en su sitio. Y fui en busca de Álvarez, que ya se había llevado al padrecito al salón a que le diera el aire. Salimos de la casa sin que a Abel Alonso le hubiera vuelto el color a la cara.

La estrategia nos había funcionado tan bien que decidimos repetirla en el Museo: Álvarez se encargaría de tomar la palabra, de darle relumbrón a nuestra presencia allí, de intimidar a un guardia de seguridad deseoso de complacer a la policía y a una secretaria pipirola que no sabía dónde poner las manos cuando hablaba. Mi trabajo consistiría en no perder detalle y en escabullirme en cuanto tuviera ocasión hacia el despacho del mantenedor. El inspector anuló al guarda, un gigante de músculos congestionados y sonrisa bobalicona, con una estratagema, de tan infantil, ingeniosa: le informó de que en breve llegaría un coche patrulla a respaldarlo, con lo que el guarda se pasó el resto de nuestra visita intranquilo, mirando la hora, recorriendo Espíritu Santo arriba y abajo a pesar de ser una calle peatonal.

Con la secretaria tuvo que emplearse más a fondo, no porque la muchacha pusiera serias trabas sino porque era un mar de dudas y sus titubeos amenazaban con echarlo todo a perder. Se la llevó a la Biblioteca, al otro lado del Patio de los Naranjos, con el pretexto peregrino de andar detrás de un libro robado nada menos que de la

Biblioteca Nacional; alguien había denunciado haberlo visto allí, en el Museo Diocesano, y Álvarez debía comprobarlo. La secretaria se removió, indecisa, con las manos danzando alrededor del cuerpo de una forma espasmódica, Pero, pero, pero a mí nadie me ha avisado de esto; yo no sé si estoy facultada para abrirle la sala. El inspector la serenó con una voz apaciguadora, Tranquila, mujer, claro que está facultada, ni que le estuviera pidiendo que me abriera la caja de caudales; esto es algo que hacemos todos los días; seguramente se tratará de una falsa alarma; haremos una cosa: llame usted a su jefe que está al tanto del registro y él se lo confirmará. Bravo por Álvarez. Por supuesto, el teléfono de Ortigosa estaba fuera de juego pero la muchachilla no se atrevió a poner en duda las palabras de un policía con la edad y el aplomo de mi amigo.

Antes de cruzar el patio escuché la contraseña que el inspector me facilitaba de modo interpuesto. Le dijo en voz alta a la secretaria que sólo la importunaría quince minutos; si en ese tiempo no encontraban nada, daría el registro por concluido e informaría al padre Ortigosa de la eficiencia y la cortesía de su equipo. Quince minutos tan sólo. Era el tiempo del que yo disponía para encontrar algún documento que ligara al cura egipcio con el contrabando de obras de arte.

Si los perros acaban pareciéndose a sus amos, los despachos también son una encarnación de quienes los ocupan. El de Ortigosa era igual de atrevido y pretencioso que él, un pequeño museo dentro de otro más grande. Allí el sacerdote no necesitaba ocultar su verdadera personalidad. La estancia, con las contraventanas cerradas, parecía un horno crematorio de caliente. Estaba atiborrada de cuadros, figurillas, fotografías exaltadoras (las dos más relevantes eran una con el Rey y otra con el presidente Aznar), muebles suntuosos. Hasta el ordenador era de puro diseño: una pantalla inmensa que ocupaba media mesa y un teclado de cristal con las teclas en blanco. No albergaba esperanzas de poder acceder a la información. Y así ocurrió: era precisa una clave y no disponía ni de tiempo ni de aptitudes para adivinarla. Probé al azar *Diocesano*. Y luego *Inmaculada*. El sistema las rechazó las dos. Yo volví a apagar el aparato para concentrarme en los expedientes que anidaban en el escritorio.

Hallé cartas personales y de trabajo, albaranes, facturas que precisaban la firma de Ortigosa. Lo normal. No logré reconocer ni nombres ni operaciones. Me resultaban todas anodinas, montones de papeles que crían polvo en la mesa del director de un Museo. Debía aislar las piezas de aquel puzle, localizar lo que desentonaba en una sinfonía tan pulcra. Había carpetas ordenadas por colores y fichas dispuestas en un archivador. Miré el reloj. Aún me quedaban ocho minutos antes de que regresaran Álvarez y la muchacha de la Biblioteca. Si no lograba mi propósito, el inspector tendría que conseguir una orden de registro de verdad y requisarle el ordenador al director del Museo. Pero, en cuanto el egipcio se enterara de nuestra visita, y eso iba a misa, le iba a faltar tiempo para regresar a su despacho y borrar

todas las huellas que lo incriminaran.

Jorge Ortigosa, en cualquier caso, aparentaba ser el hombre más ordenado del universo. Daban asco la limpieza, la compostura, la organización de su escritorio. Parecía que lo hubieran colocado todo así para una sesión fotográfica. Le eché un vistazo a las fichas archivadas en un cajetín con la base de plástico y la cubierta de cristal. Eran de esas de cartulina, simples, con una raya azul oscura en la parte superior y el resto blancas. Las hice bailar con el dedo, como si estuviera jugando con las cartas de una baraja, por si el oleaje revelaba algún código cifrado. Una, dos, tres veces. Las fichas hicieron un repique de tambor. Luego silencio. Se contaban en orden alfabético. En «Miranda, J. de», venían anotados a pluma estilográfica, con una letra pulida y redonda, los títulos de sus cuadros, las fechas (algunas, ciertas; otras, aproximadas) en que fueron pintados y el lugar donde se hallaban en la actualidad. Cuando el lugar era el Museo Diocesano, Ortigosa lo escribía en mayúsculas para marcar territorio. De haber sido un oso pardo, el tipo hubiera impregnado las hojas con su olor. Estaban las mismas obras que el cura había mencionado cuando le hablé de *Nuestra Señora de la Luna*. Todas menos *Nuestra Señora de la Luna*.

El calor empezaba a ser insoportable. No podía abrir una ventana y me estaba asando en aquella parrilla. Las siguientes fichas aludían a Morales, R., un marchante de arte de Sevilla; a Neville, S., propietario de una sala de exposiciones en The Mall, Londres; a Nicosia, F., un galerista de Nápoles. Eso significaba que en el fichero no sólo venían registrados los pintores, sino cualquiera que estuviese relacionado con el negocio. Miré el reloj. Una gota de sudor de mi frente cayó en el cuatro. Me quedaban dos minutos. Agucé el oído en dirección al tragaluz que daba al Patio de los Naranjos. Sólo se percibía una bulla ebria de pájaros. Hice una última comprobación a la desesperada. Bringas, A., aparecía como distribuidor (carajo, al asturiano ya no le cabían más oficios) y Mesa, D., como agente artística, un trabajo curioso para una misionera. Imaginé a la mujer que había conocido esa mañana, traficando con figuras africanas de la fertilidad. Y estuve a un tris de soltar una carcajada.

Me sequé el sudor de la frente con la mano. En ambas fichas había distintas direcciones de contacto, referencias a visitas anteriores (en el caso de Dolores Mesa), un pago en efectivo de veinticinco mil euros (en el caso de Bringas) y siglas en cada una de ellas que no logré desentrañar. En apariencia, no existía vínculo alguno entre el asturiano y la gobernanta del convento. Desencantado, fui a dejar la de la misionera en su lugar y se me resbaló entre los dedos pegajosos. La ficha tropezó en la base de la lámpara y se volvió del reverso. En la esquina inferior derecha aparecieron, subrayados en un recuadro, un número de móvil y una inicial: O. Nada tenía que perder. Me sequé la mano en el pantalón, volví al archivador, cogí otra vez la tarjeta de Bringas, le di la vuelta y allí estaban: la misma anotación, el mismo número, la misma letra O.

Aborrezco las puñeteras iniciales. Me producen una acidez bárbara. Detrás de ellas siempre hay alguien que, al final, le coge gusto a disparar sobre mí o a echarme el coche encima o a empujarme por una ventana. Aquella O. no podía ser de Ortigosa salvo que el cura estuviera empezando a padecer de alzhéimer y necesitara apuntar su propio teléfono. Tenía que referirse, entonces, a otra persona: un intermediario o una mediadora que le hubiera presentado a Mesa y a Bringas al director del Museo. Óscar, Ofelia, Olmedo, Oliveira. Vaya usted a saber si era varón o hembra, nombre o apellido. Por lo pronto, grabé el número en mi móvil, cerré el fichero y salí del despacho con el tiempo de ver cruzar el patio a Álvarez y a la secretaria.

La muchacha parecía relajada, casi divertida con una anécdota que le venía contando mi amigo acerca de otra vez en la que tampoco se había podido encontrar un objeto supuestamente robado: un diamante muy valioso, del tamaño de una nuez. Al final, se había tratado de un ajuste de cuentas: el denunciante se la tenía jurada al denunciado (un ataque de cuernos en toda regla) y quiso inculparlo en un feo asunto de contrabando de piedras preciosas. Para la policía, en suma, la mentira era el pan nuestro de cada día.

Los recibí sentado en un banquito, simulando leer con interés el catálogo del Museo. La secretaria se sentía tan aliviada de que, en efecto, todo hubiese sido una falsa alarma que no reparó ni en mi lamentable estado (estalactitas de sudor me caían de la barbilla al cuello) ni en el guiño que nos cruzamos el inspector y yo. A sus ojos todo estaba en orden y allí paz y en el cielo gloria. Afuera, el guardia seguía esperando por los colaboradores de Álvarez. La decepción le nubló la mirada simplona cuando supo que ya no vendrían. Para confortar su ánimo, el inspector le pidió el número de la licencia. Tenía la intención de nombrarlo en el informe que debía entregar a sus superiores. Entonces, la sonrisa bobalicona del grandullón se convirtió en farola que nos iluminó Espíritu Santo abajo hasta Reyes Católicos.

Me habían puesto una multa. A algún aburrido municipal le había dado por darse pisto delante de los vecinos. El pistolero más rápido del Oeste. Maldije en voz alta. Fui a coger el comprobante pero Álvarez se me adelantó. Sin siquiera mirarlo, se lo guardó en el bolsillo y me animó a que le abriera la puerta y no me hiciera mala sangre con lo de la multa. Una vez sentados en el coche, mi amigo quiso saber lo que había descubierto. Le conté en qué había empleado el cuarto de hora que me dejó de margen. Sobre todo en sudar, carajo. Le hablé del ordenador encriptado. Le recomendé que apostara a alguien día y noche en el Museo, o yo no conocía mi oficio u Ortigosa regresaría a limpiar su despacho en cuanto supiera que habíamos estado allí. Nada dije, sin embargo, de las fichas de Bringas y de Mesa. Me debía ante todo a mi cliente y no quería que una llamada a deshora precipitara los acontecimientos. El tal O. podía verse acorralado y cometer el disparate de cargarse a alguien más. Preferí investigarlo primero por mi cuenta y, si la cosa me sobrepasaba, llamar a Álvarez

para que interviniera. Era un privilegio, acaso el único, de las moscas cojoneras.

Tocaba separarnos allí. Al inspector le aguardaba la enojosa tarea de convencer a un juez de que firmase no una sino dos órdenes de registro: la primera para verificar si en el jardín de un convento sólo había rosas plantadas; la segunda para intervenir un ordenador del Museo Diocesano. Yo debía darle cuentas a Elsa Iglesias sobre los avances de la investigación. Si me hubieran preguntado a quién le tocaba bailar con la más fea me hubiesen puesto en un aprieto. Para mí que bailábamos con hermanas gemelas: él iba a jurarle a su Señoría, para apuntalar la urgencia de las órdenes, que Pablo Quesada y el peregrino estaban muertos; yo, a persuadir a una madre de que la esperanza es lo último que se pierde. Uno solo diría la verdad aquel martes. Gemelas sí. Pero, si Álvarez se equivocaba, no más se arriesgaría a un tirón de orejas. Si me equivocaba yo, tendría que vivir con aquella amargura el resto de mi vida. Qué lejos estaba yo de imaginar que el resto de mi vida se iba a ir a la mierda aun antes de encontrarme con Elsa Iglesias.

La llamada me pilló de camino a casa de Quesada. No reconocí el número y, ante la perspectiva de tener que responder a una encuesta de satisfacción de Telefónica, lo dejé sonar hasta que se aburrieran. Pero quien llamaba no estaba interesado en encuestarme y sí tenía más motivos que yo para ser terco. Volvió a sonar el móvil. Y supe que tenía que cogerlo.

Colacho se había desvanecido en el salón. Gloria estaba acabando de recoger su alcoba cuando sintió un golpe seco y una barahúnda de cristales desmigajándose. Creyó que a mi abuelo se le había caído el plato de almendras que acababa de ponerle en la mesita, al lado de su sofá orejero. Llegó con el cepillo y la pala dispuesta a echarle un rapapolvo cariñoso al viejo. Y se le heló la sangre.

En su caída había roto la cristalera de la alacena. Intentó reanimarlo pero no reaccionaba. Colacho Arteaga, los ojos entreabiertos y la respiración en un hilo, se debatía entre cruzar la barra o quedarse conmigo y cumplir su promesa de llegar a los cien años. Para Gloria (eso no lo dijo pero se lo noté en la voz), yo lo tenía crudo. Me contó todo entre lágrimas, en un hipo continuo y machacón, sin consuelo. Hablaba desde la Clínica Santa Catalina, adonde la ambulancia los había llevado. No podía precisar más: porque se ahogaba y porque nada más sabía. Habían conducido al viejo a una sala de urgencias, con un médico y dos enfermeras dando voces detrás de la camilla. Se perdieron por un pasillo hondo, con ese olor tan gris de los hospitales y una lámpara grande como un sol en el cielo del techo.

Cuando llegué, la cosa seguía igual. Nadie me daba cuenta del estado del viejo. Oí la palabra Embolia. Al parecer, Colacho había perdido sensibilidad en el lado

izquierdo y la vista se le había nublado. La recepcionista me preguntó por la edad de mi abuelo, Gloria no había sido muy precisa en ese aspecto. Cuando respondí, la mujer hizo un gesto nada sutil: abombó los mofletes y lanzó un resoplido que amenazó con quedarse a vivir en la garita de la recepción. Aquello venía a decir en lenguaje de signos que ya me podía ir dando por jodido.

Me senté junto a Gloria en la sala de espera. Apenas hablamos, qué íbamos a decirnos. A ella se le había pasado el hipo pero el susto aún tardaría mucho tiempo en abandonarla. A los diez minutos contempló el reloj de la pared, un círculo dorado sobre fondo verde. Me miró suplicante. Le expliqué que lo entendía, que no se preocupara, que regresara a casa o a donde tuviera que ir, que yo me quedaría, que la llamaría en cuanto se supiera algo. La vi levantarse, coger su bolso, arreglarse la blusa blanca de botones de nácar, salir de la sala con la mirada ausente y triste.

Si alguna vez me sentí impotente en mi vida, no se pareció ni de lejos a aquella lenta espera. Debía de tener cara de espanto porque todos allí me miraban con lástima. Una señora que aguardaba su turno con una radiografía sobre el regazo suspiró y dijo algo sobre confiar en Dios. Le sonreí con esfuerzo, no apostaba yo mucho por una intervención divina. Un niño de tres o cuatro años se acercó, tal vez espoleado por su madre, a enseñarme el dibujo que estaba pintando: un garabato extraño en rojo y azul que parecía una ballena sonriente. Le atusé el pelo. Le dije Qué bonito; estás hecho todo un artista tú. El chiquillo regresó con la mamá, orgulloso y feliz.

La señora de la radiografía se fue. La madre y el niño se fueron. Un motorista con un pie escayolado llegó y se fue también. La puerta del purgatorio por la que se habían llevado a mi abuelo permanecía cerrada. Llamé a Inés pero no me respondió. Llamé a mi socio, que estaba en medio de una reunión importante. Su voz sonaba gruesa, como si me estuviese hablando desde dentro de un armario. A duras penas le entendí lo que dijo. Rellenando los silencios que la transmisión provocaba creí reconocer que vendría en cuanto le fuera posible, que llamaría a Concha para avisarla, que por nada del mundo desesperara. Pero ya era tarde para ese consejo.

Siguieron entrando y saliendo pacientes fatigados, lánguidos: un marroquí con una aparatosa venda en la cabeza; una anciana en silla de ruedas; un soldado de marinería con el cuerpo lleno de tatuajes; una mujer embarazadísima. Ninguno se quedaba más de diez minutos. Desde una puerta, al fondo de la sala, un celador gritaba sus nombres y ellos acudían a la llamada, como hipnotizados por la flauta de Hamelín. Nadie gritó mi nombre. Pensé que eso era bueno: significaba que estarían tratando de reanimar a Colacho. Pensé que eso era malo: su cuerpo no soportaría tanta reanimación. Pensé que daba igual: yo no podía evitarle el sufrimiento. Y otra vez la impotencia y el miedo y la orfandad.

Me estaba preguntando lo que daría por ver una cara conocida cuando, anunciada por un taconeo firme y cadencioso, apareció Beatriz. No la reconocí en un primer momento. Llevaba una blusa malva, unos vaqueros y unos zapatos altos de color marrón. Sólo cuando sonrió (la sonrisa se balanceó en su cara como si le diese apuro alegrarse en aquellas circunstancias) supe que era ella. Me levanté. Sentí cómo los ojos volvían a traicionarme. Hice un esfuerzo desesperado para detener las lágrimas pero una se me rebeló y fue bajando por mi mejilla hasta alcanzar mi boca, dejándome un regusto salado de tristeza.

Beatriz, con dos dedos, me limpió el estropicio. Me acarició la mejilla humillada. Me besó como haría una madre, sólo le faltó el Sana, sana, culito de rana. Me dio un abrazo largo, cálido, que duró una dulce eternidad. Se separó de mí. Me miró con ternura. Y volvió a besarme como haría una amiga. Y luego como haría una mujer. Sabía a chicle de menta, Beatriz. Sólo mi estado de desesperación podía explicar aquel sentimiento, aquella emoción que me había nacido tan de repente. Apenas la conocía, nada sabía de ella. Sin embargo, en aquellos momentos me hubiera rendido a Beatriz sin condiciones.

Ocurrió que la había llamado Concha hacía media hora. Y, como los martes tocaba pelearse con los bancos, aprovechó para acercarse a verme. No podía quedarse mucho. Tenía que recoger a los niños del colegio. ¿Tan pronto?

—¿Qué hora te crees que es?

—Si te digo, te miento. Llevo desde que llegué aquí mirando ese reloj para saber cuánto lleva mi abuelo dentro pero no sabría decirte la hora exacta.

—Claro. Pues son las cuatro y cuarto. Los niños salen a las cinco y media. ¿Has comido?

—Medio bocadillo en el desayuno y un par de galletas al mediodía.

—Así tienes esa cara de alma en pena, chico. Vamos. Aquí cerca hay un bar que sirve menús.

—No tengo hambre: además prefiero no moverme de aquí por si me necesitan.

—¿A ti? ¿Quién va a necesitar a un famélico? Tu abuelo está en buenas manos y no lo ayudas en nada mordéndote las penas en una sala de espera.

—Pero...

—Ni pero ni San Pero. Les dejas a los celadores un número donde localizarte y ellos te llamarán si surge algo. Hazme caso que yo de esto sé bastante. La anterior farmacia la tenía frente a una clínica y conozco las costumbres.

Tan embobado estaba con todo aquello que estuvo a punto de atropellarme una moto. El motorista gritó algo desde dentro del casco, algo que preferí no entender, y siguió su camino. Beatriz se colocó a mi lado, puso su mano en mi codo y no se

despegó hasta llegar a la cafetería.

No era hora ya de menú. Si queríamos, nos podían ofrecer alguna de las tapas que había en el mostrador. Eso o un bocadillo de lomo, atún o jamón serrano. Mi amiga pidió un café y un pedazo de tarta de queso con arándanos. Yo opté por una tapa de tortilla y una cerveza. En la mesa de al lado, dos enfermeras jóvenes hablaban de un viaje a Portugal que pensaban realizar en octubre. La más alta de ellas le mostraba a la otra una guía de Lisboa que había comprado el sábado anterior. Llevaba anotados todos los sitios que valía la pena visitar. Su compañera leyó las anotaciones en un portugués que daba pena. Las carcajadas inundaron el garito.

Beatriz se acordó de algo, echó mano a su bolso y se sacó un milagro en forma de entradas para un concierto. La buena de Concha le había hablado de mi afición al jazz y el jueves de la semana siguiente, el veintitrés de septiembre, venía al Auditorio un bajista fuera de serie: Marcus Miller. Y ella había pensado invitarme a escucharlo. Sí. Beatriz no entendía por qué la miraba yo así. ¿No podía invitar a quien quisiera a un concierto de jazz? Claro que podía. Lo que yo no comprendía era por qué, entre tanta gente divertida que a ciencia cierta debía de conocer, me había elegido precisamente a mí: una mosca cojonera y, encima, deprimida. Beatriz volvió a su tarta de queso con fingido desdén. Porque me da la gana; porque la otra noche disfruté como hacía tiempo no disfrutaba; porque los jueves los niños se quedan con mis padres; ¿necesitas más razones?

No. Con tres eran más que suficientes. De hecho, con la primera hubiera bastado para saciar mi torpe curiosidad. En esos momentos no sabía yo qué iba a ser de mi vida el jueves de la semana siguiente pero, si las cosas no empeoraban demasiado, sería una *delicia* (Beatriz se relamía con su tarta y no hallé mejor manera de calificar la cita) acompañarla al Auditorio. La farmacéutica sonrió, está vez sin vergüenza. Señaló mi plato. Me exhortó a comer: la tortilla se me estaba enfriando y una tortilla fría sabe a diablos. Yo tenía tanta sed que me bebí la cerveza de un trago. Le hice una seña al camarero para que me trajera otra. Beatriz arrugó el ceño. La tranquilicé: no iba a darme a la bebida, simplemente me apetecía algo más fuerte que el agua.

La segunda cerveza, de cualquier modo, no llegué a acabarla. El flautista de Hamelín me informó de que el doctor Millán quería hablar conmigo. Beatriz pagó la cuenta. Me miró por si me iba a poner gallito con lo de que las mujeres no pagan. Le sonreí, ninguna objeción a eso. Nos despedimos en la puerta de la clínica. Quedamos en hablar por la noche cuando todo se hubiera calmado. Volvió a besarme como una mujer. Ahora sabía a café y el beso me supo muchísimo mejor que el primero.

El doctor Millán era un tipo grande y rubio, con gafas de montura fina, piel bronceada (deduje que acababa de llegar de vacaciones) y aire solemne. Intentaba esconder la incipiente barriga subiéndose el pantalón a cada rato. Me condujo a una

oficina pequeña, con una mesa, un par de sillas y una camilla sobre la que rodaba una interminable sábana de papel desechable. Encima de un aparador había una colección de medicinas: frasquitos de cristal con suero, gasas, agujas hipodérmicas y vendas. Millán se sentó al otro lado de la mesa y señaló con su mano bruñida la silla libre. Abrió una carpeta y revisó una cuartilla con el membrete azul y verde de la clínica. Escribió algo al final y garabateó una firma. Luego dejó caer las gafas, que quedaron suspendidas en el aire merced a un cordón apenas visible que llevaba al cuello. Pretendía asegurarse de que yo era el familiar más cercano de don Nicolás Arteaga. Le expliqué que el más cercano no. El único. El médico asintió, Entiendo; su abuelo duerme ahora, pero tengo que decirle que su situación es extremadamente delicada; aunque es un hombre fuerte, no deja de tener noventa años.

—Noventa y cuatro, sí.

—Pues ésa es mucha edad. Antes que nada quiero que entienda que el tratamiento que podemos darle es paliativo, no curativo. ¿Sabe a qué me refiero?

—Creo que sí. Que a mejor no puede ir pero, al menos, intentarán que no sufra más de lo necesario.

—Yo no lo hubiera explicado mejor.

—Gracias, doctor. Me preocupa sólo una cosa. No quiero que esto se convierta en una agonía tal que me haga desear al final verlo muerto. Cuando ya no haya nada más que hacer, prométame que dejará que la naturaleza siga su curso.

—Me parece que usted y yo nos vamos a entender de maravilla.

Agradecí en el alma que no le hicieran compartir habitación con nadie. Ya era bastante duro tener las emociones sublevadas como para, encima, andar dando la nota delante de extraños. Cuando entré, conteniendo la respiración, mi abuelo dormía plácidamente. Una máquina, en la cabecera de la cama, iba marcando el paso de su corazón como un metrónomo de pianista novato. Una bolsa destilaba lentamente un suero viscoso hacia la vena de su muñeca. Colacho no tenía color pero su rostro macilento permanecía sereno. El cuarto estaba en penumbras para que el calor de la tarde no lo saqueara todo. La enfermera de turno (una de las muchachas que planeaban el viaje a Lisboa, la más bajita, la del portugués atrabancado) entró detrás de mí y me fue explicando cómo funcionaba la cosa.

La única norma allí era el silencio. Como era pariente, no había horario: podía permanecer con mi abuelo todo el tiempo que quisiera. Sólo tenía que recordar que estaba en una clínica. Abajo, en recepción, podría conseguir las fichas para el televisor pero no debía ponerlo a más de diecisiete de volumen. Sí. Bromeó la mujer, Diecisiete; hágase cuenta de que es menor de edad. Si la necesitaba, sólo tenía que pulsar el interruptor que había en la cabecera de la cama. Por lo demás, no debía preocuparme. El aparato que marcaba el ritmo cardíaco estaba conectado con la garita

de las enfermeras: en caso de que algo fallara, estarían allí en medio minuto. El aire acondicionado se regulaba desde otra clavija, detrás de la puerta. Me recomendó paciencia y buenos alimentos, lo que significaba que tendría que traerme la comida de casa. Se rio de su chiste. Sin duda, lo habría contado cien veces para animar a tipos como yo, para hacernos menos penosa la tarea de cuidar de un abuelo, una madre, un hijo. Salió de la habitación tarareando una canción melosa.

Afuera, en la calle, podía oírse el rumor de los coches y las conversaciones. Cerré la ventana y la única regla de aquel lugar, el silencio, se cernió sobre el cuarto como un manto negro. Fui a lavarme las manos y la cara. El baño olía a desinfectante. Regresé junto a mi abuelo. Me senté en el sillón, al lado de su cama. Entrecerré los ojos para aclimatarlos a la penumbra. Y en algún momento de la tarde me debí de quedar dormido.

Me despertó la puerta al abrirse. No sabía dónde estaba. Me dolían los riñones del maldito sillón. La oscuridad acabó de confundirme. Miguel y Concha aparecieron con una caja de bombones y un pote con caldo de puchero. Es posible que los hombres sean mejores marinos pero las mujeres se manejan mejor en las tormentas. Años de adiestramiento, de cultura matriarcal se pusieron en marcha en aquella habitación: Concha no había dejado el caldo encima de la mesa cuando ya se hizo cargo de la intendencia. Se acercó a Colacho. Le tomó la temperatura de la frente. Le alisó las sábanas para que ninguna arruga pudiese turbar su descanso. Le colocó una manta por los pies, Caramba, Ricardo, aquí hace un frío de muerte; bájame el aire acondicionado que este hombre se me congela, cóntrale.

Miguel me lanzó un guiño divertido. Imitó con los gestos el discurso de Concha. Sacó la lengua y agrandó los ojos. Ya estaba acostumbrado a los arranques de su mujer cuando de organizar se trataba. Ella se acercó a mí y me ofreció un mimo. Me acarició el pecho con suavidad, ¿Tú cómo estás?; agobiado, seguro; tienes una cara de susto que no puedes con ella, pobre; ¿has comido?

Tanta mujer empeñada en que comiera me deprimió aún más. Yo no tenía hambre pero necesitaba ir a orinar, demasiada cerveza. Cuando salí del baño, Miguel y Concha discutían en voz baja sobre algo. Se les notaba la inquietud a varias leguas y creí saber de dónde les venía aquella turbación: desconfiaban de la sanidad pública. La convalecencia de Colacho podía durar meses y, tal vez, convendría trasladarlo a una clínica privada donde lo trataran con más esmero. Tenían un amigo que podía buscarle acomodo al viejo en una de las mejores.

Les quité la idea de la cabeza antes de que les llegara a la lengua. Ni hablar. No era una cuestión de dinero sino de convicciones. Mi abuelo era un hombre sencillo. Su padre vendía encurtidos y grano en el corazón de La Isleta. Él era calafate. Se había pasado la vida entre marineros y estibadores del puerto. No hubiera visto con

buenos ojos pasar sus últimos días en un hospital para ricos. Les agradecía la preocupación, pero en Santa Catalina estábamos bien. El doctor Millán y las enfermeras me inspiraban confianza. El seguro de Colacho cubriría los cuidados paliativos. Sí. Paliativos. La palabra de moda. La edad no tiene cura y el viejo no soportaría un traslado a otra clínica. Concha hizo amago de replicar pero no la dejé. Si hubiera tenido la más mínima convicción de que en un hospital privado podían curar a Colacho, no habría dudado en vender mi casa con todo lo que tiene dentro y en mudarme a una pensión. Pero el diagnóstico no ofrecía dudas: se trataba de no hacerlo sufrir, no de salvarlo de nada. Por otra parte, yo sentía que Colacho no quería que lo salvaran: había iniciado un viaje del que ya no se vuelve.

La puerta de la habitación se abrió dejando paso a la enfermera pequeña y cantarina. Nos miró uno a uno. Saludó a Miguel y a Concha. Y se puso manos a la obra con su paciente. Le cambió, con desenvoltura, la bolsa de suero vacía por otra nueva. Le tomó el pulso, sin novedad en el frente. Luego hizo algo que nos conmovió a todos, a mí más que a ninguno: con sus dedos blancos le ordenó el cabello a Colacho como hubiera hecho una hija. Después me miró, me sonrió y volvió a recomendarme paciencia. Las embolias tardan en evolucionar. Le hubiera preguntado hacia dónde se suponía que evolucionaban en un hombre de noventa y cuatro años pero no quise deshonrar el gesto que acababa de tener con el viejo. La muchacha salió de la habitación, esta vez en silencio.

Concha no había dejado en ningún momento de observar a la enfermera. La noté satisfecha, si no despreocupada ya. Se levantó de la silla, abrió el bolso y sacó un libro, *En defensa de la felicidad*, las reflexiones de un monje budista, Ahora yo me quedo un rato con él; váyanse ustedes a tomar un café que sobre todo tú, Ricardo, lo vas a necesitar.

Si el caso de Pablo Quesada o del peregrino de Tafira o de la Virgen de la Luna (ya no sabía dónde estaban las fronteras de aquellas desapariciones) hubiera sido una película policíaca, me hubiera perdido la parte más entretenida. La primera noche que me quedé con mi abuelo en Santa Catalina ocurrieron tantas cosas a la vez que cualquiera diría que habían soltado a los perros de la guerra. El resultado: tres personas se la pasaron en la sala de interrogatorios.

El primero en caer fue Jorge Ortigosa que, tal y como sospechábamos, apareció por el Diocesano no más anochecer. Dos policías de paisano se acercaron por detrás y, luego de enseñarle sus credenciales, lo conminaron a que los dejara pasar a su despacho. El que llevaba la voz cantante le mostró también una orden judicial según la cual estaban autorizados a llevarse su ordenador. El cura protestó a medias: según el agente que lo detuvo, Ortigosa amenazó con dar parte a sus superiores y, cuando le

informaron de que estaba en su perfecto derecho, faltaría más, el tipo reculó y se encerró tras un silencio asustadizo. Mucho arroz para tan poco pollo.

A las otras dos personas las encontraron juntas. No se especificó nunca quién había convocado a quién ni para qué se habían dado cita, pero compartieron mesa y mantel esa noche en un restaurante pequeño y reservado de Triana: La Alquitara. Álvarez y Castillo venían siguiendo a Alejandro Bringas desde el Hotel Fataga. Lo vieron entrar en el restaurante y se sentaron a esperar en la barra de un bar que estaba al lado, desde donde podían controlar la puerta. A los pocos minutos, el inspector creyó reconocer a la mujer que descendía de un taxi en la esquina y comenzaba a bajar la Calle Domingo J. Navarro. En un principio le costó creerlo. Abrió los ojos de un modo exagerado y se acarició la barbilla. Era la gobernanta de las Ursulinas, Dolores Mesa, con un vestido azul y una rebeca blanca, el pelo recogido con una traba en forma de amapola, muy poco misionera y del todo seglar. No pudo reprimir una sonrisa burlona y un silbido. ¿Quién sabe? Quizá matara dos pájaros de un tiro.

Los policías se pidieron una copa de vino y un plato de jamón y queso para celebrar la feliz coincidencia. Brindaron por las noches estrelladas y el trabajo duro, sospechaba Álvarez que iban a tener movida las siguientes setenta y dos horas. Por lo pronto, aguardaron pacientemente a que los dos sospechosos acabaran su cena. Invocaron al dios Baco para que les nublara el entendimiento. El inspector tenía la esperanza de que, tras la velada, se marcharan juntos y achispados para poder seguirlos sin dificultad. Pero no ocurrió así. Sobre las once y veinte, cada uno salió por su lado y tomó un camino diferente. Y ambos parecían serenos.

Álvarez y Castillo no tenían dispositivo de seguimiento para dos. Habían venido en un solo coche. De modo que se dieron prisa en detenerlos. Una pandilla de chiquillajes que había aparecido de repente dando gritos de júbilo estuvo a punto de frustrarlo todo. Por fortuna, ni Bringas ni la misionera ofrecieron resistencia. Se mostraron sorprendidos pero consideraron que les salía más a cuenta colaborar con la policía. La Mesa continuó con su férrea defensa de A mí, que me registren. El asturiano se puso una máscara de chulo cínico que tardaría en abandonar un buen rato. Los policías tuvieron, eso sí, que poner firmes a los muchachotes, que no sabían con quién se la jugaban y comenzaron a increparlos. La sangre no llegó al río y, a eso de la medianoche, estaban todos los que tenían que estar en la comisaría.

Iba a ser una jornada larga y tediosa. Prepararon café para un regimiento. Desalojaron despachos a fin de instalar a los tres arrestados. Desconectaron teléfonos móviles. Mantuvieron aislados a los detenidos en todo momento. Para ahorrar tiempo, el inspector elaboró una lista de preguntas que debían hacerles a los tres. Mandaron llamar a otras tantas taquígrafas y aguardaron a que llegaran los abogados, no era cosa de que les anularan el interrogatorio por un defecto de forma. Ésa fue la segunda decepción de la noche: Álvarez esperaba ver llegar a un letrado, a uno solo, a

un tipo duro que se las supiera todas y que se presentara con una sonrisa diamantina y un manual de amenazas bajo el brazo. Eso hubiera acabado de demostrar que estaban compinchados, que eran parte de una misma caterva de delincuentes. Pero no.

Fueron llegando, uno tras otro, los abogados: el de Ortigosa resultó ser también un sacerdote; la de Dolores Mesa también era mujer; al asturiano le endosaron un abogado de oficio, aún había clases incluso entre los criminales. La maniobra de defensa, no obstante, fue la misma. Como todos eran inocentes y respetuosos con la ley, les recomendaron cooperar. Y, a excepción de aquellas cuestiones que pudieran incriminarlos directamente en algún delito, los detenidos fueron respondiendo con calma a todo lo que se les preguntaba: ¿dónde estaban tal día?; ¿cómo se enteraron de tal noticia?; ¿qué hacían en tal lugar a tal hora? Mintieron como bellacos.

Álvarez y sus hombres les siguieron el juego, estaban acostumbrados a aquel tira y afloja de patrañas y simulacros. Aguantaron con estoicismo las miradas cómplices entre defensores y defendidos. Callaron ante las recomendaciones de los letrados. El único momento en que el inspector estuvo a pique de perder la compostura fue al escuchar cómo los tres negaban, con impúdica rotundidad, el incidente del aparcamiento. Ni Ortigosa ni Bringas habían estado esa mañana en el Convento de las Ursulinas. No habían huido llevándose por delante media puerta del coche de Álvarez. Ni habían abandonado ningún Opel azul en un terraplén de Santa Brígida. En absoluto. ¿Qué pruebas tenían contra ellos? Era la palabra de un viejo policía, acaso con presbicia, contra tres ciudadanos respetables y honrados. Sí. Tres. Porque, en el colmo de la desvergüenza, Dolores Mesa declaró que, en efecto, dos hombres habían estado en el convento pero que se trataba de otras dos personas. Segurísima. Al padre Ortigosa y a Alejandro Bringas los conocía de antes y sabía que ni uno era un estudioso de la naturaleza ni el otro un acuarelista. ¿Cómo iba a confundirlos?

El inspector tragó bilis como pudo. Se mordió la lengua. Apretó la mandíbula. Y no le quedó otra que variar de estrategia. Los tipos se lo tenían bien aprendido. Sin embargo, aún debían explicar de qué se conocían los tres. Y, en ese punto, representaron un Fuenteovejuna de lo más aparente. Todos a una realizaron una declaración que parecía calcada de la anterior. No se sabía de quién había partido la idea ni cuándo habían decidido esa coartada pero la cosa fue que Mesa, Ortigosa y Bringas atestiguaron exactamente lo mismo: los unía el amor al arte. Con dos cojones. El amor al arte. No el ánimo de lucro. No el secuestro y la intimidación. No una trama para sacar de la isla obras de arte y venderlas en el mercado negro. No. El amor al arte.

Y aquello hubiera estado muy bien si no hubiese de por medio dos cadáveres. Entonces el amor al arte se salía de madre y la pintura dejaba de tener gracia. ¿Qué dos cadáveres? ¿Dónde estaban sus cuerpos? ¿Por qué iban ellos a querer hacer daño a alguien? El interrogatorio se fue convirtiendo en un despropósito, una locura en la

que nadie se aclaraba, preguntas sobre preguntas y ninguna respuesta que echarse a la boca. El inspector Álvarez decidió entonces hacer una pausa. Ante la insistencia de los abogados para que liberaran a sus clientes de inmediato, el policía lanzó el bulo de que estaban a punto de recibir una prueba de gran trascendencia para la resolución del caso. Confiaba en que un poco de reflexión, algo de intriga y quizá un mucho de cansancio hicieran mella en los detenidos.

Una hora los tuvo cociéndose a fuego lento. Así, literalmente. Cada uno se la pasó en un despacho distinto pero igual de tormentoso porque Álvarez ordenó que apagaran el aire acondicionado con el fin de ayudar a sus propósitos. Sus hombres podrían salir a refrescarse cada poco. Los abogados también. Pero los tres arrestados no tenían permiso ni para ir a mear. Si les entraban ganas, que les llevaran una escupidera: no le importaba de dónde iban a sacarla, por él como si había que atracar una tienda. Pero esos tres iban a maldecir la noche en que quisieron descojonarse de Gervasio Álvarez.

A las cuatro menos cuarto regresó a los interrogatorios. Llevaba consigo la fotografía del peregrino que había tomado con su móvil, ampliada. Y una hoja del informe pericial en la que se veía la huella de un zapato rescatada de la habitación del hospital donde lo habían secuestrado. Y dos lienzos enrollados que Ortigosa guardaba bajo llave en su alcoba. En este último caso, Álvarez se jugó el resto en aquella partida de póquer: mandó a Castillo a la casa de Reyes Católicos, sacó de la cama al padre Alonso, le enseñó una orden judicial de pega y arrambló con los cuadros. Sabía que se estaba jugando más que una regañina, pero el cinismo de aquellos tres troleros lo envalentonó. Total, si lo castigaban con una suspensión de empleo y sueldo, ya tendría excusa para ponerse a régimen. La buena de Susana se lo agradecería.

De esta guisa (con los papeles en una mano y los cuadros en la otra) lo vieron llegar los detenidos al infierno en que se había convertido cada uno de los despachos. Sin aire acondicionado y en plena ola de calor, las habitaciones olían a cebolla manida. A sudor estancado. A alfombras sin desempolvar. Por una cuestión de cortesía, empezó la ronda de interrogatorios por Dolores Mesa; por una cuestión de estrategia dejó a Ortigosa para el final; con Bringas improvisaría.

A la misionera se le había descompuesto el peinado con el calor, parecía pesarle hasta la amapola. Observó los documentos con la cara de palo que llevaba puesta desde que la frecuentaba. Negó conocer al hombre de la foto. Se encogió de hombros ante la huella del zapato. Titubeó ligeramente cuando el inspector desplegó sobre la mesa, con sumo cuidado, el segundo de los cuadros, una Anunciación al óleo sobre lienzo de sesenta por noventa centímetros. Mesa afirmó que le resultaba familiar pero había visto tantos motivos como aquél, tantas visitas del San Gabriel a la Virgen, que vaya usted a saber de dónde le venía esa sensación. Álvarez miró de reojo a la taquígrafa y volvió a preguntarlo por si no había quedado claro la primera vez, ¿Ha

visto usted este cuadro antes? La ursulina, luego de consultar con la vista a su abogada, eligió con cuidado sus palabras, Con esta luz y que son las cuatro de la madrugada, lo que me pide es difícil; creo que sí lo he visto, pero no sabría decirle dónde.

La segunda entrevista duró algo más de tiempo y resultó inesperadamente provechosa. En lo que se refería a los cuadros, el asturiano no podía ayudar en mucho: jamás los había visto, ni siquiera sabía de qué pintor y de qué época eran. ¿Y qué se había hecho, de repente, del amor al arte? Ah, amigo, una cosa era ser un enamorado y otra, un entendido. Con respecto a las huellas, Bringas se avino a aceptar, si bien de un modo indolente, que podrían coincidir con las de sus zapatos, aunque a saber cuántos zapatos idénticos habría por ahí. Cuando Álvarez le preguntó si consentía que un par de agentes de la científica analizaran los que llevaba puestos y los que tenía en la habitación del Fataga, el hombre se removió en el asiento y miró a su letrado. Fue un instante de indecisión que el inspector no estaba dispuesto a desaprovechar, Le advierto, Bringas, que puedo conseguir una orden en menos de media hora.

—Y si las huellas coincidieran, ¿qué probaría usted con eso?

—Probaría que usted secuestró a un hombre que estaba bajo custodia en un hospital. Y si, luego, ese hombre apareciera muerto, ¿qué quiere que le diga?: no me gustaría estar en su pellejo.

—No se haga el duro conmigo, inspector, que ambos sabemos que con eso no va a ninguna parte: una cosa es llevarse a un tipo de un hospital y otra asesinarlo.

—Sin duda. Y sobre el particular ya le corresponderá decidir a un juez o a un jurado. Ocurre que en el juicio alguien podría sacar a relucir sus antecedentes, su condena por extorsión, su estancia en la cárcel de Villabona. Y entonces yo no esperaría demasiada clemencia.

—Usted no tiene nada en mi contra, Álvarez.

—Ni usted a su favor. No se equivoque, Bringas. Ortigosa es sacerdote y lo representa un abogado elegante de la curia. Dolores Mesa lleva años viviendo en un convento de monjas y la defiende una mujer experimentada que intentará sacar en el juicio esa condición. Ambos saldrán de aquí muy pronto y, si me apura, tendremos que pedirles disculpas formales para que no nos metan una denuncia. Mírese bien. ¿Qué hay de usted? Lo acompañan un abogado de oficio que acaba de salir de la Facultad de Derecho y una ristra de condenas en Asturias. Yo no tengo nada, es cierto, pero usted está más jodido que el coyote del Correcaminos.

Alejandro Bringas ya no parecía tan rudo. Observó con detenimiento a quien lo asistía legalmente (una cara de niño que espantaba, una libretita pulcra encima de la mesa, un juego de bolígrafos cromados para hacer anotaciones) y comenzó a sudar. A

sudar de verdad. Álvarez hurgó en la herida de sus dudas. Quizá si colabora con nosotros, el juez pueda ser más comprensivo; al fin y al cabo lo de la condena ocurrió hace cinco años, ya casi nadie se acuerda de eso. El asturiano negó con la cabeza. Miró al suelo. Se frotó las sienes con ambas manos. El policía apretó un poco más la soga, ¿Sabe que hay una cinta de vídeo donde se le ve a usted llevándose al hombre?; ajá; por cierto que hay una cosa que nos ha tenido en vilo todos estos días: ¿a cuento de qué lo de la Biblia?

Al sicario se le notó descosido del todo. Eran muchas las pruebas y pocos los atenuantes. Sus compañeros de fatiga no iban a servirle de gran ayuda: intentarían salvar sus culos y, a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. El abogado novato, ante el cariz que tomaba el interrogatorio, quiso meter baza para recomendarle a Bringas prudencia pero el sidrero ya no confiaba en nadie. Pidió un vaso de agua. Fría. Sin gas. Bebió con ansia. Tragó saliva. Le rogó a Álvarez que abriera una ventana. Esperó a que la brisa de la noche inundara la estancia. Y reconoció sólo la parte que no le hacía excesivo daño. Lo habían contratado para buscar a alguien. Su trabajo era encontrarlo, sacarlo de donde estuviera y dejarlo en la puerta de un convento, donde otros se ocuparían de él. Sólo eso. Y había cumplido. Y, si se había agenciado de una Biblia de hotel, había sido porque pensó que era lo más indicado tratándose de un sacerdote. Sí. ¿Álvarez no lo sabía? Aquel tipo, al que todos llamaban el peregrino, era cura.

El inspector meditó sobre lo que acaba de escuchar. Otro cura. Joder. Aquello se estaba pareciendo ya a un sínodo, el olor a sotana estaba empozándolo todo. Sin duda, a esa cuestión podría responder mejor el padre Ortigosa. Pero, antes de abandonar el despacho donde Alejandro Bringas recuperaba el pulso, lanzó una pregunta más, Dice usted que lo contrataron para buscar a un cura; ¿quién?; ¿quién le paga el trabajo? El asturiano volvió a beber un sorbo de agua antes de responder. En esta ocasión, el trago fue más largo. Necesitaba unos segundos para armar su mentira. Carraspeó un par de veces, la mentira era gorda para poder tragarla sin ayuda. No conocía a quien estaba detrás del encargo. Había recibido una llamada la semana anterior. Un hombre con voz firme, que parecía saber lo que se tenía entre manos, le propuso el negocio de su vida. Poco riesgo y mucha ganancia. Veinticinco mil euros fáciles. En el aeropuerto le aguardaba un pasaje a su nombre. En Las Palmas, la habitación de un hotel. Todo pagado. Como estaba la vida de perra con la crisis, ¿quién podría resistirse a una oportunidad así? Nadie, claro.

A Álvarez no se le pasó por alto que la historia tenía más de una grieta. Sobre todo lo del billete. Se necesita, para la reserva, el documento de identidad del viajero. Es lo primero que te piden. Eso suponía que el contratante no podía ser tan anónimo. Debía de haber una relación anterior, posiblemente ilícita también. No sería difícil, en cualquier caso, rastrear quién había costado la habitación de hotel. Pero ahora tocaba

entrevistar a Jorge Ortigosa, que ya estaría macerándose en su impaciencia.

Cuando Álvarez entró en el despacho, el director del Diocesano escuchaba atentamente lo que su abogado le decía en un puro susurro. El policía no logro pescar una palabra pero le pareció que hablaban de alguien que inspiraba mucho respeto. ¿Le estaba transmitiendo alguna orden? ¿Lo estaba preparando para responder a las preguntas que venían de camino? A pesar de que ambos sacerdotes estaban padeciendo la misma bofetada de calor, lo vivían de distinta manera. El abogado se había quitado la chaqueta de lana fría y la había colgado en el respaldo de su silla. Se había aflojado el nudo de la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa. Fuera de eso se mostraba templado, cómodo; parecía moverse en su hábitat natural. Ortigosa, por su parte, estaba empapado de sudor. Las gotas competían en una carrera loca desde la frente hasta el gáznate y las gafas se le resbalaban del puente de su nariz. Se había arremangado la camisa y una mancha oscura se extendía sobre el pecho como si fuera una radiografía de sus pulmones. Álvarez no hizo caso al sufrimiento del cura egipcio. Se sentó al otro lado del escritorio y colocó sobre la mesa los lienzos enrollados y la fotografía del peregrino con la cara vuelta para el detenido.

Ortigosa se secó el sudor de la frente con un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Esperó a que el policía hablara y centró su atención en las pinturas. Si el inspector esperaba verlo derrumbarse y confesar todos sus pecados se quedó con las ganas. El sacerdote sudaba de calor, no de inquietud. Con una voz de hielo le pidió explicaciones a Álvarez. Lo que tenía sobre su mesa eran obras de arte valiosísimas y frágiles. Ni en las siete vidas de un gato juntas el inspector podría pagar, con su miserable sueldo, lo que costaban. Y, como sufrieran algún deterioro, la séptima generación de su familia estaría aun sufragando la deuda. Eso sin contar con que no tenía derecho a sacarlas de su casa, se había extralimitado en sus atribuciones.

Álvarez comprendió en ese instante que había juzgado mal al director del Museo. Había infravalorado su temple. Ni de lejos era el eslabón más débil de la cadena. Quiso saber por qué guardaba esas obras va-lio-sí-si-mas (repitió con retintín el superlativo) en un lugar tan poco seguro. Ortigosa le dio la vuelta al argumento con gran maña. ¿Poco seguro? Poco segura era la caja fuerte de su despacho. ¿Quién iba a mirar en el aparador de su alcoba? Nadie. Por eso acostumbraba a tener algunas obras allí, justo antes de una tasación. Sí. Esos cuadros iban a ser tasados la semana siguiente. Perteneían a la capilla de las Ursulinas y estaban haciendo inventario para ver si lograban vender alguna de ellas. El convento necesitaba arreglos y era la única manera de encontrar fondos para acometerlos. Se hacía en todos los conventos del mundo. En todos. En la medida de lo posible la Iglesia prefería mantener sus bienes, pero a veces era necesario desprenderse de alguno para poder seguir atendiendo a los pobres. No era plato de buen gusto pero no cabía otra opción. Y eso era todo. Así de

simple.

Álvarez asintió en silencio. Sonaba creíble. Por eso no le creyó ni una coma. Él desconocía los entramados del mundo del arte pero era perro viejo y no le faltaba sentido común. Los cuadros, sobre todo los de cierta antigüedad, necesitaban protegerse de la humedad y de las temperaturas extremas. Y el cajón de un bargueño no parecía el mejor lugar para esa función. Menos con el calor de septiembre y el orín del mar tan cerca. No. Bien pensado, ya no sonaba tan creíble. En todo esto cavilaba Gervasio Álvarez mientras el sacerdote le sostenía, retador, la mirada.

Dicen los expertos que un gesto vale más que mil palabras. Por eso, en un interrogatorio conviene estar alerta a cualquier parpadeo, a una gota de sudor fuera de sitio, a unos dedos nerviosos que tamborilean sobre un muslo. Al padre Ortigosa lo delataron sus ojos avellana. El inspector continuaba dándole vueltas a la humedad corrosiva de un apartamento de Reyes Católicos en septiembre, sin apartar la vista del detenido, cuando éste desvió la mirada hacia la fotografía que descansaba sobre la mesa. Fue un relámpago, un instante tan fugaz que pareció imaginado. Pero fue. Y Álvarez adivinó que Ortigosa conocía al peregrino. Lo conocía y le preocupaba. Instó a la taquígrafa a que no perdiera comba en lo que iba a preguntar, ¿Sabe usted, padre, quién es este hombre?

Lo salvó la campana. El cura egipcio iba a responder, quizá a mentir una vez más, cuando sonó el teléfono. El inspector contestó. Escuchó lo que le decían al otro lado de la línea con gesto de fastidio. Agarró con violencia el bolígrafo con el que había estado tomando notas hasta que sus nudillos se le quedaron blancos. Le faltó la flor de un berro para partirlo en dos. Su voz, no obstante, sonó fría, serena, Entiendo, señor; claro, bien; puedo asegurarle que era necesario; sí, lo tendrá sobre su mesa a primera hora de la mañana, de acuerdo, señor, hasta entonces.

El cura intuyó lo que ocurría: las llamadas de su abogado habían surtido efecto; se había puesto en marcha un tam tan en las altas esferas que se había ido propagando hasta llegar al despacho caluroso de un pobre inspector de provincias. Y ahora el pobre inspector de provincias se veía obligado a recular, a dejarlo en libertad. Ortigosa sonrió con insolencia. No supo nunca lo cerca que estuvo de llevarse una trompada. Álvarez se mordió la rabia. Añoró los viejos tiempos en que uno podía sacar su puño a pasear ante un detenido sin que nada ocurriera. Pero ya no. En dos mil diez ya no se pintaba como en mil setecientos ni se golpeaba a un sospechoso de asesinato como en mil novecientos setenta. Ya no. En dos mil diez todo era tan políticamente correcto y respetuoso que un tipo deleznable como Ortigosa podía regresar a su casa con todos los dientes en la boca. Daba asco.

Fue con esa cara de asco indisimulado con la que Álvarez le devolvió los cuadros al mantenedor del Diocesano y lo dejó marchar. Lo mismo tuvo que hacer con los

otros dos. A Bringas, por si las moscas, le recomendó que no abandonara la isla inmediatamente. Si su confesión era cierta, desaparecer ahora sería de lo más sospechoso, ¿verdad? Cuando el inspector dejó la comisaría llevaba una sensación pastosa en la boca. El sabor de la derrota era difícil de digerir. Llegó a casa sobre las seis de la mañana, a tiempo de descansar una hora, darse una ducha que no iba a aliviar su desaliento y regresar al despacho a entregar su informe.

Saber a mi abuelo suspendido en un hilo tan fino como papel cebolla vino a añadir más hiel a la resaca de Álvarez. Por mi amigo, en aquella habitación donde Colacho dormía plácidamente y yo rumiaba mi orfandad dolorosa, tuve noticias del interrogatorio. Me admiré de su osadía en el asunto de los cuadros. Compartí sus ganas de cruzarle la cara al cura egipcio. Convine con él en que estábamos más cerca de descubrir la verdad sobre el peregrino, que era casi tanto como descubrir todo el misterio de *Nuestra Señora de la Luna*. Le aseguré que me pondría en marcha de inmediato. Sólo necesitaba una fotografía del sacerdote anónimo. Álvarez sacó una que llevaba en la carpeta con la que había llegado a la clínica y me la entregó. ¿Para qué la quieres? Yo la enrollé y la guardé en el bolsillo de la chaqueta. Voy a seguir una corazonada; si acierto, será el primero en saberlo.

Llamé a Gloria por si podía relevarme con mi abuelo. Esperé a que llegara. Ayudé a la enfermera a componerle la cama a Colacho. Escuché lo que tenía que decirme un médico que hacía su ronda por las habitaciones de la tercera planta. Acepté, con la boca pequeña, la paciencia como estrategia. Salí al aire de la mañana aún con la congoja en el pecho. Pasé por casa a darme un baño y cambiarme de ropa. Cogí un taxi. Abrí la ventanilla hasta los topes para no quedarme dormido en mitad del viaje. Y a la hora del desayuno de ese miércoles ya estaba de visita en Reyes Católicos.

El padre Alonso me la debía. No se había visto antes en una situación como la del día anterior (en un momento creyó de veras que iba a salir volando por el balcón de su casa) y no podía olvidar que había sido yo quien lo había impedido. Lo encontré solo en el apartamento. Yo había supuesto (por lo visto, bien) que Ortigosa se pasaría antes a agradecer (¿a rendir cuentas?) el favor a quien lo había sacado de la comisaría. Alonso estaba desayunando una pila de tostadas con aceite y sal y un tazón de leche en el que había desgranado varias galletas de las monjas. Lo que hubiera dado mi amigo Álvarez por un tentempié como aquél. El padrecito me convidó a compartir su festín. Le acepté sólo un café negro y un mantecado de naranja y almendra. Cuando hubimos terminado, nos sentamos en el salón, saqué la fotografía del bolsillo y se la mostré.

Reconoció en seguida al peregrino. Era Ernesto Calvo, su otro compañero de piso, el que se suponía que estaba de retiro espiritual en Andalucía. Le expliqué a

Alonso, sin entrar en pormenores que le hubieran arruinado la digestión, lo ocurrido con su colega. Lo de Sevilla era un cuento chino. El padre Calvo seguía en Gran Canaria. En realidad nunca salió de la isla. Ignoraba por qué le habían mentido pero el hombre de la foto era el mismo que habían hallado en la carretera del Monte Lentiscal, el mismo del que hablaban los telediarios, ¿no veía Abel Alonso la televisión o qué? ¿Muerto? No. Sólo herido: los pies hechos un cristo y la mente en blanco. No. No podía hacer nada por ayudar aunque quisiera porque el caso es que su amigo había vuelto a desaparecer. Y no. No le estaba mintiendo. Parecía un desvarío pero alguien se lo había llevado del hospital donde le restañaban las heridas. Por eso estaba yo allí: para saber qué clase de hombre era Ernesto Calvo, qué problemas podía tener, con quién se relacionaba, cómo se ganaba la vida.

Al padre Abel Alonso le vinieron las dudas en el peor momento. Arqueó una ceja. Chasqueó la lengua. No quería que sus palabras pudieran complicar a su compañero, ya bastantes conflictos había creado dejando registrar la alcoba de Ortigosa. Tuve que regresar a mi discurso de simple detective que sólo pretende arrimar el hombro. Como él había podido comprobar en sus carnes, mi trabajo poco tenía que ver con el de la policía. Aquello no era un interrogatorio oficial. Nada de lo que dijese iba a salir de su sala de estar. Rematé la soflama con una insinuación (mejor hablar conmigo después de desayunar que con Álvarez antes de la cena) que dio en el blanco. El cura fofo se rascó una mano con nerviosismo: la sola idea de volver a vérselas con el inspector se le atragantó. Unas perlas de sudor comenzaron a brotarle de nuevo de la frente. Le pedí que se sosegara. Me levanté a abrir el balcón para que entrase el fresco de la mañana. Aún no se había levantado el sol por encima de los tejados y se podía respirar.

Alonso agradeció mi indulgencia. Insistió en que no pretendía mancillar el honor de nadie. En que él no era un correveidile. En que lejos de su ánimo meter cizaña en aquel desagradable asunto. Acepté con franqueza su declaración previa. Tomé, conciliador, una galleta de vainilla, que era mi forma de sellar un trato. Yo me limitaría a escuchar lo que quisiera o pudiera decirme y no tenía intención de ir con el cuento a nadie. Así fue como supe de una historia de amor silente y desgarrada.

Ernesto Calvo era un buen hombre, un buen compañero, un buen sacerdote. Pero tenía, ¿quién no?, una debilidad. Y esa debilidad se llamaba Jorge y se apellidaba Ortigosa. Ninguna duda sobre eso. Para alguien ajeno a la vida de aquel apartamento, alguien que no estuviera al tanto de las emociones humanas, lo del padre Calvo podría confundirse con admiración. Pero Abel Alonso vivía allí. Se había mamado (él usó otra expresión pero sonaba igual) muchas miradas secretas, muchos arrebatos silenciosos, muchos llantos en la soledad de un cuarto para no reconocer que lo que el peregrino sentía era otra cosa. Y que lo estaba matando. La culpa, por si yo no lo sabía, es un invento de la cultura judeocristiana. Si hay alguien capaz de morirse de

culpa es un pobre sacerdote cuya conciencia batalla a diario contra un sentimiento indigno, doblemente contra natura. ¿Correspondido?

No. Jorge Ortigosa no sentía ni por asomo nada parecido por el padre Calvo. Según el cura fofo ni siquiera era consciente de lo que despertaba en el corazón de su colega. Lo trataba con cierto desdén pero eso no era extraño: Ortigosa trataba a todo el mundo de la misma manera. Era su forma de ser: despegado y altivo. E injusto alguna veces. Sí. Injusto. Parecía darle más valor al retrato de un príncipe pintado hacía medio siglo que a una persona viva que respiraba a medio metro de su oreja. No era mala persona, yo debía entenderlo. Simplemente vivía fuera de la realidad. Abel Alonso estaba seguro de que ni se daba cuenta del amor que sentía por él el padre Calvo. Por lo demás, Calvo llevaba una vida muy comprometida. Asistía a varias parroquias de barrio. Organizaba cursos para desempleados. Siempre tenía un refrán en la boca: en tiempos de zozobra, el diablo maniobra. No era extraño que yo no lo hubiera escuchado nunca. Era un proverbio del padre Calvo. Le gustaba estar en la calle, a pie de obra, con jóvenes en paro, sin salida, perdidos. Para evitar que cayeran en las garras de la droga o de la delincuencia. Su labor era inmensa. Le daba rabia que los gobiernos no dedicasen más medios a apoyar a la juventud. Lo sacaba de sus casillas tanta apatía, tanta falsedad: sólo los iban a buscar para pedirles el voto; después, si te vi no me acuerdo.

Abel Alonso se fue quedando sin fuelle a medida que se levantaba la mañana. Estaba exhausto, abatido. No sabía qué más podría interesarme de su colega. Me suplicó que tratase con mimo la información que acababa de darme. Era un asunto extremadamente delicado. ¿Por qué, entonces, me lo había contado? Porque, si la cosa era tan grave como parecía, tarde o temprano saldría a relucir esa intimidad y más de un desalmado la manipularía, la deformaría hasta hacerla grotesca y ruin. Él prefería ofrecer una visión más humana, más atemperada. No. Más falsa no. Me había dicho toda la verdad.

Antes de abandonar el apartamento regresé a una cuestión que me preocupaba, algo sobre el carácter del padre Calvo. ¿Eran cosas mías o Alonso había manifestado que su colega exhibía a veces un comportamiento colérico?

—¿Colérico?

—Sí. Déjeme recordar sus palabras... Usted habló de cosas que le daban rabia y que... lo sacaban de sus casillas.

—Ya, bueno. Es una forma de expresarse. Usted me entiende. Yo no calificaría al padre Calvo como una persona violenta. Si acaso apasionada...

—¿Recuerda si en alguna ocasión, digamos... ese apasionamiento se desbordó?

—No sé. No quiero darle una impresión equivocada. El padre Calvo es un hombre enérgico. Las injusticias lo sublevan y, cuando cree ver alguna, se rebela

contra ella. Pero la sangre nunca llegaba al río.

—¿Con el padre Ortigosa le ocurrió alguna vez?

—Quizá. Piense que a la hora de la cena solíamos compartir las anécdotas del día. Era algo frecuente, una manera de hacer familia. Y el padre Ortigosa terciaba como el que más. Nos hacía partícipes de sus problemas. Debo decir aquí que el padre Calvo los sufría como si el daño se lo estuvieran infligiendo a él.

—Vaya. Debían de ser situaciones muy desagradables.

—Mucho. Sobre todo para el padre Calvo. A mí me daba lástima. Y Ortigosa, ya le digo, no creo ni que se diera cuenta de cuánto le afectaban.

—Entiendo.

—...

—Bueno. No lo molesto más, padre Alonso. Le agradezco mucho su información. E insisto en que sólo voy a utilizarla para encontrar respuestas a este enigma.

—En eso confío, Blanco. Y me gustaría conocer lo ocurrido con el padre Calvo.

—Descuide. Su caso lo lleva la policía pero, si me entero de algo, no dude de que vendré a verlo. Por usted y por esas galletas tan fantásticas que le hacen las monjitas.

El siguiente movimiento era de negras: esperar a que jugaran las piezas blancas. Todo parecía indicar que el alfil aparecería tarde o temprano. Crucé la acera de Reyes Católicos hasta una pequeña librería de viejo que habían abierto recientemente. Entré a echar un vistazo, a hacer tiempo, a fingir interés por los libros añejos. Busqué una posición que me permitiera observar la puerta del apartamento de los tres sacerdotes. Examiné, sin apartar un ojo de la calle, algunos ejemplares que descansaban sobre un anaquel de mampostería. El librero, un hombre con aspecto excéntrico (moreno, corcovado, barba de varios días, caspa sobre un gabán excesivo para septiembre) me explicó la naturaleza de su negocio. La mayoría de los ejemplares que vendía eran originales, como él. Muchos trataban de la conquista de las Islas Canarias, de la historia del pueblo guanche contada por sus colonizadores, de la política de cabildos durante la última mitad del siglo XIX.

Se me ocurrió sobre la marcha preguntar por alguno que me pusiera al día en historia del arte canario. El hombre meditó con los ojos entrecerrados. Arrastrando los pies, fue al otro lado de la tienda, a una estantería alta y afilada, y se entretuvo unos segundos en rebuscar entre una montaña de libros. Regresó con un manualillo de tapas verde lago que tal vez me sirviera. Costaba cuarenta euros pero yo debía entender que era muy antiguo y estaba en excelente estado de conservación. Para no atosigarme me dejó con el libro y regresó a su cubículo, detrás de la mesilla en la que trabajaba. No más abrirlo por una página al azar vi la figura del alfil blanco llegar a casa solo y con cara de haber dormido poco. No llevaba consigo ningún cuadro

enrollado.

Dejó de interesarme la pintura barroca. Decidí centrarme en lo que iba a ocurrir en la casa de los curas. Antes, saqué dos billetes de veinte de la cartera para tenerlos a mano cuando los necesitara. Me figuré que Ortigosa tardaría aún media hora en volver a salir. Le bastarían cinco minutos para saber por boca de Abel Alonso que yo había estado allí haciendo preguntas sobre el peregrino de Tafira. A cualquier otro le hubiera bastado esa revelación para correr a pedir instrucciones. Pero el cura egipcio necesitaba antes aventarse el olor a comisaría y a noche en vela. Lo imaginé debajo de la ducha maldiciendo la indiscreción de su compañero. Y eligiendo después una camisa y un pantalón limpios. Y tomando un café apresurado mientras le prohibía terminantemente al padre Alonso que volviera a dejar entrar a nadie en el apartamento y mucho menos en su cuarto. Tal vez el cura fofo amagase una protesta, hiciera alguna pregunta, se extrañase de la imperturbabilidad de su colega ante lo que le había sucedido al padre Calvo. Pero Ortigosa no tenía tiempo para explicaciones, ya hablarían a la noche.

¿Habría llegado Abel Alonso a la misma conclusión que yo? ¿O su extrema ingenuidad lo habría vuelto ciego y sordo? Porque lo de que Ortigosa desconocía la pasión que despertaba en el peregrino ya no se sostenía por ningún lado. La conocía. Y se había aprovechado de esa pasión, de algún modo que yo aún necesitaba comprender, para sus propósitos. Con alguna mentira de las suyas, habría embaucado a Calvo para que lo ayudase a deshacerse de un problema incómodo. Un problema que se llamaba Pablo Quesada y que había metido las narices en su chiringuito de contrabandistas. Me jugaba la licencia a que la sangre que encontraron en el cuerpo de Calvo era del periodista. Y ya no tuve duda de que, una vez más, me tocaría la china de contarle a una madre que ya no tenía hijo a quien esperar.

Con esa sensación de languidez fui pasando las hojas del manual que el librero me había dejado en prenda. Trataba de pintura e imagería de los siglos XVII y XVIII. Las ilustraciones no eran tan delicadas como las de las enciclopedias modernas pero guardaban un sabor a trabajo bien hecho, a cuidado mimoso del material fotográfico. Los pies de las imágenes eran reveladores y el texto, por lo poco que pude leer a vuelapluma, elaborado.

Jorge Ortigosa salió de su zaguán con ropa nueva y el cartapacio de cuero que descubrimos en su habitación. Me acerqué al librero con los billetes en la mano y, en un mismo gesto, acepté la compra y la despedida. Salí con mi ejemplar en una bolsa de la librería a tiempo de ver cómo el cura egipcio doblaba la esquina de Espíritu Santo. Mi primera sorpresa de la mañana habría de llegar pronto: Ortigosa no se dirigía al Diocesano. Al llegar a la puerta del Museo, le dijo algo al guarda bobalicón y siguió andando calle arriba. Para evitar ser reconocido por el centinela me mantuve

en la acera contraria, con la cabeza gacha pero sin perder de vista al sacerdote, que giró a la derecha hacia la Catedral. Entonces, a la altura de la Plaza de Santa Ana, cruzó entre dos coches que aguardaban a que el semáforo se pusiera en verde. Su prisa me obligó a acelerar el paso. La segunda sorpresa me acechaba a la vuelta de la esquina: el destino del cura era el Obispado.

Ortigosa miró a ambos lados, nervioso, en la puerta de la sede. No podía verme desde donde estaba. Aun así, esperé unos minutos antes de acercarme. Dentro ya, un tipo con cara de enterrador me inspeccionó de arriba abajo desde la cabina donde pasaba lista a las visitas. Improvisé. Resultaba que el padre Ortigosa se había dejado un libro y me habían encargado la tarea de llevárselo. Para dar autenticidad a mi coartada levanté la bolsa y se la mostré. El bedel puso cara de A mí qué y alargó la mano para tomar el libro. Él se lo daría cuando lo viera.

Yo no podía permitirlo, claro. Mis órdenes eran tajantes a ese respecto: debía entregárselo en mano al padre Ortigosa. El vigilante hizo un gesto de desaprobación. Entonces tendría que esperarlo en el vestíbulo porque el padre estaba reunido con el secretario del Obispo (señaló con la nariz una puerta cerrada al otro lado del corredor) y él no iba a interrumpir esa reunión para darle un *librito* (lo dijo con tal desdén que sonó a insulto).

No importaba. El *librito* y yo podíamos esperar. Volveríamos los dos en un rato a ver si había más suerte y el padre Ortigosa había despachado ya sus asuntos con el señor secretario. Era cierto que no importaba: mi misión (la verdadera, la de descubrir a quién iba a ver el cura egipcio) había concluido. Pero antes de irme quise comprobar una teoría. Me acerqué despacio, simulando contemplar los cuadros del atrio del Obispado, hasta llegar a la puerta cerrada. El guardián de la casa no me quitaba ojo de encima, atento a cualquier arrebato impropio por mi parte. Delante de un retrato del Obispo Codina saqué el móvil con disimulo. Marqué el número que había apuntado de las fichas de Mesa y Bringas y esperé. Al otro lado de la puerta sonó un teléfono. Colgué y repetí la operación. El mismo sonsonete volvió a surgir desde el despacho. Ya no había dudas. Mi teoría era atinada. La O. no era un nombre ni un apellido sino un lugar: el Obispado. Y la persona que se escondía detrás de la inicial, la que había pagado a Bringas y había implicado a Dolores Mesa en la confabulación, era el mismísimo secretario del Obispo. Crucé el vestíbulo. Me despedí del sombrío celador. Y abandoné la sede episcopal. Necesitaba ayuda. Un peón como yo no podía enfrentarse en solitario a la caballería enemiga a tablero abierto.

A esas alturas de la partida, no me importó que los curas conocieran que estaba tras sus pasos. El secretario me devolvió la llamada. Dos veces vi su número reflejado en la pantalla de mi móvil. Y dos veces rechacé contestar. Cuando Ortigosa saliera de la reunión y el conserje le diera aviso de un libro que nunca había

comprado y de un mensajero que se parecía a mí, no tardaría en atar cabos. Comprendería que yo estaba más cerca de lo que sospechaba. Y se vería obligado a hacer algo.

Por eso necesitaba a Álvarez con premura. Lo llamé. El inspector andaba indignado. Todo eran malas noticias. No sólo había tenido que soltar a los sospechosos sin haber podido probar nada, sino que se había llevado una bronca descomunal del Jefe Superior por acosar a dos respetables miembros de la Iglesia (Bringas, al parecer, seguía siendo un cero a la izquierda para todo el mundo). No lo habían apartado del caso pero lo habían atado de pies y manos: se suspendían las órdenes de registro y el ordenador de Ortigosa estaba de camino de vuelta al Diocesano. Menuda cabronada. Por supuesto que habían hecho copia del disco duro antes de devolverlo, ¿qué pensaba yo?, ¿que eran imbéciles? Mientras hablábamos, un tal Ángel Corrales, un especialista en informática, diseccionaba la información con el pulso de un cirujano. Pero de cara a la galería, el ordenador iba a ser devuelto virgen y con una nota de disculpa que al inspector le había sabido a purgante escribir. La madre que parió al sistema penal. ¿Qué tenía yo?

Buenas noticias. Lo suficientemente buenas para devolverle el ánimo. Había identificado al peregrino de Tafira. En efecto. Era Ernesto Calvo. El tercer hombre. El otro inquilino del apartamento de Reyes Católicos. El morador de la primera alcoba que habíamos registrado, aquella en la que habíamos hallado un libro a medio leer y una maleta vacía. Porque nunca tuvo intención de irse de viaje a ningún lado. Lo del retiro espiritual era una farsa urdida seguramente por Ortigosa para que el padre Alonso no sospechara. Hasta ahí era un hecho. Lo que venía después, una elucubración, pero yo, en su lugar, la tomaría en serio. Lo resumí como pude.

El peregrino había matado a Pablo Quesada. Su intención, claro, no había sido ésa, pero las consecuencias eran las mismas. Instigado de alguna forma por Ortigosa (soslayé el detalle de la pasión amorosa, se lo había prometido a Abel Alonso), el padre Calvo había acabado con la vida del periodista. Quizá su propósito fuese sólo asustarlo pero en algún momento se le fue de las manos. Por eso se había desquiciado. La culpa había sido superior a sus fuerzas. La historia no era difícil de comprobar: bastaba con que analizaran la sangre que encontraron en el cuerpo del peregrino y la contrastaran con la ficha médica de Quesada; serviría también una prueba de ADN de la madre.

Sin embargo, esa cuestión no era lo más urgente, Álvarez podía enviar a un hombre a verificarlo. No. Mi llamada obedecía a otra razón. Era esencial que el inspector hiciese algunas averiguaciones acerca de un hombre que pudiera estar detrás, encima, debajo y enfrente de aquel tinglado de contrabandistas. El secretario del Obispado. No. No sabía su nombre. Álvarez debería empezar por ahí y continuar

tirando de la madeja hasta ver qué encontraba. No estaría de más que rastreara sus cuentas bancarias, su estilo de vida, sus amistades, sus viajes en el último año. Sí. Sabía lo que decía y también que, si tenía razón, se iba a armar la de Dios es Cristo. El secretario era un pez gordo, nada de calderilla como los otros. Carajo si lo sabía. Por eso me había metido en la guarida del oso. Lo estaba llamando desde la Plaza de Santa Ana. Acababa de estar en el despacho del tipo. No exactamente en el despacho. En la puerta. Y en ese momento el secretario estaba con Ortigosa decidiendo su próxima jugada. Yo ya no podía continuar la vigilancia sin exponerme. El cura egipcio sabía que lo seguía, de modo que convenía mandar a otro para que me sustituyera. Mejor uno nuevo, alguien a quien Ortigosa no pudiera reconocer. ¿Y yo?

Yo me iba de excursión. A un convento. Sí. A mí nadie me había ordenado que no metiera las narices en ninguna parte. Yo era una mosca cojonera y las moscas cojoneras se pasan las órdenes por el arco del triunfo. El tiempo apremiaba. Las cartas ya estaban sobre la mesa y, si esperábamos mucho para actuar, los piratas correrían a esconderse y a esconder lo pirateado. ¿Estábamos? Pues andando.

Paré un taxi en el portón de la Catedral. Le pregunté al taxista cuánto saldría la broma de llevarme a Santa Brígida, esperarme un rato a que hiciera un recado y devolverme a Las Palmas. Al taxista se le hizo la boca agua. Hizo cálculos y me dio un precio. Como ya se iba de retirada, me lo dejaría en ochenta euros. Me pareció una estafa pero no estaba en condiciones de regatear. Acepté la propuesta y le di la dirección del Convento de las Ursulinas.

Aproveché para dormir algo durante el viaje. Estaba roto de cansancio. El sillón cama de la clínica andaba más cerca de potro de tortura que de otra cosa. El taxista tuvo la delicadeza de no importunarme con historias de hijos ni de crisis ni de nada. Me dejó tranquilo hasta que llegamos al cruce de La Atalaya. Entonces me despertó. Le di instrucciones al hombre para que diera la vuelta después de la entrada del convento y se detuviera en el arcén, detrás de unos contenedores de basura.

Salí del taxi. Olía a perro muerto. Una horda de moscas verdes se disputaba los restos de una costilla de cerdo. Aquellos contenedores debían de llevar una semana sin airearse. Con la nariz tapada llamé a Inés. Mi secretaria me echó un rasca de padre y muy señor mío. No podía creer que mi abuelo hubiese tenido una embolia y ella se hubiera tenido que enterar por Miguel Moyano. Me excusé. En realidad había sido a ella a la primera persona que había llamado desde la sala de espera de la clínica. Luego todo se había precipitado y no tuve cabeza para nada más que atender a Colacho. Inés aceptó mi explicación a regañadientes. ¿Para qué la quería?

Necesitaba de su ayuda. Urgentísima. Tenía que conseguir el teléfono del Convento de las Ursulinas. Llamar. Preguntar por Dolores Mesa. Y convencerla, de un modo elocuente, de que era la nueva secretaria del secretario del Obispado. Sí. La

vieja estaba de vacaciones. Eso. Ya sabía que sonaba muy enrevesado pero no teníamos tiempo de inventar otra estratagema. Era la nueva secretaria del secretario y éste quería verla en su despacho. Me daba igual cómo lo consiguiese pero tenía que lograr que la gobernanta abandonara el convento por una hora. Si la misionera le hacía preguntas comprometidas, Inés debería ingeniárselas para no levantar sospechas. Cualquier cosa con tal de que me dejara el tablero despejado.

Regresé al taxi y me senté a esperar. Los ojos del taxista me escrutaban por el espejo retrovisor. Parecía dudar de que mi encargo fuera del todo legal. Le di cuerda. Le pregunté si no acostumbraba a llevar a tipos como yo a lugares apartados. El hombre sonrió, Si usted supiera a los sitios a los que he tenido que llevar clientes, se asombraría; yo soy ya caballo viejo para asustarme de nada. Y me siguió contando uno por uno la cantidad de locales a los que podría conducirme si yo estaba dispuesto. Eso sí: que él recordara, era la primera vez que se topaba con alguien que pretendía colarse de rondón en un convento. Las monjitas debían de ser la leche. El guiño mataperro que me lanzó por el retrovisor coincidió con la aparición de un coche rojo, con una mujer al volante, por la cuesta de las Ursulinas. Inés lo había logrado: Dolores Mesa había picado el anzuelo y yo disponía de una hora para despejar las últimas dudas de aquel caso.

Marco Aurelio Trueba no se extrañó de verme. Estaba apurando un buche de agua, el botijo de barro apoyado en el antebrazo y la cabeza al cielo calinoso de septiembre. Se secó la boca con el dorso de su mano huesuda y me miró desde el murete de piedra en el que descansaba. Mientras me acercaba a él iba pensando en Colacho. Trueba me lo recordaba. En la manera de observar las cosas. En la serenidad con que parecía aceptar cada minuto que la vida le proporcionaba. Pensé en que los dos viejos habrían hecho buenas migas.

Me senté a su lado, de cara a la fachada trasera del convento. Le estreché la mano. Y lo primero que hice fue excusarme por la espantada de la última vez. No había sido mi intención escabullirme de aquella forma. El jardinero asintió. Ya suponía él que mis motivos tendría. Desde el jardín había escuchado lo que Álvarez me gritaba. Aparentaba estar terriblemente cabreado mi amigo el policía. Debía de estar muy apegado a su coche porque los berridos se oían desde el otro lado del barranco. Y luego la manera en que se dirigió a la gobernanta, caramba, que parecía que iba a llevársela presa.

Justifiqué al inspector. Le aclaré a Trueba que el menor de los contratiempos de mi amigo era la puerta de su coche. Una mano de chapa y pintura y estaría como nueva. Ojalá todos los problemas fueran así. No. La verdad era que seguía... seguíamos preocupados por las desapariciones. Del periodista hacía ya más de una

semana que nada se sabía. Del peregrino, que por cierto era sacerdote, un poco menos.

La cuestión era que todas las pistas nos conducían al convento. De allí habían salido el peregrino y el tipo que se lo había llevado del hospital. De allí eran algunos de los cuadros que andaban pasando de mano en mano en aquellos momentos. Allí se perdía el rastro de Pablo Quesada. Y allí tenía que estar la solución. No sabía por qué se lo contaba. Quizá porque estaba seguro de que él nada tenía que ver con aquel embrollo. Quizá porque esperaba que pudiera darme alguna respuesta. Quizá porque me recordaba a mi abuelo, que agonizaba en una cama llena de cables y tubos.

Trueba mantuvo silencio. Ni podía ayudarme en el asunto Quesada ni sabía qué decir en casos como el de Colacho. En lugar de eso, como si temiera que yo fuese a derrumbarme de pesimismo, me ofreció agua. La acepté de buena gana, el sol se había apoderado del cielo de septiembre y ya no hacía prisioneros. Mientras bebía del botijo, de nuevo creí ver una sombra en la ventana de los geranios. La cortinilla blanca tiritó tras el cristal. Le pregunté a Marco Aurelio quién ocupaba esas habitaciones. Y el jardinero me contó la historia de la madre Teresa y la madre Flora.

Una medio sorda y otra medio ciega. Ya estaban en el Convento de las Ursulinas cuando él entró a trabajar allí. Ahora sólo salían de sus cuartos para tomar el primer sol de la mañana. Se sentaban a la fresca, debajo de los árboles. La cocinera les preparaba limonada y Trueba les separaba las mejores piezas de fruta y las entretenía con asuntos de la huerta. Yo no debía equivocarme. Las viejillas eran listas como el hambre y aún les funcionaba la cabeza como un reloj. A veces les entraba la melancolía de sus años jóvenes (solían discutir por una fecha, por un nombre, por cuál de las dos era más vieja) pero a quién no le ocurre, ¿no es cierto? Pues eso. El mundo había evolucionado tan deprisa que nos había cogido con el paso cambiado. Y si afuera, en la calle, andaban todos locos con las transformaciones, yo tenía que imaginarme lo que supondrían para dos monjitas de media clausura.

Pero, Trueba insistía, lo llevaban bien. Todo lo independientes que podría esperarse de personas de su edad, no les gustaba que estuvieran siempre trasteando alrededor de ellas. La segunda planta era su torreón y allí nadie subía más que para hacerles las camas y ventilarles las habitaciones aprovechando la hora de sus rezos. Se las arreglaban sin ayuda para bañarse. Y para subir y bajar tenían un montacargas que habían hecho instalar hacía unos cuantos años. De resto vivían una vida apacible. Teresa le leía novelas a Flora. Y Flora le contaba las noticias de la radio a su amiga. Una simbiosis mística.

No supe si me confesaba aquello con doble intención pero Marco Aurelio me estaba abriendo una puerta sugerente, la puerta que se escondía detrás de sus manzanos y sus aguacateros, la de madera con remaches de hierro que daba al

caserón de las monjitas. No estaba yo en situación de hacerle ascos a ninguna propuesta y tampoco disponía de más tiempo, así que me dispuse a abrirla a ver qué hallaba detrás. Y hallé, detrás de una cortinilla de paño, un vestíbulo espacioso y vacío. Paredes altas de piedra desnuda. Suelo de cantería. Un enorme tapiz de color gris ceniza ocupaba uno de los muros. Y una araña de hierro, el centro del techo. De la cocina llegaba un aroma de sopa de cebolla; de las estancias del fondo, un rumor de voces en plena asamblea. Pero nadie a la vista.

A la derecha, detrás de una barra larga que recibía a los huéspedes, estaba la puerta del montacargas. A su lado, el comienzo de una escalera de subida. Elegí la escalera, el ruido del ascensor podría alarmar a las asistentas. Como todos los edificios de piedra antigua, la galería mantenía el frío aunque afuera ardiera la tierra. No había ventanucos ni lámparas en la escalera. Supuse que de noche deberían de encender alguna luz de emergencia. Arriba, en el pasillo que daba a las estancias de las monjitas, olía a flores frescas y a humedad.

Del antiguo convento quedaban sólo cuatro celdas, dos a cada lado de la galería. Al fondo había una quinta puerta, entreabierta, que daba a lo que parecía un cuarto de piletas. Entreví una lavadora grande y una fregona con un balde que sacaba una lengua gris de trapo. También había una balda en la pared con productos de limpieza. El techo del pasillo era de madera, con vigas cruzadas como venas marrones. Las dos habitaciones de la izquierda, las que daban al huerto, debían de ser las de las monjitas ancianas. Las de la derecha, que darían al frontis del edificio, aparentaban vacías.

Tenía prisa. La misionera ya estaría llegando a Las Palmas y descubriendo el engaño. Toqué en la primera puerta dos veces. La segunda, más fuerte. Una voz serena y más joven de lo que esperaba me invitó a pasar. La madre Teresa estaba sentada en un sillón cuyos brazos y respaldo se hallaban cubiertos de un paño de ganchillo delicado y hermoso. Para observarme bien, abandonó las agujas de tricotar sobre el regazo. Si se admiró de verme lo disimuló bien. El rostro se le arrugó en una sonrisa bondadosa, dejando al aire su mirada azul. No debía de recibir demasiadas visitas masculinas pero ya se sentiría a salvo de toda tentación. Me hizo una seña con su mano ajada para que me sentara en la silla que descansaba frente a un sencillo tocador. Lo del tocador me sonó disonante en la celda de una monja de media clausura, como las había definido el jardinero, pero me hice el sueco.

Me presenté. Irguiendo la voz, le expliqué a la madrecita en qué me ganaba la vida y el asunto que me había llevado a irrumpir en su alcoba como un furtivo. No pretendía asustarla. A la monja le divirtió la explicación. Yo no debía malinterpretarla. No se trataba de que encontrara jocosas las desapariciones de dos pobres hombres. Eso era terrible, terrible (Teresa, acaso por su sordera, tendía a repetir las cosas dos veces), pero un investigador privado en un convento sí que sonaba excitante. Asentí. Era consciente de lo enigmática que podía suponer mi

presencia allí.

La madre Teresa, de cualquier forma, no podía serme de mucha ayuda: apenas salía de su cuarto y, como yo podía advertir, estaba sorda como una tapia. Sonrió de nuevo mostrando una hilera de dientes blancos y chiquitos. Pero, ya que estaba yo allí y trabajaba en lo que trabajaba, convendría que le echara un vistazo a la capilla. Sí. La monjita bajó la voz, Allí ocurren cosas muy raras, joven; raras de verdad. Me interesé por esas cosas que la tenían tan intrigada. Y supe que en los últimos tiempos habían mudado la decoración de la ermita más veces que en los cincuenta años que llevaba ella en el convento. Exacto. Un cambio de decoración de lo más extraño. Ella no entendía a cuento de qué, pero a la gobernanta (que llevaba el convento como un cuartel de infantería) le había dado por cambiar la disposición de los cuadros y las imágenes hasta tal punto que ya no se sabía a quién se rezaba. Sí. Una manía loca aquella de alternar las imágenes. Es más: si le daban a jurar, Teresa aseguraría que algunos de los cuadros habían desaparecido, los habían sustituido por otros semejantes pero no los mismos. La madre Flora decía que eran cosas suyas, que tenía que ver con la luz de la capilla. Pero la madre Flora estaba cegata perdida, qué iba a saber ella. Nada de luces ni sombras. Alguien estaba cambiando los cuadros de lugar y algunos, en el camino, se extraviaban. ¿Quizá tuvieran miedo de que los robaran? Quizá eso sería. Sí. Sería eso.

La puerta de la celda se abrió de pronto. Di un respingo. Pensé que se había jodido todo. Que Dolores Mesa había conducido como una loca y ya había regresado con alguno de sus compinches. Que me habían descubierto. Pero no. Quien entró, corcovada, con un bastón de madera en la mano y unas gafas de culo de botella, fue la otra monja: la madre Flora. Había oído voces en la habitación de su amiga y se preguntaba qué demonios ocurría y por qué no la habían invitado a sumarse a la fiesta. Flora se sentó, no sin esfuerzo, en la comisura de la cama. Miró a Teresa. Me miró a mí. Y aguardó a que alguien le explicara qué hacía un hombre en la alcoba de una monja de ochenta y cinco años.

Teresa la corrigió. Quien tenía ochenta y cinco era Flora, ella sólo tenía ochenta y tres. Y acompañó la corrección con el gesto coqueto de alisarse el cabello entrecano. Temí que se pusiesen a pelear a ver quién tenía mejor memoria y se me dispersasen, ahora que estaba llegando a algo. Por eso interrumpí la discusión y puse al día a la monja recién llegada de lo que había ido a hacer al Convento de las Ursulinas. Flora, al revés que Teresa, se estremeció ante lo que estaba escuchando. No le hacía la misma gracia que a su amiga, más cándida y despreocupada, lo de que dos hombres hubieran sido secuestrados y alguien con mi oficio anduviera metiendo las narices en sus habitaciones. Teresa se apresuró a disculpar a su compañera. Era su carácter, un carácter un poco huraño producto, sin duda, de su falta de vista. La otra se quejó de tremenda injusticia: sus cataratas nada tenían que ver en aquella cuestión. Si habían

contratado a un detective era porque la cosa pintaba mal y alguien había cometido un delito. Luego se quedó pensativa, en un silencio abrupto, el de alguien que ha estado a punto de decir algo inconveniente. Teresa se encrespó en su sillón. Ella también lo había notado. Chasqueó la lengua. Comenzó a dar golpecitos nerviosos con el pie en el suelo de madera. Oh, padrito, mujer; ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

Y entre las dos me revelaron otro gran misterio que, junto al vaivén de los cuadros de la capilla, se había desencadenado en el convento en las últimas semanas. De noche se oían voces susurrantes, ruido de pasos sobre el maderamen, luces que se encendían en el pasillo. Cosas así. Incluso una noche había habido un revuelo tan grande en el jardín que Sor Flora creyó que habían entrado a robar. Sor Teresa no podía corroborarlo por su sordera pero, si su amiga afirmaba tal cosa, aquello iba a misa. ¿Quiénes más vivían en el pasillo? La hermana Dolores tenía un despachito en una de las celdas pero casi siempre estaba ocupándose de la intendencia. La cuarta celda estaba vacía desde hacía cinco años, cuando murió la pobre madre Joaquina que en gloria esté. Sí. A las monjitas se les nubló la vista con el recuerdo. La madre Joaquina era una santa bendita pero frágil como las flores que cuidaba. Era más joven que ellas. Ni siquiera había cumplido los setenta y cinco. Flora se quitó las gafas gruesas para secarse una lágrima con un pañuelillo que llevaba en la bocamanga del hábito. Su celda era la que estaba frente a la de Flora. Pero permanecía cerrada desde la muerte de la madre Joaquina. Lo sabían porque la hermana Dolores tenía la llave. Había prohibido que nadie entrara allí sin su consentimiento.

La tentación era demasiado grande para una mosca cojonera. Me acerqué a Teresa, a cuyos pies había una caja de costura. Le pedí permiso para escarbar en ella y saqué unas tijeras medianas y una aguja de ganchillo. Les hice una seña llevándome el dedo a la boca. Teresa se agitó de la emoción. Flora hizo un gesto de leve desaprobación. Salí a la galería y en dos pasos estaba delante de la puerta misteriosa. Era antigua, de cerradura ancha y goznes encorvados. Forcejeé con ella hasta oír un chasquido. La puerta se abrió con un ligero chirriar de dientes.

Estaba a oscuras; las ventanas, clausuradas, y un tufo a moho que tiraba de culo. Era una celda pequeña, con un armario lóbrego y una mesa desnuda sobre la que había una bandeja con medicamentos. El polvo de los años se había instalado allí y, aunque se esforzaran en limpiarla a diario, no había quien lo metiera a viaje. Una de las persianas tenía un diente roto y una estría azulada cruzaba, igual que un rayo, la pared donde se hallaba la cama. No hacía falta ser un lince para entender por qué la hermana Dolores mantenía clausurada aquella habitación. Guardaba un secreto que no quería compartir con nadie. Atado con unas correas de cuero que atravesaban el catre había un hombre dormido. Llevaba puestos un pantalón vaquero y una sudadera de rayas. A tenor de las medicinas que había en la bandeja, a Ernesto Calvo lo tenían sedado. Su rostro, mustio. Su respiración, regular. Su pulso, aunque algo débil,

apropiado al de un hombre de su edad y su peso.

La del peso era una cuestión primordial. Tenía que sacar al cura de allí, bajarlo por la escalera, cruzar el patio y meterlo en el coche. Cuando andaba en la tarea de desatar las cintas de cuero, una sombra surgió en la puerta de la celda. Esperaba un ataque (no hubiera sido la primera vez que me abrieran la cabeza con un cenicero o una porra) y me levanté de un salto. Sin embargo, en aquella ocasión la sombra no venía a maltratarme.

Marco Aurelio Trueba ignoraba quién era y qué hacía aquel hombre en el cuarto de la difunta madre Joaquina. Sin duda tendría una explicación pero, por más que le daba vueltas, no le satisfacía ninguna. Si estaba sano, ¿por qué lo mantenían atado? Si estaba enfermo, ¿por qué no lo llevaban a un hospital?

—En un hospital estaba. Este hombre es el padre Calvo, el peregrino al que secuestraron del Insular.

—¿Por qué haría alguien eso?

—¿Por qué hace la gente ese tipo de cosas? Para pedir un rescate no, porque un sacerdote (y perdone la franqueza) no tiene dónde caerse muerto. Creo que tiene que ver con algo que Calvo sabe y no quieren que confiese.

—Pero eso es un crimen.

—No le quepa duda. Por eso necesito que me ayude a sacarlo de aquí.

—A la hermana Dolores no le va a gustar.

—La hermana Dolores no tiene ni idea de medicina. A saber qué pócimas le estarán dando a este pobre hombre para mantenerlo así. Si no lo llevamos a un médico, ¿cuánto tiempo cree usted que podrá aguantar?

Trueba era un tipo recto. Iba a poner en peligro lo que más quería, su trabajo en el huerto, pero su conciencia estaba por encima de todo. Había obrado siempre con dignidad y no iba a canjear eso ahora por un plato de lentejas que ni siquiera necesitaba para sobrevivir.

Ernesto Calvo parecía un guiñapo. Su cuerpo era un peso muerto, mustio, empequeñecido. Bajar con él por la escalera estrecha y tétrica hubiera sido una locura. Decidimos, pues, usar el montacargas, aunque el ruido de la maquinaria atrajese a todo el vecindario. Para cubrir la retirada le pedí a Trueba que bajase por la escalera y me esperase en la puerta del ascensor. Así, si alguien se asomaba al runrún del motor del artilugio, podíamos hacerle creer que era el jardinero quien lo había llamado para subir a adornarles las ventanas a las madrecitas. La estrategia funcionó pero estuvo a un tris de irse todo al carajo por culpa de la locuacidad de la cocinera, que decidió contarle a Marco Aurelio sus penas una por una. El jardinero al menos tuvo el cuidado de abrir unos centímetros la puerta del montacargas mientras la

escuchaba, de lo contrario Calvo y yo hubiéramos sufrido de lo lindo para respirar en aquel ataúd de sube y baja.

Aun así, el lastre que llevaba a costas empezaba a ser excesivo para mis brazos. Apoyé al peregrino contra la pared del ascensor e hice contrapeso con mi propio cuerpo. Me costó sostenerlo porque el calor empezaba a ser insufrible allí dentro y, del sudor, se me resbalaba el guiñapo. Marco Aurelio debió de intuir mis sufrimientos porque cortó la conversación de golpe. Le prometió a la cocinera que, en cuanto arreglara las macetas de la madre Teresa y la madre Flora, le aceptaría una limonada de las suyas para seguir hablando. La mujer quedó encantada con la propuesta y retornó a los fogones, a su sopa de cebolla y su arroz con leche (el olor a canela y a limón se había apoderado de medio convento).

Sacarlo del edificio resultó más fácil. Entre los dos levantamos al cura y nos dirigimos con él hasta la curva del aparcamiento. Dejé a Trueba con el fardo y bajé corriendo la cuesta. Le hice una seña al taxista para que acercara el coche al convento. Una vez arriba, mientras el taxista se echaba las manos a la cabeza y preguntaba qué había ocurrido mientras él esperaba, Marco Aurelio me ayudó a tumbar al sacerdote en el asiento de atrás y a cubrirlo con una manta. Tuve que prometerle al conductor una propina de veinte euros para que dejara de lamentarse. No tenía que preocuparse por el tapizado: el hombre estaba inconsciente, no sangrando. ¿Y si vomitaba? Si vomitaba le pagaría también la limpieza, joder, que tampoco estaba su taxi como los chorros del oro.

Me despedí de Trueba con un apretón de manos y un hasta la vista. El jardinero infiel me preguntó si aún me quedaban ganas de volver. Y yo le respondí que me faltaba resolver lo más importante del caso, el asunto para el que me habían contratado. Debía encontrar a un periodista perdido.

—Sigue usted convencido de que está aquí.

—A falta de otra alternativa mejor, sí.

—¿Sabe que ya no hay más celdas dónde buscar?

—Ya, pero sobra terreno en el que enterrar un cuerpo.

—¿Está insinuando que hay un muerto bajo uno de mis manzanos? Eso es una barbaridad, Blanco.

—¿Y no lo es haberlo matado antes? Hágase a la idea, Marco Aurelio, de que si alguien ha sido capaz de asesinar a un hombre aquí, para lo que menos escrúpulos tendrá es para deshacerse del cadáver.

—Pues menuda gracia.

—Lo sé. Ninguna. Ahora voy a llevar a este pobre hombre a que lo atiendan pero volveré. ¿Podrá hacer algo más por mí?

—Ya subidos en el burro, ale burro.

—Necesito dos cosas. Ahora se vuelve a la cocina con su amiga y se toma una limonada recién hecha y le aguanta la tabarra de su marido alcohólico y su madre lunática. Cuando llegue la gobernanta quiero que todo esté tal cual lo dejó. Y, cuando se dé cuenta de lo ocurrido, usted tendrá una coartada más que sólida. Por las monjitas no creo que debamos preocuparnos, me dio la impresión de que no le tienen demasiado aprecio a la hermana Dolores.

—Eso es una cosa. ¿Y la otra?

—La otra la deja usted para por la tarde, cuando todo se haya serenado. Disimuladamente, haga una batida por el solar que está frente a la huerta. La primera vez que nos vimos, yo estaba inspeccionando una pequeña parcela que parecía recién roturada. Empiece por ahí y siga por cualquier zona donde vea algo diferente, alguna piedra fuera de lugar o unos matojos donde antes había hierba baja. Voy a dejarle mi número de teléfono. Si observa algo extraño, llámeme. No toque nada por si estropea alguna pista y, luego, el inspector Álvarez nos echa la bronca.

—No tocaré nada y lo llamaré. Ya he visto cómo se las gasta su amigo.

—Gracias. Volveré en cuanto pueda.

Subí al asiento del copiloto y le pedí al taxista que volara hasta el Hospital Insular. El hombre había olvidado de repente la cantinela del caballo viejo que de nada se asusta. Me miraba con auténtico pavor. No cesaba de repetir: Como ese hombre se me muera en el taxi, yo no quiero saber nada del asunto, ¿me oyó? Pero condujo con rapidez, que era de lo que se trataba. Antes de llegar al Monte Lentiscal nos cruzamos con el coche rojo de Dolores Mesa. Iba sola y llevaba una cara de mala baba que no podía con ella. Entre que Inés la había engañado como a una pardilla y el rapapolvo que debió de llevarse en el Obispado por abandonar su puesto, la mujer estaría mentándole la madre a todo lo que se movía. Y cuando descubriese que el peregrino había desaparecido, que Dios cogiera confesado a quien pillara delante. Marco Aurelio, no obstante, era un hombre curtido. Sabría capear el temporal.

Álvarez no podía creerse lo que le contaba. ¿Había tenido el cuajo de irrumpir en el convento y llevarme a Calvo de una de las celdas de clausura? En mi defensa argüí que las celdas eran de media clausura. Y punto. No pensaba disculparme por impedir que el peregrino se muriera de asco y soledad en aquel cuartucho lleno de polvo. El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón, y ellos lo robaron antes. Se lo llevaron de una clínica, por si el inspector lo había olvidado, y lo tenían atado a una cama de mierda, tupido a sedantes y mal nutrido. Así que mi secuestro era más noble que el suyo: yo lo llevaba a un hospital para que lo curaran de verdad. Además, ¿qué

coño me iba a enseñar un policía que había allanado la casa de Ortigosa con una orden falsa?

El caso es que no podía dejarlo allí sólo para que sirviera de prueba contra Mesa y Ortigosa. Por muchas razones. Porque, después de verlo en un estado tan calamitoso, no tuve agallas. Porque ya había roto la puerta de la celda y la gobernanta se hubiera escamado y hubiera ordenado que lo cambiaran de sitio o algo peor. Y porque, en definitiva, me importaban un huevo las pruebas. Yo ya sabía que eran unos cabrones, no necesitaba ninguna evidencia. Y, hablando de cabrones, ¿qué sabíamos del secretario del Obispado? Álvarez tenía noticias frescas pero me lo contaría en el hospital. No había tiempo para chismes. Él se haría acompañar por uno de sus hombres para que se quedara de guardia con el enfermo Guadiana. No volverían a escamoteárselo de nuevo. Una y no más, Santo Tomás.

El taxista respiró de alivio cuando nos dejó en la puerta de urgencias del Insular. Le pagué lo pactado. Ernesto Calvo no había vomitado sobre el asiento trasero de su taxi así que, si quería hacer limpieza del coche, correría de su cuenta. Subieron al paciente, en una camilla algo destartada, hasta la sala de observaciones y yo me fui a la cafetería a tomar una copa, que me la había ganado a pulso. Allí me encontró el inspector, una vez se hubo reunido con el médico que había curado al peregrino la primera vez, junto a mi vaso de ron con limón. Según Ezequiel Godoy, el cura estaba muy débil pero se recuperaría sin necesidad de echar mano de rezos y sahumeros. Tenían que hacerle un lavado de estómago para sacarle la porquería que le habían dado. Por cierto, que hubiera sido de ayuda que les hubiese traído también los fármacos de la celda. Vaya gracia la del médico. A ver si encima iba a tener yo que pedir perdón, carajo: para pensar en frascos estaba, con lo que me había costado sacar al tipo del convento.

Álvarez pidió una cerveza bien fría. Estaba cansado de su trabajo. Y no. No se refería al trabajo de la última semana, sino al trabajo en sí. Había veces en que ser policía le parecía una desgracia, una pérdida de tiempo, un sinsentido. Hacía unos días había arrestado a un pringado por un robo de tres al cuarto y el raterillo seguía allí sin nadie que diera la cara por él. Y, sin embargo, el trío calavera se había ido de rositas porque tenían pasta para pagarse abogados y enchufes que respondieran por ellos. Y ¿quién se llevaba la bronca? Él, coño, él. Tremenda putada. Esa sensación no era nueva (mi amigo hablaba con un desánimo contagioso), ya la había tenido otras veces. Pero sucedía que no sabía hacer otra cosa y se sentía viejo para cambiar de oficio. ¿Prejubilarse? ¿Estaba yo loco o qué? ¿Pasarse el día entero en casa viendo series de televisión y haciendo régimen? Ni de coña. Si el matrimonio era la tumba del amor, la jubilación lo acababa de joder definitivamente. Quería a Susana. Y quería seguir queriéndola unos años más. Cuando ya no tuviera más remedio que marcharse a casa, meditaría en cómo sobrellevarlo. Ahora tenía bastante con pensar en el asunto

del peregrino.

Con la segunda cerveza y un plato de aceitunas del país con mojo rojo se animó a contarme lo que había descubierto de Isaac Olalla. ¿Quién? El secretario del Obispo. Se llamaba Isaac Olalla y ¿a que no sabía yo de dónde era? Eso mismito. De Oviedo. Qué casualidad, ¿verdad? Paisano de Alejandro Bringas. Ya teníamos la primera conexión con los piratas. Pero no era la única. Olalla también se había aficionado últimamente a los viajes. En los últimos seis meses había estado en diferentes lugares de España y de Europa.

—¿Sevilla, Nápoles, Londres?

—Por ejemplo. Y Bilbao y Lisboa y hasta Moscú. Pero ¿tú cómo sabes eso?

—En las fichas de las que le hablé, las que estaban en el despacho de Ortigosa, constaban marchantes y galeristas de esas ciudades. No pude revisarlas todas pero me fijé en algunas. Si podemos probar que esos viajes tienen que ver con el tráfico de obras de arte, los tenemos.

—Para, para. No te me embales, que te conozco. Aún no tenemos nada. Y te recuerdo que, oficialmente, yo no estoy investigando este caso.

—Usted no pero yo sí. Para un cliente que me paga por adelantado no voy a rajarme a mitad del jaleo. ¿Ha comprobado las cuentas corrientes de Olalla?

—Tengo a un hombre en ello. A mi genio de la informática.

—Perfecto. Que su genio siga esa pista y yo seguiré a Olalla.

—¿Y qué pasa con el periodista desaparecido?

—Yo también tengo a un genio. Uno de la jardinería. Quesada está en el dichoso convento. No lo han podido sacar de allí. Por él ya no puedo hacer nada pero por su madre sí. Pienso dismantelar esta puñetera red de traficantes aunque tarde un año.

—Entonces también resultaría prudente poner un par de hombres en la salida de las Ursulinas.

—Sí. Y conozco un rincón para acecharlos. Huele a estercolero pero desde allí se tiene una panorámica cojonuda del convento.

—No me digas cómo lo has descubierto.

—No pensaba decírselo. Una cosa más: ¿sabemos dónde vive el tal Olalla?

—Lo sabemos. Y ahí tenemos otro asunto curioso. Hasta hace un año vivía en el Obispado, como sus antecesores. Pero a finales de dos mil nueve se mudó a un apartamento en primera línea de Las Canteras.

—Guau. ¿Y gana tanto? Los alquileres por la zona están a mil euros.

—Debe de ganarlo. El apartamento está a su nombre.

Blanco y en botella, leche. Ahora podrían justificarme que Olalla había heredado una fortuna de una tía de Mieres o que le había tocado el gordo de la Primitiva o que su familia era rica desde los tiempos de Maricastaña, que nadie iba a bajarme de aquel burro: la mejor manera de ocultar la expoliación de obras de arte era blanqueándola, y, como no tenía sentido volver a disimularlo entre más cuadros (demasiado lío), lo más práctico era invertir en bienes inmuebles. Le pregunté a mi amigo si la decisión de sus superiores de no menear el asunto Ortigosa era irrevocable.

Álvarez acabó de saborear una aceituna verde y olorosa. Dejó la pipa limpia en el cenicero de cristal, junto a las otras. Y miró al cielo como el que busca una nube que apacigüe el calor sofocante, Define *irrevocable*.

—Vaya, joder. Me refiero a que, si le llevamos pruebas, ¿el Jefe Superior se atreverá a reabrir el caso?

—El caso no está cerrado, sólo *congelado* hasta nueva orden. Pero sí. Si logras traerme una muestra del chanchullo que hay detrás de lo de los cuadros, ni el Papa podrá impedir que lo descongelemos. Pero ojito: no me van a valer intuiciones baratas ni teorías exóticas de las tuyas. Hablo de pruebas de verdad. Algo tangible.

El pitido de un teléfono vino a interrumpirnos cuando la cosa se ponía flamenca. Los dos buscamos el origen del sonido en nuestros bolsillos. Para alivio del inspector, que estaba disfrutando de su aperitivo, era el mío. Contesté. Escuché el testimonio que una voz excitada, pero recia y ceremoniosa, me daba desde el otro lado. No interrumpí el relato más que para hacerle saber a mi interlocutor que seguía a la escucha, Sí, Claro, Lo entiendo, Ha hecho usted bien.

Álvarez se puso rígido en la silla, quizá esperaba que fueran malas noticias de mi abuelo. Lo vi agitarse, mirar la hora nervioso, beber con compulsión. Le hice una seña para que se sosegara. Le agradecí a mi informador su contribución a la causa. De verdad. No sabía él hasta qué punto me había ayudado. Y sí, sin duda había hecho lo correcto. Colgué. Bebí un sorbo del ron que ya se me había agitado a causa del calor. Miré al inspector con seriedad (no pretendía hacer broma con una novedad tan antipática), ¿Por dónde íbamos?; ah, sí; algo tangible; ¿le parece suficientemente tangible el cadáver de un periodista?

Marco Aurelio no había podido esperar a la tarde. No sabía si, después de lo ocurrido en el convento, habría una tarde más para él allí. Dolores Mesa había llegado con cara de funeral y malas pulgas. Entró como un rayo en la cocina y preguntó si había sucedido algo en su ausencia, si alguien había ido a visitarla. Tanto la cocinera como Trueba negaron la mayor: una se había pasado la mañana con el rancho y el otro, con sus plantas y sus árboles. La gobernanta subió de dos en dos los peldaños de la escalera que daba a las celdas, encontró la puerta rota y ningún rastro

del hombre del catre. Se entretuvo en hablar con las monjas y volvió a bajar roja de ira. Les gritó algo sobre De mí no se ríe nadie y Aquí van a cambiar muchas cosas a partir de ahora y también Por mí como si tengo que mandarlos a ustedes a la cola del paro y a las viejas a un asilo. Tal y como yo había supuesto, Sor Teresa y Sor Flora se habían hecho las locas. Imaginé la cara de complicidad y de deleite de las monjitas al ver a la hermana Dolores envenenada de rabia.

Después salió al jardín con el teléfono en la mano. Y allí su voz se volvió dócil como la mirada de un borrego. Susurró algo. En opinión de Trueba, estaba suplicando casi. Mientras hablaba, la hermana fue andando hasta el jardín, se inclinó a mirar bajo un rosal llorón que hay al fondo, junto a una pila de agua. Rastrilló la tierra seca con un pie. Tan concentrada estaba que no se percató de que Marco Aurelio la había seguido hasta la puerta de la rosaleda y la observaba desde allí. El jardinero se escondió tras uno de sus árboles, esperó a que la gobernanta regresara a la casa y fue a inspeccionar aquel lugar que tanto interés causaba. No cabía duda: había algo enterrado bajo el rosal. Trueba no quería ni imaginarse qué, pero la tierra estaba demasiado reseca para haber estado tanto tiempo a la sombra y bajo la humedad del arbolito.

El inspector Álvarez no supo si la noticia le producía desolación o rabia. Durante unos segundos cruzó los dedos de las manos y se puso a jugar con los pulgares. Resopló de calor y de hastío. Cuando retomó la palabra fue para confesar su consternación. Por Elsa Iglesias y lo que suponía perder a un hijo, no quería ni pensar en cómo sufrirían Susana y él si algo así les ocurriera. Qué cabronada más grande. Encima, hijo único. Joder, ni siquiera podías volcar tu desesperación en los demás. El vacío más absoluto. La muerte en vida.

Por otra parte, le preocupaba cómo afrontar la situación a partir de ahora. Que yo no lanzara las campanas al vuelo. Él no podía ir al Jefe Superior con el endeble testimonio de un jardinero y (que yo lo perdonara) un detective privado. A ver cómo explicaba la presencia de un detective en un asunto de sangre. Impensable. Necesitaba más. ¿Y si entraban a saco en el convento y encontraban, bajo el rosal, el esqueleto de una cabra? Ya, claro. Sabía que nadie se tomaba tanto trabajo para ocultar un animal, pero eso había que contárselo a un Jefe que estaba siempre en el punto de mira de la prensa y de los partidos políticos de la oposición. Si, después de todo, la gobernanta de las Ursulinas había tenido tiempo de sacar al periodista del convento y llevarlo a otra parte, menudo escándalo iban a hacer los periódicos con la noticia del levantamiento del cadáver de la cabra. No. Teníamos que conseguir más pruebas que apoyaran mi teoría.

Entonces no había tiempo que perder. Tocaba dividirnos: Álvarez apostaría a sus hombres entre las Ursulinas y el Museo Diocesano; yo seguiría el rastro del secretario del Obispado. Para ello necesitaba una foto suya. El inspector sonrió con malicia y se

sacó un conejo de la chistera: un sobre color mostaza con la foto de un hombre sonriente y apuesto junto a otro de aspecto más severo y turbio. Ambos estaban en lo que parecía una fiesta de recepción de algún consulado; había banderas, escudos heráldicos y camareros vestidos de gala a sus espaldas. Ambos vestían un traje oscuro con corbata y llevaban una copa en la mano; la del optimista era de coñac; la del taciturno, de cerveza. Ambos lucían una sortija de piedra ámbar en el dedo anular de la mano derecha. No obstante, sólo uno estaba disfrutando de la celebración. El otro miraba a la cámara con desconfianza, loco por desaparecerse de la escena. Se le notaba incómodo, contrariado ante aquella irrupción en su intimidad. Había sido el acompañante, sin duda, el que lo había animado, arrastrado a la recepción. Tal vez le había prometido que iba a ser un momento, un visto y no visto, un hola y adiós de cortesía. El hombre huraño era Jorge Ortigosa. Por reducción al absurdo, el risueño debía de ser Isaac Olalla.

Es curiosa la imagen que uno puede hacerse de alguien con sólo contemplar una fotografía. A pesar de constituir un instante detenido en el tiempo, un momento fugaz robado en medio de una fiesta, aquella estampa recalca la distancia entre los dos sacerdotes. Analicé los pequeños detalles (la mano con la que Olalla aferraba el codo de su colega, el vano intento de Ortigosa de desviar la mirada del objetivo de la cámara, las copas de licor de ambos hombres) para hacerme una idea del tipo de relación que mantenían el secretario del Obispado y el director del Museo Diocesano. Me preguntaba hasta qué punto eran amigos, hasta qué punto cómplices. Álvarez había reflexionado sobre ello también porque, después de darme la foto y esperar a que yo la contemplara, hizo uno de sus comentarios ácidos, salidos de la ultratumba de los tiempos, Si esos dos no son maricas, lo disimulan de puta madre.

—Y ¿de cuándo a dónde es usted experto en la materia?

—Carajo, Ricardo. No tienes más que verlos. Uno está más feliz que unas castañuelas (seguro que ligó en esa fiesta) y al enfurruñado se lo comen los celos.

—¿Y ya está? ¿Cuarenta años en la policía para simplificar las cosas hasta ese punto?

—Entonces, ¿qué propones tú?

—Por lo pronto, propongo que no saquemos conclusiones que no nos ayudan en nada. Eso déjesele a las revistas del corazón. Me importa un huevo que sean homosexuales o monten orgías con las monjitas del convento. Lo que quiero es pillarlos con las manos en los cuadros. Y a ser posible hoy mejor que mañana.

El bueno de Álvarez había tenido la cautela de anotar en el reverso de la fotografía la dirección de Olalla. El apartamento de Las Canteras debía de estar, por el número, cerca de la Cícer. Agradecí el buen gusto del secretario: si tocaba pasar horas de vigilancia delante de su casa, al menos que fuera en un lugar apacible y

fresco. Iba a tomar otro taxi pero el inspector se ofreció a llevarme. La clínica lo pillaba de camino a la comisaría. Durante el trayecto apenas hablamos. Las sombras de Pablo Quesada y de mi abuelo sobrevolaban el mediodía de septiembre como cuervos. Cuando detuvo el coche prestado (el suyo aún seguía en el taller) delante de Santa Catalina, me preguntó si quería compañía. Le respondí que no; que él ya tenía bastantes problemas en su despacho y yo necesitaba pasar un tiempo a solas con mi abuelo. Pero estaba de Dios que no sería esa tarde. Al llegar a la habitación me aguardaba una sorpresa, la mejor que podía esperar: se llamaba Beatriz Guillén y ese día le brillaba la sonrisa como una luna blanca.

Colacho seguía igual, con los ojos entrecerrados y la respiración como de niño chico. La manta blanca con renglones azules de la clínica le llegaba hasta el cuello. Sus brazos enfundados en un pijama beis sobresalían de ella. Me estremeció su fragilidad. Parecía tan desvalido, tan ausente que se me encogió el estómago.

Ella había llegado veinte minutos antes. La farmacia podría sobrevivir sin la farmacéutica veinticuatro horas, que para eso les pagaba a cuatro personas. Sus hijos tenían también un padre que podía recogerlos y encargarse de ellos hasta el día siguiente. Sí. Eso quería decir que disponía de todo el tiempo para usar a su antojo y que su antojo era, ahora, pasarlo allí conmigo. ¿Por qué lo hacía? Hay preguntas que se responden solas. ¿Por qué hacemos las cosas? Por amor, por venganza, por codicia, por miedo, por compasión. Los motores del mundo. Ya sabía ella que como filosofía no valía un euro. Le faltaba esqueleto científico. Pero en su vida ya había tenido demasiada ciencia y ahora quería otra cosa. No sabía qué. Tal vez intuición, aventura, riesgo.

Había llevado siempre una existencia tan ordenada y limpia que ya tocaba caos. Dejar por unas horas de ser madre abnegada y respetable dueña de una farmacia para vestirse de mujer. Así, simple y llanamente: una mujer que conoce a un hombre en medio de la lluvia; un hombre solo, perdido, con ojos de náufrago. Y decide ofrecerle un paraguas, una brújula, una isla. ¿Tan mal me notaba? Como cualquiera en mi lugar, a ver. Mi abuelo lo era todo para mí y yo lo estaba viendo marchar igual que un niño su cometa. Sí. Así me sentía ella: un niño triste en la playa, con el hilo carreto deshilachado en la mano y cara de decepción, mientras una cometa de colores se pierde tras las nubes.

Y a Beatriz no le gustaban los hombres decididos, seguros de sí mismos. Ya de eso había tenido hasta en la sopa. Prefería las dudas. En la duda hay algo de reflexión, hay ganas de crecer, de aprender de los errores. ¿Yo no cometía errores? Claro que sí. Yo soy hombre de grandes contrastes: cuando acierto, acierto de pleno; cuando la jodo, la jodo del todo. No tengo término medio. Mi vida es un ejemplo de ese carácter saltimbanqui. La farmacéutica me miró con curiosidad como preguntándose qué había detrás de esa confesión. Siguió, no obstante, con su teoría de dudas y certezas.

Ya había dejado claro que las dudas aportaban algo. En la certeza, por el contrario, hay siempre orgullo y vanidad. El hombre seguro nunca mira atrás, confiado en que lo que hace lo llevará, sin remisión, a un destino que cree merecer de antemano. Así que ella había decidido arriesgarse y compartir aquel tiempo conmigo, el hombre de las dudas de oro. Y Dios proveería luego.

Por lo pronto, Dios proveyó una tarde nostálgica en la que Beatriz y yo canjeamos recuerdos de infancia y resultó que teníamos más de una historia en común: ella también era hija única y se había inventado tantas veces como yo un hermano mayor. Sus padres vivían aún. Y eso, siendo una estupenda noticia, conllevaba igualmente una gran responsabilidad: era consciente de lo que le tocaba en los próximos años; de hecho, a su padre ya empezaban a notársele algunos tropiezos de memoria; todavía no suscitaban alarma pero todo se andaría.

Compartíamos amigos de la juventud, además de Miguel Moyano y Concha. Una isla redonda y pequeña es el paraíso de los bumeranes. Los rostros y los nombres siempre andan regresando a su lugar de origen. A pesar de que ella era más joven, había ido a los mismos parquillos a pelar la pava y resultó que solía parar en la zona de Las Canteras que había enfrente del Rachi, una tasca que hacía las mejores hamburguesas de Las Palmas. Eso significaba que debimos de habernos bañado en la misma marea o haber jugado al clavo y la raqueta en la misma arena. Beatriz consintió en recordarme, con la mano abierta y la palma hacia abajo, las diferentes posiciones del clavo y presumió con gracia de que era una verdadera campeona.

A media tarde apareció por la habitación de Santa Catalina el doctor Millán. Pasó revista al viejo con un fonendoscopio y una linternita. Le desabotonó la camisa beis para escuchar su corazón. Le abrió los ojos lánguidos y hurgó en el centelleo de sus pupilas. Consultó una hoja en la que se anotaban los cambios en el estado del paciente. Entonces, me miró con seriedad y me pidió que lo acompañara a su despacho. Beatriz nos sugirió que tuviéramos nuestra reunión allí, que ella quería estirar las piernas y tomarse un cortado en la cafetería, pero Millán se opuso. No a que ella fuera a por su cortado, faltaría más, sino a lo de tratar de ciertos asuntos delante de mi abuelo. Una cosa era que el hombre estuviera inconsciente y otra que no pudiera enterarse de lo que hablábamos. La conciencia era un jeroglífico que aún estaba por descifrar, frágil como cristal de bohemia, y él no quería tentar a la bicha. Alabé su decisión pero eso sólo podía significar que lo que tenía que contarme me iba a hacer migas el poco ánimo que me quedaba.

La cosa estaba así: Colacho no respondía al tratamiento como ellos esperaban. No sufría, eso podía Millán certificármelo, pero tampoco mejoraba. Las primeras cuarenta y ocho horas eran vitales y mi abuelo estaba ya llegando a la frontera. En otras palabras, convenía que me fuera preparando para lo peor. El médico había oído que yo era un detective bragado en casos de sangre y dolor. No sé por qué utilizó esos

términos, *¿sangre y dolor?*, para referirse a mi oficio. Si Álvarez llega a estar allí, hubiera dicho que lo había sacado de las chinchosas series de la televisión. Entonces, como quedábamos en que yo era detective, el doctor Millán presupuso dos conclusiones obvias: una, que no le tenía miedo a la muerte, por lo tanto no me iba a afectar la de Colacho, y dos, que llevaba una vida desordenada (al final, el bueno de Álvarez iba a tener razón con lo de las series) y no sabía ni cómo empezar a organizar el entierro.

Salí de aquel despacho con la esperanza de que el médico fuera bueno en lo suyo porque de intuición andaba justito: primero, yo sabía perfectamente lo que era un entierro (de hecho, llevaba dos auestas y Colacho ya me había dejado instrucciones para el suyo), y segundo, me iba a pasar el resto de la vida afectado por la muerte de mi abuelo.

Beatriz aún no había vuelto de su paseo. Yo me senté en la silla que ella había ocupado (todavía quedaba algo de su calor sobre el asiento de cuero pegajoso) y le tomé la mano al viejo. Durante unos minutos estuve hablándole de todas las cosas cojonudas que le esperaban a su regreso: la playa, las barcas, los atardeceres de Las Canteras. Le prometí que si se recobraba iba a tomarme un mes de vacaciones para pasarlo juntos. Y que ni se le ocurriera protestar con que no podía permitírmelo, porque sí que podía: como Beatriz, yo era mi propio jefe, y, encima, el mío no era un negocio para echar voladores. Así que cuando se recuperara cerraría el despacho y volveríamos a casa y jugaríamos al dominó con los viejos del casinillo. Eso haríamos.

Creí notar un leve movimiento de su boca, una mueca mordaz que venía a recordarme lo mal jugador de dominó que era yo. ¿Y qué? Aprendería. Me compraría un manual. Precisamente esa mañana había descubierto una librería de viejo en la Calle de los Reyes y, seguro, el librero encontraba entre tanto bártulo un ejemplar de *Cómo convertirse en experto del dominó en siete días*. Así que de él, de Colacho Arteaga, dependía que yo heredara su pericia en el juego o me convirtiese en un inútil para siempre.

No fui consciente de cuándo entró Beatriz. Sentí su mano izquierda acariciándome con ternura la espalda. En la derecha llevaba un pañuelo de papel para mí. La miré aturdido, ¿Y eso? Ella me sonrió como le hubiera sonreído a uno de sus hijos (al final una es madre de cabo a rabo), Eso es para los mocos, bobo, que te estás poniendo la camisa perdida. Era cierto. En una semana había moqueado más que en todo el resto de mi vida adulta. Menudo detective de mierda estaba hecho. El hazmerreír de todos. Marlowe, Carvalho, Maigret estarían revolviéndose en sus tumbas.

Beatriz debió de leerme el desconcierto en los ojos porque volvió a las andadas de su teoría sobre certezas y dudas. Sólo no dudan los personajes de las novelas. Y ella

era incapaz de enamorarse de alguien que no fuese real. Y no. No se estaba enamorando ni nada de eso, que no me hiciera ilusiones. Era una forma de hablar, no pretendía echar más leña al fuego de mis miedos. Simplemente quería que yo supiera que eso de que los hombres no lloran ya no se estilaba. Y que le encantaba verme llorar y ofrecerme un pañuelo. Y, de paso, que me iba a invitar a cenar esa noche a su casa. Prepararía cualquier cosa (ensalada de tomate, filete de gallo a la plancha, paté de aceitunas) y robaría una botella de vino de la bodega de su padre. Sí. Yo no lo sabía pero don Ignacio Guillén tenía una bodega como un castillo de grande. Abriríamos un reserva del noventa y siete o del noventa y ocho, ya le preguntaría a su padre qué cosecha era mejor. Sí. Que yo no la mirara así. Primero consultaría con él, como quien no quiere la cosa, la bondad del vino. Y, luego, le robaría una de las botellas. Boh. No sería la primera vez.

Me levanté del sillón. Fui al baño a lavarme la cara y a sonarme, y regresé a la habitación con ganas de besar a Beatriz. La farmacéutica se me adelantó. Había adquirido la bendita costumbre de tomar la iniciativa y yo no estaba de ánimos para rebelarme ante eso. De acuerdo. Cenaríamos juntos esa noche. Pero lo de su casa lo dejaríamos para el fin de semana: una cena con vino robado merecía más tiempo y menos prisa. Esa noche la invitaría yo, aunque fuera para compensarla por el día que llevaba. Ya sabía que no tenía que agradecerle nada pero quería hacerlo de todas formas. La invitaría a un restaurante que conocía cerca de la Cícer, uno pequeño y elegante con una terracita que daba al mar. Me sentí un poco Judas por no decirle toda la verdad pero juré que, cuando cerrara el asunto de los curas y los cuadros, me dedicaría en cuerpo y alma a conocer a aquella mujer deslumbrante que detestaba a los tipos duros.

Por vez primera en aquel septiembre, el calor nos dio un respiro. Beatriz se presentó con un vestido azul como su risa y un chal color chocolate. Yo me cambié de ropa antes de ir al restaurante y, con las carreras, olvidé coger algo de abrigo. Así pagué la penitencia (me escocía la media verdad que le había contado a la farmacéutica) con una tiritera de frío que resistió hasta el día siguiente. De cualquier modo hacía una noche hermosa: un pedazo de luna le floreció a las aguas y las luces de la ciudad titilaban a lo largo del paseo. La avenida, a esas horas, era un río de gente, lo que me convenía para pasar inadvertido.

El restaurante, como había imaginado, estaba apenas treinta metros del portal de Isaac Olalla. Desde mi silla podía ver quién entraba o salía de los apartamentos, modernos, distinguidos, de piedra color ceniza y cristaleras amplias. En lo que aguardaba a Beatriz pedí una botella de vino blanco, Terras Gaudas, que el camarero acomodó en una cubitera de hielo, junto a la mesa, para que no se calentara. Durante

la espera, entraron en el edificio de Olalla una pareja con un bebé, un pibe con su tabla de surf bajo el brazo y una mujer vestida con un pareo amarillo, que venía de la playa. Nadie salió. Supuse que era tiempo de regresar a casa, no de marcharse, lo que me llevó a la conclusión de que tal vez el secretario del Obispado ya hubiera recogido velas y acaso estuviera leyendo, viendo la tele, cenando.

Lejos de defraudarme, sentí alivio ante esa posibilidad. Beatriz Guillén se merecía una velada sin sobresaltos para acabar de explicar con detalle su filosofía de la aventura después de la rutina. Llegó andando con parsimonia (tenía una manera de moverse perezosa, como si no tuviera prisa nunca) y, al llegar a nuestra mesa, me dedicó una gran sonrisa y un abrazo lento y sentido. Yo debía de andar mimoso porque añoré su beso. Beatriz se excusó, Perdón por la tardanza.

—¿Qué dices, bobilina? Si llegas a punto.

—Me molesta hacer esperar a la gente. Y ya veo que has pedido el vino.

—Boh. Eso era para sorprenderte. Acabo de sentarme.

Tardamos en pedir la cena. Se nos fue el tiempo en celebrar lo hermosa que estaba la playa, el fresco de la noche, el sosiego, la suerte que teníamos de vivir en una ciudad como la nuestra. Parecíamos franceses de tanto chovinismo. El pobre camarero se acercó hasta dos veces a tomarnos nota. Al final nos dio apuro por él: abandonamos nuestra conversación por un instante y nos centramos en la carta. Para que el hombre nos perdonara el abandono, lo tentamos a que nos recomendara un par de platos. Eso. Nos poníamos en sus manos expertas. El camarero debía de estar acostumbrado a esa batalla porque traía bajo el brazo su propuesta aprendida, Entonces será una ensalada de arenque con frutos secos, un lenguado a la *meunière* a compartir y un pastel de cabracho que está para chuparse los dedos. Nos rendimos ante su convicción. Y, cuando se hubo perdido dentro del restaurante, Beatriz sonrió con malicia, ¿Ves?; al final vamos a cenar lo mismo que yo pensaba cocinarte; sólo que aquí lo pintan en colores.

El camarero tuvo acierto y la cena resultó una delicia. Beatriz, eso sí, arrugó la nariz cuando vio llegar los platos (grandes) con las porciones de comida (pequeñas) decoradas con ardor, llenas de trazos marrones, verdes, rojos como serpentinas de sirope. No obstante, después de probarlas, mi amiga hubo de reconocer que la elección había sido atinada. Para colmo, el vino fue el colofón a tanta exquisitez. Y es que la farmacéutica no había probado nunca el Terras Gaudas. ¿La bodega de su padre? Era excelente pero muy escorada hacia los caldos tintos. Ignacio Guillén juzgaba que los vinos rosados eran refrescos de uva y que, para vino blanco, mejor cava o champán. Y ¿qué iba a hacer ella? Moro viejo no aprende idioma nuevo. Así que la próxima vez que lo viera, Beatriz le hablaría de un blanco elegante y discreto que había conocido. Y se refería al vino, no a mí.

¿Sus padres vivían cerca? Y tanto. Compartían con ella un terreno en Tafira que habían heredado de su abuelo Pedro. Sí. Ya sabía que vivir a rebufo de los padres parecía una pésima idea por aquello de la intimidad. Pero resultaba muy práctico, muy cómodo para las urgencias: si los niños se ponían enfermos, los abuelos estaban a un grito de patio de luces; si eran los viejos quienes enfermaban, estaba ella ahí para atenderlos sin descuidar a sus propios hijos. ¿Y cuándo enfermaba ella? Ah, amigo. Ella no podía permitirse según qué lujos. Para eso se hizo farmacéutica: para inventarse todos los remedios antes de caer mala. No quería ni pensarlo.

—Y entonces, ¿a ti quién te cuida?

—¿Perdón?

—Sí. ¿Quién te cuida a ti? Te pasas la existencia pendiente de los demás, organizando sus horarios, sus comidas, las tomas de sus medicinas... ¿Qué ocurre con tu vida?

—Mi vida son ellos, Ricardo. Ya sé que suena a viejo. Tanta vaina con la revolución de las mujeres para volver a lo de siempre. Soy chica para todo. Pero es lo que toca. A mis padres ya no voy a cambiarlos y mi ex es un egoísta interesado. Aunque la culpa es mía por mal acostumbrarlo. Claro. Verás. Yo dejé de trabajar para dedicarme a los niños, tan sólo hace tres años que he vuelto a la farmacia. Sí. Tres. Cuando me di cuenta de que se me estaba cayendo la casa encima y ya no pude más. Él no lo entendió pero...

—¿Quién? ¿Tu marido?

—*Mi exmarido*, perdona. Sí. Se llama César. Dijo que para qué cambiar con lo bien que nos iba. Capullo. A él le iba bien. A mis padres, a mis hijos les iba bien. A mí, de culo. Tuvimos tremendas broncas a cuenta de la decisión (César lo llamaba capricho) de volver a trabajar. Al final, ya ves, me salí con la mía. Pero hice pagar a mi familia un precio demasiado alto.

—Espera, espera... ¿Cómo que hiciste pagar a tu familia? Tu familia empieza por ti. Tus hijos, dentro de seis o siete años, renegarán de todo. Tus padres se morirán bien atendidos. Y un exmarido egoísta no merece salvarse. No has hecho más que reclamar tu pedazo de felicidad. Y te la has merecido con creces.

—¿Tú crees? A veces me despierto con la ilusión de que todo fue un mal sueño y nada ha cambiado.

—Claro. Como el resto del mundo. Cuando tomamos decisiones difíciles nos preguntamos luego mil veces si hemos acertado o no. Pero no tienes más que verte ahora. Estás estupenda. Y tus hijos sobreviven sin la menor secuela porque tienen una madre que los adora y un padre que, por la cuenta que le trae, les dedica más tiempo que nunca. Hazte a la idea de que ahora tienen de verdad una familia: no han perdido

a su madre y han ganado un padre que antes apenas veían.

—Dicho así, hasta suena lindo.

—Pues la próxima vez que te entren las dudas me llamas y te lo vuelvo a explicar delante de una botella de Terras Gaudas.

Durante la sobremesa surgió de una bocacalle la figura contrahecha de un acordeonista gitano. Le faltaba la mitad de la dentadura y el oído entero (daba grima su forma de tocar) pero lo compensaba todo con un desparpajo a prueba de bombas. A la farmacéutica le dio lástima. Echó mano del bolso y sacó una moneda de dos euros que puso sobre la mesa. El gitano se acercó con soltura y agradeció la propina con una sonrisa que me recordó a la cueva de una bolera después de que un jugador hubiera derribado la mitad de los bolos. El músico ambulante continuó su camino y, al llegar al zaguán de Olalla, se cruzó con un hombre al que hizo una reverencia estrambótica y guasona.

Tan absorto estaba en las monerías del desdentado acordeonista que casi no reparé en la presencia del otro hombre. Apenas lo vi un segundo, el momento en que el portal se abrió y el tipo entró al zaguán con una mochila en bandolera que yo había visto antes. Era Alejandro Bringas. En el apartamento del secretario del Obispado celebraban, por lo visto, una reunión de asturianos. Sólo faltaba la sidra. La pregunta de Beatriz Guillén me devolvió a la mesa diecisiete del restaurante marinero. Quería saber cómo llevaba yo lo de mi abuelo.

Lo llevaba fatal, para qué engañarla. Me tenía con mal cuerpo. Mantenía con el viejo una relación especial (aceite y vinagre, que a veces alguien revuelve y se mezclan con tino) desde hacía varios años. Colacho había venido a sustituir a mis padres, a quienes no había podido dedicar mucho tiempo, culpa de una juventud dislocada y hippie que me duró más de la cuenta. Después de morir mi madre lo fui a buscar a su rincón de la playa y desde entonces se había convertido en mi noray. Ahora ya no tenía repuesto para esa falta. Era mi última bala. Y lo que empezaba a sentir era un vacío infinito que me asolaba el alma.

A Beatriz le sobrevino un fulgor en los ojos, un reflejo de lágrima que se quedó suspendido en las pupilas. Antes de hacerla llorar preferí cambiar de tercio. Y, como la mancha de una mora se sana con otra verde, tiré de las anécdotas de Colacho. Le hablé de él. De su historia. De la de su padre, mi bisabuelo Nicanor, un bohemio que se pasó la vida intentando emigrar a Venezuela y el mal fario le aguaba las intenciones. Cuando no fue la Primera Guerra Mundial fue la Civil, el caso es que siempre se quedó a las puertas de su deseado viaje. Al final, acabó buscándose la vida en Gran Canaria como pintor, granjero y boxeador, hasta acabar administrando una tienda de ultramarinos en la Calle Juan Rejón. Mi abuelo lo admiraba y me da la impresión de que veía en mí, con el abismo del tiempo, muchos de los rasgos de

carácter de su padre.

Quise explicarle a la Guillén que Colacho Arteaga había tenido la vida que había querido, una vida larga e intensa. Quizá era el modo de explicarme a mí mismo que la muerte no podía hacerle daño. Ni el egoísmo ni el miedo podían cegarme tanto como para no alegrarme por él. Ojalá yo pudiera disfrutar de una vida (y una muerte: noventa y cuatro años y la socarronería en vilo hasta el último segundo) como la suya.

Una mujerona negra y repintada se acercó a interrumpir mi morriña con sus pañuelos de seda. Detrás, una chinita escuálida nos enseñó su muestrario de flores de papel y sombreros. Y un borracho remató la faena: nos escupió su rabia cuando le negamos unas cuantas monedas para seguir bebiendo. Las ciudades hermosas también tienen su ración de miseria. Beatriz se arrepintió de haber apostado todo al músico gitano. Ya no le quedaba más dinero suelto. De haber sabido que íbamos a asistir a un carnaval de feria hubiese repartido mejor las limosnas. Le advertí de que no había modo de hacer lo que pretendía: ni con todo el sueldo del mes en el bolsillo podría paliar las necesidades de tanto desdichado.

Aunque aún nos quedaba Terras Gaudas por compartir, por si acaso necesitara levantar el campamento a toda prisa, pedí la cuenta. Beatriz quiso pagarla a escote pero no se lo consentí. Esta vez no. Era un truco de tahúr: si la mujer te gusta, invitas tú, así la obligas a devolver la invitación, lo que entraña volver a verla; si no, divides la cuenta y ya nadie se siente comprometido a nada. ¿Eso significaba que me gustaba ella? Claro. ¿O acaso lo dudaba? Su sonrisa presumida me respondió que no, que no lo había dudado ni por un momento.

Mientras venía la vuelta convinimos en algo: a veces el destino nos depara gratas sorpresas, tal vez para reparar los daños del pasado. Hacía sólo unos días éramos unos completos desconocidos y allí estábamos, aquel septiembre abrasador y extraño, charlando como si celebráramos nuestro aniversario. Brindamos por eso. Beatriz se alongó sobre la mesa para darme el beso que me había hurtado antes. Me miró con los ojos brillantes y sentenció: ¿Y sabes qué, Ricardo?; siento que lo mejor está por llegar.

Eran las once y cinco cuando se abrió la puerta del zaguán de Olalla y Alejandro Bringas reapareció en escena. Dos cosas, sin embargo, habían cambiado: el tipo estaba en guardia (antes de salir al paseo, miró varias veces a derecha e izquierda) y llevaba una chaqueta negra que no tenía al entrar. Era más un gabán, un tres cuartos que le llegaba casi a las rodillas. Parecía un pistolero del Oeste, Clint Eastwood reinventado. Sólo le faltó escupir una borla de tabaco, mascado hasta el aburrimiento, en una de las macetas desconchadas del paseo. Beatriz cayó en la cuenta de mi interés por él, ¿Lo conoces? Yo mentí a medias, lo que en ciertas ocasiones es mentir dos

veces, Me suena de un viejo caso, sí; se llama Bringas y su especialidad es dar miedo. Ella sonrió con picardía, Pues no pareces demasiado asustado. Y yo, encogiéndome de hombros, Eso es porque te tengo a ti para protegerme.

Le pregunté a Beatriz qué le apetecía hacer. La farmacéutica respondió, con los ojos del vino, que muchísimas cosas pero que deberíamos posponerlo. Al día siguiente tenía que madrugar. Sí. Era cierto que los niños dormían con su exmarido pero ella no se fiaba que César fuese capaz de organizarles el trabajo por la mañana. Sabía bien que, con esa actitud condescendiente, continuaba malcriándolos a todos. Pero, qué quería yo, llevaba a la chepa muchos años de tradición, heredada de madres a hijas. La suya era una tarea lenta y tediosa: se trataba de reeducarlos hasta que adquirieran los hábitos necesarios para funcionar solos, sin su ayuda. De hecho, Beatriz se levantaría temprano, se arreglaría e iría a casa de su ex antes de las ocho. Si a esa hora no los veía salir al colegio, intervendría. Si eran puntuales, se marcharía a desayunar y a abrir la farmacia sin decir ni esta boca es mía.

Me pareció muy sabia, muy coherente su decisión. Le deseé suerte. Aún más: crucé los dedos. Si el experimento le funcionaba, podríamos repetir aquella cena y entonces ya le dejaría pagar a escote, y entonces no tendría que salir corriendo, y entonces podríamos hacer esas muchísimas cosas para las que ahora no había tiempo, y entonces no pensaríamos en otra cosa que no fuera disfrutar el uno del otro. La labor de reeducación que estaba practicando Beatriz Guillén en su familia me vino a huevo esa noche. A las doce me dejó en la puerta de casa. A las doce y dos minutos estuve enterado por Inés (mi secretaria había insistido en quedarse con mi abuelo para que yo descansara) de que Colacho seguía igual: lo alimentaban con una sonda y cada seis horas lo cambiaban de postura a fin de que no se llagara. Y a las doce y siete me hallaba en el Hotel Fataga.

Un coche gris marengo estaba aparcado sobre la acera en la esquina de la Calle Mas de Gaminde, en el mismo lugar donde el policía chulo había estado a punto de multarme. No me hizo falta mirar dos veces para reconocer a uno de los hombres de Álvarez sentado al volante. Me acerqué a hacerle compañía. Cabrera estaba más viejo y más gordo de lo que recordaba, demasiado trabajo sedentario tras su mesa de la comisaría. En sus gestos indolentes se veía que, en efecto, le quedaba poco para jubilarse. Le hice una seña y me invitó a subir.

El coche era un reflejo de su dejadez. En el salpicadero había una bolsa de papel grasiento que, sin duda, había albergado un bocadillo de atún o de sardinas, y un vaso de cartón con restos de café con leche y una botella de agua mineral a medio vaciar. Las huellas de una vigilancia humillante. Después de los saludos ceremoniosos (el hombre se interesó por el estado de mi abuelo; había sabido de su embolia por el inspector Álvarez), nos cruzamos información. Él estaba al tanto de que Bringas había ido a visitar al padre Olalla. Lo había seguido hasta Las Canteras y lo había

visto entrar en el edificio de apartamentos. Lo estuvo esperando bajo una farola del paseo hasta que salió de nuevo. Después, el asturiano había regresado al hotel, adonde había llegado a las doce menos cuarto. De modo que todo estaba en su perfecto orden.

Calculé la distancia entre la casa del secretario del Obispado y el Fataga y me pareció mucho tiempo cuarenta minutos para un trayecto que, sin prisas, se recorría en la mitad. Cabrera me miró incómodo, como si le ofendiese mi comentario, Es que Bringas se detuvo en una cafetería de la Victoria para comer algo.

—¿Cómo que para comer?

—Sí. Se detuvo y cenó.

—¿A las once y media? ¿Lo siguió usted hasta el interior de la cafetería?

—¿Para qué iba a hacerlo? Desde el coche vi cómo se sentaba y pedía un sándwich y una cerveza.

—¿Estuvo solo todo el tiempo?

—Pero, bueno. ¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio? ¿Me va a enseñar usted ahora a hacer mi trabajo?

—Ni por asomo, Cabrera. Perdona mi insistencia. Pasa que estoy cansado: entre lo de mi abuelo y este caso no doy avío a tanto sobresalto. No pretendía darle lecciones de nada, sólo que me extraña que Olalla no haya invitado a Bringas a ese sándwich. Si usted y yo coincidiéramos fuera de Gran Canaria, digamos que en Oviedo, y yo lo visitara a la hora de la cena, ¿no me sacaría al menos unos manises y una lata de mejillones con una cerveza?

Cabrera comprendió, lentamente, como en una digestión pesada, lo que pretendía explicarle. Se rascó la cabeza, detrás de la oreja (me acordé de la sarna que le achacaba Elsa Iglesias), y miró al frente, a un punto lejos de donde estábamos. No. No tenía sentido lo de detenerse en el bar de la Victoria. Le refuté el alegato con toda la prudencia de la que fui capaz para no despertar su susceptibilidad otra vez: tenía mucho sentido, pero no el que aparentaba. Insistí en la pregunta, ¿Estuvo Bringas todo el tiempo solo?

El policía escarbó en la memoria hasta que apareció una figura tras los ventanales del bar. Una mujer llegó poco después que el asturiano. Mediana edad. Mediana estatura. Vestido gris. Cabello recogido en una coleta. Guapa no era, si no la hubiera recordado sin tanto esfuerzo. ¿Qué hizo? Se sentó a una mesa junto a la de Bringas. Pidió un café o una infusión. Eso. Un té. Cabrera estaba seguro. Le trajeron una tetera con agua hirviendo. La mujer esperó a que la infusión cogiera color, le echó azúcar, lo revolvió sin prisas y se lo tomó a sorbos breves. ¿Había más clientes? No. Ellos dos solos y la camarera. ¿Cuántas mesas tenía el bar? El policía contó mentalmente y

le salieron doce, quince a lo sumo. ¿Todas libres? Sí. Todas libres.

Dejé que reposara la imagen de un bar de solitarios noctámbulos antes de continuar con la reflexión en voz alta. A saber: si Cabrera fuera una mujer, si entrara en un bar para tomar un té a las once de la noche, si tuviera quince mesas libres para elegir, ¿se sentaría en la contigua a la única ocupada, máxime si el ocupante fuese un tipo con la facha de Alejandro Bringas? Ni de coña. Buscaría la más alejada de ese tipo. Claro. Igual que yo. Eso significaba que el sicario y la mujer se habían citado allí para algo. ¿Hablaron? No. En ningún momento se dirigieron la palabra.

La última pregunta me sobraba pero tenía que hacerla. ¿Llevaba Bringas la chaqueta negra cuando salió del bar de la Victoria? La cara de estupor del policía me respondió que no, que ni siquiera había reparado en una chaqueta negra, que en verdad estaba viejo y cansado, que no veía la hora de la jubilación, que hacía tiempo que no realizaba labores de vigilancia y bastante tenía con seguir, a sus años, a un sospechoso a medianoche para encima fijarse en una chaqueta que iba y venía como si tuviera vida propia, al coño con todo ya. Cuando lo dejé en el coche, rumiando su desencanto, sentí lástima por él. Álvarez lo había descrito como un buen policía y, seguramente, alguna vez lo había sido. Pero se había convertido con el tiempo en un funcionario lastimero y gris.

Esa noche no iba a poder hacer nada más, ni siquiera dormir. Así que decidí cambiarle el turno a Inés. Cogí una mochila con ropa limpia, me monté en el coche y fui a Santa Catalina a velar a Colacho. A mi secretaria no acabó de convencerle el trueque. No por ella, que al fin y al cabo iba a descansar en su cama esa noche, sino por mí, Estás hecho una mierda, Ricardo; ¿tú te has visto?; seguro que ni has cenado. Le apacigué las dudas, He cenado estupendamente; con una mujer; sí, con una mujer que no es ni cliente ni sospechosa de asesinato, para que luego digas; ¿cómo?; se llama Beatriz, Beatriz Guillén y es farmacéutica; ¿perdón?, bueno, chica, eso es demasiado correr; por lo pronto basta con que ha llegado; si es para quedarse o no, ya lo decidirá ella.

Resultó que pude dormir algo aquella noche. A ratos, eso sí. Buscando la postura en el sillón de los tormentos. Pero Colacho parecía tan sosegado, tan sereno que acabó contagiándome su paz. Me quité los zapatos y subí los pies a la cama, por una esquina libre. Me abrigué (el aire acondicionado estaba al máximo) con la manta que había en el ropero. Y dejé que el cansancio me derrotara, ya habría tiempo de darle vueltas al caso del periodista.

A las siete y cuarto me despertó un farfallo de sábanas. Una enfermera nueva (figura rechoncha, gestos dulces, cara de buena gente, gafas gruesas, voz tímida) le

limpiaba a mi abuelo el sudor de la espalda con un paño mojado en algo que no podía ser vinagre pero que olía y tenía el color del vinagre. El viejo se dejaba hacer desde el pozo de su letargo. De haber estado despierto, hubiera rezongado, le hubiera soltado a la mujer una de sus pullas. La enfermera, ajena a con quién se jugaba los cuartos, se excusó por haberme despertado. Me explicó que lo que hacía era necesario para evitar que el cuerpo se llenara de pústulas. Me felicitó por ser tan buen nieto, ella estaba acostumbrada a cuidar *moribundos* (no empleó ese término pero sonó igual de contundente) a los que nadie visitaba nunca y mucho menos velaba de noche en esos horribles e incomodísimos sillones. Sí. Se notaba que yo quería a mi abuelo con locura, que no me escudaba en el trabajo, en la familia, en las ocupaciones para desaparecerme del mapa.

Me pareció un halago exagerado. Total, mi trabajo no tenía horario fijo, mi familia era el hombre que estaba en aquella cama y mis ocupaciones no eran tan importantes que no pudieran esperar. Cualquiera en mi lugar haría lo mismo. La enfermera negó con la cabeza, Cómo se nota que usted no ronda mucho los hospitales. Aproveché que la mujer andaba entretenida con la espalda de mi abuelo para preguntarle si podía usar la ducha de la habitación. La enfermera bondadosa y miope me respondió que no pero que sí. Que el baño era sólo para los pacientes pero que aquel paciente no iba a necesitarlo. Que yo me merecía una buena ducha. Y que ella iba a hacer la vista gorda durante media hora para que me aliviara del cansancio pegajoso y las pesadillas.

Mientras caía el agua fría sobre mi espalda, sólo pude pensar en el significado de las palabras de la mujer (aquel paciente no iba a necesitar el baño) y, por primera vez, tomé conciencia clara de que Colacho no volvería a despertar. La ducha no logró desperezarme el ánimo, toda mi vida iba cayendo en círculos por el sumidero. Hice caso omiso a los anuncios que había colgados por todas las paredes sobre la necesidad de ahorrar el agua. La malgasté hasta que me dolió la cabeza de tanta catarata. Cuando salí del baño alguien me había quitado el puesto junto al viejo. Gloria había madrugado para estar con él, tan acostumbrada estaba a atenderlo que no se hallaba en otro lugar que no fuera aquel cuarto de hospital.

No sé qué mosca me picó, qué pensamiento fúnebre traía de la ducha, que cometí la torpeza, la necedad de hablarle de su sueldo: mientras mi abuelo viviera, ella seguiría en nómina. Gloria me lanzó una mirada a caballo entre el dolor y el desprecio para ponerme en mi sitio. No lo hacía por dinero. Mi abuelo siempre la había tratado como a una hija. El suyo era más que un trabajo, la casa de Colacho se había convertido en un refugio, quizá el único lugar de la Tierra donde se sentía libre y dichosa. Tal vez yo no lo sabía pero Colacho Arteaga era la persona más noble del mundo.

Me sentí ruin, indecente. Intenté una defensa que no me defendía. Era el

cansancio, el calor, mi carácter arrebatado. Sí. Cuando la cago, la cago del todo. Ella hizo un gesto con la mano, Déjelo; todos estamos afectados con esto, y ahora el único que importa es él. Por supuesto. El que importaba era él, Colacho Arteaga, la persona más noble del mundo con el nieto más torpe de la historia.

Necesité dos cafés, a cual más negro, para espabilarme. No tenía hambre, el sentimiento de culpa me rondaba desde hacía una semana. Pero me obligué a comer algo por si el día se alargaba o se comprometía. En la barra del bar, un tipo me miraba de reojo con obstinación. Lo achaqué a mi aspecto calamitoso: con ojeras, sombrero, la piel cuarteada del agua y la ropa arrugada. La actitud entrometida e insistente del hombre me estaba poniendo nervioso pero gracias al cielo no saqué a pasear mi recién nacido mal humor porque resultó que me conocía de mi antiguo barrio. Vivía, dijo, puerta con puerta con la de mi familia. Jugaba conmigo, afirmó, a la pelota y al burro y al boliche en la Plazoleta de Héroes del Alcázar. Incluso nos enamoramos, confesó con deleite, de la misma chica: Andrea Toledo, un año mayor que nosotros y estudiante de piano en el conservatorio.

A Andrea y su piano los recordaba bien. Y la plazoleta. Y la pandilla del barrio. Y el burro: huevo, araña, puño o caña. Pero al tipo que desayunaba a tres metros de mí, al otro lado de la barra del bar, no. Sergio Déniz. En aquellos años, bromeó, tenía pelo en la cabeza y pantalones cortos que dejaban ver unas canillas flacuchas y blancas. Sergio Déniz, insistió. Su padre tenía una empresa de camiones en Jinámar. Sergio Déniz, reconoció, un malísimo estudiante que no lograba aprobar más que la religión y la gimnasia. Tan emocionado lo vi que acabé por creer que de verdad lo recordaba. Claro, hombre. Sergio Déniz, carajo.

Pasaba que había cambiado tanto... Que habían transcurrido más de cuarenta años y eso no había memoria que lo resistiera. Que yo me había mudado a otro barrio antes de cumplir los trece. Pero ahora (mi fingimiento se fue envalentonando con el segundo café) sí lo recordaba perfectamente. ¿No tenía un hermano mayor? Ah, caramba. Más pequeño. Eso. Más pequeño. ¿Y su padre no conducía un cochazo? Sí. Un Buick Electra, el primero que llegó a Las Palmas en mil novecientos sesenta y cinco. Exacto, un coche magnífico. Y, como por la boca muere el pez, me atreví a evocar a su madre, una señora alta y guapa, morena y siempre sonriente. Y acerté. Sólo que yo no podía saberlo porque su madre había muerto en el parto de su hermano mucho antes de que llegara con su familia al barrio. Y entonces a Sergio Déniz se le pudrió la sonrisa en la boca. Miró el reloj. Pagó su desayuno y se marchó de la cafetería sin siquiera mirar a su viejo amigo del barrio, su viejo amigo el amnésico, el burlero, el hipócrita. Joder. Menudo septiembre.

El calor se levantó temprano esa mañana. Se hizo fuerte en el bazar de los periódicos, en el coche, en la gasolinera. En el rostro de la gente se fue instalando un gesto de tedio, de cansancio, de ganas de nube y panza de burro. Cuando encendí el

móvil, después de echar gasolina, tenía dos llamadas perdidas, ambas sin mensaje. La primera era de Elsa Iglesias; la otra, de Gervasio Álvarez. Atendí primero a mi cliente, oficio obliga. La mujer quería saber si me había olvidado de ella y de su hijo. Seguía en vilo. Nadie le decía nada. Ni los supuestos secuestradores ni la policía ni yo. Empezaba a pensar en un complot. En que sabíamos lo que le había ocurrido a Pablo y no nos atrevíamos a enfrentarnos a ella.

Hablé por mí (ya no creía, desde luego, en un secuestro, pero no había amañado nada con la policía) para asegurarle que andaba tras varias pistas y esperaba que pronto me condujeran a algo. Le di cuenta de mis últimos pasos en el Museo Diocesano y en el Convento de las Ursulinas. Descarté comentarle lo del Obispado, no fuera que a Madre Coraje le diera por presentarse allí a cantarle las cuarenta al secretario y levantase la liebre. ¿Cuánto tardaría? Eso era más difícil de calcular pero en un par de días tendría noticias mías. Sí. Dos días. Fueran buenas o malas las noticias. Me comprometía a ello.

Álvarez se había levantado con ganas de bronca. Había estado dándole vueltas al caso durante una noche en que apenas había pegado ojo y no soportaba la idea de cruzarse de brazos por mucha Santa Madre Iglesia que hubiera de por medio. Acababa de leer el informe de Cabrera sobre la vigilancia de Alejandro Bringas y en él se hablaba de un encuentro clandestino con una mujer en un bar de la Victoria. Pero ni se decía quién era la mujer ni se especificaba el propósito de ese encuentro. También decía el informe que Ricardo Blanco había sido visto merodeando por la zona. Así que el inspector se preguntaba si podía yo completar las notas de su hombre. Sí que podía. Eludí entrar al trapo (lo de merodear sonaba a vagabundo sin pena ni gloria) y fui al grano: Bringas había salido de casa de Olalla con un gabán negro que no llevaba cuando entró; yo había cenado en un restaurante a treinta metros de la casa del secretario y lo había visto, y ese gabán no regresó al Hotel Fataga con el asturiano, se quedó en el bar de la Plaza de la Victoria. Eran hechos, no elucubraciones.

No pretendía dárme las de listillo pero la mujer con la que el sidrero se encontró no podía ser otra que Dolores Mesa. No era extraño: ya se habían citado anteriormente, la noche de la redada, en La Alquitara. Y la chaqueta debía de esconder algunas piezas de contrabando de las que Olalla quería desembarazarse y que ahora estarían en el convento. Bueno: con aquel calor se podía estar seguro de pocas cosas, pero me atrevía a apostar con él sobre ello. Después de la trampa que le tendí a la gobernanta de las Ursulinas, Olalla no querría más riesgos. Tendría piezas de arte escondidas en su casa que le quemaban como la yesca e ideó aquel encuentro. Con Ortigosa no podía contar porque era el más vigilado (y el más imprevisible) de todos. Así que recurrió a su paisano y a Dolores Mesa para que lo sacaran del aprieto.

Álvarez interrumpió mi alegato. Necesitaba un segundo para comprobar algo. Sí.

El informe de otro de sus hombres, de la Coba, que se había encargado de vigilar a las Ursulinas. Buscó entre los documentos de su buró (se oía de fondo un rasguño de papeles) el dichoso parte. Ajá. ¿A qué hora decía yo que se había producido el encuentro del bar de la Victoria? A las once y media. Pues todo encajaba. De la Coba sostenía que una guagua pequeña había salido del convento a las diez y cincuenta para regresar a las doce y veinte. Que sólo viajaba el conductor, la gobernanta debía de estar agazapada en los asientos de atrás. Y que no lo siguió porque tenía orden expresa de acechar únicamente el coche de Dolores Mesa. ¿Y si llega a tratarse de un señuelo, qué? Hizo lo correcto. Y Álvarez también. No podía hacer otra cosa. Ni loco hubiera apostado más de un coche en La Atalaya con la que estaba cayendo desde Jefatura. Hubiera sido un desastre. Y a los políticos (el Jefe Superior era casi un político) les encantan los desastres, les producen morbo. Lo hubiera aprovechado para cerrar definitivamente el caso y entonces a la gran puñeta con todo.

Lo que estaba clarísimo era que en el convento se escondían suficientes pruebas para dismantelar la banda de traficantes. Me plugo comprobar que el inspector había dejado de dudar de mis teorías. Si iba a embarcarme en una guerra loca contra el mundo prefería tenerlo de mi lado. Álvarez sonó desabrido, ¿De tu lado?; ¿cuándo no he estado yo de tu lado, totorota?; que recuerde, en ninguno de tus casos (y mira que has pisado callos y te has meado en macetas ajenas en los últimos diez años) te he dejado en la estacada. Tenía razón el policía. No siempre habíamos estado de acuerdo en los procedimientos pero hasta la fecha se había comportado como un buen amigo. Así se lo manifesté y, de camino, le expuse cuáles eran mis intenciones para esa mañana. ¿Qué pensaba hacer? Una locura, qué otra cosa podía esperarse de un loco. Un loco que, además, se notaba cansado, sin nada que perder, con un abuelo a punto de morir, una madre desahuciada como cliente y pocas ganas de broma.

Iba a tomar por asalto un convento. Estaba hasta la gaita de paños calientes, de sospechosos que se reían en mi cara, de mentiras obscenas. Iba a asaltar un convento con todo lo que hubiese dentro y me importaba un huevo lo que pudiera ocurrir después. Y qué si perdía la licencia: quién tenía ganas de seguir ejerciendo de detective privado en un mundo sin Colachos Arteagas y con Olallas y Bringas y Ortigosas y Mesas. ¿Desquiciado? Por supuesto que estaba desquiciado. De la rabia, del miedo, de la impotencia, de nuevo la puta impotencia. ¿Pensarlo dos veces? Ya había pensado bastante. Era momento de tomar decisiones. Y ya que allí nadie las tomaba iba a quemar las naves. Sí. Ya sabía que el allanamiento de morada era un delito y una pésima decisión. Que un abogado listo podía anular cualquier prueba que encontrara en las Ursulinas. Que tenía mucho que perder y poca ganancia. Pero es que a mí lo único que me interesaba era acabar con el puñetero caso de una vez por todas. Desmontarles el tinglado a esos cabrones. Y llevarle a Elsa Iglesias el cuerpo de su hijo para que lo enterrara donde quisiera y le encargara una misa de difuntos y

le llevara flores todos los domingos a partir de aquel septiembre. Si luego venía un hábil abogado y convencía a un juez escrupuloso de que todo aquello no había ocurrido nunca, allá ellos con su conciencia. La mía se estaba enfangando hasta decir basta y ya no podía más con aquel peso.

Ni la gobernanta ni ninguno de sus compinches esperaba una jugada así. Dolores Mesa se vería sorprendida. Me gritaría. Buscaría ayuda. Y acabaría llamando a Olalla, primero, y a la policía después. Y él, Gervasio Álvarez tendría que acudir en su auxilio. Con eso contaba. Sólo le pedía una cosa: que anulara en ese instante la vigilancia del convento; que mandara llamar a de la Coba o a quienquiera que estuviese en la curva de La Atalaya, al lado del mugriento contenedor. Exacto. Cuando la hermana Dolores lo requiriera, el inspector tardaría media hora en llegar. Sí. Eso. Lo único que necesitaba un loco desesperado era tiempo para hallar las pruebas. Para encontrar unos cuadros que alguien estaría echando de menos en algún lado. Y para desenterrar un cuerpo y ver si se trataba de una cabra o un periodista. Después ya no era cosa mía. Lo dejaría todo en sus manos y acataría las consecuencias, allá jueces y jurados con sus martingalas.

El inspector mantuvo un silencio engorroso, pétreo, de esos que tanto podían preludiar un aplauso como una sarta de improperios. No quise romperlo yo. Necesitaba a mi amigo y estaba seguro de que, si lo presionaba, estallaría y me mandaría a tomar por culo. Abrí la ventanilla del coche para que entrara el aire pero el aire que entró quemaba más que el de dentro. Volví a cerrarla. Una pitada me sacó de la hipnosis. Me había quedado en medio de la gasolinera y una mujer, en una ranchera blanca, tenía prisa por salir. Me aparté de su camino y dejé el coche en la zona de recauchutado.

El policía respiró hondo antes de pronunciarse y, cuando lo hizo, eligió el camino de en medio, ni broncas ni alabanzas, Te me has vuelto nihilista, Ricardillo.

—¿Dígame?

—Que te me has vuelto nihilista con los años.

—Los años no tienen nada que ver en esto, inspector. Ya le digo que, con mi abuelo en coma y Elsa Iglesias en su purgatorio de dudas, si no me puedo permitir el nihilismo ahora ya no podré jamás.

—Sabes lo que vas a hacer, ¿verdad? Si das un solo paso en falso te va a caer un puro de tres mil pares de cojones.

—Tres mil pares y pico, sí. Lo sé.

—¿Y estás dispuesto a mandarlo todo al garete por este caso? Mira que si te sale mal puede ser el último que te dejen investigar. Ni yo podré interceder por ti.

—De algo hay que morir, Álvarez. Además, usted y yo sabemos que el verdadero

detective es mi abuelo. Sin él no tiene maldita gracia este oficio.

—Pero tú no vales para otra cosa que para mosca cojonera.

—Pues a partir de ahora, si la jeringo en La Atalaya, seré una mosca cojonera y clandestina. Me mudaré de barrio y me dedicaré a casos de cuernos, putas y enredos empresariales, que dan más pasta.

—Eso no te lo discuto. Y dime, ¿todo esto vale la pena?

—Lo ignoro. Ya sabe lo que dicen: la ópera no se acaba hasta que no canta la gorda. Entonces ya se verá si vale la pena o no.

—Tienes una hora. Desde que entres en el convento hasta que llegemos nosotros. Una hora. Aprovéchala como si te fuera la vida en ello. Cuando te vea allí dentro tendré que detenerte.

—Me parece justo. Hasta dentro de un rato, entonces.

—Ve con cuidado. Y suerte.

—Gracias, amigo.

Rumbo a La Atalaya tuve tiempo de pensar en muchas cosas, sobre todo en los riesgos que corría. Me pareció andar girando en un bucle machacón hasta el cansancio. Mi vida de detective había estado marcada por lo que mi abuelo tacharía de calenturas. Creí estar oyéndolo en su sillón de orejas, ¿Te has dado cuenta, Ricardillo, de que tú lo arreglas todo con tus calenturas?; no conozco a nadie con menos paciencia, m'ijo. Y, como siempre, hasta en mis alucinaciones tendría razón el viejo. Porque no era la primera vez que me encontraba en una situación como aquella. Desesperado, hastiado. En el caso del violinista judío me jugué el tipo en un chalé en llamas en casa del carajo para salvar a una muchacha en peligro. En el de la sirena (así llamaron los periódicos a una pobre prostituta asesinada) hice lo mismo para evitar que a Colacho me lo botaran por un despeñadero.

Ahora (desesperado, hastiado) tenía la intención de poner patas arriba un convento de monjas. Y resultaba irónico: no había nadie a quien salvar (impensable que Pablo Quesada aún estuviese vivo) y mi vida no corría serio peligro (la hermana Dolores no era una loca perturbada ni un capo mafioso); sin embargo, albergaba el mismo miedo que entonces. ¿Quién sabe? Quizá no era la calentura sino el miedo lo que me impelía a actuar.

Álvarez estaba en lo cierto: si fracasaba, me iba a pasar una temporada en el Salto del Negro, tendría que buscarme la vida en otra cosa, acaso en otro lugar, y empezar de cero. Pero eso solo no justificaba el miedo. Mi verdadera angustia era defraudar a Colacho, no poderme despedir de él como Dios manda, pasarme en la prisión el resto

de su convalecencia.

En la rotonda del Monte Lentiscal estuve a un volantazo de desistir. Recordé la pregunta del inspector: ¿de verdad valía la pena todo aquello? Mi abuelo (de nuevo me hablaba desde su sillón) diría que sí. Que no había marcha atrás. Que ni se me ocurriera ponerlo a él de excusa para eludir mis responsabilidades. Que prefería morir solo en Santa Catalina que acompañado de un cobarde. Que me arrepentiría el resto de mi vida si no peleaba hasta el final, fuera el que fuera, en aquella aventura. Que más valía honra sin barcos que barcos sin honra. Y además, qué carajo, con lo divertido que iba a ser lo que ocurriera en el puñetero convento, como para perderselo. Así que adelante con los faroles.

Aparqué a Mildred en la carretera general, en un hueco que se hacía entre un puentillo y una fuente seca. No quería delatarme antes de tiempo así que mejor borrar las huellas del coche. Subí el caminito a pie, pegado al muro. El sol empezaba a recalentar la piedra. Asusté a media docena de lagartos que buscaban aliento fuera de sus madrigueras. El perro de una casa vecina ladró. Y convocó a una jauría que habitaba aquel barrio retirado del mundo.

El problema de las calenturas, del miedo, de actuar a la desesperada, es que te dejas siempre pelos en la gatera. En mis cálculos sólo entraban un grupo de mujeres con Dolores Mesa al frente y un jardinero que, en el peor de los casos, se mantendría neutral. No tendría, pues, que pegarme de trompadas con nadie. Si hubiera estado atento a la conversación con Álvarez en lugar de buscar argumentos que afianzaran mi decisión de invadir las Ursulinas, hubiera reparado mucho antes en un nuevo jugador dispuesto a aguarme la fiesta. Lo supe (fue más que una intuición) al llegar al aparcamiento. Había una guagua allí como las otras veces. Una guagua pequeña, probablemente la que había conducido a la gobernanta a su cita con Bringas la noche anterior.

Me acerqué por detrás, despacio, procurando no sublevar la gravilla. No había nadie en la guagua, aunque las puertas no estaban cerradas con llave. En el asiento del conductor asomaba colgada una rebeca azul oscuro con el emblema de la empresa de transportes. En el salpicadero, un periódico doblado. En el cenicero, dos bolígrafos y un pequeño bloc de notas. En el bloc, una serie de trabajos y fechas anotadas, la última de las cuales databa del día anterior por la mañana. La excursión de medianoche no aparecía registrada.

Crucé el aparcamiento y busqué el huerto por si veía a Marco Aurelio. Los frutales estaban desatendidos; la tierra, reseca; el suelo, lleno de hojas muertas. Entendí por qué Trueba necesitaba acudir a diario: el sofoco se abría paso a codazos entre la hierba. La puerta trasera del convento estaba también abierta, pero esa opción debería esperar. Rodeé la casona para llegar a la rosaleta sin ser visto. Protegido por

la fronda de árboles, me aproximé cuanto pude a la puerta enrejada del jardín. Me detuve a escuchar. Ni siquiera el viento se presentó a la cita de septiembre. Sólo un gorjeo de pájaros y el canturreo lejano de la cocinera, *Somos novios, mantenemos un cariño limpio y puro*. Olía a gazpacho.

La verja estaba cerrada pero sin candado. ¿Para qué iban a candarla? ¿A qué loco se le iba a ocurrir allanar un convento de aquel modo tan tosco y con aquel levante? Acepté la invitación a entrar. Atranqué la puerta detrás de mí. Atravesé el jardín hasta el lugar que había marcado Trueba: al fondo de la rosaleda, junto a una pila de agua. Me agaché a remover la tierra, a buscarle macas a la arena. Examiné con la mirada el terreno por si había una pala o un pico que pudiera ayudarme. Nada a la vista. El cuarto de aperos sí estaba cerrado con llave y el ruido que produciría al intentar abrirlo acabaría por alertar hasta a la monja sorda. Desistí. Seguí mirando a mi alrededor.

Debajo de la pila había un balde de latón del que sobresalía el mango de una herramienta. Eran unas tijeras de podar. Tendrían que servirme. Me arrodillé bajo el rosal y comencé a escarbar con todas mis fuerzas. A cada poco me detenía para escuchar el aire. Nadie. Se me ocurrió que necesitaba más concentración, no podía estar en misa y repicando. Cogí el balde y lo llevé hasta la puerta enrejada. Lo coloqué sobre una piedra irregular de modo que, si alguien abría la verja, volcaría el recipiente y el ruido me prevendría. Volví a la tarea de excavar una tumba. Después de un buen rato lo único que había conseguido era astillarme los nudillos y embarrarme la ropa. La sombra del rosal no me evitaba el calor asfixiante. Me sudaban las manos. Me desesperaba imaginar que había cruzado todo el océano para morir en la orilla. Pensaba sin dejar de cavar (¿qué se me pasaba por alto?), sin dejar de sacar tierra con la podadora (¿dónde escondería yo un cadáver?). Allí no había nada. Nada de nada. Ni una cabra ni un periodista.

Analicé con calma lo que desafinaba en todo aquello. Volví atrás, desde el momento en que aparqué el coche en la cuneta. ¿Con qué me había encontrado? ¿Qué no había sabido leer en el trayecto? Tenía, mirara donde mirara, puertas abiertas y caminos francos: la guagua, el huerto, el convento, el jardín. Demasiado abiertas, demasiado francos. Parecían desafiarme, Vamos, atrévete a cruzar la línea. ¿Por qué, entonces, el cobertizo estaba cerrado? ¿Eran más valiosos los aperos del huerto que los cuadros y los tapices? ¿Valían más los sacos de cebollas y papas que las obras de arte de la capilla?

Me levanté con la tijera de podar en una mano. Con la otra me limpié los restos de tierra en las rodilleras del pantalón. Anduve los tres pasos que me separaban del cuarto de labranza sin dejar de mirar a la verja de la rosaleda. El portalón del cobertizo era de madera verdosa, con algunos remaches en zonas magulladas por la humedad y el tiempo. Un candado bruñido de la marca Pampa (lo único nuevo de

aquel pesebre) custodiaba lo que quiera que hubiese dentro. Era más fácil romper la puerta a patadas que el maldito cerrojo, pero la escandalera despertaría a todos los perros del barrio. Exploré la cerradura entera a ver si hallaba taras y encontré una ranura entre el bastidor de hierro que sostenía el candado y la plancha de madera del portalón. Metí la punta de la podadora e hice palanca.

La tabla se astilló por varias partes produciendo un chasquido sordo y denteroso. Al cuarto o quinto golpe de torniquete una de las hojas de la puerta se abrió. Me agaché por debajo del bastidor y entré en el cobertizo. Necesité unos segundos para que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Me recibió un olor a productos químicos, a azufre y a tinturas, y a algo más que no supe definir. Busqué un interruptor en la pared de piedra. No lo había. En el centro del cuartucho colgaba un bombillo como un ahorcado del que se habían olvidado hacía años. Seguí el curso del cable hasta llegar a una de las dos pilastras gruesas y mohosas que sustentaban el tinglado. Le di a la luz pero el bombillo debía de estar ya herido de muerte porque, tras un estallido de wolframio, regresó la penumbra.

La luz del mediodía, no obstante, se colaba por la hoja abierta iluminando un pedazo del cuarto en el que se amontonaban varios sacos de grano. En la esquina de la derecha se emplazaba una estantería con repisas donde podían verse latas de veneno, bolsas de abonos y talegas de semillas. Junto a ella, cinco ganchos fijados a la pared de los que pendían un rastrillo, un pico, dos palas gemelas y un escobillón. Al otro lado de la habitación había un inmenso arcón que alguien había rodado recientemente: una estela en el suelo igual que la que dejaría un compás en una hoja de papel lo atestiguaba. Eso significaba que lo habían arrastrado desde una sola esquina. Que no había habido suficientes manos para levantar el arcón en peso y volverlo a colocar en su sitio. Y que quien lo zarandeó tenía mucha prisa, tanta como para despreocuparse de las huellas que dejaba atrás.

A un lado del baúl había una carretilla vacía. Al otro se hallaba una pila de cajas de madera con la fruta que daban los árboles de Marco Aurelio. Distinguí varias manos de plátanos, una docena de manzanas verdes, dos o tres aguacates que maduraban al fresco del cobertizo. Sobre el arcón descollaba una jarra de cristal de tallo delgado con tres rosas amarillas. Habían colocado un mantel debajo para evitar que dejara surcos en la tapa del mueble. Estaba admirando el exquisito encaje del mantel cuando un estruendo de metal me llegó desde afuera. El balde había caído. Alguien había abierto la puerta del jardín.

Aunque los pasos sonaban cautelosos (tuve la sensación de que tardaban una eternidad en llegar a la puerta del cobertizo), no tenía tiempo de recorrer la habitación entera para armarme con el pico o el rastrillo. Además, hubiera delatado mi posición y perdido la única baza que me quedaba en pie: la de la sorpresa. Sí. La sorpresa. Porque, si bien el recién llegado sabía que yo me agazapaba en el granero aquel, allí

había más recovecos para esconderse que en un castillo feudal. Necesitaba, eso sí, algo con lo que defenderme si llegaba el caso. Agarré la jarra de cristal, arrojé el agua y las tres flores medio mustias ya por detrás del arcón y me oculté tras la pilastra ancha sobre la que se enroscaba el cable de la luz.

Esperé. El desconocido también. Estaría, como yo, considerando el siguiente movimiento. Con cada segundo que pasaba crecían los nervios: en él, supuestamente; en mí, sin duda alguna. Me asombró mi propia ingenuidad: ¿de verdad había creído que iba a entrar en el convento y a salir con todas las respuestas sin pagar peaje? Un silencio mortificante y seco se había enseñoreado de la mañana. Y la impaciencia, la calentura, el miedo (quizá una confusión de todo) comenzaban a hacerse insoportables. Necesitaba que ocurriera algo, así que cogí una manzana grande de una de las cajas, apunté alto y la lancé con fuerza al otro lado del alpendre, adonde las semillas y los abonos. Logré darle a una lata de veneno (una roja con el dibujo de una rata repugnante y gorda), que se tambaleó en la balda con un sonido a alcancía chirriante.

Lo que vino después fue un despropósito. Dos disparos: el primero agujereó una bolsa de semillas negras; el segundo abolló la lengua de una de las palas que colgaban de la pared. Dos disparos. Y de nuevo el silencio de cementerio. No supe si el panorama se oscurecía o se aclaraba. Sólo que ya sabía a lo que atenerme: mi enemigo iba armado con una pistola y yo, con una jarrita de cristal. Menuda guerra.

Calculé, mientras mantenía la respiración, mis alternativas: ¿continuaba con el lanzamiento de manzanas hasta que a aquel tipo se le acabara la munición?; ¿esperaba a que llegara alguien en mi ayuda?; ¿me rendía directamente? Tres opciones que no me tentaban: una por ridícula, otra por quimérica y la última por denigrante. Si me iban a pegar un tiro que me lo pegaran de frente.

Una voz masculina resonó en el jardín, Salga con las manos donde *podamos* verlas y no le ocurrirá nada; tiene *mi* palabra, Blanco. El empleo alternativo del plural y el singular, la cadencia trémula de la amenaza, el ligero titubeo con el que el hombre había pronunciado mi apellido me hicieron caer en la cuenta de que, en aquella batalla, no más había dos combatientes y los dos estábamos acojonados. Sólo que uno llevaba arma y el otro no.

En ningún momento me creí la palabra de que me iban a dejar salir vivo del cobertizo. A Quesada se lo habían cargado por mucho menos. Y en cuestiones de muertos, es sabido, ocurre como en los saldos de un supermercado: el segundo crimen sale a mitad de precio. Me mantuve en mis trece, sin moverme. Fuera hacía un calor infernal mientras que en el granero, al menos, se podía respirar. Y eso hice: respirar. Honda y profundamente. Y la respiración me condujo, de nuevo, a un tufo penetrante y desagradable que apenas lograban esconder los olores de la fruta y los

productos químicos. Pensé primero en la jarra que sostenía en la mano. Tal vez el agua de las flores se hubiera emponzoñado. Pero no. Me la acerqué a la nariz y aún olía levemente a rosas. Ya no era una fragancia sutil pero no importunaba.

La fruta no podía ser tampoco. Estaba verde. Aún le quedaban días para madurar, cuanto más para pudrirse en las cajas. No. Era otra cosa. Ácida y repulsiva. La última vez que había olido algo semejante había sido junto al contenedor de basura de la carretera y lo había achacado a un animal muerto. A eso olía: a un cuerpo en descomposición.

El hombre de la puerta comenzaba a impacientarse. Lo imaginé sudando, la camisa pegada al cuerpo, las gotas de sudor empalagoso resbalándole por la espalda. Eso explicaba su actitud: comenzó a golpear el bastidor de hierro con la culata de la pistola. Toc, toc, toc. Como un reloj fatal que esperara a la muerte. Me acordé (lo que es el pánico, carajo) del reloj de *Solo ante el peligro*. Insistente. Amenazador. Turbio. Supuse que el chófer intentaba ponerme nervioso. Me recordaba que aún le quedaban balas y que el tiempo caminaba en mi contra. Sin embargo, lo que logró fue apaciguar la espera: mientras siguiera oyendo aquel tic tac metálico, sabría que él estaba en el umbral de la puerta y yo, vivo.

La peste también seguía allí, cada vez más lacerante, más corpórea. Dejé con tiento el jarrón en el suelo, me puse de rodillas y anduve a gatas, muy despacio, hasta una esquina del arcón. El mueble tenía unas patas anchas y redondas, de unos quince centímetros de altura. Con la cabeza a un palmo del suelo, el olor se convirtió en presencia, en certeza. Venía de allí, de debajo del baúl. Un olor fétido que provocaba arcadas. Esquivé el asco para meter la mano. Palpé la tierra blanda y arenosa, que se escurría por entre mis dedos. Cuando la saqué, tenía unas manchas oscuras y pegajosas adheridas a ella. De repente el tic tac dejó de sonar. Y yo regresé al refugio de la pilastra con el funesto convencimiento de que ya había encontrado a Pablo Quesada.

El miedo y el cansancio dieron paso a la rabia. Al coraje. A las ganas de sacarle las tripas en caliente a uno que yo me sabía. ¿Con qué pretexto podía justificarse la muerte de un hombre? ¿La avaricia? El periodista había descubierto el tinglado de los traficantes de cuadros, un negocio que movía mucho dinero. Sí, ¿y qué? Ortigosa y Olalla podían haber mantenido la discreción por un tiempo, podían haber esperado a que pasara la tormenta, podían haber intentado desacreditar de alguna manera a Quesada. Tenían suficiente poder para eso y más. Pero no. Decidieron acabar con Pablo. Y ni siquiera habían tenido el valor, la decencia de hacerlo con sus propias manos. Se valieron de la confusión de otro pobre cura, Ernesto Calvo, la segunda víctima de aquella tragedia.

En ese estado de coraje me hallaba cuando un movimiento de aire me sobrecogió.

Una sombra se había abierto paso por el hueco roto de la puerta. Seguí inmóvil, con el jarrón agarrado con fuerza. La sombra se movía despacio, con esfuerzo, ya dicen que el miedo se huele antes que la mierda. La vi patear un saco de cebollas. Y apartar una estera que había entre dos maderos con la punta de la pistola. Entreví una cabeza achicada, un cuello ancho, un cuerpo corto y rudo, unas manos grandes. El tipo en su conjunto parecía hecho de retales. De pronto se agachó. Cuando volvió a alzarse llevaba la manzana en la mano. Me pareció que sonreía. Probó la fruta (la mordida me resultó obscena, exagerada). La arrojó con fuerza contra la pared contraria. La manzana se partió en dos y una mitad vino a parar a medio metro de mi pie izquierdo.

El hombre aguardaba alguna reacción pero no le iba a dar el gusto de ofrecerme de blanco. Acabó de tragar su bocado antes de hablar de nuevo, Vamos, amigo; usted y yo sabemos que no tiene escapatoria; salga ahora y llegaremos a un acuerdo; los curitas no quieren que esto se alargue más. La treta era tan burda que me dieron ganas de reírme en su cara. ¿Qué esperaba? ¿Qué le respondiera para descubrirle mi posición? Fíate de la Virgen y no corras. El chófer empezaba a desesperarse. Y esa desesperación, junto al crepitar de la madera vieja y el hedor a carroña, me iba a venir como agua de mayo.

Entre los dos no había más de cinco metros. Percibí sus pasos cortos e inseguros, como el de quien pisa huevos, dirigiéndose a la zona más lóbrega del cobertizo, allí donde no llegaba la luz de la mañana. Se detuvo a medio camino. Olisqueó el aire. Tuvo que notar la peste a carne descompuesta que ya se hacía intolerable porque sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo colocó en la nariz. Con las dos manos ocupadas reanudó la marcha. Pero sostener un arma con una sola mano es igual que jugar a la ruleta: puedes disparar pero no sabes adónde irán los tiros. Y eso fue lo que sucedió.

De repente sonó un crujido seco, el temblor de una viga acomodándose al calor o las juntas del arcón o alguna tabla suelta que las monjas tenían allí dentro para reparar los palés de la fruta. El chófer se sobresaltó y comenzó a disparar como un energúmeno. Vi las balas rebotar en la pared, astillar la tapa del cofre, reventar un aguacate. Un casquillo vacío saltó en mi dirección y estuvo dando vueltas sobre sí mismo unos segundos interminables.

Ni el pistolero supo cuántas veces apretó el gatillo. Siguió andando hacia el lugar de donde había venido el reventón de la madera con la mano en alto y la pistola desquiciada. Cuando llegó a la altura de la pilastra, le lancé un mandoble con la jarra, que se hizo añicos en su muñeca. La pistola salió despedida y se coló en la carretilla haciendo un ruido como de máquina tragaperras. El hombre, aún con el pañuelo en la boca, me miró aturdido. Antes de que pudiera recomponerse, le descargué un golletazo (media jarra todavía colgaba de mi mano) que le abrió una brecha en la frente, justo encima del ojo derecho. Ahora el pañuelo le iba a servir también para

detener la hemorragia. Y por si acaso tuviera ganas todavía de más jarana, le mandé una trompada en la mandíbula que lo tiró de culo contra el portón.

Recogí la pistola del fondo de la carretilla y se la enseñé. El tipo me miró con el ojo sano desorbitado, ahora las tornas habían cambiado. Negó con la cabeza. Sollozó. ¿Pensaba que iba a matarlo? No. Ganas no me faltaban pero no. Lo obligué a levantarse. A caminar hasta el arcón. A volver a rodarlo. A dejar al aire la fosa de donde venía el tufo a cadáver. A escarbar con las manos. Me importaba un huevo que estuviera sangrando, coño. No haberse puesto a jugar con pistolitas si no soportaba un rasguño. Con las manos, sí. Fuerte y rápido, que no teníamos todo el tiempo del mundo. El pañuelo se le llenó de mierda y la mirada, de pánico. No era para menos.

Ni siquiera yo estaba preparado para lo que nos íbamos a encontrar. En un revoltijo de piernas y brazos, había dos cuerpos en lugar de uno. A Pablo Quesada no se le reconocía la cara, tan podrido estaba ya. Pero a Marco Aurelio Trueba sí. Joder. El rostro del jardinero parecía de confusión, de aturdimiento. Era la mueca de alguien que no se cree que eso le esté ocurriendo a él, que no cree merecerse una muerte tan cruel, tan sin sentido. Al chófer le salvó la vida que se puso a vomitar encima de los plátanos. Porque lo que me nacía en aquel instante era pegarle un tiro como a un perro. Pero nadie vomita sobre sus propios crímenes. El tipo estaba tan asqueado como yo. Nadie le había dicho, cuando lo contrataron, que iba a tener que lidiar con aquello. Lo dejé apoyado en las cajas de fruta, sangrando por un ojo y con las perneras del pantalón meadas (literalmente) de miedo.

Cuando llegué a la verja de la rosaleda, dos policías me gritaban algo. No entendí, tan atónito me encontraba, lo que querían decirme. En realidad no los oía. Sólo veía sus caras desencajadas, sus armas apuntándome, sus rodillas flexionadas en posición de ataque. Sólo cuando vi a Álvarez, detrás, agitando las manos, logré entender algo de todo aquello. Tira la pistola de una puta vez, coño.

El despacho del inspector tenía un aire cuartelero, poco inclinado a la imaginación y a la broma. Los muebles eran grises, fríos, sin alma. El piso era lo único que quedaba de la antigua mansión sobre la que habían erigido la comisaría en los años setenta: unas baldosas, rojas y blancas, de granito. Reparé en una grieta del techo que recordaba el mapa de Italia. Olía a papel, a café de máquina y a restos de una época en que se podía fumar en los edificios públicos. Aunque hubiera pasado casi un año desde que había entrado en vigor la prohibición, las paredes, las cortinas, los suelos estaban aún impregnados de ese olor a tabaco negro de contrabando.

El policía que tecleaba en el ordenador de Álvarez no podía esconder la repugnancia que le producía el relato de los hechos. Supe más tarde que era hombre

profundamente religioso. Que oía misa todos los domingos con su familia en la Iglesia de Santa Teresita. Que confesaba y comulgaba cada quince días. Que dejaba limosna para las misiones en la urnita de la entrada. Por eso no comprendía cómo unos curas habían sido capaces de urdir crímenes tan atroces. Lo de los cuadros, pasaba. Pero lo de las muertes de esos dos pobres hombres no tenía perdón de Dios, caramba.

El hombre observaba la pantalla y me observaba a mí sin mover la cabeza, tan sólo con los ojos fervorosos e inquietos asomados por encima del balcón de sus gafas. Acaso rogaba al cielo para que todo aquello fuera un delirio mío, la conjetura dislocada de un detective privado al que, con toda franqueza, le quedaba grande un caso así. En absoluto entendía por qué me habían permitido meter las narices en un asunto tan espinoso. Sin embargo, estaba siendo testigo de cómo su propio jefe, el inspector Álvarez, iba corroborando paso a paso mi exposición, rellenando los huecos que a mí se me escapaban, corrigiéndome, aumentando la dosis de horror en la narración. El escribano tuvo que asumir, entonces, que lo que el inspector y el detective declaraban era la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad.

Y es que entre los dos fuimos recomponiendo el rompecabezas. Las fichas fueron encajando de un modo concluyente: un periodista que desaparece; un peregrino que surge en plena noche; un secuestrador que llega del frío; un cuadro del que nadie quiere hablar. Por separado formaban un galimatías. Bien engarzados, cobraban pleno sentido. Entre bambalinas, manejando los hilos de aquel teatrillo de marionetas, dos curas y una monja seglar, cada uno movido por su propio interés: Olalla, por codicia y ambición; Ortigosa, por un vanidoso placer estético; Dolores Mesa, por su convento.

Los aspectos más técnicos del asunto, por descontado, precisaron de ayuda. Una profesora de arte de la Universidad de Las Palmas reconoció las obras que se encontraron en casa de Jorge Ortigosa y en la celda de Mesa en las Ursulinas. Todas eran originales y valiosas. Aunque no se consideraba una experta tasadora, la doctora Almeida dejó caer una cifra cercana a los tres millones de euros. Explicó que los sacerdotes sabían lo que se traían entre manos. Que, por ejemplo, Juan de Miranda había pintado varias Inmaculadas muy parecidas: el rostro dulce y algo contrito, el manto azul celeste, la postura complaciente de las manos, el delicado pie sobre una luna y un basilisco, doce estrellas en la bóveda del lienzo. Sin embargo, *Nuestra Señora de la Luna* (al final, apareció en la celda donde habían encerrado al peregrino, junto con otras obras de valor) llevaba un manto rojo y nueve estrellas: eso la convertía en una rareza y, por ende, triplicaba su valor.

En efecto, las doce estrellas eran lo más frecuente en cuadros de la época. Simbolizaban, según diversas versiones, las doce tribus de Israel o a los doce apóstoles. El manto azul, por su parte, denotaba la pureza de María, su virginidad. Si

bien la profesora no quiso aventurar quién y por qué le había confiado a Miranda ese cuadro (una obra así solía obedecer al encargo de algún terrateniente o de algún duque), lo cierto era que se trataba de una paradoja que, en un mercado apropiado, podía alcanzar una cifra mareante. El cuadro, por si fueran pocas esas cualidades, mostraba un excelente estado de conservación: los craquelados (las grietas del paño) eran discretos, el color (rojos carmín elaborados a partir de la cochinilla y verdes venecianos) se mantenía terso y aún podía verse la firma del pintor a los pies de una paloma anunciadora.

La doctora Almeida se entusiasmó al describir la obra. Señaló con un dedo la figura andrógina, asexuada, del arcángel Uriel. Sí. Era Uriel y no Gabriel, con el que solían confundirlo. Su presencia era un claro influjo de Leonardo. ¿Qué Leonardo iba a ser? El único Leonardo que valía la pena. Da Vinci. Por las huellas, aquí y allá, se apreciaba que habían sacado el cuadro de su marco original para depositarlo en otro más rutilante, menos basto. Parecía una sandez pero aún había compradores (millonarios sin estilo, alcaldes corruptos, actrices de cine) que se dejaban engañar por el envoltorio y pagaban más si las pinturas venían enmarcadas elegantemente.

Un galerista con el que Álvarez se puso en contacto apuntó la posibilidad de que Miranda hubiera abrazado, en algún momento de su vida, una secta secreta, la masonería quizá. Eso podía explicar que *Nuestra Señora de la Luna* rompiera el rito cristiano de pureza y bondad. El manto rojo hablaba de fuego, de sangre, incluso de sexo, con lo que la virginidad de María quedaba en entredicho. Las nueve estrellas significaban la conciencia que viaja hasta el nacimiento de Jesús. Se trataba, en esencia, de teorías paganas que iban en contra de la ortodoxia, pero no era infrecuente que los artistas se tomaran ciertas libertades a la hora de plasmar una escena bíblica. Sobre todo si quien encomendaba la obra estaba dispuesto a pagar bien su encargo.

En cuanto a los destinatarios de los cuadros, coleccionistas privados cuyo propósito era el de blanquear dinero de otros negocios más cenagosos, la secretaria insegura y titubeante del Diocesano aportó una nutrida lista de clientes y asociados. Algunos, en ocasiones, habían visitado Gran Canaria o enviado peritos de su país para autenticar las obras. Además de los nombres que hallamos en el archivador de Ortigosa, la muchacha recordaba en especial a dos rusos, Zhukov y Bondarenko, que acaparaban entre ambos el cuarenta por ciento de los contratos de venta. Moscú era el destino de buena parte de las piezas que vendían. Aun así, ella no podía creer lo que el inspector Álvarez le insinuaba de un modo velado. ¿Mafia? ¿Tráfico ilegal? Hasta donde llegaban sus conocimientos, las piezas pertenecían a la Iglesia y era potestad suya venderlas para paliar las necesidades en las parroquias, los monasterios, las misiones, los comedores sociales que regentaban. ¿Dónde estaba el delito?

El señor Obispo, avisado de urgencia, respondió con rotundidad. El delito estaba en que buena parte del dinero de esas transacciones no aparecía registrado en los

libros de cuentas de la Diócesis. Se *distrajeron* (a Álvarez, la manera de expresarlo le causaba acidez) algunas operaciones que él, desde luego, no había (ni hubiera nunca) aprobado. Su eminencia atestiguó que su relación con tales tejemanejes era inexistente. Que el padre Olalla tenía plenos poderes para actuar. Que una lenteja no hace potaje. Y que había puesto de inmediato los hechos en conocimiento de sus superiores en Roma. Ah. ¿Que también habían ido a parar algunos cuadros a Roma? Nada que declarar al respecto. A la hora de la despedida, el señor Obispo, acostumbrado a la pleitesía, extendió la mano para que se la besaran. El inspector se la estrechó y se despidió de él con un simple: Que tenga un buen día, reverendo.

El padre Olalla ejerció de Pilatos y se lavó las manos ante el cristo que se había montado. Declinó hacer declaraciones que pudieran implicarlo, sin que estuviera presente su abogado. Sobre el origen de sus propiedades (además del apartamento de Las Canteras, se localizaron a su nombre una villa a las afueras de Oviedo y un piso de doscientos metros en plena calle Goya de Madrid) alegó que había tenido suerte en algunas inversiones de bolsa. Nada había delictivo en el hecho de que un sacerdote invirtiera en bolsa, ¿o sí? El inspector le contestó que no pero omitió decirle que, mientras tenían esa conversación, la Hacienda Pública estaba hurgando en sus declaraciones de los últimos años y que se iba a convertir pronto en el nuevo Capone. En sus casas, en eso sí supo cubrirse las espaldas el secretario del Obispado, no se halló ninguna obra de arte robada. De sus viajes (sobre todo de los dos que había realizado a Moscú en el último año) se negó a responder. Era un asunto privado. Y de lo sucedido con el pobre padre Calvo manifestó no saber nada. Que le preguntaran a Alejandro Bringas que era el que aparecía en el vídeo del hospital.

Alejandro Bringas fue detenido en el Muelle de Agaete cuando iba a tomar un barco rumbo a Tenerife. De allí pensaba volar, con pasaporte falso, hasta Lisboa vía Madrid y luego a Caracas. Se asustó. Se resistió a la detención. Se emboscó con un arma dentro de una guagua turística. Tomó de rehenes a veinticinco pasajeros alemanes, una guía de Salzburgo y un conductor de Tejada. Y, después de cuatro horas de tira y afloja con un negociador, consideró que la cosa se había ido de madre y aceptó llegar a un acuerdo con el juez: declararía contra los verdaderos responsables de la trama a cambio de una reducción de condena y de cumplir el castigo en una cárcel asturiana. Argumentó que el clima de las islas no le sentaba bien a sus articulaciones y que, al fin y al cabo, a él sólo se le podía achacar el secuestro de un sacerdote que ya estaba jodido cuando se lo llevó del hospital y que aún seguía con vida. El nombre de Marco Aurelio Trueba no le decía nada. Ese hueso, a la perra de Dolores Mesa.

La gobernanta de las Ursulinas aseguró ser la última vela de aquel entierro. La única razón por la que se había avenido a participar en el cambalache de los cuadros y los iconos fue porque le habían prometido dinero para las reformas del convento.

Sí. Lo había hecho todo por sus monjitas. Mesa puso cara de Inmaculada de Miranda cuando le contó al comisario la triste historia de las dos monjas de casi clausura. Quien no la conociera la compraba. También le habían asegurado que las obras pertenecían a la congregación, nadie le dijo que los compradores fueran delincuentes mafiosos. Del viejo jardinero no podía responder. Sólo que lo había despedido dos días antes. ¿El motivo? Pérdida de confianza. Lo encontró fisgoneando en el jardín y en las habitaciones de las limpiadoras. Se había vuelto descuidado y un poco mirón con los años. Lo había sentido mucho pero no le había quedado otro remedio que botarlo a la calle. A fin de cuentas, ya estaba muy mayor. ¿Su muerte? Sin duda había sido una tragedia. Nadie podía esperarlo ni explicarla. ¿Estaba segura la policía de que no había sido un suicidio? ¿Sí? Entonces, quizá el chófer supiera algo.

Se llamaba Félix Padrón y no había parado de llorar desde el descubrimiento de los cadáveres. Negó haber tenido que ver con las muertes de Quesada y Trueba. Lo juraba por sus hijos. Él hacía las veces de chófer y guardia de seguridad desde hacía dos años. Doble trabajo y doble sueldo, el inspector debía de entenderlo: no estaban las cosas para hacerle ascos a nada. Como conductor le bastaba el carné, pero para guardia necesitaba el arma: por si había que defender a las monjas; nunca se sabe, con tanto degenerado suelto. Sucedió que sólo la había usado una vez. Volvía a jurarlo. Una vez sola. Contra mí. Pero porque le habían hecho creer que yo era muy peligroso, que probablemente había matado a un periodista. Así que había tratado de intimidarme (jamás tuvo intención de hacerme daño) en el cobertizo. Cuando el inspector le rectificó su suposición (el periodista había muerto hacía nueve o diez días, en cualquier caso antes de que yo apareciera en escena), apuntó al padrecito que solía visitar el convento una o dos veces por semana.

El padrecito, Jorge Ortigosa, se encerró desde el principio en un mutismo altivo. No reconoció ni una coma de las imputaciones que el inspector le hizo. Miraba a Álvarez y al resto de los agentes con distancia, como si le pareciera que por mucho que explicara sus razones nadie allí estaba capacitado para entenderlo. A él. Un hombre cultivado, elegante, erudito. Conoció de una manera accidental a Pablo Quesada. El periodista había ido a verlo a cuenta de un cuadro, *Nuestra Señora de la Luna*, que se le atribuía a Juan de Miranda en su etapa andaluza. Era una obra peculiar, fantástica sin duda. Pero se notaba que Quesada era un aficionado y Ortigosa no estaba dispuesto a discutir de arte con aficionados. Sin embargo, eso no lo convertía en un asesino, ¿verdad? No. No lo había visto más. Habían quedado para hablar unos días después de ese primer encuentro pero el muchacho, en el colmo de la indelicadeza, no apareció a la cita. En efecto, el lunes, seis de septiembre, a las diez de la mañana. Si ya lo sabían para qué preguntaban. De lo sucedido con su compañero de piso, Ernesto Calvo, alias el Peregrino, no podía arrojar luz. Calvo había dicho que se iba a Sevilla a un retiro espiritual y él, Ortigosa, no vio motivos

para dudar de su palabra. ¿Una relación muy estrecha? En absoluto. Simplemente compartían la casa de Reyes Católicos. Y a Ortigosa (la boca torcida en un mohín de asco y desdén) le importaba un pimiento lo que dijera el tercer inquilino; un cura, por otra parte, prisionero de la gula y otros placeres poco aconsejables.

El policía que transcribía nuestra declaración continuaba sin dar crédito al relato. Era todo tan mezquino... Allí el único que reconocía sus pecados era el sicario, el matón asturiano. Y eso porque era un pecado venial, un pecadillo que no le ocasionaría demasiadas consecuencias. Los demás se confinaban en sus mentiras. Se culpaban los unos a los otros con descaró, ratas que abandonan el barco cuando zozobra. Para más inri se pasaron la papa caliente como rajados. Fueron dejando caer insidias, igual que alacranes su veneno, sobre sus compañeros de faena. Y nadie se hacía cargo de los dos cadáveres.

Si alguna esperanza había albergado el policía de que la cosa fuera sólo un mal sueño, un compañero recién llegado de la morgue lo despabiló de un bofetón. A Pablo Quesada lo habían cosido a puñaladas. Con saña, despiadadamente. El periodista se había defendido como había podido porque tenía varios cortes profundos en las manos y los antebrazos, pero su agresor era más fuerte o estaba endemoniado porque el forense paró de contar cuando llegó a la veinte. La puntilla se la dio un aguijonazo en el cuello que le perforó la arteria carótida. Quesada murió, pues, desangrado. Y otra cosa: al periodista lo tuvieron del tingo al tango después de muerto porque se hallaron distintas capas de tierra, de semillas, de moho adheridas al cuerpo.

En cuanto a Trueba, tenía el pecho taladrado por tres disparos, uno de los cuales le abrió el corazón como se abre un libro. Sí. Textualmente. Al forense le habría entrado un ataque de lirismo o una enajenación transitoria de tanto oler a muerto, ¿quién podía saberlo? Lo que sí se sabía con certeza era que el asesino, a tenor del sesgo de las trayectorias, debía de ser más bajo que el jardinero y que le disparó desde muy cerca, un metro de distancia como mucho. El departamento de balística había contrastado la munición con las de las pistolas requisadas a Bringas y a Félix Padrón sin resultado. Se trataba de otra arma. Una patrulla de la científica llevaba horas registrando el convento piedra a piedra. Trueba no llevaba ni veinticuatro horas muerto. Pero eso ya lo sabíamos nosotros porque yo había hablado con él por teléfono. Quizá fui el último (sin contar a quien quiso leerle el corazón) que oyó su voz. Esa idea me iba a perseguir durante muchos meses: la voz de Marco Aurelio excitada, de Marco Aurelio relatándome su descubrimiento, de Marco Aurelio que aún estaría con vida si no llego a enredarlo yo en aquel cataclismo.

Álvarez me vio tan desanimado que me mandó a casa. Yo no podía hacer nada más allí. Como se trataba de asesinato, él se encargaría de comunicar las malas noticias a Elsa Iglesias y a la familia del jardinero. Mis protestas no hicieron más que

empeorar el humor del viejo policía, Anda al carajo con los escrúpulos, Ricardo; tu abuelo te necesita más que esa mujer; yo le explicaré lo ocurrido sin darle demasiados pormenores; seré considerado, te lo prometo; ¿cómo?, ni hablar, chico: nadie pensará que eres un cobarde, menos después de lo que hiciste en aquel cobertizo; ¿nada?, nada leche machanga; ¿a quién se le ocurre enfrentarse a un pistolero, armado con un jarrón de rosas?, sólo a ti, y eso sin contar con que mis hombres te hubieran clavado a la verja a tiros si no llegas a bajar el arma a tiempo, cacho cabrón.

Firmé mi declaración y me levanté de la silla con dolor de rodillas y de alma. Cada paso se convertía en un suplicio. Entre el calor y los efluvios del despacho me costaba respirar. Álvarez se ofreció a acompañarme a la máquina del café. Me recomendó el número siete, el capuchino, Es lo único del menú que sabe a lo que se supone que debe saber. Me invitó. En la puerta nos cruzamos con la madre de Quesada. Elsa Iglesias, me da vergüenza pensarlo, estaba más entera que yo. La cara limpia de lágrimas. La sonrisa forzada. La mano recia y firme. El bolso y los zapatos a juego, aun en momentos tan crueles.

Me agradeció el trabajo. El guardia que la había conducido allí la había puesto en antecedentes. Le había contado una historia absurda protagonizada por un detective que se volvía loco y allanaba un convento de monjas y removía Roma con Santiago hasta dar con el cadáver de su hijo. Supo también que, en la refriega, había aparecido otro cuerpo. Quiso saber quién era ese jardinero que había compartido pesadilla con Pablo. Se alegró de que Trueba fuera un buen hombre. Rectificó, turbada: no se alegraba de que hubiera muerto, claro, qué tonta, pero le reconfortaba pensar que su hijo hubiera estado acompañado en esos momentos tan tormentosos. No fui capaz de revelarles las circunstancias de ambas muertes, la distancia entre una y otra. Y el inspector aprovechó mi desasosiego para interrumpirnos y llevarse adentro a la mujer.

Mientras yo volvía con mi abuelo, Álvarez le presentó a Elsa Iglesias los hechos de aquel caso. Únicamente en el primero adulteró la verdad: su hijo había muerto de una cuchillada; en el cuello; no había sufrido; ni llegó a enterarse. Cuando la mujer abandonó su despacho, envió recado a la morgue para que recompusieran el cadáver como si fuera el del Papa. No quería ni un rasguño a la vista.

El resto de la historia ya se acercaba más a la realidad. El hombre que había matado a Pablo yacía en la cama de un hospital, el tino perdido tal vez para siempre. El móvil era múltiple: una combinación de rabia y celos. Había actuado engañado y acabaría sus días en un psiquiátrico mirando al limbo y sin entender nada. El auténtico culpable, el instigador, iba a ser despojado de todos sus cargos eclesiásticos. Desacreditado, no volvería a pisar el Museo Diocesano. Y tendría que responder de un delito de tráfico de obras de arte junto con su compinche Isaac Olalla. Gracias a la declaración de Bringas, los dos iban a pasar por la vicaría del Salto del Negro.

Conociendo a mi amigo Álvarez, no habría podido ocultar un gesto de satisfacción imaginando a los dos curitas entre la chusma de la cárcel: se les iban a caer los anillos de golpe y, como se agacharan a recogerlos, les iban a poner bonito el agujero del culo. Elsa Iglesias (y el inspector recalcó cada una de sus palabras con un gesto de su mano, el pulgar y el índice unidos por las puntas) debía de estar orgullosa de su hijo. La trama había caído gracias a Pablo y su bendita manía de meter las narices en todo lo que le oliera a chamusquina.

El otro crimen, el del jardinero, iba a ser más difícil de esclarecer. Hasta que no apareciera el arma no se sabría quién le había disparado a Trueba pero todas las papeletas del sorteo las tenía Dolores Mesa. Félix Padrón no tenía huevos para matar a un tipo cara a cara. La gobernanta sí. Huevos, motivos y ganas. Pudo acercarse a Marco Aurelio sin que éste sospechara. Pudo sacar la pistola en el último instante. Y, ante la cara de estupor de Trueba, pudo haberle pegado los tres tiros. Habría usado la carretilla para llevarlo hasta el cobertizo donde lo encontró el chófer. Y se habría vuelto a sus habitaciones como si nada hubiera ocurrido.

La prensa iba a tener buena cosecha la siguiente semana. Enrabiados por la muerte de un colega de profesión, los periódicos, las radios, las televisiones locales y los portales de Internet iban a ir desgranando poco a poco, para que les durara el festín, los truculentos detalles de los crímenes del convento. Álvarez se tendría que armar de paciencia para responder a tanta mentecatez y, luego, leer lo que al preguntador le saliera de los huevos publicar. La madre y la novia de Quesada se conocerían en el funeral. Su abrazo tembloroso, emocionado, fue portada en todos los diarios de aquí a Lima. La pobre Virginia (¿sería posible que siguiera sin recordar su apellido?) tuvo que hacer arduos esfuerzos para no sucumbir al canto de sirena de los programas rosas de la televisión, que la cosieron a ofertas y proposiciones tentadoras. Por respeto a Pablo, la muchacha las rechazó todas.

A Quesada le otorgaron la medalla de oro de la ciudad. Y Elsa Iglesias, por fin, aceptó la propuesta de vender su casa roja con ventanas de piedra de la calle Arco y se mudó a un lugar donde poder llorar en paz a su único hijo, al único amor de su vida. En Navidad recibí una postal suya con membrete de Londres y un texto breve y enigmático, Los recuerdos te acompañan a dondequiera que vayas; el agradecimiento queda en los lugares donde fuiste feliz; gracias.

Colacho Arteaga no llegó a despertar de su letargo. Sé que le hubiera gustado conocer el desenlace de aquel caso. Y seguro también conocer a Beatriz.

*Las Palmas, junio de 2011*



JOSÉ LUIS CORREA (Las Palmas, 1962). Es Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Doctor en Literatura Hispánica desde 1992, su docencia e investigación giran alrededor de la Literatura Juvenil y los talleres de creación literaria, que ha impartido en diferentes instituciones (universidades, ayuntamientos, casas de cultura, etc.). Destacan el ofrecido en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México) o en la Universidad de La Rioja (España), ambos en 2005.

En general, su existencia ha estado siempre ligada a los libros. Primero, en los años setenta, como lector apasionado de Verne, de Salgari, de Stevenson, de los Dumas. Más tarde, en los primeros ochenta, como estudiante de filología española. De 1985 a 1995, como agregado de Lengua y Literatura de instituto. Y, desde entonces, viene alternando su trabajo en la universidad con el oficio de escritor. Así pues, ha recorrido todos los pasos que tienen que ver con la literatura: la afición, la enseñanza, la investigación y la creación literaria.

### **Obra**

Como escritor, sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y muchos publicados recientemente por la editorial canaria Interseptem: *¿Qué quieres que te diga?* y otros cuentos y *La verdadera historia de Helena-con-hache*,

un libro de relatos y una novela corta.

A finales de los noventa, espoleado por la suerte de sus cuentos, comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones. Obtiene el Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), el más antiguo y prestigioso de Canarias, con su obra *Me mataron tan mal*. El Premio Ciudad de Telde (2002), con *Quince días de noviembre*, inaugurando la saga del detective Ricardo Blanco, o el Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002), con su obra *Échale un ojo a Carla*.

Es, asimismo, autor de *Muerte en abril* (2001), el segundo caso del detective Ricardo Blanco. Y de *La hija del naufrago. El último viaje del Alfonso XII* (novela histórica, 2004). José Luis Correa se ha erigido, por su prosa ágil y honda, su lenguaje directo y su visión moderna de la literatura, como una de las voces más genuinas del panorama narrativo canario de los últimos años. Sus últimas obras publicadas son *Muerte de un violinista* (2006, tercero de la saga Ricardo Blanco) y *Una canción para Carla* (2008).

En 2010 publicó *Un rastro de sirena*, la cuarta entrega de la saga de Ricardo Blanco y la quinta en 2012, *Nuestra Señora de la Luna*. Entre medias (2011) vio la luz *Murmullo de hojarasca*.

En 2013 continúa la saga de Ricardo Blanco con *Blue Christmas* y, por último, Recientemente, acaba de publicar la séptima entrega del detective Blanco: *El verano que murió Chavela*.